

XLVII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

**MONTERO GLEZ**



**EL  
CARMÍN  
Y LA**

**SANGRE**



algaida

XLVIII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

**MONTERO GLEZ**

**EL  
CARMÍN  
Y LA  
SANGRE**

algaida

## XLVIII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Alfredo Conde, Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Ramón Pernas, María A. Prior y Luis del Val. La novela *El carmín y la sangre*, de Montero Glez, resultó ganadora del XLVIII Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

# Índice

## I

1  
2  
3  
4

## II

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21

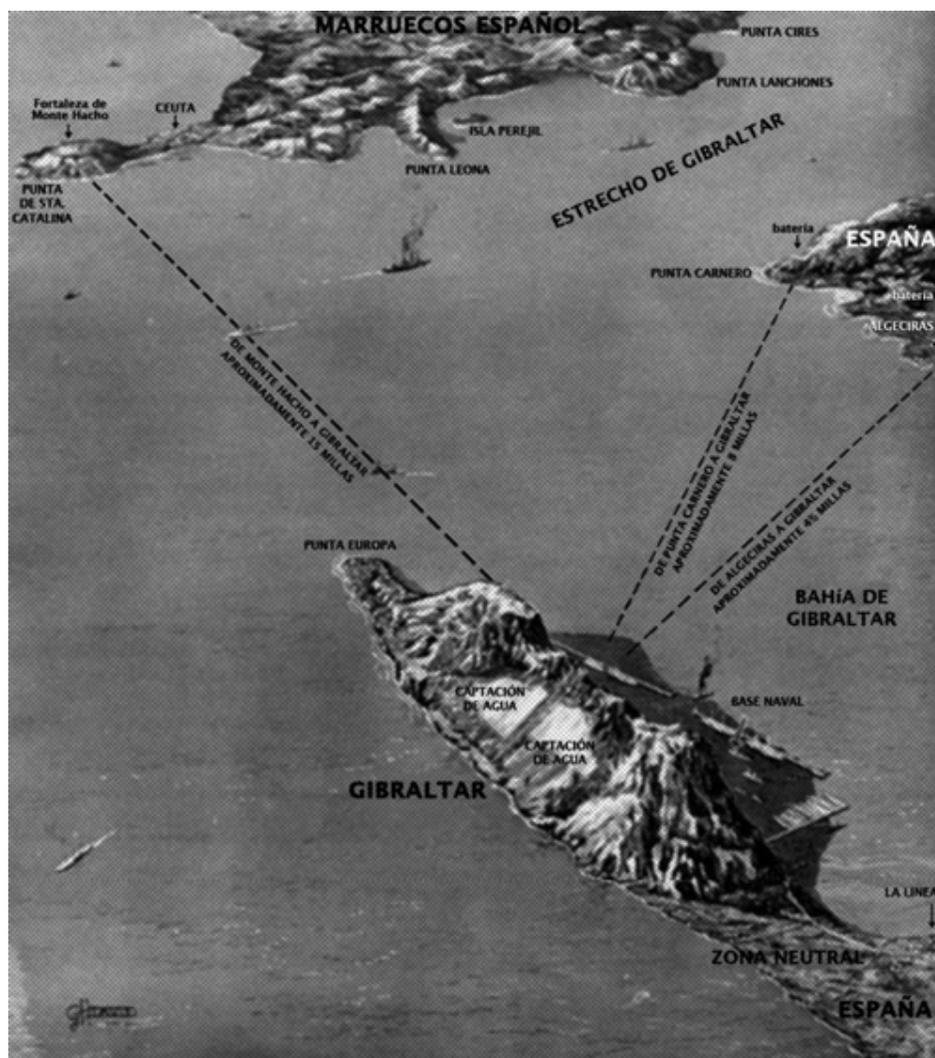
## III

1  
2

3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13

Créditos

*Para Mario Muchnik*



El Estrecho de Gibraltar durante la II Guerra Mundial.  
Imagen a partir de un mapa publicado en 1939 por *The Illustrated London News*.

El comandante Fleming siempre supo hacer de la buena educación un estilo de vida, incluso cuando hablaba de mujeres. Cada vez que el tema salía a relucir —cosa que sucedía muy a menudo— el comandante Fleming nunca pisaba terreno vulgar. Bajaba la voz y ponía el acento literario en cada una de sus palabras.

Tal y como corresponde a un gramático de la carne, las arrastraba hasta formar curvas con ellas, insinuando especialidades y atributos que hacían subir la temperatura de su hoja de servicios. Por lo dicho, el documento acreditativo del comandante Fleming, cargaba la malicia del carmín junto al perfume pegadizo de todas aquellas mujeres a las que invitaba a probar el aguijón carnal. «¿Quieres mi veneno?».

Era entonces cuando una grieta se abría al otro lado, un orificio de entrada por donde cabían todas, pelirrojas y pelinegras, también de color castaño, algunas depiladas y otras con peluca rubia; cada una de su padre y de su madre y todas igual de mujeres. Objetivos que el comandante Fleming manejaba a partes iguales, ya fuera como complemento necesario de sus misiones o como consuelo para su virilidad. Agentes de doble cruz, se las denominaba con propósito en el lenguaje de los espías. Cuando en la conversación, el comandante Fleming se refería a alguna de ellas, lo hacía de la misma manera que hacía con el resto, dando a entender que el cuerpo de una mujer es igual a una región indescifrable pero siempre dispuesta para la conquista.

Un terreno de culpa, como luego veremos, pues el comandante Fleming fue educado en uno de esos colegios ingleses en los que los preceptores, siempre tan estrictos, vienen a enseñar que el sexo y la guerra forman parte del mismo juego. Un latido que duerme a la espera del momento propicio. Para alcanzarlo, la lógica de la razón instruye haciendo cálculos, gráficos y coloreando el mapamundi donde Europa es origen, desarrollo y final del universo. Lo que pasa es que el comandante Fleming no era de hacer cálculos, ni de colorear mapas ni de prestar atención en las clases del colegio.

Por esa parte, el comandante Fleming era un hombre instruido en el juego, de los que intentan no sujetar la vida a cálculo alguno.

Tan sólo, esperaba que el aviso de la fuerza de asalto llegase de manera espontánea. Entonces salía de su posición de reposo y se establecía el primer contacto físico, lo que el comandante Fleming denominaba «el asedio de la carne» y donde trazaba un cerco sobre el escote elegido. Con la ayuda de los dedos acababa coronando la punta de ambas cordilleras. Entonces la carne vibraba, volviéndose piel desnuda, bajo la lencería.

En aquellos instantes de avanzadilla, bien podría decirse que no todo eran dedos pues la guarnición de lengua y mordisco iba a la vanguardia, abriendo con chasquidos y alboroto el camino venéreo. El secreto de la victoria residía en dejar que el azar organizase los detalles más importantes; detalles que, para otros hombres, resultaban secundarios o no existían y que para el comandante Fleming eran de vital importancia a la hora de emprender la aventura. El azar nunca le fallaba, porque ahí donde no llegaban sus dedos, siempre llegaban los del Diablo.

Debido a tal confianza en el juego, resulta inevitable que el comandante Fleming coqueteara con el peligro de un modo tan perverso. Sus glorias fueron episodios que hacía recrear en privado. Momentos de sombra y ceniza que el comandante Fleming traía a su memoria, siempre licuada de alcobas, champán y perfumes caros en tiempo de guerra; una época de lance donde las almohadas servían de tronera bajo las rodillas femeninas. «*Let's play the national indoor game*»<sup>1</sup>, imperaba el comandante Fleming. En el fondo, siempre fue un poeta en los hechos; tanto como en las palabras.

Resulta curioso, porque cuando el comandante Fleming hablaba de sus conquistas femeninas, daba la sensación de que pisaba un terreno arriesgado; era como si el látigo y la sodomía acechasen cerca y tuviese miedo de desvelar ciertas cuestiones vulgares de vicio que surgen a la hora de desempeñar un cometido bélico. Cuando llegaba el momento, el comandante Fleming también sabía callar. En aquellos silencios, era cuando más cosas decía. Lo podía advertir cualquiera que supiese descifrar el alma de un hombre dispuesto para la aventura. Entonces el comandante Fleming cerraba los ojos. Incapaz de seguir manteniendo a raya el flujo de su memoria, callaba y la boca sólo se le abría para expulsar el humo del cigarrillo. Virginia Morland Special.

Con todo, la envoltura del silencio tampoco le ponía a salvo. El Diablo y el viento no tardaban en acercarle hasta su memoria el recuerdo de una mujer

que fue algo más que el sobre cerrado que todo espía guarda a buen recaudo. Tal y como dejaría reflejado en su informe, aquella mujer se hacía llamar Juana, de nombre artístico la Petenera y según cuentan, era gitana tan bella como el nombre de una puta. La última vez que el comandante Fleming la pudo ver con vida fue en Gibraltar cuando ya no quedaba lugar en el mundo a salvo de los nazis. La Petenera apoyaba su pie sobre la esquina de la cama mientras se subía las medias. Lo hacía despacio, con ese gesto que diferencia a las que lo son, de las que no lo son tanto.

El comandante Fleming seguía fumando. Tenía el cenicero en el pecho y las sábanas cubrían parte de su desnudez tan flaca como distinguida. Se mantenía callado, bien sabía que, en casos así, la mejor palabra es la que nunca se pronuncia. Con su mirada de águila envuelta en el humo, acechaba a la Petenera que se ceñía la navaja al muslo con ayuda de la liga. «Me da calor», diría ella, con su voz grave, casi áspera. Para el comandante Fleming, aquellas palabras parecían tener otro significado distinto del más evidente. El tiempo y el combate le habían puesto a aquella mujer en su camino y ahora se iba a despedir de ella para siempre. «Me da calor». Un arañazo suave y canalla recorrió el espinazo del comandante Fleming. En el fondo no era un hombre tan original, lo que sucede es que sabía experimentar con gusto cierta moral podrida, tan propia entre los de su oficio.

Desde la calle llegó el sonido del claxon. Tres veces. La Petenera sonrió, asomando lo justo sus dientes blancos, como los de un animal salvaje dispuesto para el sacrificio. Se recogió el pelo en un moño alto que dejaba al desnudo la raza del cuello; la invitación al mordisco. El comandante Fleming apretó la boquilla del cigarro entre sus dientes y aspiró fuerte mientras ella remataba su tocado con una peineta de carey o de caray, como solía decir. Sonó el claxon de nuevo. Otros tres pitidos.

En el filo de la cama, la Petenera siguió arreglándose, despreocupada, dando a entender que los sonidos del claxon tuviesen poco o nada que ver con ella. Como si la prisa hubiese cedido ante la emoción de su cuerpo, la Petenera cogió el espejo de mano que había sobre la colcha y se pintó los labios con el carmín pegajoso de la demora. Su trazo era lo más parecido a una miel que la hacía distanciarse de los dramas del mundo. Una pregunta que lanzaba a un espejo que a su vez contenía la expresión de su boca. Sin duda, había mucho de provocación en aquella pregunta y también en aquella boca.

El atardecer hacía hervir de sombras la habitación. En lo oscuro, la brasa

del cigarro encendía el porte aristocrático del comandante Fleming; el mentón alzado de un caballero tan capaz para el azote como para el mordisco. Entre sus dientes, la temperatura viciosa de un cigarro llegaba hasta la boquilla de ébano. Hizo un aspaviento, obligado a apartar de su nariz el humo. Una sensación inconfesable saltó hasta sus ojos. Sin duda alguna para el comandante Fleming, aquella mujer procedía del mismísimo infierno, de su rincón más caliente, donde el cincel de Satanás trabaja el pecado de los cuerpos.

Con todo y con eso, para el comandante Fleming sería algo más que el cuerpo de una mujer, algo más que un alivio para la derrota. Su encaje de caderas y sus andares sirvieron de herramienta para cambiar el rumbo de la Segunda Guerra Mundial. Tal vez por esto, el comandante Fleming hizo una última reverencia cuando la vio pasar por delante de la cama, ahora vestida con la bata de cola que arrastraba por el suelo, camino de una puerta que se cerró tras ella como un escopetazo.

El comandante Fleming no se despediría, para qué. Bien mirado, con el tiempo de por medio, aquello fue una prueba más para demostrar que también le gustaba engañarse a sí mismo. Se comportó igual que si la Petenera fuese a aparecer de un momento a otro, para recoger algo que se le hubiese olvidado, algún detalle que pudiera comprometerla. Pero no. Entonces el comandante Fleming, con una irritación que bien se podría interpretar como gesto masoquista, apagó el cigarrillo en el cenicero, que seguía encima del pecho. Tuvo un instante de pánico que disimuló ante su propia sombra reflejada en la almohada. Sin más, alcanzó un batín rojo de seda, estampado con dragones. Se incorporó de la cama, llenó su copa de jerez y se puso a mirar por una ventana desde donde vería a la Petenera salir del hotel y dirigirse al Chevrolet azul oscuro que la esperaba con la puerta de atrás abierta.

El comandante Fleming nunca supo reconocer que la había amado; de haberlo hecho, también hubiese reconocido su traición; la de ser un hombre que amaba cuando ya era demasiado tarde. Abajo, en la calle, el chófer aguantaba la puerta y ella se agarró la cola de su bata antes de subir al coche. Como si fuese a montar en un caballo, la Petenera se levantó la falda, dejando a la vista la liga y la navaja ajustada al muslo. El comandante acertó con su mirada de águila, desde la ventana de la habitación. También pudo ver los guantes blancos del chófer, sobre el volante del Chevrolet.

Cuando el coche arrancó y se puso en marcha, el comandante alzó la copa y brindó desde la ventana. La llama feroz del sadismo iluminó sus ojos, el sol

caía tras los cristales y las sombras iban cubriendo la habitación de un hotel con vistas a la Segunda Guerra Mundial.

[1](#) En inglés, en original (*Nota del autor*).

En los tiempos en los que ocurre esta historia, la venta de Juan Vargas es una pincelada de cal que anuncia el camino de San Fernando, según se viene de Gibraltar. Un caserón que visto de lejos se asoma a la salina y que cuenta con su pozo de agua y su luz eléctrica, aunque a veces se vaya y entonces la venta de Juan Vargas se quede a oscuras y haya que echar mano de las velas y de las lámparas de carburo.

Resulta curioso pero cada vez que se daba el caso, cada vez que se iba la luz, los faroles que había a la entrada de la venta sobrevivían al apagón. De esta manera, la oscuridad quedaba interrumpida lo suficiente para que, sin más reflejo que el de las luces de fuera, los de dentro pudiesen encontrar las velas pues el carburo andaba agotado desde hacía unos meses.

De tales asuntos, Juan Vargas siempre culpaba al viento que, por tierras del sur, azota la sangre. Aquella noche soplaría fuerte y a rachas, por lo cual, también se fue la luz varias veces. Con todo, los farolillos de la entrada no pudieron interrumpir lo suficiente la oscuridad, ni el tono acharolado de los uniformes que acudirían a la venta para correrse una juerga en honor a la orden negra que dominaba Europa. Lo que ocurre es que todavía es pronto para hablar de eso; de momento, Juan Vargas aún no sabe lo que le deparará el transcurrir de una noche que ahora mismo está cubriendo con su cielo la venta que lleva su nombre. Se limpia las manos en el mandilón y le da al interruptor de la luz. Los faroles de la entrada se encienden.

Afuera, el ruido de unos zapatos se mezcla con el silencio de la primera hora de la noche. Juan Vargas mira hacia el mostrador, donde hay una mujer morena con una bayeta en la mano. Entonces Juan Vargas va y le dice a la mujer:

—Viene el Peroche, conozco a ese cojo sólo por el sonido de su andares.

Así fue. El cojo Peroche empujó la puerta y entró. Traía el andar lisiado y la colilla de un cigarro en la boca. Se frotó los ojos, cegados aún por el destello de los faroles de la entrada; un fogonazo inesperado. Tardó un poco en hacerse a la media luz y precisar los carteles taurinos que el humo y el

tiempo habían barnizado hasta convertirlos en estampas religiosas. Representaciones atávicas que perseguirían a un pueblo como un presentimiento de larga posguerra.

El viento soplaba quemador y se hacía notar en las contraventanas, abiertas a la noche. Cuando la María vio entrar a Peroche, dejó la bayeta a un lado y Peroche advirtió el gesto. Se fijó en los labios de la mujer que parecían separarse con dificultad en las comisuras y entonces se hizo notar:

—Con aguardiente se limpia la barra y el alma. Ponme un trago, anda.

La María, sin mediar palabra, enjuagó un vaso pequeño y acercó la botella.

Peroche se sacó la colilla apagada de su boca para guardarla en la chaqueta. Se escupió en las manos y se pasó las palmas por su pelo escaso y relamido. Sin más, se sirvió un trago corto, se lo echó a la garganta y carraspeó:

—Ven aquí, María, cuéntame. Algo te pasa a ti.

—*Na*, ya sabes, las cosas de las mujeres cuando nos llega el mes —dijo ella.

—Si es así, mejor achanto la boca —dijo Peroche y arrugó la naricilla y una luz se encendió de pronto en sus ojos y se arrancó cantarín a dar palmas.

*Obrero, por qué trabajas  
si pa ti no es el producto;  
pa el rico es la ventaja  
y pa tu familia el luto.*

—Ehhh, cojo, calla ya con esas cosas —saltó la María— que aquí no se cantan cosas de la política. Ya lo sabes —le amonestó, tras el mostrador, con los brazos en jarras y la mirada belicosa.

Juan Vargas apareció aprisa. Envolviendo su enfado con burla, se dirigió al recién llegado:

—¿Qué pasa, Peroche? ¿Qué? ¿Que el viento de levante no perdona?, ¿eh?

Peroche bajó la cabeza. En un acto reflejo, sacó la colilla de la chaqueta y se la volvió a poner en la boca.

—Dame fuego, anda Juan.

—Pasa dentro, Peroche, que el Académico tiene lumbre —le dijo Juan Vargas, señalando la arcada abierta al patio.

La María dijo algo entre dientes y miró a Juan Vargas, ahora de espaldas, invitando al tal Peroche a entrar. Cuando desaparecieron de su vista, la María siguió limpiando el mostrador con la bayeta empapada en aguardiente.

—Estos chicos de hoy, que poca aprensión tienen —masculló la María.

\* \* \*

Bajo la palmera del patio, se advertía la figura de un hombre que dormitaba en una de las sillas. A sus pies tenía un maletín como los que usan los limpiabotas. El hombre llevaba gafas de cristal grueso y los cabellos lacios caían sobre sus hombros. Mantenía las manos cruzadas sobre el pecho. Los dedos eran largos y tiznados de betún.

Juan Vargas y Peroche se acercaron a él.

—Anda, Rafalillo, que el Peroche necesita lumbre —dijo Juan Vargas.

El tal Rafalillo salió de su plácido sueño. Se quitó las gafas y pasó la lengua por sus cristales. Con el aire resignado de una bestia de carga, se las volvió a poner y achinó los ojos frente a Peroche que le apuntaba con la colilla temblona en su boca. Sin apartar la vista, Rafalillo rebuscó en su maletín de limpiabotas. Peroche se fijó en el *hierro*, envuelto en una gamuza. El limpiabotas sacó una cajetilla de cigarros con marcas de betún sobre las letras doradas de Virginia Morland Special. También sacó un mechero de los de cuerda de mecha, color naranja. Lo fue poniendo todo sobre la mesa con una indolencia que, de haber sido impostada, nadie hubiese reparado en ella.

—Le decía a Peroche que hoy habíamos tenido un día movidito, ¿eh? —apuntó Juan Vargas, mirando al limpiabotas.

Peroche se guardó la colilla en la chaqueta y cogió un cigarro nuevo, de los de la cajetilla azul, mientras escuchaba a Juan Vargas contar que esa misma mañana aparecieron a comer unos soldados que venían de la Carraca, de un homenaje.

—¿Un homenaje? —preguntó Peroche llevándose el dedo a la oreja como si estuviera sordo o como haciéndose el interesado.

—Sí, han puesto una piedra con el nombre de un alemán que cayó en la Guerra Civil —dijo flojo, Rafalillo.

El limpiabotas teatralizaba el cansancio de haberse pasado la mañana limpiando zapatos y se recostó en la silla. Juan Vargas siguió explicando el transcurrir de aquel día donde, por haber, hasta hubo desfile militar:

—Con los soldados entraron también unos falangistas. Querían llenar el buche.

Juan Vargas se llevó el dorso de la mano a la frente para quitarse el sofoco que le provocaba seguir contando lo ocurrido esa misma mañana. Al final lo dijo:

—El teniente coronel de la Guardia Civil, Ignacio Molina, venía acompañando al grupo.

Fue escuchar aquel nombre y el cojo Peroche pegó un respingo que casi se abrasa los labios, culpa de la punta de la mecha al acercarla al cigarrillo. Rafalillo, muy arrastrado, atajó:

—Algo querría ese.

Juan Vargas afirmó con la cabeza y dijo:

—Saber si esta noche vendría a bailar la Juana, la Petenera, ya se sabe que...

Pero Rafalillo no le dejó terminar. Mariposeando los brazos con pereza, el limpiabotas exclamó:

—¡Vaya mañanita han dado! Tengo los brazos dormidos de tanto darle al cepillo.

—Si quieres comer todos los días tienes que trabajar —soltó Juan Vargas.

Aquello sonaba a advertencia y con estas la María apareció en el patio, traía la botella de aguardiente y tres vasos.

—A ver si hay suerte esta noche —dijo la María—, a ver si hay suerte y hacemos algo de caja porque esa gente de la mañana entra aquí y se marcha sin pagar con la cabeza muy alta.

—Han ganado la guerra, mira tú, no van a ir de *derrotaos*. Si no hacen eso no se les notaría —soltó con guasa Peroche.

—No te olvides, Peroche que fue una guerra civil y en las guerras civiles nunca se gana pues lo que se pierde es la paz —cortó la María, mientras dejaba el aguardiente y los vasos sobre la mesa.

—¿Os sabéis el chiste? —preguntó Peroche, expulsando con el interrogante el humo del cigarrillo.

Sin darles tiempo a reaccionar, el cojo Peroche se puso a contar cómo Franco, Hitler y Mussolini están al borde de un precipicio y se van a tirar. La María, Juan Vargas y el limpiabotas se miraron con media sonrisa.

—A ver si sabéis quién llegaría antes al suelo —preguntó Peroche, llevándose el cigarrillo a la boca.

La María chistó:

—Chissst, cojo, que en esta casa de política no se canta y tampoco se habla ni en broma. ¡No te lo digo más veces! —De un manotazo, la María le llevó el cigarrillo de la boca al suelo.

La mujer había convertido su media sonrisa en una mirada de recriminación. Dejó la botella sobre la mesa, con los vasos. Agarró la bandeja

y cruzó la arcada que separaba el patio del resto del local. De la cocina llegaba el chisporroteo de las sartenes, el olor a fritura y a limón recién exprimido. Atendiendo a los fogones estaba Catalina, madre de Juan Vargas y suegra de María.

—¡Cómo se nota el levante hoy! ¡Hay que ver cómo andan las ollas! — exclamó Catalina, mientras se secaba el sudor de la frente con el revés del brazo.

—El cojo Peroche, que es muy escandaloso —dijo la María, sumergiendo la bandeja en el agua espumosa del fregadero.

—No, si ya le escuché —dijo Catalina—. ¿Ha venido solo?

—Sí, pero el Tachuela no tardará, que te lo digo yo. A no ser que surja algún *improvisto*, es puntual. A la que habrá que esperar será a la Petenera, como siempre.

—Esa vendrá tarde y en coche, lo mismo que las artistas de cine. ¡Cómo se nota que la gitana no pasa hambre!

—Hambre de otras cosas —aseguró la María.

—Eso no es hambre, es vicio —apuntó Catalina.

La María cogió un sifón y echó un chorro en una de las sartenes que chisporroteaba aceite. Luego con una cuchara de palo revolvió la fritura.

—Esto ya está —dijo.

En el patio, el cojo Peroche tenía otro cigarrillo en su boca. Virginia Morland Special. Rascaba con la palma de su mano el mechero. Así hizo hasta que prendió la cuerda. Luego sopló sobre la punta.

—¿Hace mucho que se fue el teniente coronel Molina? —preguntó con interés Peroche, después de soltar la primera bocanada de humo.

Rafalillo posó sobre Peroche la mirada cubierta de cristal grueso y dijo con desgana:

—Hace un rato. Vino hasta el cura, pero no se quisieron sentar, comieron en la barra...

—Por eso digo que las cosas vienen feas. —Mira tú que al teniente coronel Ignacio Molina nunca lo he notado tan tenso interrumpió Juan Vargas.

—Debe ser por lo de los alemanes en Rusia, a Napoleón ya le costó en su tiempo —apuntó el limpiabotas, desgana, dando a entender que sabía más de la cuenta y que le daría pereza demostrarlo.

—Pero no hay que preocuparse —comentó Juan Vargas—. A Rusia ha llegado la División Azul; no hay nada que doblegue al espíritu español. Rusia es culpable de muchas cosas.

Había un toque de ironía en el tono. Un hilo muy delgado que Peroche percibió para entrar en la conversación con una bocanada de humo y decir:

—Los rusos tienen un buen despliegue. Además los ingleses tienen a los gurkas, unos salvajes que son peor que los moros, primero te cortan la picha y luego te porculizan.

—Déjate de gurkas y papas fritas —atajó Juan Vargas—. Los ingleses son muy deportivos, están esperando a ser invadidos desde hace más de un año y están armados con palos de golf.

El limpiabotas salió a apoyar el argumento del ventero:

—Son tan deportivos los ingleses que hasta inventaron el fútbol con la cabeza de los romanos como pelota.

Con parsimonia y hablar flojo, Rafalillo, el limpiabotas se puso a contar que fueron los romanos los responsables de llevar el fútbol a Inglaterra. Según él, la cosa ocurrió en tiempos de Julio César, cuando las legiones romanas cruzaron el canal de la Mancha y una montonera de navíos de guerra llegaron a las islas. Lo que sucedió después, forma parte de la historia pues los bretones pelearon como fieras y no se dejaron conquistar así como así. Consiguieron expulsar de sus lindes al ejército invasor. En la playa, donde tuvo lugar el desembarco romano, se daría rienda suelta a una encarnizada batalla. Rafalillo contó cómo los antiguos ingleses celebraban sus victorias cortando las cabezas del enemigo para jugar con ellas a la pelota.

—Tiempo al tiempo, que ya veremos como en el futuro el fútbol será la continuación de la política por el método de la guerra —remató Rafalillo, con flojera.

Peroche pegó una calada al cigarro y no pudiendo contener el humo ni las ganas de hablar, se desató en una bocanada:

—Ya pasó lo mismo en la Huerta Grande, donde el caserón del Pistono, cuando les cortaron la cabeza a los italianos y luego jugaron con ellas al fútbol.

—Aquello fue una equivocación —saltó Juan Vargas—, en realidad los italianos querían bombardear Gibraltar y bombardearon La Línea.

Peroche pegó otra pitada al cigarro y dijo guasón:

—Los del bando nacional cada vez que se habla de la guerra contra los nazis o los italianos, os lo tomáis como si fuera algo personal.

Rafalillo, por tratar de resultar lo más natural posible, puso una mueca de desidia y dijo:

—Le doy la razón a Juan Vargas. Rusia es culpable de muchas cosas. El

comunismo es una lacra.

Juan Vargas aprovechó que había sido nombrado y entró de nuevo en la polémica:

—Pero el peor enemigo del comunismo es el propio comunismo. En guerra, el ejército rojo era una casa de putas; la sociedad sin clases dura poco. Los rojos siempre tienen un Stalin que acabe con los de su mismo bando.

—Mira, no sé —aspiró el cojo Peroche el humo de su cigarrillo—, conflictos triperos hubo en los dos bandos.

Juan Vargas asintió y Peroche siguió explicándose:

—Cuando el José Antonio fue fusilado, a Franco se le caía la baba pensando que, antes de ejecutarlo, lo habían castrado —apuntó el cojo Peroche, señalando de barbilla el maletín del limpiabotas, como si dentro llevase algún utensilio de tortura.

La conversación iba subiendo de tono y Juan Vargas miró hacia la ventana de la cocina. Le hizo una seña a Peroche para que hablase más bajo. Peroche la captó y en un susurro siguió diciendo:

—Lo que es verdad es que a los extranjeros siempre les ha dado igual España. Mira los bombardeos italianos en La Línea, y mira tú lo del barco de la otra noche.

—Parece ser que lo del barco fue una operación de bandera falsa —apuntó Juan Vargas—. Dicen que fueron los submarinos alemanes, que lo confundieron con un barco inglés.

—No hay confusión posible —dijo Peroche—, yo creo que es represalia porque España al final se ha *rajao* de la invasión de Gibraltar.

—¿Se sabe algo de los del barco? —preguntó Rafalillo.

—Eran españoles. —Se oyó la voz de María desde la cocina, abierta al patio—. Parece ser que sólo hay dos con vida.

—¡Así no hay nadie que salga a pescar! —exclamó Juan Vargas.

—Esta puta guerra que parece no acabar nunca —renegó Peroche y pegó una calada al cigarrillo, inclinado hacia delante. El humo se rizaba al ascender.

—La guerra se termina en el momento en que los alemanes conquisten Gibraltar —saltó Juan Vargas—. Será entonces cuando Inglaterra se rinda de hambre.

Rafalillo, sin perder la flojera, alzó su dedo acusador, tiznado de betún para cuestionar a Juan Vargas:

—¿Y usted piensa que, llegado el caso, Franco va a dejar que Gibraltar lo

tomen los alemanes junto a los italianos? ¿Que va a ver pasar de largo la oportunidad?

Entonces, Juan Vargas se acercó hasta Rafalillo arrastrando su silla. Se sirvió un vaso de aguardiente y antes de llevárselo al gaznate dijo, en voz muy baja, como si estuviese secreteando algo confidencial:

—Churchill está pagando a los militares españoles para que no invadan Gibraltar.

Dicho esto, le pegó un trago al vaso de aguardiente y continuó desvelando secretos ante la mirada miope y atenta de Rafalillo, tras sus gafas de cristal grueso.

—Y por si fuera poco, el mediador es el banquero March —siguió diciendo Juan Vargas en tono de confidencia—, el que primero trinca y luego lo reparte.

—Entre Franco y familia —afirmó el cojo Peroche.

—Sí, y también militares de aquí se llevan lo suyo —siguió contando Juan Vargas—. Se dice que el general Varela también ha trincado.

—Y Franco trincó un coche, regalo de Hitler —dijo el cojo Peroche—, mira tú el patriota. Ahora Paquita, la Culona, negocia a dos bandas.

Rafalillo llevó los ojos a algún punto en el patio. Perdió la mirada más allá de los cristales de sus gafas mientras alguna batalla se libraba en su perezosa memoria. Luego dijo:

—Neutralmente franquista.

—Chisst, alguien viene —chistó Juan Vargas.

En el asiento de atrás, la Petenera se desplaza a un lado y a otro, culpa de las curvas de la carretera. A través de la ventanilla, la noche cae sobre el Estrecho; los riscos se hacen oscuros y sus límites se confunden con la pintura negra del vértigo. La carrocería vibra. Todo indica que el viento y la velocidad han llegado a un acuerdo secreto para que la Petenera se comporte como dueña del miedo y de la vida. Más allá de la cuneta se perfilan pequeñas montañas que saltean la orilla. Se trata de fortificaciones grises y aplastadas. Cobijos de guerra con ventanucos de obra por donde siempre asoma algún cañón.

—Más deprisa —ordenó la Petenera, con la voz bronca, como si hablara desde el fondo de la muerte.

El chófer atenazó el volante con sus manos enguantadas de blanco y hundió el pie en el acelerador. En el asiento trasero, la Petenera no pudo ocultar el torrente de sus pensamientos. Le asomaba a los ojos cada vez que alcanzaban una de aquellas fortificaciones grises de una guerra sin terminar aún y que parecía haber empezado allí, en tierras donde un mal día aparecieron hombres con turbantes y mirada viciosa. Llegaban montados a caballo, luciendo collares de orejas recién cortadas que golpeaban el pecho, salpicando trozos de sangre. Aquellos moros venían a buscar crimen.

Por los ojos de la Petenera pasaba a toda prisa el galope de la destrucción, el grito desgarrado de gentes que hasta ese momento sólo habían luchado contra *la reuma* y contra el tiempo de los cielos o contra la tierra seca o peleando contra las tormentas si salían a la mar a pescar. En todo caso, gentes desarmadas que no supieron enfrentarse a la guerra. Para muchos, la noche se detuvo en aquel instante. Algunos huyeron. Otros pocos se quedaron y dieron la bienvenida a los criminales, pensando que los iban a dejar tranquilos. Inocentes. Los sacrificarían. No supieron demostrar estar dotados para hacer de la carne, sangre.

La Petenera tampoco tuvo suerte. Tan sólo se esmeró, le puso empeño y aprovechó sus dotes. Bailaora de raza y una ambición no exenta de humedad,

aprendió que en la guerra, como en el amor, no hay que hacer ascos a lo que se presenta. Emitía aquellas sentencias con un metal cálido en la voz, forjado en la lumbre de las noches y que arrojaba una resonancia algo vinosa, incluso cuando la boca está cerrada, como ahora, en el asiento trasero de un Chevrolet que se dirige camino de la venta que regenta Juan Vargas; una casa de respeto, incluso en guerra, cuando se atendía por igual a dos bandos enfrentados. «Sin miramientos de dinero», tal y como aseguraba su propietario.

En breve, la venta de Juan Vargas iba a ser la puerta de entrada de la noche que oscurecía Europa. Pero no nos adelantemos, pues el Chevrolet acaba de dejar atrás el pueblo de Tarifa y aún queda todavía un poco para que la Petenera haga su aparición en la venta. De momento, va en el asiento trasero. A toda velocidad, la Petenera se deja arrastrar por las curvas, respirando el vigor brutal que el chófer desprende. Una mezcla de sudor y loción mentolada que a ella le hace sentirse protegida cada vez que el peligro se anuncia. Es entonces cuando la Petenera extiende aquella manera de sonrisa recién pintada, una expresión que se refleja en el retrovisor, negando toda posibilidad de contacto carnal aun cuando pareciese lo contrario. El chófer, sin perderla de vista, pisa a fondo.

Sobre esa misma hora, el Tachuela haría acto de presencia en el patio de la venta de Vargas. Cargaba el estuche de su guitarra en la mano y traía el sombrero cordobés en la nuca, dejando al descubierto el caracolillo plateado sobre su frente.

Cuando lo vio llegar, Juan Vargas se levantó de la mesa. Arrastrando su silla, le hizo un sitio, junto al limpiabotas y al cojo Peroche que bebía y fumaba en silencio. El Tachuela dejó el estuche de su guitarra apoyado en el tronco de la palmera y se sentó con ellos.

—Trae unos vasos, María —apremió Juan Vargas hacia la ventana de la cocina.

—¿Por favor qué? —Se escuchó la voz de mujer.

Juan Vargas fue hasta la cocina y el Tachuela aprovechó para animarse:

—A ver si esta noche viene un alto mando que me avive la retaguardia a cambio de un buen dinerito —dijo, mientras jugaba con el dedo en el caracolillo de su pelo.

—Calla, que eso escuece mucho cuando te sientas —apuntó el limpiabotas, con la flojera y el aspaviento perezoso de sus manos tiznadas.

El Tachuela rompió en carcajadas que resultaron teatrales con el eco del

patio. Para concluir dijo, por encima del hombro:

—Qué más quisiera yo, mira que si no fuese a venir la Petenera, a lo mejor corría con suerte pero esa no deja a un macho vivo.

—¿Sigue liada con el gobernador de Gibraltar? —preguntó Rafalillo con indolencia, como si le diera igual la respuesta.

Tal vez fuera por eso que la respuesta quedó en el aire. En esto que apareció Juan Vargas con los vasos y la bayeta. Hizo un ademán, para que retiraran las cosas de la mesa.

Peroche ayudó con los vasos y en uno de ellos, se sirvió un tiro largo de aguardiente.

—¡Salud! —carraspeó, echándose el trago al gollete.

Juan Vargas pasó la bayeta y el cojo Peroche dejó el vaso en la mesa con un golpe suave, para decir:

—Que me estaba contando aquí el Tachuela que a ver si esta noche entraban unos soldados que le animasen.

—Si quieren fiesta y traen dinero, yo hasta bailo —dijo Juan Vargas, que se alzó en banderillas—. ¡Bienvenidos sean!

—Calla, calla, no llames al Diablo —avisó Peroche.

El Tachuela entró en el juego:

—No malinterpretes, cojo, que yo no pido multitudes, a mí dame uno *apañaito* de dinero. Eso, que tenga dinero aunque luego sea un cerdo en la cama, no lo va a tener *tó*, mira tú.

—Anda ya, que si entraran unos soldados tú no gozarías *ná* con todos esos fusiles apuntándote —le saltó Peroche.

—Yo no tengo el chocho *pa* ruidos, yo prefiero uno, pero bien surtido de dinero; los soldados no manejan tanto como los altos mandos del ejército. ¡Para ser puta y en chancleta, mejor me quedo en la casa quieta! —remató el Tachuela.

Juan Vargas, con la bayeta prieta en el puño mientras restregaba la mancha de betún sobre la mesa, dijo:

—No te preocupes, que ese problema no lo vas a tener.

—Eso mismo le venía diciendo a Peroche —contestó el Tachuela, señalando al cojo, que acababa de apropiarse de otro cigarrillo de los de la cajetilla azul. Virginia Morland Special.

—¿Sigue con el gobernador militar de Gibraltar? —volvía a la carga el limpiabotas con la pregunta envuelta en pereza.

—No, a ese lo retiraron con el escándalo —apuntó el Tachuela,

jugueteando con su caracolillo— desde antes del verano lo cambiaron por otro. ¡A burro muerto, cebada al rabo!

Acto seguido, después de la breve pausa en sus palabras, el Tachuela se llevó la mano a la boca para secretear:

—Por lo que me han contado, esa no ha perdido el tiempo y también se trajina al nuevo gobernador militar.

—Pero qué me vas a decir a mí, que yo no sepa —suelta Rafalillo, echándose a un lado la greña de la cara, sin ocultar la pereza ni el betún de las patillas de sus gafas.

El Tachuela soltó cuerda:

—Lo que se comenta es que no paró con el trajín con el viejo gobernador, que casi se lo lleva al otro barrio. Ya tenía sus años el hombre ese.

El Tachuela siguió hablando con maldad, mordiéndose los carrillos por dentro y adelgazando las mejillas, dando a entender que la Petenera era experimentada en hacer gimnasia con la boca. El limpiabotas le dejó hablar y dirigiendo la conversación con desidia, aprovechó uno de los silencios para decir:

—Pero con quien parece disfrutar de verdad es con el chófer, el calvo ese fortachón.

Entonces el Tachuela se dejó llevar con otro de sus dichos:

—La que está en el oficio gana dinero y se cubre vicio.

Juan Vargas sonrió al escucharlo y el Tachuela cruzó las piernas con una suerte de descaro que sólo poseen las mujeres cuando fingen. Usaba pantalones de campana, prietos a los muslos y camisa de chorreras anudada a la barriga bailona. El caracolillo y el sombrero cordobés, ahora de medio lado, completaban el cuadro.

El cojo Peroche le miró burlón mientras rascaba la mecha del encendedor y el Tachuela siguió con la tertulia.

—Qué quieres que te diga, para mí, si tiene parné es lo que vale. A ver si te crees que la Petenera andaba con el viejo gobernador por la dureza del aparato militar.

El limpiabotas lo miró tras sus gafas para asegurar con aire aburrido:

—Ahora anda con un gachó extranjero, un comandante inglés que la ha puesto una habitación en el Rock Hotel.

El Tachuela tragó saliva y se le escaparon un par de pedos nerviosos, de una sonoridad húmeda que enrojecieron su cara. Rafalillo, parapetado tras sus gafas, se dio cuenta del detalle. También Juan Vargas, que se levantó de la

silla y desapareció de escena.

El Tachuela se recompuso y dijo:

—Hace bien, los extranjeros son muy limpios y mejor oficiales que soldados. Por mucho fusil que tengan, los soldados están llenos de piojos.

Fue terminar de decir esto y puso los ojos en blanco, perfilados por las gruesas pestañas que se agitaron con nerviosismo. Rafalillo le miró, naufragando a través de los gruesos cristales y le dijo con desgana:

—Y que no te gusten las mujeres, Tachuela, lo tuyo es una desgracia.

—Me gustaron en su día, pero me cansé. Me cansé de las mujeres y del anís. —Y apura el vaso de aguardiente.

—¿Al mismo tiempo? —preguntó el limpiabotas.

—No, primero me cansé de las mujeres. Lo del anís fue el otro día —resolvió el Tachuela poniendo los ojos en blanco.

—Mariquita por vicio —apuntó Peroche, con el cigarrillo entre los labios.

—Me-ti-culoso, queda menos soez —apuntó Rafalillo, silabeando con tono dejado.

—Apunta la entrada aquí del Académico —soltó Juan Vargas.

La María volvió al patio con una fuente de tortillitas en una de sus manos. Rafalillo acercó los dedos tiznados para coger una. Entonces la María saltó sobre él:

—¡Lávate las manos, Académico!

El limpiabotas dijo algo con su abulia característica, como si las manchas de betún llevasen con él toda la vida.

—¡Qué castigo, hijo! —renegó la María sin dejar de mirarle las manos a Rafalillo—. ¡Hay que ver qué castigo!

Entonces Rafalillo cogió una tortillita y se la llevó a la boca. Mientras masticaba, empezó a contar con desidia que lo suyo era genético. Herencia de su padre que también fue limpiabotas al igual que lo fue su abuelo. La María lo dejó por imposible y volvió a la cocina.

El Tachuela y el Peroche siguieron con la charla, con el aguardiente y con el humo.

—Pues sí, la muy puta va y viene con un cochazo —dijo el Tachuela, enroscando su dedo en el caracolillo de la frente.

—¿El Rolls? —preguntó Rafalillo, masticando las palabras despacio, con la boca llena.

—No, el Rolls se lo quitaron para no levantar sospechas. Ahora la llevan y la traen en uno que a mí me gusta más. Un *Sevrolé*.

—¿Entonces, puede ser verdad lo del chófer...? —preguntó Rafalillo, sin apenas poner entonación a su pregunta, como si en vez de pregunta fuera acierto.

El Tachuela asintió y el limpiabotas disimuló su interés, cogiendo otra de las tortillitas que quedaban en la fuente. Entonces fue cuando el Tachuela contó lo que vio la última vez que la Petenera estuvo bailando en la venta del Canario. Según el Tachuela, ya de madrugada, cuando todo había acabado, la Petenera subió al coche y allí mismo, desabotonó al chófer la corbata mientras el viento golpeaba las ventanillas del *Sevrolé*.

El Tachuela siguió contando cómo el chófer se retrepó en el asiento del conductor y cerró los ojos. En esto que apareció Juan Vargas con una servilleta de paño blanco y se la dio al limpiabotas:

—Toma, límpiate las manos. Luego te la quedas como gamuza.

Rafalillo se limpió las manos por encima y luego metió la servilleta en su maletín mientras escuchaba el relato del Tachuela. Según contaba el Tachuela, había sido testigo de cómo la Petenera utilizó la uña larga y afilada que mojó antes en saliva para introducir el dedo hasta el final de la carne.

—¿La sortija que siempre lleva la Petenera también iba en la oferta? —preguntó el limpiabotas, sin perder la calma.

Tras la cortina de chapines que separaba la cocina del patio, las mujeres lo vieron entrar. Apareció de repente, vestido de paisano. Aunque no llevase el uniforme puesto, la autoridad se respiraba de igual manera. Por oscuras razones que ahora no vienen a cuento, cuando un hombre de orden se molesta en vestirse con traje y corbata, sólo consigue parecer más indecente que cuando no se toma la molestia. En todo caso, el teniente coronel Ignacio Molina era un ejemplo. Se trataba de un hombre moreno y con unas cejas peludas que le caían sobre sus párpados como dos crespones de luto. De pelo escaso y lamido a las sienes, la frente alta y despejada tenía el brillo grasiento, pongamos pornográfico, del que no puede disimular sus pensamientos.

Ante la aparición del teniente coronel Ignacio Molina, se hizo el silencio en la venta. El Tachuela se llevó la mano al sombrero, no fuera a confiscarlo. Pero en esta ocasión, el teniente coronel Ignacio Molina no venía a confiscar, venía de paseo. Esa misma mañana se había enterado que bailaba la Petenera y llegaba a la venta para ser el primero en relajar sus carnes.

—¡A ver qué hay esta noche! —exclamó en tono chulesco.

—¡Mucho viento! —saltó el cojo Peroche con rebeldía—. Eso es lo que hay esta noche.

El teniente coronel Ignacio Molina carraspeó y clavó los ojos a Peroche. El nerviosismo empezó a apoderarse del patio de la venta y el viento movió con fuerza el penacho de la palmera, haciendo un ruido vegetal, como el que hace un soldado abriéndose paso a través del camuflaje de la selva. El Tachuela siguió con la mano prieta en el sombrero y Juan Vargas se puso a recoger la mesa. Rafalillo, con movimientos lentos, acercó su maletín de limpiabotas.

Fue entonces cuando el teniente coronel Ignacio Molina cambió la mirada. Dejó de mirar a Peroche y bajó los crespones negros de sus cejas. Ahora sus ojos se dirigieron al Tachuela:

—¿Qué pasa, bujarrón? ¿Tienes miedo de que el viento te lleve el sombrero? —le inquirió el teniente coronel Ignacio Molina.

El cojo Peroche sacó la colilla de su chaqueta y el Tachuela, sin dejar de asegurar el sombrero cordobés a su cabeza, tomó aire para respirar profundo. El teniente coronel se inclinó hasta la silla donde se había sentado el Tachuela. Le sopló el caracolillo de la frente y le ordenó, en bajito, pero sin perder el tono amenazante:

—Me vas a contar otra vez lo del secuestro.

Entonces se hizo un silencio que hasta el viento dejó de moverse. El Tachuela tomó aire y se puso a contar de forma atropellada que le golpearon y que le cogieron y que le llevaron en un coche hasta Gibraltar.

—Bien, acuérdate de decir lo mismo la próxima vez —advirtió el teniente coronel—. Como digas algo diferente te llevo preso.

Todos conocían el interés policial que el teniente coronel Ignacio Molina desempeñaba. Por eso, cuando se volvió de nuevo hacia el cojo Peroche, a nadie pilló desprevenido.

—Esos comentarios chulescos, delante de un representante de la ley, son delito, ¿me captas, cojo? —Esto último se lo dijo cogiéndole de la oreja hasta levantarlo en vilo.

En cuestión de instantes, la colilla se desprendió de los labios del cojo Peroche. Catalina y la María asistían al episodio a través de la cortina de chapines. De vez en cuando, asomaba la cabeza una y de vez en cuando, la otra. La expresión de ambas era de angustia ante la escena que se estaba desarrollando en el patio de la venta.

El teniente coronel preguntaba a Peroche mientras le retorció la oreja.

—Churchill y Stalin y Hitler se tiran desde un precipicio, ¿quién gana?

—El mundo entero. Malditas guerras —pudo contestar Peroche con una mueca de dolor.

Pronto apareció la María al quite, con determinación y mucho ruido de chapines, limpiándose las manos en el delantal. Saludó al teniente coronel Ignacio Molina y le invitó a sentarse.

—Siéntese, que está en su casa, que ahora le saco una *güena* fuente de tortillitas.

Juan Vargas le arrimó la mesa, recién limpia. Entre una nube de humo apareció Catalina con la fuente de tortillitas en alto. El teniente coronel Ignacio Molina soltó la oreja del cojo Peroche que tuvo un gesto, abriendo mucho la boca. Entonces Juan Vargas, que sabía llevar el curso a la autoridad, apuntó:

—Hay que ver qué corbata más elegante lleva usted, teniente.

El teniente coronel Ignacio Molina tomó asiento y empezó a explicar con mucha pompa que aquella corbata de listas rojas y negras se la regaló Carmen Polo de Franco, la mujer del Caudillo. Esto último lo remataba con tono chulesco, dando a entender que tenía influencias.

—Le podía haber regalado el alfiler, digo yo —pinchó Peroche, con la boca muy abierta y la mano en la oreja dolorida.

—No, el alfiler me lo regaló la marquesa de Llanzol —respondió el teniente coronel Ignacio Molina.

Esto último, el teniente coronel lo recalcó con cierta virilidad, dando a entender su influencia en los círculos selectos, donde las mujeres secan sus pliegues más íntimos con polvos de talco. Con ese aire de hombre interesante que utilizaba con ciertas señoras, el teniente coronel Ignacio Molina se sirvió un vaso de aguardiente para inclinarse hacia el Tachuela, que puso una mueca de desagrado cuando le alcanzó la voz grosera.

—¿Has cambiado el aceite a las sartenes?

Todos se mantenían en silencio en torno a la mesa. Juan Vargas se secó el sudor de la frente con el revés de la mano y acto seguido, apartó el estuche de la guitarra del tronco de la palmera para coger la escoba que estaba detrás. El teniente coronel Ignacio Molina retiró su hocico de la oreja del Tachuela y se bebió de un trago el aguardiente. Luego hizo una señal a Rafalillo para que se acercase a lustrarle los zapatos.

—No me dejes una puta mancha, ¿eh? ¡Ni una puta mancha, Académico!

—¿Cuándo le he dejado yo a usted mancha alguna? —preguntó Rafalillo, con tono de holganza, mientras de su maletín sacaba la servilleta de blanco impoluto.

Pero el teniente coronel Ignacio Molina no contestó. Se limitó a formular la única pregunta que parecía interesarlo.

—¿Va a venir esta noche?

—Eso parece, pero está muy marcada —contestó el limpiabotas en un tono bajo, apenas perceptible.

—¿Por quién?

—Por uno que ha puesto el comandante inglés. Un joven también inglés que está como un mulo y su cobertura es la de matarife.

—¿Y el chófer?

—No se sabe bien de qué parte está... O sí. Siempre está de parte del dinero.

—Claro, es catalán —aseveró el teniente coronel Ignacio Molina, con una

sonrisa obscena.

Todo este diálogo se desarrolló entre bisbiseos, sin perder el tono bajo y salivado, como si el teniente coronel y el limpiabotas estuvieran en un confesionario. Juan Vargas pudo preservar para el futuro algunos retazos de aquella conversación fechada a mediados de octubre de 1941, durante el veranillo del membrillo, que llaman a esta época. Años después, cuando todo había pasado aunque el temor seguía, Juan Vargas reconstruyó los antecedentes del suceso para encajar las piezas. Entonces se daría cuenta de la importancia de aquel diálogo del que captó algunas cosas mientras barría el suelo y arrimaba el oído. La noche había oscurecido el patio y el viento hacía cimbrear la palmera con su penacho amenazante, igual a un péndulo que midiese los latidos del corazón y de la guerra. El cojo Peroche y el Tachuela estaban en la barra, aprovechando el momento en que el teniente coronel Ignacio Molina murmuraba con Rafalillo mientras le limpiaba los zapatos.

—Un *gentleman*, eso es lo que es el comandante inglés, un auténtico caballero —explicaba el limpiabotas mientras pasaba el cepillo por el charol.

—¿Qué insinúas con eso? —interrogó el teniente coronel.

—Que a mí me suelta un par de billetes cada vez que le limpio los zapatos.

—Eso no es que sea un caballero, eso es fácil cuando se pilla dinero. La misión de los militares ingleses se paga bien. Tanto como aquí a los toreros aunque los mariquitas de los ingleses no tengan arte ni se jueguen la vida. En el fondo la patria es una cuestión de suerte. No tendremos dinero pero hemos tenido la gran suerte de ser españoles. ¡Arriba España!

—No me malinterprete, por favor —dijo sumiso el limpiabotas, con las palabras arrastradas hasta lo más bajo—, lo que quiero decir es que, en tiempos de guerra, un detalle se agradece.

El teniente coronel Ignacio Molina tuvo un acto reflejo y se echó mano al bolsillo de la chaqueta, asegurándose de que estaba a buen recaudo su cartera. Luego siguió con la conversación:

—Ya no es tiempo de guerra. Gracias al Caudillo vino el tiempo de paz. Después de todo, la guerra no la quería nadie y al final, los que no huimos nos quedamos pegándonos tiros. Alfonso XIII murió en Roma este invierno pasado. Ya ve, pone dinero para pagar la cruzada y después de todo, no llega a ver la consumación de la gran obra que emprendió su continuador, el Caudillo, como representante de Dios en la tierra.

El teniente coronel Ignacio Molina tenía esos arrebatos que le empapaban de emoción patriótica los ojos. Rafalillo, el limpiabotas, le dejó desahogarse

con aquellas realidades abstractas de patria, honor y lealtad. Después de escupir sobre la punta del zapato del teniente coronel, le aseguró con toda la pereza en su expresión:

—Queda su hijo, Juan de Borbón.

—Ya —dijo el comandante como si no quisiera entrar en detalles.

Rafalillo empezó a restregar la servilleta de paño sobre los zapatos acharolados. Lo hacía con su habitual desidia y con su hablar lento:

—¿Y sabe lo que pienso? Pienso que la culpa de todo lo que pasa en el mundo la tienen las mujeres. Ya lo dijo Heródoto.

El teniente coronel Ignacio Molina asiente, como si supiera quién es Heródoto y el limpiabotas se da cuenta de la oportunidad y empieza a decir, en tono despreocupado, que hay una parte escrita en la historia en la que Heródoto afirma que en el conflicto de Oriente con Occidente no fueron culpables ni griegos ni persas, sino un tercer pueblo, dedicado al comercio y a la guerra por igual.

—Los fenicios —aseguró Rafalillo, llevándose la mano a la boca, como si estuviese hablando de algo que el comandante conociese.

—Sí, claro, los fenicios.

—Los fenicios —siguió Rafalillo— no fueron más que los judíos de entonces, que expoliaron Tartessos y ahora quieren expoliar la banca internacional.

—Sí, claro, los putos fenicios —volvió a repetir el teniente coronel Ignacio Molina.

Rafalillo siguió contando que los fenicios se dedicaban a raptar mujeres. El tono servil y despreocupado empezaba a tomar matices de lascivia como si la dominación de un pueblo sobre otro excitase el discurso.

—¿Y sabe usted que Heródoto empieza a describir el mundo por el asunto del rapto de mujeres porque sigue las reglas de la propaganda? Los relatos de secuestros de mujeres cumplen con la intriga suficiente para mantener en vilo a la audiencia. Por eso hay tantas mujeres que se dedican a lo mismo.

El teniente coronel, que sabía por dónde iba Rafalillo, alzó las cejas y Juan Vargas dejó de barrer para secarse el sudor de la frente y decir:

—Hace demasiada calor. Cuando las moscas detienen su vuelo quiere decir que va a apretar el levante.

Sin mediar palabra, el teniente coronel Ignacio Molina se miró los zapatos y se levantó de la silla. Saliendo del patio, fue hacia la barra donde estaban el Peroche y el Tachuela.

El Peroche empuñaba un vaso de aguardiente y el Tachuela afinaba la guitarra. En sus rostros se reflejaba la impaciencia. Aunque ninguno lo decía, en el ambiente flotaban las ganas de que llegase la Petenera, a salvarlos de la distracción del teniente coronel Ignacio Molina que se entretenía en jugar a los interrogatorios.

—¿Qué se cuentan estos dos gandules? —inquirió el teniente coronel, aproximándose despacio, con las manos en los bolsillos y la barbilla alta, marcando sus pasos relucientes sobre las baldosas de la venta.

El Tachuela dejó de tocar la guitarra y se llevó la mano al sombrero.

—Tú y yo tenemos que hablar —dispuso el comandante en tono chulesco.

Al Tachuela los ojos le hicieron remolinos y una mancha se extendió por su pantalón como una vergüenza. El teniente coronel Ignacio Molina lo cogió del cuello y lo fue empujando hasta llegar a uno de los reservados que había cruzando el patio. El sombrero cordobés se cayó en el forcejeo y el teniente coronel Ignacio Molina lo pisoteó, dejándolo abollado en el suelo. Tras ello, encendió la luz del cuarto, dejando la puerta entreabierta. Para que escuchasen y se supiese quién es la autoridad.

—Cuéntame detenidamente lo que sucedió —ordenó el teniente coronel, soltándole del cuello.

—Ya se lo conté la otra vez —respondió el Tachuela atemorizado, con el caracolillo cayendo sobre su frente arrugada por el miedo.

—Pero es que se me han olvidado cosas y pienso que a ti también. Para mentir tienes que tener buena memoria. ¿A qué olía?

—Olía a tabaco y a loción de después del afeitado, colonia de hombre, de barbería cara.

—Ya —dijo el teniente coronel Ignacio Molina.

El silencio se apoderó del cuarto. Parecía que incluso el viento se amilanaba ante la presencia autoritaria de aquel teniente coronel de la Guardia Civil que había llegado vestido de paisano.

—¿Y qué fue lo que te preguntó?

—Ya se lo dije.

—Pero es que se me ha olvidado.

El teniente coronel alzó los crespones negros de sus cejas y el Tachuela no necesitó más para empezar a contar lo que le sucedió una de las veces que iba para el matadero, a por carne de solomillo, de la que se guardan los matarifes para luego venderla al mejor precio. Al otro lado de la puerta entreabierta, Juan Vargas seguía la conversación entre sudores que ya empezaban a

empapar la camisa.

—Iba a hacer un favor aquí a la casa y me acerqué al matadero, a por la carne especial —confesó el Tachuela.

El teniente coronel Ignacio Molina se acercó arrimando mucho sus cejas y con una expresión violenta en la cara.

—No creo que Juan Vargas compre carne de estraperlo. La verdad es otra, ¿no te acuerdas, Tachuela?

Juan Vargas resopló, al otro lado de la puerta.

—Es la verdad —aseguró amedrentado el Tachuela.

El aliento del teniente coronel Ignacio Molina le quemaba la oreja:

—La verdad no es esa, Tachuela —chascó la lengua, dentro de su oído—. La verdad es que fuiste a hacer una chapa con el extranjero ese que trabaja en el matadero. ¿Cómo se llama?

—*Deivid* —dijo el Tachuela con la voz entrecortada.

—David —le corrigió el teniente coronel Ignacio Molina, retirando su lengua del oído—. No olvides que aquí, en España, se habla cristiano.

—David —repitió el Tachuela.

—Entonces, ibas al matadero y te dieron un golpe y cuando recobraste el conocimiento estabas en una habitación acompañado por un hombre con un parche en el ojo y un garfio por mano.

El Tachuela dijo que sí con la cabeza y el teniente coronel Ignacio Molina siguió con el interrogatorio:

—Y con el hombre del parche y el garfio, había otro hombre vestido con un kimono rojo que olía a loción de barbería cara y fumaba en boquilla.

—Sí —afirmó el Tachuela.

En ese momento, a través de la ventana que se batía con el viento, se coló el ronroneo de un motor. Luego, el golpe seco de la puerta y los tacones rumbosos sobre las losas de la entrada.

II

Todo hombre tiene un demonio personal esperándole en alguna parte y el comandante Fleming encontraría el suyo durante la guerra. El Destino había firmado su encuentro en el sur del mapa europeo, en Gibraltar, para ser concretos. Un lugar fronterizo donde el comandante Fleming llegaría una tarde de mediados de febrero del año 1941, acompañado por el mayor William Donovan, un tipo duro, imprevisible y violento al que todo el mundo conocía como Wild Bill.

Ahora ya casi nadie lo recuerda, pero hubo un tiempo en que citar el nombre del mayor William Donovan era citar toda una autoridad en asuntos militares. Fue el hombre de confianza de Roosevelt en la guerra y los periódicos de la época se referían a sus hazañas como las del más grande militar de todos los tiempos, poniéndole por delante de Napoleón.

Durante el trayecto en avión, el mayor Donovan se mostraría amodorrado, culpa del *brandy* que fermentaba en su estómago con letargo. El comandante Fleming le observaba de reojo y disparaba el humo de su cigarrillo hasta hacerlo flotar en el vacío igual a la bruma que flota sobre el océano que, en aquellos momentos, sobrevolaban.

—Las aguas que separan dos mundos —decía el comandante Fleming mientras colocaba la boquilla de ébano al siguiente cigarro— son las aguas de la civilización antigua. Pero estas aguas que ahora pasan por debajo de nosotros, las del Atlántico, son las aguas del héroe moderno. —El comandante Fleming encendió su mechero y arrimó el cigarro a la llama y siguió en el mismo tono épico—. Estas aguas tenebrosas e imperiales son aguas de nuestro tiempo, a diferencia de las aguas del Mediterráneo, que son las aguas de un charco, de un mar venido a menos, de un mar para una civilización ya superada que forma parte del pasado. Un mar para héroes clásicos. El héroe moderno tiene un océano y es este —y señaló hacia la ventanilla con la punta de su cigarro—, el Atlántico.

Al mayor Donovan aquellas cosas del comandante Fleming le parecían producto de una mente enferma, conversaciones de gente con una pedantería

afeminada que con ella creían poder burlar cualquier obstáculo, ya fuera alambre de espino, muro o fortificación.

De vez en cuando, el mayor Donovan sin desenvolverse del letargo, abría un poco los ojos y miraba al comandante Fleming como si fuese sospechoso de robarle el sueño. Cuando sobrevolaron la Península Ibérica, el comandante Fleming empezó a opinar sobre lo fea que resulta la guerra vista desde las alturas. Desde su asiento, señalaba tras la ventanilla los pueblos españoles.

—Agujereados como esponjas —dijo, detallando con su mirada de águila la sangre y la metralla que habían dejado su rastro sobre la corteza de la península.

El mayor Donovan seguía aplastado en su asiento, con el ojo a medio abrir mientras el comandante Fleming continuaba:

—Hitler no tiene conocimiento alguno de todos sus terrenos conquistados y menos aún conoce los rincones que ha destruido. En el fondo le basta con un cuartito donde tender una cama mientras la Eva Braun le mantiene el disparador prieto en el puño.

El comandante Fleming sonrió su propia ocurrencia y siguió con la cuerda suelta de su ingenio:

—Hasta que el Führer lanza una serie de proyectiles en el túnel de su garganta, ella no para. En el fondo Hitler no necesita más, pero para sentirse emperador, para satisfacer esa necesidad, conquista tierras y las destruye.

El comandante Fleming se llevó a los labios el ébano de su boquilla. Después de aspirar el humo, prosiguió:

—Para que le ponga a punto la artillería, para eso necesita a Eva Braun. La guerra y el sexo son dos términos a los que separa una sombra tan delgada que a veces se hace invisible. Como el humo en la niebla. —Soltó el humo y prosiguió—: O como el carmín y la sangre en una copa de vino.

Pero al mayor Donovan parecía no interesarle las reflexiones del comandante Fleming y se aplastó aún más en el asiento del avión mientras mantenía la copa de *brandy* en perfecto equilibrio entre sus manos, toscas y rápidas como corresponde a un militar. El comandante Fleming se fijó en ellas, percibiendo que la edad ya había empezado a salpicarlas de manchas, dándoles todo el aspecto de la piel de las truchas. Llevado por una preocupación temporal, el comandante Fleming se miró las suyas. Sonrió y señalando de barbilla el paisaje que se colaba tras la ventana del avión, dijo:

—Ahí está Gibraltar, donde Molly Bloom perdió su virginidad.

Dicho esto, el comandante Fleming arrancó a recitar un pasaje del *Ulises*

de Joyce, y la boca del mayor Donovan se torció en un tajo de profundo aburrimiento, cercano al bostezo. Tomó un trago de *brandy* para mirar con desgana a su acompañante.

\* \* \*

Sobrevolando un campo recién segado, el avión empezó a perder altura. El comandante Fleming, con la boquilla entre los dientes, se agarró con las dos manos al asiento. En contraste, el mayor Donovan, durante el tiempo que duró el aterrizaje, siguió manteniendo de forma ejemplar el equilibrio de su copa de *brandy* sobre la barriga. Hay que señalar que el comandante Fleming cerró los ojos cuando el avión rozó árboles y tejados de lo que supuso que debía de ser un pueblo llamado La Línea de la Concepción. Acto seguido, el avión saltó sobre su tren de aterrizaje y se precipitó a entrar en una pequeña pista.

Un golpe hizo estallar la caja de la cabina en un granizado de cristales y dentro del avión todo se movió menos el cuerpo del mayor Donovan, ajeno al aterrizaje, que seguía en la misma posición, con la copa de *brandy* sobre la panza y aplastado en el asiento. Cuando las hélices pararon y todo parecía fuera de peligro, el comandante Fleming alzó su mentón para mirar por la ventanilla y ver un coche acercarse. Se trataba de un Rolls-Royce Phantom II modelo 1930 del cuerpo diplomático. Con las mandíbulas prietas, la boquilla entre los dientes y el semblante tenso, el comandante Fleming cogió su maletín de mano dispuesto a abandonar el avión cuanto antes. El mayor Donovan observaba desde el asiento. Tras apurar su copa de *brandy*, exclamó:

—¡Qué corto se me ha hecho el viaje!

Pero el comandante Fleming no lo oyó; estaba bajando del avión. Con la boquilla prieta en la boca y el cigarro humeante, el comandante Fleming contemplaba la pista de aterrizaje; una estrecha cinta de alquitrán. En uno de los márgenes, una pareja de monos fornicaba entre chillidos estridentes. El comandante Fleming, llevado por cierto acto reflejo que revelaba su pudor, apartó la vista y miró al frente, donde se erguía la Roca. Toda su grandeza, vista de cerca, resultaba raquítica. El mitológico Peñón podía caber dentro de su mirada.

Un codazo le importunó.

—¡Allí está Jock!

El mayor Donovan señalaba el Rolls-Royce y la figura de un anciano

vestido con guerrera militar y pantalón corto. Bajaba del coche con cierto esfuerzo, como si le dolieran las rodillas hinchadas de carne. Le sostenía la puerta un tipo de cabeza rapada y cuello vasto. El comandante Fleming se fijó en el detalle de sus guantes blancos, en la chaqueta desabrochada para desenfundar mejor; la pistolera bajo la axila. Cuando le tuvo cerca, el comandante Fleming le respiró igual que hacen los perros de las campiñas inglesas. El hombre del cráneo rapado despedía un penetrante olor a linimento. El comandante Fleming, además de respirarlo, le clavó los ojos con la mirada ojerosa, como sólo lo saben hacer las aves rapaces y los vástagos de la clase alta inglesa.

El de la cabeza rapada sonrió de lado y se puso a mirar a los monos, que seguían dale que te pego, en su evolución de movimientos carnales, cada vez más acelerados. El mayor Donovan hizo un comentario obsceno y fue cuando el anciano de las rodillas desnudas avanzó un poco, pisando los cristales que rechinaban bajo sus botas de campaña. Iba andando hacia ellos y cuando los tuvo cerca, hinchó el pecho. Llevando su mano a la visera de su gorra, se presentó con su nombre de pila y su grado:

—General Clive Gerard Liddell, gobernador militar de esta colonia. ¡Sean bienvenidos a Gibraltar! —exclamó torciendo la boca bajo su bigote cano.

El general Jock, como se le conocía familiarmente al gobernador, intentaba aparentar el porte marcial pero el reuma le jugaba tan malas pasadas que le hacía parecer un robot mal articulado. Después de presentarse, se desinfló y la pareja de macacos, que ya había terminado con el trajín, aprovechó la presencia de los recién llegados para acercarse también a dar la bienvenida. Cuando los monos se agarraron al pantalón del comandante Fleming, el viejo gobernador Jock aseguró:

—Estos monos pasan hambre y quieren comer antes de ser comidos.

—¿Quiere decir que aquí se los comen? —preguntó el comandante Fleming.

—Efectivamente.

El comandante Fleming no pudo evitar el gesto de asco. Con sus dedos largos y huesudos pegó una toba teatral al cigarro que salió de la boquilla, al suelo.

—Imagino que con hambre todo es posible —apuntó el mayor Donovan.

El gobernador sonrió bajo su bigote cano y aclaró en tono de camaradería:

—No, aquí no se pasa hambre, mi querido Wild Bill. Tenemos más provisiones que en las islas. Aquí nos comemos a los monos porque su carne

es muy apreciada, sobre todo los testículos.

Al comandante Fleming le llamó la atención que uno de los monos cogiese la colilla, aún caliente, del cigarro y se pusiese a chuparla hasta sacar humo.

—El aterrizaje aquí es dificultoso —siguió diciendo el gobernador Jock, mientras invitaba a los recién llegados a entrar en el Rolls-Royce—. Yo me libré. Vine en barco, cuando aún no había empezado la guerra, con mi esposa. La travesía fue una pesadilla de vómitos para ella pero en avión lo hubiese pasado peor. Cuando llegamos a estas tierras, lo celebré diciéndole a mi esposa: «Esta noche follamos sobre tierra firme».

Cuando su conversación iba cogiendo tono, el gobernador Jock le ponía el típico acento que usan los colonos para hacerse los simpáticos. Se trataba de un militar de la vieja escuela, un hombre tan complejo como su aliento que revelaba la mezcla de licores ingeridos. Así lo escribiría el comandante Fleming en lo que iba a ser su primer informe donde también apuntaría que el gobernador militar había abandonado para siempre su búsqueda del orden y que lo había hecho para sumergirse en la morbidez y el caos, como si el orden no pudiese sustituir a la felicidad originada por los rincones más oscuros de la lujuria, a los que era el gobernador militar adicto. «En el fondo le compadezco —escribiría el comandante Fleming—. Ser un amargado hijo de puta tiene que resultar muy duro de llevar». Con estas cosas, el comandante Fleming, más que informar sobre el gobernador, se estaba interpretando a sí mismo.

El rojo del atardecer coloreaba el cielo cuando el Rolls-Royce arrancó. El olor a linimento inundaba su interior. El hombre de la cabeza rapada lo conducía con la soltura que dan los años al volante. Se había cubierto los ojos con unas gafas de sol y a su lado, el gobernador Jock buscaba las suyas en el bolsillo de la guerrera. Cuando dio con ellas, dijo en el idioma de Gibraltar:

—Más que cegadoras, las puestas de sol aquí son jodedoras.

—Criticar una puesta de sol siempre ha sido una manera de criticar a Dios —apuntó sonriente el comandante Fleming, desde el asiento de atrás, llevándose la mano a las cejas, en forma de visera.

Hubo un silencio. El vacío llenó el interior del coche y el olor a linimento se hizo más presente. Entonces, el comandante Fleming, por no llevar la contraria a Dios ni tampoco al gobernador, enmendó su discurso, improvisando con lo primero que le vino:

—Después de todo, la costa es más bonita desde las alturas. Una vez en tierra firme, resulta decepcionante, igual que una pintura vista muy de cerca,

donde se aprecian los golpes de espátula y las pinceladas.

A través de las ventanillas, el comandante Fleming seguía hablando mientras contemplaba el atardecer con ojos achinados. El contraluz del Peñón, salteado de casas en la ladera, era lo más parecido a los restos de una tarta imperial a punto de hundirse. Despojos de una grandeza colonial que en tiempos de guerra estaba siendo muy valorada por su condición estratégica.

El coche entró despacio en una calle escasa, apenas había sitio por donde pasar, rodeada de sacos y alambre de espino. Unos militares se cuadraron cuando vieron aparecer el Rolls-Royce. El comandante Fleming se fijó en la cara de aquellos hombres que, llevados por la guerra, habían disuelto sus identidades personales en el idealismo de la nación. «Parecen espectros con fusiles» escribiría en uno de sus informes.

El Rolls-Royce maniobró para llegar hasta unos sacos de arena, apilados a la entrada de un soportal. El hecho de que Gibraltar se estuviese destruyendo y que pudiese desaparecer del todo, le daba al sitio un aire decadente, no exento de dramatismo; el tono ocre de la luz, a esas horas, le ponía cierto carácter de mortalidad. Para el comandante Fleming, aquel cuadro evocaba un mundo lleno de secretos a punto de ser revelados.

—Si no fuera por la guerra, Gibraltar sería triste y vulgar igual que una ciudad de provincias inglesa —apuntó el gobernador Jock mientras pellizcaba sus rodillas, como si el viaje en coche se las hubiera dejado dormidas.

Era verdad, el paisaje parecía una obra a punto de venirse abajo, esperando a ser demolida por un viento que retumbó cuando abrieron las puertas del coche. El gobernador, apoyándose en el capó del Rolls, consiguió empezar a caminar. Con los primeros pasos, fue contando cómo fue lo del desalojo de Gibraltar.

—Bocas inútiles sólo dejé las de los monos. Así a los hombres que se quedaron se les pudo rebajar los derechos y las libertades. En tiempo de guerra, siempre hay que estar cerca de la trinchera.

—Eso está muy bien —apuntó el mayor Donovan.

—Cómo lo sabe usted, mi viejo amigo Wild Bill —le dijo con camaradería el gobernador.

—En una guerra, los precavidos son los primeros que suelen resultar muertos —remató el mayor Donovan, mirando al comandante Fleming que le sonrió.

Con su sonrisa, el comandante Fleming daba a entender que había pillado la indirecta. Pero también sonreía porque estaba asistiendo a la

transformación de un guerrero, un proceso que ocurre cuando el soldado que anida en todo militar se aviva por momentos. De esta manera, el cambio estaba operando en el interior del mayor Donovan que, seducido por la idea de entrar en acción, dejaría de ser un militar aletargado con su copa de *brandy* sobre la barriga. En aquellos momentos gibraltareños, el mayor Donovan reviviría los instantes previos a emprender combate. Lo revelaban sus ojos, la satisfacción de su cara al contemplar el mundo preparado para la gran batalla.

Entonces, el comandante Fleming aprovechó:

—Necesitaremos la ayuda de Estados Unidos. Sin la ayuda americana, la guerra está perdida.

Aquel era otro aspecto de la misión encomendada. Persuadir al mayor Donovan de lo imprescindible que debía ser para los Estados Unidos entrar en la guerra contra Hitler. La actitud vacilante de Roosevelt cambiaría cuando recibiese el informe del mayor Donovan; de eso estaba seguro el comandante Fleming. Se lo decía esa especie de sentido que permite saber las cosas antes de que sucedan.

Sin ir más lejos, durante aquella noche en la residencia del gobernador, el mayor Donovan se lo reafirmaría. Además de beber, el mayor Donovan no hizo otra cosa que hablar de guerras. En su conversación cargaba un realismo de patio de vecinos, enumerando telarañas, piojos, ladillas y lombrices culeras, como si el mundo fuera un cadáver lleno de parásitos que hay que limpiar. El comandante Fleming no tuvo dudas entonces de que los americanos, antes o después, iban a entrar en guerra.

El curso de los acontecimientos haría saltar los resortes de la razón del comandante Fleming, siempre tan dispuesto a cruzar límites. Pero de momento, acaba de llegar a Gibraltar con un maletín de mano, y cruza la puerta de un edificio colonial de ventanas ojivales que se conoce como el Convento. Unas campanadas resuenan muy cerca, como el gong de un combate de boxeo. Dos guardias, con el penacho típico inglés, saludan al paso torpe del gobernador Jock. Uno de ellos se acerca hasta el comandante Fleming para cogerle su maletín de mano, a lo que el comandante Fleming rehúsa con un «por favor, no se moleste».

—¿Qué lleva en su maletín? —preguntó el gobernador Jock con curiosidad—. Si puede saberse.

—Objetos personales, mudas, loción de afeitado, botiquín de primeros auxilios, un libro... —enumeró el comandante Fleming.

—Vaya, nunca imaginé que los comandantes leyeran —dijo el gobernador Jock.

Forzó la sonrisa y estiró el bigote cano para concluir:

—Siempre pensé que lo de leer era cosa de soldados.

La luz de la tarde moría en la ventana, dejando paso a las sombras y fue entonces, en ese preciso instante, cuando el comandante Fleming vio por primera vez a la Petenera.

\* \* \*

Bien puede decirse que la vida del comandante Fleming había sido una racha de ensayos para una obra que daba comienzo en ese preciso instante. *Golden Eye*, la titularía, poniendo nombre a algo más que una oficina del servicio de contraespionaje británico. La protagonista iba a ser la misma mujer que ahora descendía por las escaleras luciendo un vestido con volantes y flecos y lunares; una tela que recogía en su mano para no arrastrar el vuelo. De esta forma tan distinguida mostraba lo suficiente la piel de luna oscura; el arranque de los muslos. También la navaja ceñida a la liga.

Vista desde abajo, su cuerpo era la escultura viva más sólida y admirable que el comandante Fleming había podido contemplar hasta entonces. A media distancia era imposible aguantar el tipo ante aquella mujer y no aproximarse para verla más de cerca.

El gobernador Jock la presentó a sus acompañantes.

—¡Ella es Juana, la Petenera! —exclamó orgulloso ante la presencia de aquella mujer en sus dominios.

Había que haberla visto, diría tiempo después el comandante Fleming, cuando su recuerdo era tan vivo que ya no podía desprenderse de él, ni tampoco disimularlo por mucho que lo vistiera con el silencio. El traje de volantes, ceñido al cuerpo, se hacía más riguroso a medida que la Petenera descendía por la escalera. Al comandante Fleming también le despertó el instinto que a todo macho le cuelga por dentro pero, pongamos, en un modo más refinado que a cualquier otro. La Petenera poseía esa sensualidad activa que tanto excita a gentes de paladar masoquista.

Tal vez fuera por la abundante melena, con el brillo azabache de la crin de una yegua que incita al tirón y al correaje. Tal vez. Pero de lo que no hay duda es de que el comandante Fleming advirtió las curvas bajo el vestido, los planos bien tallados de su vientre, los pechos cautivos y aquella extraña sonrisa de dolor que no pudo completar cuando cruzaron las miradas. Ella le

tendió la mano y el comandante Fleming se acercó con sus labios. Al ir a besarla, emitió un ruido sordo, como si se hubiera tragado una serpiente de cascabel. Entonces a ella le vino un escalofrío profético, un temblor que presagiaba las complicaciones inminentes. El comandante Fleming lo advirtió.

Siempre recordaría aquel momento en el que la memoria y la culpa se juntaron como respuesta a la orgía de sangre que estaba siendo la guerra. El comandante Fleming, que sabía leer en la sombra de una persona, advertiría que el rasgo más característico de la Petenera no era otro que la penetrante expresión de sus ojos, cargados de lejanías y deseos. Así lo escribiría en su informe, culpa de la inspiración y el jerez ingerido; un código cifrado pero no exento de literatura y que al final quemaría por ese pudor que a veces le asaltaba.

—Mi nombre es Fleming, Ian Fleming —se presentó con su acento extranjero, pronunciando mucho la erre.

Como si estuviera muy interesado en el oficio de aquella mujer, el gobernador Jock apuntó que era bailaora. El comandante Fleming excitó sus pupilas. Todo indicaba que el gobernador, diciendo «bailaora» estaba queriendo decir otra cosa, otro oficio, otra profesión más acorde con los pensamientos del comandante Fleming. Pero el gobernador vino a aclarar dudas explicando que aquella deslumbrante mujer era una «*spanish dancer*». Esto último lo dijo haciendo remolinos con los dedos artríticos. El comandante Fleming se quedó pensativo:

—¿En qué piensa? —le preguntó ella, acercándose a él sin dejar de sujetar el vuelo de la falda.

Se lo había preguntado con toda la calidez de su voz, como si de verdad le interesasen mucho los pensamientos del comandante Fleming.

—¿Que en qué pienso? —preguntó el comandante, sorprendido—... Pues pienso que resulta imposible estar en Gibraltar y no escuchar la voz sensual de Molly Bloom —contestó él, sin replegar la mirada de águila.

Entonces el gobernador Jock desde atrás, sin perder de vista el juego, apuntó:

—Ah, ya, la Molly Bloom, el personaje de la *Odisea*.

—Ya empiezan los eruditos —farfulló el mayor Donovan.

El comandante Fleming no quiso dejar en evidencia al gobernador y con una ligera sonrisa, prosiguió:

—Molly Bloom, cuya infancia la pasó en Gibraltar. Molly Bloom, la

madre tierra de la literatura donde perdió su virginidad la vanguardia. Mo-lly Blo-om —silabeó el comandante Fleming, paladeando aquel nombre como si tuviera pegado al paladar un caramelo venéreo.

El mayor Donovan se rascó la entrepierna, prieta entre sus ropas de campaña, y la Petenera, como si no fuese con ella el gesto, miró para otro lado y dirigiéndose al comandante Fleming, le preguntó:

—¿Es usted poeta?

—No, qué va. Soy espía —contestó él.

Una vez cerrada la puerta de la sala, y ante la mirada censuradora del gobernador, el comandante Fleming se explicó:

—Lo tengo estudiado. Hay que actuar así en distancias cortas.

El comandante Fleming daba a entender que la única manera de ocultarse como espía era revelando su propia condición de espía. Lo hacía conteniendo la euforia o algo parecido, según revelaría tiempo después. En aquellos momentos, recién llegado a Gibraltar, presentía que aquella mujer que acababa de ver, la *spanish dancer*, le iba a llevar a un territorio jamás conquistado por el placer de un hombre. Con estas cosas, el comandante Fleming se echó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, buscando algo pero luego rehusó, o se arrepintió, o se contuvo y trazó un garabato con sus dedos, en el aire, para decir:

—Las distancias en un sitio tan pequeño son tan cortas que se llega a intimar con el enemigo de manera indebida. Por lo mismo, cualquier espía que tratara de pasar desapercibido en Gibraltar, sería puesto en evidencia muy pronto.

El mayor Donovan rio tan fuerte que enseñó los últimos molares remellados de su quijada. Frente a él, el gobernador Jock no se daba por convencido y reprendió al comandante Fleming.

—Pues yo no sé, pero esta forma de guerra moderna, con sus tácticas de despacho, dista mucho de la que conocí en su día. Eso que ha hecho usted es lo que aquí, en estas tierras de toros bravos y hombres primarios, llaman arrimarse mucho a los cuernos. —Y señaló una cabeza de toro colgada de una de las paredes del salón.

La decoración era una mezcla de piezas adquiridas en destinos anteriores; botines de guerra, podría decirse. El comandante Fleming creyó descubrir un sombrero mexicano y un candelabro de doble brazo junto a unas máscaras venecianas que le llamaron la atención más de la cuenta pues se aproximó a mirarlas detenidamente. Una era de Polichinela, con su nariz ganchuda y lasciva, entre medias de otras dos que si mal no recordaba Fleming, eran la de

Colombina y la del doctor Peste. El comandante Ian Fleming arrugó el gesto ante la proximidad del olor que desprendía aquella máscara, como si alguien la hubiese introducido en el mismísimo callejón que le da nombre. Por lo demás, la sala era como tantas otras salas de embajada, con su mesa puesta y sus servilletas de hilo, cuchillos y tenedores bañados en plata. A un lado, un mueble cubierto de botellas talladas que contenían *brandy* y jerez.

—Ese es un toro que mató Juan Belmonte, torero de esencia antigua pero a lo nuevo —apuntó el gobernador Jock señalando la cabeza de la res brava que presidía la sala.

El comandante Fleming puso cara de no saber quién era Juan Belmonte — ni de conocer tampoco las esencias taurinas—, y tras servirse una copa se sentó junto al mayor Donovan que empezaba a hablar de sus campañas militares, con la lengua enfangada por el barro bélico humedecido en vino de Jerez. Hablaba de sus tiempos de cadete, en los que se ponía a practicar con los dados sobre el suelo de la guerra cuando su batallita se vio cortada por unos lamentos que atravesaron las ventanas. «Gemía como una perra a la que estuviesen degollando» escribiría el comandante Fleming con todo el golpe poético de sus palabras codificadas para un informe que al final acabaría destruyendo.

El mayor Donovan sonrió con la mímica de un ranchero dispuesto a montar a pelo. Por debajo de la mesa le pegó un puntapie al comandante Fleming. Acto seguido gesticuló con el brazo erecto y el puño cerrado. Entonces el gobernador Jock ordenó:

—¡Que cierren las ventanas!

Fue cuando aparecieron dos hombres de igual tamaño, ropa y movimientos. Ambos iban ataviados con túnica color azafrán y se cubrían con turbante la cabeza. Remataban el tocado con una piedra brillante como un lucero. En aquellos momentos, los dos hombres forzaron su retorcida sonrisa de confusión, hicieron unas cuantas reverencias y fueron cerrando las ventanas. De seguido, hizo acto de presencia una mujer que llevaba el pelo recogido en un moño y tenía la piel blanca, de una textura cercana a la mantequilla. Al gobernador Jock le dedicó un perezoso saludo como quien limpia una ventana. A los demás invitados ni los miró.

—Es Hilda, mi esposa —apuntó el gobernador, sin poder evitar cierta vergüenza.

Acto seguido, imperó para que empezaran a servir la mesa y advirtió a su mujer que no quería verla pulular por ahí, que iba a mantener una cena

privada con sus dos invitados, que se acostaría tarde, o no se acostaría. También dio a entender a su esposa, que si le entraba la gana se acostaría con otra. El comandante Fleming no perdía detalle del grado de abandono al que había llegado el gobernador Jock.

Una vez que Hilda y los criados hindúes desaparecieron, al gobernador se le calentó la lengua y se puso a contar que el alzamiento del 18 de julio por parte de Franco fue apoyado por la Royal Navy británica y sus servicios secretos.

—El paso del ejército desde África a España no hubiese sido posible sin nuestra colaboración. Franco está en deuda con nosotros pero claro, siempre favorecerá a Hitler.

—Entiendo —dijo el comandante Fleming—, por eso hay tantos espías en España que trabajan para los alemanes y son muy pocos los que trabajan para nosotros. Incluso aquí mismo, en Gibraltar, según las noticias que tengo es que aquí dentro hay también espías alemanes.

El gobernador Jock sonrió bajo el bigote cano y aclaró:

—No se confunda, el perfil de esos espías obedece a unas características muy concretas. Tienen que tener acceso a Gibraltar y es difícil encontrar adeptos al Reich entre los obreros españoles que vienen por aquí a *currelar*.

—¿*Currelar*? —preguntó el comandante Fleming, dejando las erres colgadas alrededor del labio húmedo de su boca.

—Sí, a comprar mercancía y venderla fuera de la frontera. La mantequilla inglesa, ya sabe, escuece menos. —Le guiñó el ojo, picarón, el gobernador.

El comandante Fleming captó el gesto y por expresarlo con su mejor rostro, devolvió la sonrisa al gobernador y preguntó:

—¿No hay caviar por estas tierras?

El gobernador detuvo su mirada en la cabeza de toro y pegó otra voz a su mujer, para que les sirviesen ya. Luego dijo:

—No, el caviar viene de Rusia y nosotros aquí apoyamos a Franco contra los Reds, igual que él hace ahora con Alemania... y con nosotros.

—Franco mantiene el equilibrio, lo que pasa es que le pesa el culo y al final va a caer —saltó el mayor Donovan, desde el otro lado de la mesa.

El comandante Fleming levantó el dedo, sin dejar de apoyar el codo sobre la mesa, en señal de que iba a venir una pregunta:

—Me gustaría saber qué piensa Hitler de los equilibrios del culo gordo.

—Anda y pregúntaselo a él mismo —dijo el mayor Donovan y arrancó a carcajear.

El comandante Fleming volvió a levantar el dedo para decir:

—Esa sería una de las claves de una misión norteamericana en Alemania, llegar a entrevistarse con el Führer para ver qué es lo que piensa de Franco.

—Lo podemos hacer por teléfono —soltó el gobernador Jock.

Tras las risas, llegó el silencio y de nuevo los gemidos. El gobernador, como si estuviera habituado y no se sorprendiese por la calentura que despertaba en sus invitados aquel sollozo, contó que al principio de la guerra civil española, el general rebelde Kindelán vino a presentar excusas por los daños ocasionados en el combate naval que habían tenido los aviones nacionales en el Estrecho y que tocaron de refilón la colonia.

—El viaje también fue aprovechado para coordinar la operación de llegada de aviones italianos y alemanes hacia España —aclaró el gobernador Jock con tono hiriente—. Las llamadas las hizo Kindelán desde aquí, desde nuestra central telefónica. La central de comunicaciones más importante de la Europa continental —concluyó el gobernador Jock.

Pero el comandante Fleming no se conformó. Sabía que toda la información que se saca con las primeras copas suele ser la más importante, de la misma manera que también sabía comportarse como un caballero para no acercarse mucho a la botella. Sin perder el rumbo, el comandante Fleming se manifestó:

—La guerra civil de España ya pasó, como pasa el primer acto de toda obra: el acto inicial, donde se presentan los personajes. Estamos en el segundo acto. Hágame el favor y siga diciéndome cómo es el perfil del espía que *currela* aquí.

El gobernador Jock miró como si no hubiese encajado bien el imperativo. Con una mueca de asco que perfiló su bigotito cano, se apresuró a decir:

—Son gente de Falange, un movimiento político heredado de los camisas negras de Mussolini. Los tenemos controlados pero...

—¿Pero qué? —atajó el comandante Fleming, inclinándose sobre el mantel.

—Pero no puedo expulsarlos de aquí, así por las buenas. Tendríamos lío diplomático con España. Tampoco los podemos ahorcar sin pruebas... —El gobernador se tocó el bigote, con preocupación.

—¿Entonces?

El gobernador Jock se encogió de hombros y soltó, en un suspiro:

—Ser discretos. Hay que ser discretos.

El mayor Donovan escuchó esto y rompió a reír. Otra vez las muelas de

ranchero asomaron en su boca. Cabe señalar que, en aquellos momentos, los gemidos se colaban entre las carcajadas de una manera que al comandante Fleming le importunaba. La expresión de su cara era la de un halcón aristocrático con ganas de emprender vuelo ante la provocación de la carne. Hundir su pico en la presa y superar la estricta educación que aún se mantenía arraigada dentro de su ser y que se evidenciaba en su actitud, siempre a la defensiva. El comandante Fleming no sabía alejar lo que podía destruirla. Todo lo contrario. Hasta entonces había dejado sitio al azar y a los demonios de la carne que movían el mundo. Nada de ello le era ajeno. De ahí la lucha que se iba a desencadenar en el interior del comandante Fleming. Una pelea al borde de un brocal húmedo y resbaladizo que mantendría consigo mismo y contra el viento de aquellas tierras. Una batalla que haría saltar los resortes de todo razonamiento lógico.

El mayor Donovan miraba con el ceño fruncido, en un esfuerzo intelectual que intentaba captar lo que el comandante Fleming quiso decir cuando afirmó que Churchill se planteaba la forma de librar una guerra como quien pinta un cuadro:

—Bien mirado, Hitler y Churchill son dos pintores frustrados que quieren pintar el mapa del mundo a su manera —concluyó el comandante Fleming, encantado de sí mismo y de su exposición de hombre cultivado.

—Si usted lo dice —le comentó el gobernador, poco satisfecho.

—Claro que yo lo digo. Ahora me gustaría ir al aseo —añadió el comandante Fleming.

—¡Bhalu, Bolangir! —imperó el gobernador, llamando a voces al servicio.

Aparecieron con la túnica azafrán y la expresión muda que suele encontrarse en los ojos de los animales cuando están acorralados. El gobernador Jock preguntó por la cena y sin dejar sitio a la respuesta, dijo en tono cuartelero que el comandante Fleming necesitaba el aseo. Entonces Bhalu y Bolangir indicaron con gestos al comandante Fleming que los siguiera. Así hizo él, siguiendo a aquellos hindúes a través de un pasillo por donde se oían los gemidos, cada vez más vivos y cercanos. El comandante Fleming entró en el lavabo y abrió un grifo, dejando tras de sí la puerta entreabierta. Por el espejo vio cómo las figuras de los dos criados se retiraban, perdiéndose por el pasillo. Fue entonces cuando el comandante Fleming salió de puntillas y empezó a abrir puertas, primero las más cercanas, que a la luz de su mechero se revelaban vacías.

Hubo una puerta que se le resistió. Estaba cerrada con llave. Tras ella, los

gemidos eran cada vez más largos. El comandante Fleming sacó un punzón de su bolsillo y lo introdujo en la cerradura. Entró a tientas y encendió su mechero, la rapidez de sus dedos era conocida en la profesión, sobre todo cuando una mujer andaba cerca. Pero en aquella habitación, no había mujer alguna. Era el despacho del gobernador Jock. El viento se colaba por la ventana abierta a la noche y hacía mover las cortinas. El comandante Fleming, aturdido, decidió salir y volver al lavabo. Cerró el grifo y volvió tras sus pasos. El eco de los gemidos lo envolvió mientras bajaba las escaleras.

En el salón le estaban esperando con la comida puesta en los platos.

—Oh, gracias por la cortesía —dijo el comandante Fleming, que se ajustó una servilleta al cuello de su camisa para no mancharse.

Los criados, con rostro serio bajo los turbantes, marcados los pómulos y ojos estirados hacia las sienas, servían con destreza y la ayuda de dos cucharas. Se trataba de un revuelto de huevos salteado con pan de migajón blanco y corteza crujiente. De no haberlo sabido, el comandante Fleming lo hubiera tomado con más gusto pero cuando el gobernador Jock, presidiendo la mesa, empezó a enumerar ingredientes y llegó hasta el principal, entonces Fleming no pudo contener su cara de asco.

El gobernador Jock justificó la exquisitez de la comida:

—Es un manjar, el mono de esta región es exquisito. Los funerales de los monos se llevan a cabo en una familiar intimidad; por eso es muy difícil encontrar un mono muerto. Tienen sus cementerios, aunque no a la vista. Por eso también hay que cazarlos vivos. Es complicado.

—Eso de los monos enterrando a sus muertos es una costumbre ancestral —aseguró el comandante Fleming, en un esfuerzo, evitando no asomar a la cara su mueca de asco— y es prueba de que el hombre viene del mono. Hemos tenido suerte. Sin duda alguna estos testículos que ahora comemos podían ser los nuestros si hubiese sido al contrario.

—El mono se desarrolló en humano porque hizo la guerra —saltó el mayor Donovan, como si el día que asistió a clase hubiese tocado aprender el tema de la evolución— cuando empezó a inventar armas para cazar y para defenderse del enemigo.

El gobernador asentía con la bola en la boca, moviendo el bigote blanco, lo más parecido a un autómeta, pinchando de la bandeja que estaba en el centro de la mesa. Se alzaba sobre sus puntillas, ahuecando su trasero de la silla, levantándose hasta donde le dejaban las rodillas.

—¿Usted cree que fue por eso? —preguntó interesado el comandante Fleming al mayor Donovan.

El mayor Donovan asintió con mucha seguridad y se sirvió otro plato. Antes de ponerse a comer, alzó la copa de jerez y dijo:

—¡Brindemos por la evolución!

—¡Y por la guerra! —remató el gobernador, levantando también su copa.

La guerra siempre fue para el gobernador Jock lo más parecido a una brillante catástrofe y el comandante Fleming, después del brindis, condujo la conversación hasta llegar a tocar un elemento importante como era el de adelantar la guerra a los americanos. Tras chocar las copas entró en materia:

—Según los informes de los que dispongo, hace una semana nos fundieron tres barcos del convoy que acababa de salir de aquí.

—Sí —afirmó el gobernador Jock, limpiándose el bigote con la servilleta —, cayeron con la aviación al suroeste del cabo San Vicente. Por la aviación —repitió de nuevo y por si no hubiese quedado claro, miró al comandante y recalcó—: Los barcos del convoy no fueron hundidos por submarinos.

—Tampoco por azar, gobernador —le cortó el comandante Fleming.

—Si empezamos con ilusiones, le puedo situar remitiéndonos al glorioso día en que el primer submarino se sumergió en las aguas del Támesis.

—Así fue, lo desarrolló un holandés, Cornelius Drebbel —apuntó el comandante Fleming.

Como si no hubiese escuchado el nombre del inventor del submarino, el gobernador Jock contaría que el primer sumergible tenía remos y estructura de madera recubierta de cuero.

—Se presentó en el Támesis con el rey Jaime I asistiendo al momento histórico.

El gobernador contaba esto como si él también hubiese asistido a un acto ocurrido en fechas tan lejanas.

—Tenía remos —repitió el gobernador— no cañones.

—Es verdad —atajó el comandante Fleming sin disimular la expresión de desagrado que le producía llevarse el tenedor cargado a la boca—. Es verdad, el submarino siempre se desechó como arma de guerra.

El mayor Donovan escuchaba animado y mientras se servía otra ración de la fuente colocada al centro de la mesa, entró en la conversación:

—Porque un submarino no es un arma de guerra, es un sistema de armas limitado. A ver si nos enteramos. Inglaterra podría perfectamente derrotar una manada de lobos sumergibles con los escoltas del convoy.

Entonces el gobernador Jock, después de aclarar su garganta con un trago, dijo:

—Pero es el miedo lo que nos está haciendo perder la guerra en el mar. El miedo de Inglaterra ha convertido un submarino alemán en una eficaz máquina de guerra. El miedo antiguo del hombre ante lo que no puede alcanzarse con la vista. A eso teme el hombre, a lo que no se ve.

El comandante Fleming percibió en aquellas palabras la exaltación de un hombre que recita un salmo con el brillo de la locura en sus ojos. A todo esto, los gemidos se fueron haciendo cada vez más agudos, semejantes a los maullidos de una gata en celo que no termina de quedarse satisfecha. El mayor Donovan cargó su cubierto con aquel manjar de testículos de mono y el comandante Fleming, tras limpiarse la boca con una punta de la servilleta que le cubría el pecho, se arrancó a hablar. Había llegado su turno y no lo sabía disimular.

—Hitler ha hecho pedazos todos los conceptos tradicionales del arte de la guerra. Hay que fijarse en cómo lo hace. De la misma manera que los monos «imitamos» a los hombres, hay que copiar ciertas cosas de Hitler que me parecen positivas.

El mayor Donovan quiso hablar pero el comandante Fleming le interrumpió con un gesto de su mano.

—Lo que quiero decir es que no tenemos nada que perder si se intenta utilizar algo nuevo, como Rommel está demostrando.

—¿Qué tiene que ver eso con los monos? —preguntó el mayor Donovan, sorprendido.

Entonces el comandante Fleming, sin disimular cierto entusiasmo, se arrancó a contar la peripecia de Rommel cuando había aterrizado en Trípoli con la misión de detener el ataque de los ingleses. Por boca del comandante Fleming, en vez de un enemigo, Rommel, parecía todo un héroe.

Ante la mirada inquisidora de los otros dos comensales, el comandante Fleming no se amilanó y siguió hablando:

—Dos días después de Rommel, llegaría el Afrika Korps. Aquellos soldados fueron recibidos por miles de libios cercanos al éxtasis que se tiraban al suelo para arrodillarse, alzando su culo.

Dicho esto, al comandante Fleming le volvió la expresión de desagrado a su rostro y acercó la copa hasta sus labios, bebiéndose de un sorbo el jerez que le quedaba. Luego siguió:

—No olvidemos que el entusiasmo y el miedo tienen el mismo origen.

El gobernador sonrió bajo su bigote cano para, acto seguido, enfadar su gesto. Esto sucedió en una fracción de segundo, lo que tardó el comandante

Fleming en apuntar que, entre los que se arrodillaban, destacaban algunos agentes británicos que trataban de contabilizar el número de fuerzas desembarcadas.

—Ese hijo de una zorra follada bocabajo, que es Rommel —explicó el comandante Fleming con tono grueso para ganarse a sus interlocutores—. Ese hijo de zorra, se lo hizo jugando al ilusionismo. Se las había ingeniado para transformar dos simples batallones en un ejército completo haciéndolos pasar varias veces por el mismo sitio. Cada uno de los batallones desfiló, desapareciendo de seguido para colocarse al final de otro batallón y volver a desfilarse de nuevo. En pocas horas se informó que un gigantesco ejército había tomado tierra en Libia.

—Eso no lo inventó Rommel —atajó el gobernador Jock—, eso del ilusionismo con los soldados lo inventó Queipo de Llano, un general a las órdenes de Franco.

—Da igual quién fuese —resolvió el comandante Fleming—, me refiero a que hay que echarle imaginación a la guerra. Por muchos o pocos instrumentos que tuviesen, si los monos no hubieran echado imaginación, no estaríamos aquí. Con imaginación, con un claro instinto para la composición global, con una meticulosa atención al detalle como hicieron los monos para dejar de ser monos, podemos engañar al enemigo y ganar la guerra.

Para reforzar su argumento, el comandante Fleming se refirió al capítulo de la pista de aterrizaje, cuando nada más bajar del avión, tira la colilla de su cigarro al suelo y un mono se acerca a ella y la recoge y se la fuma.

—Fuma porque lo ha visto hacer —aseguró el comandante Fleming—, apuesto a que no es la primera vez que lo ha hecho. Pero lo importante no es eso, lo importante es que se fija en mi gesto. Es el gesto del que arroja la colilla humeante al suelo. Se hace la composición del cuadro y entra en acción. Si sigue repitiendo gestos al final triunfa, se convierte en todo un hombre, apto para llevar uniforme.

A veces, el comandante Fleming olvidaba que él también era militar, un oficial que introducía el azar entre sus obligaciones, para dar fundamento a la libertad y a esa cierta forma de rebeldía que supone la aventura.

—Sí, pero... ¿cómo sería la evolución de esta guerra? —preguntó el mayor Donovan.

El comandante Fleming sonrió de nuevo:

—Mire allí —le respondió señalando un punto de la pared, entre la máscara de Polichinela y los cuernos del toro que mató Juan Belmonte—

mire allí.

Entonces se volvieron a intensificar los gemidos y el mayor Donovan, algo desorientado, se rascó la bragueta y miró hacia donde el comandante Fleming decía. Al otro lado de la mesa, el gobernador Jock giró su silla y también dirigió su mirada hacia donde el comandante Fleming había señalado. No parecía que hubiese algo allí, aunque por los gemidos todo indicaba que, detrás de aquella pared, estaba sucediendo algo.

—No hay que ver algo pues no hay algo que ver, en todo caso lo que hay es nada —aclaró Fleming— pero fíjense, ustedes han reaccionado como si de verdad existiese algo. Con esto quiero decir que hay que utilizar el poder de la mente.

Tanto el gobernador Jock como el mayor Donovan miraron con incredulidad al comandante Fleming que siguió explicándose:

—En verdad ni siquiera tendría que haber hecho esto. Hubiera bastado con mirar hacia otro punto y ustedes se hubieran vuelto para mirar allí. Así es la naturaleza humana. Venimos del mono, no hay que olvidarlo.

Después de llenar su copa con entusiasmo, el comandante Fleming pegó un trago largo y acto seguido se puso a explicar el plan de manera más detallada:

—Hay que hacer que el enemigo vea cañones y metralletas donde espera ver cañones y metralletas. Que vea soldados donde piensa que los soldados deben estar dispuestos.

Dicho esto, el comandante Fleming cogió un trozo de cebolleta del plato, con los mismos dedos, para dejarla caer después y concluir diciendo:

—La guerra tiene mucho de ilusionismo y engaño.

Volvió a llevarse la copa de jerez a los labios y después del trago, ante la atención mostrada por sus compañeros de mesa, el comandante Fleming explicaría que Rommel había simulado sus tanques sobre chasis de viejos camiones. «Basura de guerra», declarararía el comandante Fleming para después seguir detallando cómo Rommel había utilizado tales basuras de guerra a las que se les colocó un armazón de tanque falso, con cartón pintado. El gobernador Jock, que no parecía muy convencido, le cortó:

—Ya probamos con todo. Para evitar las jaurías de lobos submarinos, en su momento la Armada Real decidió inventarse una ruta nueva a cada rato. Diariamente se establecía el rumbo. Así, en un primer momento, surcaban por las aguas de Islandia, luego viraban hacia el sur y se iban hasta el otro lado, hasta anclar cerca de Nueva York.

Dicho esto último, el gobernador miró al mayor Donovan, buscando la

complicidad. El comandante Fleming captó el entendimiento entre ambos y fue a hablar pero el gobernador Jock no le dejó y siguió relatando:

—Luego, desde Nueva York fueron hasta el sur, bordeando Buenos Aires. Navegaron durante semanas. A pesar de que el rumbo era alto secreto, los submarinos alemanes lo sabían.

Pero el comandante Fleming no le permitió terminar. Sin dejar que la flema británica estorbase su entusiasmo, arrastró su silla y dijo:

—Un lienzo con buques pintados y un espejo donde reflejarlo; hay que jugar con ello.

—¿Trabajos de manualidades? ¿Como en las escuelas de primaria? Por favor, que somos mayores ya —soltó el gobernador, malhumorado.

Bajo aquel bigote cano mostraba las palabras un veterano de tan alta graduación como el aliento que se gastaba. Un hombre que aún mantenía el sabor de los combates navales de la guerra antigua. Estampas grabadas en el inconsciente como una metáfora antigua donde se agitaban las velas hinchadas de los barcos, el último suspiro del lienzo antes de ser consumido por las llamas.

El comandante Fleming se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, de donde sacó la pitillera que puso sobre la mesa. Empezaba a tomar posición en aquel salón donde una cabeza de toro le miraba con los ojos resecos.

Al mayor Donovan le vino un gas hacia la boca que le sonó como cuando destapan una botella. De seguido, habló:

—Pues vaya guerra de mierda, sin cuerpo a cuerpo. La única estrategia entonces es la de estar preparados ante cualquier eventual ataque y mientras, derrotar al enemigo jugando al despiste.

—Eso es —señaló el comandante Fleming con la pierna cruzada sobre la rodilla, sosteniendo la copa de jerez por su base y el cigarrillo en la otra mano — una mierda de guerra. Una mierda de guerra cuya única forma de ganarla es que los americanos entren en guerra. Pero como parece que no se deciden, mientras tanto no podemos perderla los ingleses. Para ello, lo que hay que hacer es cosificarla, dejarla convertida en cagada. Hay que utilizar cajas, basuras, todo lo inservible. Hacer muñecos, maniqués para colocarlos en los tejados, como si fueran hombres que estuvieran tumbados en hora de siesta.

El gobernador Jock fue a decir algo pero el comandante Fleming le contuvo con un gesto de su copa y siguió hablando:

—Cascos, ropa militar, yeso y pintura.

El mayor Donovan soltó una carcajada y preguntó con sorna:

—¿Compañías fantasmas para hacer la guerra?

—Eso es —aseguró el comandante Fleming con seriedad—. Eso es, compañías fantasmas y fuego de verdad que proyecte las sombras. Hay que hacer fuegos como en los campamentos.

El comandante Fleming ajustó la boquilla al cigarro y después de encenderlo añadió:

—Ah, y no sólo hay que confeccionar maniqués humanos sino que también hay que hacerlos de monos.

—Mandaremos disecarlos —dijo el gobernador con socarronería, bajo su bigote veterano.

El mayor Donovan carcajeó, dejando a la vista los molares con restos de la cena. Parecía estar asistiendo a la puesta en escena de una obra de locos. Por contra, el comandante Fleming mantenía la expresión seria, pero sin perder un ápice del entusiasmo que siempre le caracterizaría cuando algo, por muy inalcanzable que fuese, se le metía en la cabeza. Soltó el humo de los pulmones, directo a los restos de su plato y dijo:

—Sí, me parece una buena idea lo de disecarlos. Lástima que no se pueda hacer con los hombres.

—No se crea, comandante —le atajó el gobernador Jock—. Aquí en estas tierras saben hacerlo.

El comandante Fleming se mostró sorprendido. Aspirando el humo de su cigarrillo preguntó:

—¿Saben disecar seres humanos?

—Me imagino, viendo lo que hacen con los cerdos —respondió el gobernador Jock que, seguidamente, se puso a contar cómo, tras la matanza del cochino, disecan sus patas y paletillas en lo que se conoce como jamón serrano.

El comandante Fleming siguió con atención las explicaciones del gobernador, tomando nota mentalmente de la elaboración de la carne del cerdo momificada. Apagó el cigarrillo en el plato y dijo:

—Siempre me llamó la atención la gastronomía de estas tierras.

—¿No ha probado el jamón español? —preguntó el gobernador.

Pero el comandante Fleming no quiso contestar a esta pregunta, tal vez por considerarla una insinuación tan cerda que le podría distraer. Era el momento de seguir disertando hasta llevar a sus interlocutores a sostener su mismo punto de vista. Detuvo la mirada de halcón sobre los restos del plato y cogió la botella. Después de servirse una copa y antes de llevársela a los labios,

siguió dando instrucciones:

—Hay que cambiar el nombre de las calles, confundir al invasor. Si quieren entrar por aire, tenemos que cubrir la pista de aterrizaje. Si consiguen meterse hasta aquí dentro, que se encuentren señales que despisten, indicaciones falsas que anulen sus mapas de guerra. Construir caminos y calles que acaben en otro sitio. Ya lo decía Clausewitz, si el enemigo se equivoca no hay que despistarle de su camino.

Dicho esto último, el comandante Fleming se llevó la copa a los labios y después del trago miró a sus interlocutores, primero a uno, luego al otro, después al primero y de nuevo al otro; así se fue alternando, sin pestañear apenas, tan sólo moviendo su cuello aristocrático.

—Sí —dijo el gobernador—, pero ya que estamos en ello, podríamos proyectar en el cielo una imagen de Hitler cagando.

El gobernador Jock lo dijo con una seriedad que al comandante Fleming le preocupó, a juzgar por la manera que tuvo de mirarlo, como si aquel hombre se hubiera vuelto loco, afectado por el viento del sur que cabalga el demonio.

Al otro día, el comandante Fleming se levantó de la cama con los ojos semicerrados, apoyándose en el colchón pero sin dejarse hundir en la oscuridad de la culpa. La noche anterior, en la residencia del gobernador, había bebido más de la cuenta. Tan sólo unas horas antes, el chófer de cráneo rapado y guantes blancos le había llevado en el Rolls-Royce hasta un hotel acondicionado para servicios militares: el Baltimore. En un último intento para disimular su ebriedad, el comandante Fleming subió las escaleras del hotel erguido, probándose a sí mismo que era capaz de mantener la compostura ante los soldados de guardia. Ahora estaba al filo de la cama y el calor se le pegaba a la piel como si fuera su peor enemigo.

La relación con la bebida le venía de antiguo, de cuando visitaba el mueble bar que él mismo se apropió como herencia tras la muerte de su padre. Una colección de botellas que iban desde la ginebra aromática hasta el *whisky* de malta pasando por el ron y el *brandy*, sin olvidar el *peppermint*, ni el martini. Cuando el comandante Fleming entró en la Armada dejó de beber, pero sólo por una semana. Lo pasó tan mal durante aquellos siete días que, cuando volvió a la bebida, lo hizo bebiendo más aún. Así estuvo durante mucho tiempo, alcanzando el extremo hasta que encontró su medida. «Un vaso más de la botella entera que es lo mismo que decir una botella y un vaso», solía responder cuando sus compañeros le sacaban la conversación. «Ni más, ni tampoco menos».

Sin embargo, la noche anterior había bebido más de un vaso tras la botella. Más de uno y más de dos hasta que perdió la cuenta. Bebió aguantando el tipo, sentado en su posición de pierna sobre la rodilla y manteniendo la raya del pantalón. Lo que el comandante Fleming revelaba con esta actitud era que se estaba emborrachando sin remisión. Con todo, ni el gobernador Jock ni el mayor Donovan lo percibieron. Acabarían a gatas, cada uno con su respectiva máscara veneciana, jugando a uno de esos juegos que nunca están exentos de morbosidad entre hombres. El comandante Fleming declinó la camaradería y dejó el sombrero mexicano encima del mantel, mientras el gobernador y el

mayor correteaban como dos chiquillos bajo la mesa.

Ahora, al filo de la cama, el comandante Fleming miraba el suelo. La baldosa de mármol, sobre la cual intentaba poner el pie, era lo más parecido al borde de un abismo. Encendió un cigarro. Virginia Morland Special. El primero del día siempre sin boquilla. Porque si no lo hacía así, entraba la tos. Con el humo, puso en marcha la locomotora de vapor de la historia, ahora detenida en el corazón de la guerra mundial. Hizo pie y apoyándose en la paredes del pasillo, fue hacia el cuarto de baño. El cigarro, entre sus labios, temblaba a cada paso. Se miró frente al espejo. El mentón le ponía dureza a los rasgos delicados de su cara. Los cañones de la barba y los ojos enrojecidos le daban todo el aspecto de un fugitivo; un presidiario recién escapado del penal. Se pasó los nudillos por el mentón y sonó a raspadura. Entonces el comandante Fleming sonrió ante su imagen y al ir a dar la última calada al cigarrillo, puso una mueca como si sintiera un ritmo pesado en su cabeza.

Abrió el grifo del agua fría y se metió bajo la ducha. Estuvo un rato sintiendo el calambre del agua sobre su nuca y su espalda. Alcanzó la toalla y fue al salir de la ducha cuando miró a un lado y a otro de la habitación, como buscando algo. Se llevó la mano a la cabeza y en su cara se dibujó el enfado. Ajustándose la toalla a la cintura, abrió la puerta por si veía a algún soldado de los que hacen el servicio de habitaciones. De esta guisa caminó el comandante Fleming por el pasillo del hotel.

En vista de que todo estaba desierto, las puertas cerradas a uno y otro lado, el comandante Fleming decidió volver sobre sus pasos. Regresó a la habitación donde se vestiría con el tacto de sus pantalones de alpaca cosquilleándole lo más sensible. Lo mismo le pasó con los zapatos que primero se los calzó a pelo, valga el símil, para acto seguido quitárselos y volverlos a poner de nuevas, pero ahora metiendo sus pies en el lino acartonado y oloroso de sus calcetines, color oscuro y con pequeños topes blancos, a juego con la corbata que estaba tirada en el suelo. La camisa tenía arrugas pero las pudo ocultar una vez que se puso la chaqueta. Cuando se estaba peinando con los dedos, oyó los golpes en la puerta. «Servicio de habitaciones».

El comandante Fleming pidió que subieran el desayuno. Un encargo complejo al que tardarían en habituarse los soldados destinados a la cocina del hotel Baltimore. Aunque los ingredientes eran sencillos, conseguir el equilibrio adecuado entre ellos no era fácil. Para el comandante Fleming,

aquella primera comida, si estaba bien conseguida, le servía para bajar el pulso a la resaca hasta hacerla desaparecer por completo. Se elaboraba con media docena de huevos, batidos con tenedor mientras en un cazo se derretían cien gramos de mantequilla con cebolletas y orégano. Después de removerlo bien, se dejaba durante unos minutos para luego arrimar sobre unas tostadas de pan, con sal y pimienta al gusto. Así se lo dijo al soldado que tomaba nota de la receta.

Aquel primer día en cocina se pasaron con la cebolleta, por lo cual el comandante Fleming masticó su propio sabor de boca, pegado al paladar. Tuvo conciencia de su mal aliento cuando se llevó las manos como un cuenco a los labios y echó en ellas el resuello. Así respiró su propia fetidez. Un olor capaz de desintegrar por completo cualquier olfato. Con esto, el comandante Fleming salió del hotel y se puso a caminar en busca del gobernador Jock. Era un día soleado, algo poco original en el sur pero que nunca olvidaría por ser el día de su llegada a aquella parte del mundo donde dejó de ser militar, si es que alguna vez lo fue. Porque cuando un hombre entra en el ejército, sólo se espera de él que siga los talones que le preceden y en Gibraltar, los talones que precedieron al comandante Fleming fueron los de una mujer. En su primera mañana, más que al gobernador Jock, a quien andaba buscando el comandante Fleming era a una *spanish dancer*.

Orientándose por las casas que había alrededor de la ladera, unas construcciones chatas que parecían mantener el equilibrio para no venirse abajo, el comandante Fleming llegó hasta el final de un camino donde se encontraba atravesado un camión militar. Se fijó en el sargento que había salido fuera del vehículo y lanzaba piedras a unos monos que copulaban en la ladera. Al cuidado del camión quedaba un soldado, con una metralleta colgada al hombro. El comandante Fleming extendió su sonrisa y se aproximó. El sargento, con la piedra en la mano, hizo un ademán de lanzarla sobre el comandante Fleming y el otro soldado, desde el camión, apuntó con la ametralladora. Entonces el comandante Fleming alzó las manos y con un giro de cintura, mostró el forro de su chaqueta: ¡desarmado!

El soldado bajó el cañón de su arma y el comandante Fleming, con un movimiento rápido de sus dedos, sacó la pitillera que se abrió con un sonido automático. Virginia Morland Special. Quedaban dos y muy arrugados. Ofreció. Pero tanto el sargento como el soldado rieron ante la imagen de aquel hombre con pintas de haber sobrevivido a un naufragio.

—¡Identifíquese! —imperó el sargento.

—Mi nombre es Fleming... Ian Fleming.

De seguido, los dedos trazaron un garabato y del mismo bolsillo interior de la chaqueta, el comandante Fleming sacó un pasaporte. El sargento se echó el casco hacia atrás. Era rubio y tenía en la mirada el vicio de los que se distraen husmeando tras las puertas de los retretes las citas entre hombres. Al comandante Fleming le dio todo el aspecto, aunque esto último nunca lo haría saber en sus informes.

El sargento se cuadró y el soldado imitó el gesto:

—¡A sus órdenes, mi comandante!

El comandante Fleming se fijó en la solidez de los hombros del sargento. Soportaban el correaje, revelando sus formas musculadas.

—Descansen. He quedado con el general Clive Gerard Liddell, mi amigo Jock —les dijo el comandante Fleming en tono amigable mientras enderezaba el cigarro y lo cargaba en la boquilla.

El soldado, que era moreno y de rastros angulosos, se colgó la metralleta, agarró una linterna y dijo:

—Mi comandante, voy a buscar al gobernador.

Acto seguido se perdió por uno de los túneles excavados en la Roca. El comandante Fleming y el joven sargento se quedaron a solas. Durante la espera, mientras se fumaba el cigarrillo, el comandante Fleming se puso a calibrar al joven sargento, como si le fuese a ser útil en un futuro cercano. No perdió detalle de cada uno de los gestos, la actitud de joven semental de muslo prieto y cadera estrecha. «¿Cómo dices que te llamas?».

El gobernador Jock no tardaría en aparecer. Traía pantalones cortos, rodillas inflamadas y el aliento gemelo al del comandante Fleming. Acomodaba los andares con un bastón mientras con la otra mano se apoyaba en el brazo del soldado que, además de la metralleta al hombro, traía la linterna apagada en la mano. Arrugó el bigote cuando se acercó al comandante Fleming. Tuvo una mirada de censura ante el aspecto desidioso que presentaba con los cabellos alborotados y la sombra de la barba oscureciendo el mentón.

—Venga por aquí. —El gobernador señaló con el bastón.

Entraron en una gruta y caminaron por ella hasta donde la luz del sol no podía llegar. Entonces fue cuando el comandante Fleming encendió su mechero y los murciélagos revolotearon sobre sus cabezas. Un escalofrío le recorrió la espalda. Por toda la cueva se amontonaban latas de conserva, cajas de galletas, sacos de garbanzos y de harina, toneles con arenques y cestos con

patatas.

—Este es uno de los almacenes. Tenemos suficientes repartidos por las cuevas —explicó el gobernador—. Tenemos víveres de sobra para alimentar a toda Gran Bretaña, aunque nosotros nos conformemos con la carne de mono.

El comandante Fleming tuvo una mueca de asco y apagó el mechero. A oscuras, su voz parecía retumbar más aún:

—Sí, pienso que hay material suficiente para empezar a trabajar.

El gobernador Jock insinuó que todos aquellos sacos y cestos, al igual que las cajas, iban a ser empleados en una empresa inútil:

—Pero si usted lo considera preciso...

—Que parezca lo que no es —aseguró Fleming con la voz hecha eco.

Entonces se sintieron unos pasos en la cueva. Luego llegó el haz de luz de una linterna que portaba el joven sargento rubio que se cuadró cuando llegó ante ellos.

—Gobernador, acaba de llegar el mayor Donovan.

—¡Es Wild Bill, el hijo del Diablo... tráigalo hasta aquí! —ordenó el gobernador Jock, sujetándose en el bastón—. ¡Que venga! —repitió con toda la pestilencia en su aliento—. Y déjeme la linterna, que la de este ya no tiene batería. —Señaló con el bastón al soldado de la metralleta—. Déjeme la linterna que voy a enseñarle al comandante Fleming esta maravilla de nuestra ingeniería imperial.

Sus palabras resonaron en la cueva y con la linterna del joven sargento, el gobernador alumbró uno de aquellos túneles antiguos, abiertos a base de mano, pólvora y piedra, una encima de la otra.

—¡Nos lo han dejado hecho! —exclamó el gobernador ante aquellos accesos ocultos para la defensa, construidos con nervio y con idea.

Mientras alumbraba la obra del túnel, siguió dando explicaciones técnicas sobre su ventilación:

—¡Un orgullo! Hemos utilizado como respiraderos los agujeros que se usaron para colocar cañones.

Llegaron al final del corredor. Fue cuando Jock, el viejo gobernador, manipuló una caja que había clavada en la piedra de una de las paredes y de la que salía una maraña de cables. En todo el frente se iluminó una cueva inmensa, cubierta de estalactitas y estalagmitas. Entonces resonaron los pasos del mayor Donovan que llegaba acompañado del joven sargento de pierna viril y espaldas de mulo. Traía otra linterna en la mano.

A la tarde, regresaron todos juntos a la residencia del gobernador, aquel edificio colonial de ventanas ojivales. Una vez dentro, el comandante Fleming pudo recuperar su maletín de mano. Seguía en la misma esquina donde lo había dejado la tarde del día anterior, junto a un paraguero repleto de bastones.

—Quédese a beber un trago. —Le tomó del codo el gobernador Jock, justo cuando iba a salir.

—Oh, no, muchas gracias, he de descansar —dijo el comandante Fleming.

El gobernador Jock y el mayor Donovan se miraron entre ellos y luego juntaron sus miradas para lanzarlas con desprecio sobre el comandante Fleming, que percibió el detalle y con fina ironía se justificó diciendo que, en su trabajo, cualquier indicio de alcoholismo podía considerarse sospechoso.

—Además, el coche está esperando fuera —añadió el comandante Fleming.

El gobernador sonrió bajo su bigote y con eso no necesitó decir más porque de inmediato, como si hubiese estado esperando el momento, apareció la Petenera. Igual que en la tarde anterior, bajaba las escaleras con su vestido de volantes, agarrándose el vuelo.

—El coche me espera a mí —aclaró la Petenera con su voz grave—. Me está esperando a mí pero da igual, iré dando un paseo hasta la muralla y luego *rentaré* un coche de los de caballos.

—Por favor, no se preocupe, seré yo el que irá dándose un paseo —zanjó el comandante Fleming.

Ninguno de los dos parecía cruzar la línea del respeto cortés, ambos disimulaban las ganas de estar más cerca. Ella lo mostró en sus ojos, que emitían destellos de carbón mojado. Mientras tanto, el comandante Fleming aguantaba el maletín en la mano, junto a la puerta de entrada y miraba a la Petenera con esa extraña tranquilidad que poseen los tipos propensos a la violencia en la intimidad de la alcoba. Era el momento y dijo:

—No me comprometa, por favor, y acepte mi compañía en ese paseo.

Ella esbozó una sonrisa y volvió a mirar alrededor con inquietud; el paragüero rebosante de bastones en un rincón y el jarrón de flores en otro, y más allá la puerta entornada por donde asoma la cabeza del toro. Los ojos rápidos de la Petenera escudriñaron con urgencia todo lo que la rodeaba, incluyendo a los tres hombres. Ella no lo dudó. A la mañana siguiente, el comandante Fleming recordaría que no se despidió del gobernador Jock. Tampoco del mayor Donovan. Para qué.

\* \* \*

Había un distinguido porte marcial en la mandíbula del comandante Fleming cuando la alzaba. Puede ponerse que parecía tallada en el mismo mármol que se utiliza para hacer estatuas ecuestres. El cincel de las horas había marcado con sombras la barba, dándole al comandante Fleming todo el aspecto trasnochado de un aventurero temerario, capaz de arriesgar su vida sólo por darse el capricho de poder presumirlo después. Así iba el comandante Fleming, caminando junto a la Petenera por las calles de la guerra. De vez en vez, miraba por el rabillo del ojo.

Se fijó de nuevo en la sortija, en las manos de aquella mujer que le parecieron hechas para empuñar una virilidad que le crecía por momentos bajo la alpaca de los pantalones. Enseguida vino el roce, la gracia de las carnes a través del envaramiento de la falda de volantes que ella recogía para no arrastrar, dejando al desnudo la cara interna del muslo; la navaja ceñida.

Antes de llegar a una calle blindada por sacos de tierra y a la altura de un edificio con un cartel que anunciaba una frutería «Empire Fruit Shop», se encontraron con un camión aparcado. Tenía el motor en marcha. Un hombre en camiseta lo descargaba y otro, con guardapolvo y un lapicero en la oreja, apuntaba algo en un cuaderno. Había un tercero, que llevaba traje cruzado, corbata y una gabardina negra sobre los hombros que parecía confeccionada con alas de vampiro. Cuando el comandante Fleming y la Petenera pasaron cerca, los hombres sonrieron y ella guiñó el ojo, a la manera de saludo. El comandante Fleming se dio cuenta del detalle y la Petenera, con un sentido de autodefensa muy acusado le preguntó con voz áspera:

—¿Por qué me ha engañado?

El comandante Fleming la miró de lado y dijo:

—No me ofenda, por favor. ¿A qué se refiere?

Ella sonrió y le dijo:

—Sí, cuando me contó que usted era espía.

—Lo dije porque sabía que a una mujer como usted le podía impresionar. ¿Quién le ha dicho que no soy espía?

—Hilda, la esposa del gobernador, me contó la verdad y me dijo que usted era periodista.

—Si a usted le apetece, sí, soy periodista. Pero si lo prefiere, también soy agente de bolsa.

Entonces el comandante Fleming contó que estuvo de corresponsal en Moscú durante cuatro años y que después trabajó como agente de bolsa en Londres hasta que estalló la guerra.

—Me reclutaron como espía y aquí estoy —se ofreció resuelto el comandante Fleming, con el maletín en la mano y unos cañones en la barba que crecían por momentos sobre su mandíbula aristocrática.

Llegando al final de la calle, entraron en un camino, envuelto en las sombras de la tarde.

—¿Podría hacerle una pregunta? —inquirió ella.

—¿Podré contestarla?

—Yo no le haría una pregunta que usted no pudiera contestar.

El comandante Fleming apretó con fuerza el asa de su maletín mientras se preparaba para recibir el impacto.

—¡Adelante!

—¿Le gusta la *dance*? —preguntó ella, con la voz envuelta en la vigilia ronca, excitante de las noches de juerga y alzando sus brazos y haciendo remolinos con los dedos.

El comandante Fleming contestó que estaba dispuesto a cualquier cosa pero que eso todavía no lo contemplaba. Entonces ella le recordó que un espía tiene que saber hacer de todo.

—¿De todo?

—Sí... Incluso bailar.

—Podemos intentarlo en posición horizontal —le dijo él, muy seguro, llevándola hacia sí, con una furia propia de los hombres conscientes de su capacidad eyaculatoria.

Empezaban las intimidades. Ella pareció intuir los ríos de esperma británico, el aliento de la resaca mezclado en la flema agria del deseo.

—¡Anda ya! —exclamó ella, con toda su lengua, haciendo un aspaviento con la mano, acompañado de una sonrisa—. ¡Anda ya!

El comandante Fleming torció la boca en un gesto de disgusto impostado y replicó:

—No está en mi naturaleza ocultar las cosas.

Tras decir esto, miró muy fijo a la Petenera para concluir:

—No puedo cerrar los ojos cuando se ha abierto mi corazón. Por eso hablo tan en serio como el alma de una mujer cuando se rompe.

—¿Qué?

—Aquí —dijo el comandante Fleming señalando el muro—, aquí perdió su virginidad Molly Bloom.

—¿Era guapa?

—Digamos que lo que la hacía bella es que amaba demasiado.

El comandante Fleming soltó el maletín sobre la tierra. Con ayuda de los dedos, se acercó hasta la mejilla de la Petenera y añadió:

—Es una fábula, en realidad Molly Bloom no existió. Sólo existe en la imaginación de la vanguardia literaria.

Ella esperaba con la boca entreabierta y el comandante Fleming bajó con sus dedos hasta los labios para seguir hablando y ponerse a explicar cómo el escritor James Joyce efectúa un movimiento giratorio igual al movimiento del globo terráqueo, dando vueltas despaaaaacio —*sloooowly*— pasando una y otra vez por los cuatro puntos cardinales que conforman los pechos, las nalgas, el vientre y lo de más abajo. Una rosa de los vientos que el creador de Molly Bloom expresa utilizando los vocablos *porque... fondo, mujer y sí...*

Fue ella quien lo atrapó, entre su beso y la pared de la muralla. Luego vino la sortija de su dedo; el contraste del metal en la piel tensa, excitada. Puede decirse que el órgano viril del comandante Fleming se fue erectando despacio —*slowwwwwwwly*—, como dicen que se empinan los ahorcados. Nunca lo olvidaría; ni en sus últimos momentos dejará de acompañarle aquel instante de contacto. Lo llevó hasta el final de su vida cuando, antes de morir, en un hospital de Kent, el comandante Fleming se disculparía ante los médicos por las molestias causadas. Después diría las que fueron sus últimas palabras —«El metal de la muy perra»— que vinieron a demostrar que hasta en la intimidad de la muerte, el comandante Fleming seguía siendo un poeta.

Se suele olvidar que el secreto del rumbo histórico reside en los detalles menos obvios y que, por lo mismo, a la hora de comprender el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, los historiadores olvidan que aquellas seis palabras fueron tan importantes como lo fue el desembarco de Normandía.

—¿Quieres un *game*? —le susurró ella, con la voz tostada y ronca, en la muralla mora—. ¿Quieres que juguemos a los espías?

Al comandante Fleming la nuez le rebotó en el cuello. Se desabotonó el

botón de la camisa. Luego, con el acento del Eton College y salpicado por el tono de la Real Academia Militar de Sandhurst, se arrancaría a recitar lo más parecido a una letanía de musgo y roca, un ritmo que empastó con el viento de la noche y que traía el enojo penetrante de una mujer engañada.

—... muchachas españolas riendo con sus mantillas y sus peinetas y la subasta por la mañana los griegos y los judíos y los árabes y quién sabe Dios quién más de todos los rincones de Europa y Duke Street y el mercado de aves todas cloqueando delante de Larby Sharon y los pobres burros sueltos medio dormidos y aquellos hombres imprecisos en sus capas dormidos a la sombra en los escalones y las grandes ruedas de las carretas de bueyes el viejo castillo con miles de años sí...

De repente un fogonazo deslumbró al comandante Fleming que se quedó paralizado, con los pantalones a la deriva, enredados en sus tobillos. El sonido del motor vino a completar la interrupción de la escena. Se trataba del Rolls-Royce que conducía el chófer de cráneo rapado y que ahora sonreía, llevándose de paseo la lengua entre los labios. Los guantes blancos destacaban sobre la rueda del volante y la Petenera arrimó el susurro de su voz ronca al oído del comandante Fleming para decirle:

—Ve a medianoche, a la playa de los Catalanes.

Después, muy resuelta, sujetando los volantes de su falda para no arrastrarlos, la Petenera se subió al Rolls-Royce. El comandante Fleming dominó el aturdimiento y posó la mirada de halcón sobre el material de los cuartos traseros de aquella mujer. Tras el portazo, el coche arrancó y el comandante Fleming se subió los pantalones y agarró el maletín. Llevado por la intuición, se orientó caminando a través de las calles hasta el hotel Baltimore, donde lo primero que hizo fue llenar la bañera.

Luego, de su maletín de mano sacó un batín de seda, rojo y con dragones. También tomó los útiles de afeitarse; la brocha, el frasco con la colonia, barra de jabón y una navaja de cachas blancas que el comandante abrió con un movimiento más rápido que el ojo para mostrar una hoja plana.

Fue después del aseo cuando el comandante Fleming empezaría a escribir el informe. Para ello, volvió a su maletín, de donde sacó un libro. Se trataba de un ejemplar que traía la cubierta troquelada y a la que el editor había añadido un papel de celofán, consiguiendo así el efecto de una ventana a través de la que se podía leer el título *Reflections in a golden eye* de Carson McCullers. Una edición cuidada a cargo de la casa Herington Mifflin y que el comandante sostuvo entre sus manos, deteniéndose con los dedos en la

ventana por la que todo espía ve pasar vidas y muertes.

Era el libro de uso, novela de la que se iba a servir para redactar el primer mensaje cifrado tras su llegada; un informe que luego rompería poco satisfecho con su estilo pues, una vez repasado, le pareció demasiado explícito y tampoco era plan lo de contar más de la cuenta, sobre todo cuando una mujer como la Petenera estaba en juego. Conocía la poca confianza que inspiraban las mujeres entre los hombres del servicio secreto británico. Lo que ocurría es que, debido a una deformación novelera, el comandante Fleming no refrenaba sus vicios de artista y eso mismo, sumado a que los informes del servicio secreto en tiempos de guerra estaban escritos con una sintaxis tan vulgar como una actualización de la bolsa de valores, una cosa más la otra, obligaban al comandante Fleming a poner su propio sello en los informes. «Ante la ausencia de estilo, yo ponía el mío», mascullaba entre dientes justificándose a sí mismo.

Por ejemplo, para referirse a la relación que intuía entre la Petenera y Hilda —la mujer del gobernador Jock—, el comandante Fleming disfrutaba de la frase entera que la autora Carson McCullers había utilizado para describir la relación entre el capitán Penderton y su esposa. «Tenía una triste tendencia a quedar fascinado por los amantes de su mujer», la dejó igual pero cambiándole el género. El comandante Fleming explicó en su informe que la Petenera era *spanish dancer* y daba clases de baile andaluz a la mujer del gobernador Jock, tres o cuatro veces por semana. No se le pasó detalle alguno en el informe, incluso se atrevió a decir que sospechaba de los juegos que se traía la Petenera y el gobernador Jock a juzgar por el olor de la máscara veneciana dedicada al doctor Peste. Su fino olfato sabía oler el rastro de una entrepierna excitada.

Tampoco se le pasó por alto la historia de fantasmas que el gobernador contó, la noche de su llegada, durante la cena. Estando reunidos en el salón principal de la residencia, un convento con mezcla de arquitecturas colonial y árabe y donde no faltaban los arcos ojivales ni los fantasmas, el comandante Fleming asistió al relato. En este caso, según explicaría el gobernador, se trataba de la Dama Gris<sup>1</sup>, que gemía como si la estuvieran poseyendo. Con todo, el comandante Fleming desmontó la leyenda, contando en su informe que se había conseguido ausentar de la mesa, con la excusa de lavarse las manos y había ido puerta por puerta buscando la alcoba de los gemidos sobrehumanos. «Eran los gemidos de una mujer disfrutando de la tortura de la carne», así lo escribió el comandante Fleming, componiendo con la

disciplina artesanal de un buen tipógrafo el número de página, la línea y la palabra. «Porque son muy vivos los vientos que azotan estas costas — escribiría el comandante Fleming en su informe— y el más vivo de todos es el que aparece por el levante. Ladra como una perra a la que estuvieran atravesando las entrañas con una barra de fuego».

Quedaba poco para la medianoche y el comandante Fleming pisoteó una cucaracha que corría por el suelo. Un restallido de petardo sonó en la baldosa. Bien mirado, le hubiera dado igual escribir aquel informe que no hacerlo pues, al final, dicho informe acabaría ardiendo sobre el cenicero. «No hay movimiento sin causa» solía decirse a menudo, mascullando entre dientes, rozando la boquilla de ébano con la punta de la lengua. El ejemplo estaba en la cucaracha, si él no la hubiese aplastado, otro lo hubiese hecho. Para el comandante Fleming era innegable que la causa final y origen de todo movimiento se llamaba «destino».

Llevado por el destino, el comandante Fleming, más que disfrutar componiendo literatura, disfrutaba luego rompiendo lo escrito. Una vez hecho pedazos el informe, miró el cadáver de la cucaracha como si todo tuviera su final pero también su principio. Tal vez por eso el comandante Fleming se dispuso a salir a la noche.

1 Dama Gris. Una leyenda trágica en la que una mujer va a ser separada de su amado. Recluida en el convento, es obligada a hacerse monja. Cuenta la historia que su amado no lo permitió y que la sacó del convento. En la escapada, él se cayó al mar y murió. Ella fue sentenciada a ser enterrada viva en el convento. Dicen que su fantasma deambula por los pasillos.

En aquellos momentos, rumbo a la playa, el comandante Fleming era lo más parecido a un joven soldado que camina cara al viento, dirigiéndose a una batalla perdida. Aunque ni siquiera lo intuyese, estaba descendiendo al cadalso. Apretaba el gesto, como si en sus oídos zumbase el viento de tal manera que no se pudiese oír nada más; apenas el crujir de la arena de la playa bajo la suela de sus zapatos. Si afinaba la vista podía ver, a lo lejos, un trozo de la bahía de Algeciras. Las luces desperdigadas que parecían alargarse sobre el agua igual que un barco de guerra. También creyó ver el periscopio de un submarino.

Bajo la noche del Peñón nunca se sabe y el comandante Fleming se tocó los riñones, donde llevaba la cartuchera. Arrugó el gesto cuando hasta sus narices llegó el olor a linimento. Se volvió y vio la figura. Destacaban los guantes blancos en medio de la noche. El chófer estaba sobre una duna cercana. Desde allí encendió una linterna y el haz de luz terminó de deslumbrar al comandante Fleming.

—¿Por favor, me puede decir la hora? —preguntó el comandante Fleming, llevándose las manos a los ojos.

\* \* \*

Antes de seguir con el relato, es preciso dar algunos antecedentes sobre la misión encargada al comandante Fleming. Fue en Londres, en el número 55 de Broadway Street, donde los servicios secretos habían destinado su oficina de guerra y donde al comandante Fleming se le había requerido con urgencia. Frente a él estaba su superior, un hombre de mirada perruna, con el gesto pasivo y las manos descansando sobre el muslo tras la mesa de su despacho.

Se trata del almirante Henry Godfrey, que le tiende un pasaporte al comandante Fleming, dando muestras de su preocupación por el sabotaje de los submarinos a los convoyes que van y vienen de Gibraltar a las Islas Británicas. Tras la mesa del despacho, el almirante Henry Godfrey habla pausado, pero no por ello deja de transmitir su preocupación ante los radares

germanos; una red de vigilancia del tráfico marítimo que los alemanes han dispersado por el Estrecho. «El sistema Blake», le dice Henry Godfrey al comandante Fleming. Alrededor de quince puestos de vigilancia que contaban con el consentimiento español. «Operan con emisoras de onda corta, 40 vatios». El comandante Fleming se dio cuenta desde el primer momento de que se trataba de una misión delicada. Por la información que le estaba dando su superior, tenían localizados todos los puntos sobre el mapa que ocupaban las estaciones del enemigo. Si no las habían volado, si no habían continuado la política por otros medios con una operación militar, era porque la operación requería cierta flema. La humedad inglesa llevada a secar al viento del sur de la Península Ibérica.

Los alemanes campaban a sus anchas en territorio español. También los italianos. El almirante Godfrey no sólo señaló en un mapa los puestos de vigilancia alemanes sino que marcó los puntos donde se reunían los italianos para operar. Un café en La Línea de la Concepción era uno de esos sitios, otro era un caserón en el Campo de Gibraltar conocido como la Huerta Grande, cuyo propietario era Giulio Pistono. En definitiva, aquella era una misión para la que el comandante Fleming se preparó lo mejor que pudo y hasta aprendió gibraltareño en curso intensivo; una rara mezcla de lenguaje andaluz e inglés que habla la gente del lugar y alrededores. Para el comandante Fleming el estudio de aquel lenguaje contenía toda una invitación para conocer hembras de raza brava. Mujeres españolas que, en su imaginario de caballero inglés, aparecían con temperamento sanguíneo y cuyas calenturas suponía que combinaban bien con la frialdad del temperamento flemático. Según el comandante Fleming, lo encendían debido a la humedad común. Por los datos recogidos, fruto de su experiencia, puede decirse que el comandante Fleming consiguió adaptar la realidad a sus intereses. Tal vez fuera por eso que mantenía su mentón alzado con orgullo, mientras el almirante Henry Godfrey le daba instrucciones muy precisas sobre su destino. Un territorio al sur del mapa, plagado de agentes dobles, también conocidos como agentes de doble cruz. «No hay que fiarse, pero son una posibilidad para jugar con información falseada. Los conocerá, no se preocupe. La consigna es lo más parecido a un juego; a pregunta concreta, respuesta abstracta».

\* \* \*

«¿Por favor, me puede decir la hora?» había preguntado el comandante

Fleming, en la playa de los Catalanes, llevándose las manos a los ojos. Tras la pregunta concreta, el hombre del cráneo rapado apagó la linterna y recitó de carrerilla:

—*San Roque's dog, doesn't have a tail porque Ramón Ramírez se lo ha cortado.*

Cuando terminó de dar el santo y seña, se presentó como agente al servicio de Su Majestad, con el sobrenombre de el Catalán. El comandante Fleming no pudo contener la sospecha, su mirada de halcón se mantuvo escrutadora en la noche. El Catalán era una especie de primate vigoroso vestido con la elegancia de un caballero, con guantes blancos y pistola bajo el sobaco; un bulto que revelaba la tensión a cada paso. Por seguir describiendo a la manera circense, el Catalán daba el aspecto de uno de esos gorilas adiestrados que a veces se ven en las jaulas de los circos, tan capaces para inseminar a la mujer del empresario como al mismo empresario, pasándose por la piedra a la trapecista y bajando después hasta la taquillera. El comandante Fleming desconfiaba de aquel espécimen. Se podía advertir en su mirada. Con todo y con eso —y como hubiese dicho su superior, el almirante Godfrey— era una posibilidad. De momento la de encamarse con aquella mujer de labios rojos y crueles. Una trampa de miel.

El Catalán alumbraba el camino con su linterna. Llegaron hasta la orilla y el haz de luz enfocó una barca de remos. El comandante Fleming se quitó los zapatos; también sus calcetines que guardó en los bolsillos de la chaqueta. «Ya empezamos», masculló al ir a subirse el dobladillo de los pantalones. El hombre del cráneo rapado, el Catalán, empujó sin apenas esfuerzo la barca hasta que empezó a boyar. Entonces el comandante Fleming se subió.

Las aguas espumaban con las batidas de los remos que manejaba con vigor el Catalán. Sin perder de vista los puntos luminosos de la costa, navegó mar adentro. Cuando pasaron delante de un buque cochambroso, el Catalán señaló que se trataba del Olterra. Fue llegando a la bahía de Algeciras cuando el comandante Fleming logró encender el cigarrillo. Hay que decir que durante toda la travesía aparentó firmeza pero es que la flema británica, entre otras cosas, sirve para disimular los nervios. Un temperamento frío y húmedo, fijado para siempre en Eton, el colegio donde el comandante Fleming comprendería que la causa de que una rueda rodase no era otra que la de su propia naturaleza, la de la misma rueda, moldeada por el destino. Contra esta educación tan estricta, que pervierte al hombre anulando la cachondez sexual y ganas de aventura, había luchado el comandante Fleming en lo más

profundo de su interior. Aliado con el azar, el comandante Fleming estaba ganando la batalla al destino. Pegó una calada al cigarro y soltó el humo hacia el rugido profundo del mar mientras era conducido hasta el enigma que toda mujer esconde al sur de la cintura.

Una vez en tierra, el Catalán, sin evitar cierta camaradería, soltó lo que sería otro aviso:

—Son muy vivos los vientos que azotan estas costas y el más vivo de todos es el que aparece por el levante. Trae voces que hablan de que los alemanes van a invadir Gibraltar.

El comandante Fleming tuvo un gesto, como si le hubieran tocado algo muy cercano. Por ocultar sus pensamientos alzó la vista y posó la mirada en los ojos de su interlocutor, cubiertos de sombras.

—¿Usted cree?

—No soy creyente a la manera tradicional pero aquí el levante arrastra las voces y los secretos de Estado. No se asombre usted por la información que le doy. Aquí sabemos todo antes que en ningún sitio. Pero venga por aquí... Ella le espera. —El Catalán dijo esto y alumbró con la linterna al final de unos matorrales.

El comandante Fleming se calzó los zapatos, esta vez sin calcetines, lo que nos lleva a pensar que tal vez fuera para que no se le quedasen pegados a la planta del pie con la arena. Todo lo contrario al Catalán que apartó los matorrales con ayuda de sus pies descalzos. Abrió una puerta e iluminó el agujero.

—¡Sígame!

Entonces, el comandante Fleming, preguntó:

—¿Dónde?

—Al centro de la tierra.

Había lascivia en la invitación del agente de cráneo rapado, ofreciendo la entrada con un gesto de su mano envuelta en guante blanco. Antes de seguir, el comandante Fleming preguntó:

—¿Ha leído *Alicia en el país de las Maravillas*?

—¿Me ha visto usted con cara de perturbado?

Cada vez que el comandante Fleming recordaba aquel episodio, lo hacía utilizando el tono gótico, sirviéndose del cielo del paladar como una bóveda para hacer resonar sus palabras. Así, el comandante Fleming contaba que el Catalán iba iluminando el camino por un túnel excavado en el alto de la playa; un agujero por donde se podía escuchar un ruido sordo, semejante al

que producen los torrentes de agua despeñándose en el abismo. Así caminaron un buen trecho, el Catalán iluminando con la linterna y el comandante Fleming tropezando con el latiguillo nervioso de la cola de las ratas que huían al sentir los pasos.

«El hotel Reina Cristina» apuntaba el comandante Fleming cada vez que recordaba el episodio, con todo su acento extranjero para marcar la erre, algo muy singular, todo sea dicho, pues ya sabemos que los ingleses apenas pronuncian tal letra. Con este detalle en la traducción oral, el comandante Fleming imprimía misterio al eco de un túnel que atravesaba la colina del jardín en bancada, un pasadizo que conducía hasta una de las habitaciones del ala izquierda. Iluminado por la linterna, el comandante Fleming subió por los salientes de hierro a modo de peldaño hasta alcanzar la trampilla del techo. Había en sus acciones el deseo de dejarse arrastrar por el origen de todo. También se revelaba cierto deber suicida tan propio en hombres que cometen actos impuros, pongamos de hombres que no vacilan en exponerse a la muerte porque piensan que si escapan, quedarán redimidos, sobre todo si la muerte tiene cuerpo de diosa. Con tales asuntos, el comandante Fleming abrió la trampilla llevado por el destino, purgando su carrera de armas y dispuesto para el sacrificio.

A la mañana siguiente, la Petenera le acariciaba el pecho, enredado de vello y de pecas.

—Nadie busca ni la vida ni la muerte —dijo él— pero ambas nos encuentran. Es cuestión de cartas.

A sabiendas de que aquella mujer fingía y que las caricias eran impostadas, el comandante Fleming siguió advirtiéndola:

—Y no olvides que la muerte levanta su carta con la misma frialdad de quien levanta un cadáver.

Su acento inglés hacía aún más siniestro el punto de vista. Ella siguió con el juego y en un idioma tan propio como el de la misma tierra dijo:

—Lo que pasa es que la muerte siempre lo hace con otros. Cuando levantas tu carta, tú ya no estás.

El comandante Fleming sonrió con desdén ante tal insinuación, como si no pudiese prescindir del infierno necesario en un oficio que él mismo cubría de sangre y de mierda hasta que un día le saliese la carta. Alcanzó la pitillera de la mesilla y entonces tuvo una mueca, igual que si una sensación abrasadora le viniese a la punta de la lengua. Posó la mirada al final de la luna del espejo que mostraba el ropero abierto, en una esquina de la habitación y que dejaba ver los vestidos, volantes, flecos y lunares. El comandante Fleming se pudo observar a sí mismo, asintiendo con indiferencia a su propia imagen. Por ocultar sus pensamientos, alzó la vista de nuevo hacia el cuerpo de la Petenera, ahora recién levantada de la cama y con el trasero prieto de carne, semejante a una manzana esperando a ser arrancada del árbol. La cubrió con sus ojos rapaces mientras ella revolvía entre los vestidos.

Hubo un momento en el que la Petenera, llevada por una inquietud, fue a abrir la ventana para volver de inmediato a reflejar su cuerpo desnudo sobre la luna del espejo. El comandante Fleming lo advirtió y dijo:

—No sabía que te molestase el humo.

—A mí no, no me molesta, *don't worry*. Pero ya dije, la habitación no es mía... —replicó ella, lanzando con crueldad la presencia de otro hombre, el

juego de camas donde parecía sentirse cómoda siendo la pieza a tumbar.

Entonces el viento silbó y al comandante Fleming le cambió el gesto de la cara con el golpe del sol. Achinó los ojos y afinó la pupila en el cuero moreno de la Petenera. Ella se dio cuenta y le devolvió la mirada con provocación, como si le preguntase en silencio qué apetitos ilícitos anidaban dentro de su ser para mirarla así. Entonces el comandante Fleming dijo:

—Ningún sentimentalismo turbará la pureza de mi vicio. Tu amigo, ese que te paga la habitación, puede estar seguro de que yo no voy a intervenir en lazos de pareja. Sólo intervengo donde él no puede llegar. En el fondo, la guerra hace extraños enemigos de cama.

Lo dijo con el aire de un hombre capaz de hablarse con fantasmas aun sin creer en ellos. Tal vez por eso no pudo evitar su sonrisa de culpable. Era lo único de verdad que le quedaba en el rostro. Mientras el cielo de la guerra caía sobre Inglaterra, él estaba en el sur de Europa, gozando de los placeres de la vida que traía consigo el conflicto bélico. Ahora su misión consistía en dejarse caer en la trampa de miel que aquella mujer le estaba tendiendo. Sus ojos rapiegos no se apartaron del cuerpo desnudo que volvía junto a la ventana abierta a la guerra. Parecía una mujer ingenua, dispuesta a alcanzar con la mano aquel barco hecho herrumbre al fondo de la bahía. Olterra. Pero nada más lejos de la apariencia. La Petenera había sobrevivido a una guerra y quien sobrevive a una guerra, siempre tiene algo que ocultar.

El viento silba y el humo del cigarro emborriona el techo. En las pupilas del comandante Fleming se enciende el desafío de una misión que acaba de dar comienzo. Apaga el cigarrillo en la taza vacía y ella, muy cuidadosa a la hora de borrar huellas, recoge la taza y se la lleva hasta el baño.

—Oh, no te preocupes, ya lo iba a hacer yo —dice el comandante Fleming, desde la cama, mientras el sonido del agua cae en cascada por las tuberías.

La Petenera sale del cuarto de baño. Cierra la puerta tras de sí y alza su cuello con el porte de gran dama. Lo hace con la elegancia natural de su rotunda desnudez y esto abrasa al comandante Fleming por la punta de los nervios. Una sensación que él conocía bien, igual a aquella que experimentaba cuando estaba mucho tiempo en tensión. Era capaz de comportarse con cortesía durante las reuniones, incluso durante una interminable partida de cartas pero, de manera imprevisible, algo estallaba en su interior y le surgía la necesidad de pelea, un cuerpo a cuerpo como salida a los impulsos. Una de las últimas veces había sido en Whitecastle donde estaba reunido con su superior, el almirante Godfrey, junto a aquel otro

entrometido que se comportaba con aires de mujerona celosa, igual a una de esas viejas solteronas que no ha sido invitada a tomar el té de las cinco con las amigas. Se trataba de Dudley Clarke, el brigadier con la cara chata, semejante a la de un perro de compañía.

El almirante Godfrey los había reunido a los dos en su despacho. Ambos eran candidatos para el mismo puesto. «Cualquiera de los dos lo puede hacer de manera óptima y nos ha parecido lo más honesto convocar a los dos, por si uno de ustedes no quiere hacerlo». Las ganas de salir de Gran Bretaña eran comunes a ambos y por ello, el brigadier de cara chata empezó diciendo que para un cargo así, se necesita el atributo de la versatilidad que «él y sólo él gozaba».

Si no llega a ser porque el temperamento flemático se metabolizó en sangre, el comandante Fleming se hubiese quedado fuera del operativo. Algo estalló en su interior cuando agarró del cuello a aquel entrometido de Dudley y sin nerviosismo en su tono, mientras apretaba, le preguntó que si quería que allí mismo le rompiera el culo o, tal vez, lo dejaba para sitio más íntimo. El brigadier Dudley había quedado bloqueado sobre la mesa del despacho. También sus cuerdas vocales y aunque, de vez en vez, dejaba escapar algún gemido, no podía articular palabra alguna. Tampoco el comandante Fleming se lo hubiera consentido. Lo tenía atenzado con una mano en el cuello mientras con los dedos de la otra mano apretaba la nariz de perro chato. Si en ese momento, el comandante Fleming no se hubiese comportado así, ahora no estaría, en aquella habitación de hotel con vistas a la guerra, mientras el cuerpo desnudo de una mujer se asoma a la ventana.

Con el arrebató propio del macho, el comandante Fleming se incorpora de la cama y va directo. Ella recibe el ataque por donde duele, por la retaguardia; la avanzadilla penetra entonces al abrigo de la galería más oscura. Hay un suspiro que es desgarró. La preparación operacional ahorra la saliva. «Para qué —parece decir el comandante en cada embestida—, para qué, si nada mejor lubrica que la misma sangre». Aquel instante se quedaría grabado a fuego en la memoria del comandante Fleming.

Con su recuerdo —y la ayuda de la mano izquierda— ensayaría actuaciones autónomas durante las noches solitarias de su vida. Las suficientes para recrear otra vez el contacto húmedo de aquel vientre; los espasmos de placer que se ajustaban al ángulo de la carne. Así hacía el comandante Fleming hasta que el disparador se activaba sin retroceso y lanzaba los proyectiles. Porque para el comandante Fleming, la guerra no

dejaba de ser un bello recuerdo. Algo más que un juego de caballeros donde lo más despreciable de toda lucha se combina con el comportamiento noble del soldado.

La dejó sollozante y de rodillas, con las carnes temblando por el gusto y la muestra de que no fingía. La ventana seguía abierta y el viento soplaba con fuerza, revolviendo los restos de ceniza sobre la cama. El sol se dejaba caer sobre la espalda de la Petenera, tendida en el suelo. La luz de la mañana bañaba su cuerpo de un color dorado semejante al de los arenques en barrica.

El almirante Godfrey había sido muy claro con respecto a la misión encomendada al comandante Fleming. Otra cosa es que el comandante Fleming acabase hundiendo su hocico en una trampa de miel. Si el almirante Godfrey hubiese considerado como algo negativo la extraña facilidad del comandante Fleming para calentar la flema y convertirla en sangre, no le hubiese encargado la misión. Fue el detalle temperamental lo que sedujo al almirante Godfrey.

El comandante Fleming codiciaba aquella misión y todavía no las tenía todas consigo para desempeñarla; en aquel momento, en Whitecastle, le había salido un rival. Se trataba del brigadier Dudley Clarke, joven de cabellos escasos y perfil chatuno, como el de los perros de compañía. Especializado en tascar bajos y un poco más arriba, el brigadier Clarke olisqueó el sitio donde iba a echar a mear. Era su territorio. El Mediterráneo evocaba la intimidad de un baño árabe, un exotismo que visitaba con frecuencia por asuntos de guerra y jerarquía militar. «¿Quieres que te rompa el culo aquí, o mejor en la intimidad?». El comandante Fleming, todo un caballero, daba a elegir a Dudley el sitio. De momento lo tenía agarrado del cuello con una mano. Con la otra apretaba la nariz. Godfrey se quedaría cautivado por la escena y desde ese mismo momento, el comandante Fleming se ganó el destino a Gibraltar.

La responsabilidad de la misión sólo era un ropaje para disimular las ganas de aventura. Después de dedicar su sonrisa más astuta y sinuosa a su superior, el comandante Fleming cogería el pasaporte y un maletín de mano con doble fondo que ahora acaba de abrir sobre la cama de su habitación, recién llegado al hotel Baltimore después de haber pasado la noche al otro lado de la frontera. La vuelta la había hecho por mar y remando. Cuando el comandante Fleming atravesó el túnel que se abría desde la habitación ocupada por la Petenera y llegó a la playa, supuso que era absurdo esperar a que el Catalán apareciese en cualquier momento con su cráneo rapado, sus guantes blancos y su olor a linimento. Así que cogió una de las barcas y salió remando de la

bahía de Algeciras. Pasado el buque cochambroso de nombre Olterra, se aproximó a la costa cercana de Gibraltar. Recién llegado a su habitación del Baltimore, lo primero que hizo fue abrir el maletín y sacar un paquete de cigarrillos de los que cargaba en su doble fondo. Si había algo imprescindible que armaba a un espía como él, eso era el tabaco. Virginia Morland Special. Con la primera calada, sacó del bolsillo de su chaqueta una agenda de tapas negras y leyó una dirección apuntada con una letra de dispensario médico. Sin dejar de aspirar el humo, con el cigarrillo entre los dientes, el comandante Fleming se metió en el cuarto de baño y abrió el grifo del agua fría.

Después del aseo y de pedir el desayuno de la mañana anterior pero con el añadido de no excederse en la cebolleta, el comandante Fleming caminó hasta llegar a una vieja taberna donde, según su superior el almirante Godfrey, se reunían los espías de doble cruz. «Pregunta concreta, respuesta abstracta» era la clave para conocerlos. Al igual que la noche anterior ocurrió con el gorila de cráneo afeitado, el tal Catalán, de la misma manera tan abstracta, el comandante Fleming conocería al agente Bolero en una vieja taberna de tiempos de los piratas situada detrás de Main Street y con un cartel donde ponía en letras grandes: Old Tavern.

Pero no nos adelantemos. En la vieja taberna había un hombre tras la barra que servía bebidas y hablaba español con un desaliñado acento de inglés portuario. Uno de sus ojos estaba tapado con un parche y al final de su brazo izquierdo, en vez de mano lucía un garfio oxidado. Luego tenía otros detalles como el aro en la oreja y los tatuajes de sirenas y de cruces selladas a la piel con tinta verde.

—¿Qué va a *drinkear*?

El comandante Fleming le sostuvo la mirada. Inclinandose sobre el mostrador sacó su voz más persuasiva para recitar en correcto inglés de Eton:

—... Y las casas de rosa y de azul y de amarillo y las rosaledas y los jazmines y los geranios y las chumberas y el Gibraltar de mi niñez cuando yo era una Flor de la montaña sí cuando me ponía la rosa en el pelo como hacían las muchachas andaluzas...

El hombre del parche hizo un aspaviento y con el garfio y mucha práctica, pinchó una aceituna de la barrica que tenía detrás. Con ayuda de su única mano, la introdujo en una copa vacía y agarró un bote grande de cristal, también vacío, donde, después de abrir la tapa, vertió el contenido de media botella de vino blanco y otro tanto de ginebra. Lo tapó y empezó a agitarlo con su única mano y mucho ritmo, mientras en el garfio enroscaba una

corteza de limón. Fue entonces cuando salió una voz a cantar desde el fondo de las mesas.

*Carrito de la fortuna  
que poco tiempo me duró.  
Cuando más a gusto estaba  
el eje me se partió.*

El comandante Fleming se dio la vuelta y vio a un joven, de pelo escaso y cara de hambruna que cantaba con los ojos cerrados y echándole sentimiento. A su lado había otro hombre que era todo oídos y daba olés por lo bajo, animando. Este hombre vestía traje, corbata y una gabardina negra sobre los hombros que tenía todo el aspecto de estar confeccionada con alas de vampiro. Era el mismo que el comandante Fleming había visto frente a la Empire Fruit Shop, la tienda de frutas, junto al camión, cuando acompañaba a la Petenera hasta la muralla. Ahora el hombre de las alas de vampiro se buscaba en su gabardina unas monedas para dejar caer en el platillo del cantaor. «Gracias», dijo el joven que se fue cojeante hasta la barra.

El comandante Fleming se echó mano al bolsillo y de su cartera sacó unos billetes españoles. Los puso sobre el platillo y el joven inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y siguió con los andares cojos hasta el final de la barra donde había otro hombre. Este leía el periódico mientras le limpiaban los zapatos. De vez en cuando asomaba sus cejas por encima. Eran de un luto tan negro como el de un crespón.

El limpiabotas tenía pelos largos y mustios que le tapaban las orejas. Usaba gafas de alta graduación, como el cristal de culo de botella. Con todo, el comandante Fleming advirtió el servilismo viscoso de sus ojos. Tal y como dijo en uno de sus informes, se trataba de esos individuos que se dejan sodomizar duro a cambio de convertir su dolor en placer. El comandante Fleming también pudo advertir que, dentro del maletín, bajo una de las gamuzas, el limpiabotas escondía un arma.

Tan concentrado andaba el comandante Fleming en tales asuntos que se sobresaltó con el golpe en la barra. De seguido volvió su mirada y se encontró con la copa, recién servida. Se la llevó a los labios y bebió un trago corto. Con ella entre los dedos, caminó hasta la puerta, desde donde observó al hombre de los crespones por cejas que leía el periódico mientras le limpiaban los zapatos. Fue entonces cuando aparecería otro hombre en la taberna, de poco pelo y muy revuelto. Caminaba doblado hacia delante,

dirigiendo la vista con los ojos verdes y pequeños, que eran como dos guisantes. Se acercó hasta el hombre de cejas espesas que leía el periódico y le preguntó algo. Entonces el de las cejas de luto pisó fuerte el maletín del limpiabotas donde tenía apoyado su pie y sacó su mirada por encima del periódico y la enarcó con rabia. Luego se quejó al limpiabotas.

El comandante Fleming pudo coger algo de la conversación. Por ello dedujo que el hombre de andares doblados y ojos de guisante, le había pedido la hoja de los crucigramas y el hombre de las cejas pobladas había juzgado el gesto de irrespetuoso. El comandante Fleming sonrió con ese engreimiento tan propio de los que hablan lo justo y vigilan más de la cuenta. Sin perder la sonrisa, apoyó la nariz en el vidrio de la puerta de la vieja taberna para fijarse en el paisaje de la guerra. Bebía a tragos cortos, con una tranquilidad que hubiese permanecido si un dedo en el hombro no le hubiese importunado.

—¿Quiere que le limpie los *shoes*? —preguntó el limpiabotas, con el hablar flojo.

Hubo un resplandor de alerta en los ojos del comandante Fleming, que le censuró el gesto con una mirada mientras señalaba la mancha de betún sobre el hombro de su chaqueta.

—Es la voluntad —dijo el limpiabotas con pereza.

El comandante Fleming se bebió de un trago lo que quedaba de copa y decidido a probar, recitó en inglés:

—... Sí cuando me ponía la rosa en el pelo como hacían las muchachas andaluzas o me pondré una roja sí y cómo me besaba junto a la muralla mora y yo pensaba bien lo mismo de él que otro y entonces le pedí con la mirada que me lo pidiera otra vez sí y entonces me preguntó si quería sí decir sí...

El limpiabotas interrumpió para seguir con el monólogo, pero en español, aunque refinado con giros ingleses y un tono muy arrastrado, juntando unas palabras con otras, más cerca de la letanía mora que del lenguaje en el que lo escribió James Joyce. Algo así como: «... Mi *flower* de la montaña y al principio le estreché entre mis brazos *yes* y le apreté contra mí para que sintiera mis pechos todo perfume sí y su *heart* parecía *crazy* y sí dije *yes. I want, yes*».

A provocación concreta, respuesta abstracta. Esa era la pauta. Lo que no quedó concretado fue el sentido de lo concreto y de lo abstracto. Tratándose de un texto del escritor James Joyce, el comandante Fleming dio por abstracta la respuesta y se presentó de manera concreta:

—Mi nombre es Fleming, comandante Ian Lancaster Fleming. Agente 17F.

El limpiabotas también se presentó.

—Yo soy el agente Bolero —dijo el limpiabotas como en un murmullo flojo que parecía no acabar.

El hombre que tenía los crespones por cejas aún no se había ido. Apoyado en la barra, se mostraba vigilante.

—Hable en bajo —le señaló el limpiabotas con ademán perezoso—. Aquel hombre al que acabo de limpiarle los zapatos es el mismo que organiza el espionaje para los alemanes.

El comandante Fleming cogió uno de los periódicos y lo abrió. Entonces tuvo una mueca, igual que si hubiese leído una noticia desagradable. Luego se puso a hacer preguntas al agente Bolero mientras este le pasaba el cepillo por los zapatos. Entre otras cosas, el comandante Fleming pidió información sobre la bailaora Juana, la Petenera. El limpiabotas se llevó la mano tiznada de betún hasta un lado de su boca y dijo, en tono bajo pero sin disimular pereza:

—Esa es hembra *vareá*.

—¿Hembra *vareá*? Conozco pocas palabras en gibraltareño y no creo en ninguna —contestó con cinismo el comandante Fleming.

—Vareá quiere decir que le han puesto muchas varas —aclaró con flojera el limpiabotas.

—¿Quién es el que le pone las varas ahora?

El limpiabotas se llevó la mano a la boca para decir en voz baja:

—El Príncipe Negro.

Ante la extrañeza mostrada por el comandante Fleming, el limpiabotas se explicó sin perder desidia:

—Un italiano, Juno Valerio Borghese, aprendiz de Maquiavelo que va en submarino.

Sin quitarse la mano de la boca, como si quisiera darle confidencialidad a su tono perezoso, el limpiabotas le siguió diciendo:

—Y junto a las varas, el Príncipe Negro le ha puesto una habitación en un hotel de la bahía de Algeciras.

—El Reina Cristina —aseguró el comandante Fleming, marcando mucho las erres.

—Me lo ha quitado de la boca —dijo el limpiabotas, dejando caer las palabras.

Desde aquel momento surgiría una relación entre ellos dominada por la literatura y la cobardía. El agente Bolero serviría de inspiración al

comandante Fleming para dar forma a su elocuencia y expresividad narrativa. Los que conocieron de cerca la relación entre estos dos hombres, así lo afirmaron. La manera de arrastrar las palabras que tenía el comandante Fleming no era más que una asimilación de la letanía que aprendió a escuchar por boca del limpiabotas. Su fraseo era lo más parecido a una eyaculación continua; un torrente seminal disparado de palabras que trazaban una elipse en el vacío para luego continuar su rumbo viscoso, arrastrándose por el suelo.

Una semana después, el comandante Fleming estaba de nuevo en Londres frente al almirante Godfrey, su superior que le miraba con severidad tras la mesa del despacho. Ahora el almirante Godfrey no mantenía sus manos sobre el muslo, sino que con ellas sostenía un informe. Los ojos perrunos eran los de un mastín, veteados de sangre.

—Le tengo que amonestar por ir por ahí diciendo que es usted espía.

El comandante Fleming sonrió y sin perder la compostura, lanzó la pregunta:

—¿Quién se lo dijo?

—No se olvide de que somos del servicio secreto y en el servicio secreto nos enteramos de todo.

Acto seguido, el almirante Godfrey, sin perder el tono de recriminación, recalcó al comandante Fleming en qué consistía la misión encomendada:

—Se lo dejé bien claro. Primero. Organizar la red de espionaje en el Estrecho de Gibraltar para neutralizar el sistema de estaciones enemigo. Segundo. Montar una oficina coordinada por usted y cuyo objetivo básico fuese el de detener el sabotaje de los buques que surcan el paso entre el Mediterráneo y el Atlántico. Para ello había que conseguir el punto tercero, una estación de vigilancia que detectase los movimientos de los submarinos enemigos en la zona, las manadas de lobos grises que con fiereza atacan lo más sagrado; la comida. Mire, comandante Fleming...

—He visto algo que me pareció muy interesante —saltó el comandante Fleming—, un buque en sitio estratégico. Lleva por nombre Olterra y está herrumbrado, cerca de la bahía de Algeciras. Se trata de un buque de nacionalidad italiana...

Pero el almirante Godfrey hizo como que no escuchó y siguió ladrando:

—Mire, comandante Fleming, si logra impedir los ataques a los convoyes que hacen la ruta atlántica, la victoria llegaría de la mano de nuestra propia resistencia. De lo contrario Inglaterra tendría que rendirse. La rendición vendría de la mano del hambre. El bloqueo trae el hambre. El hambre trae la

rendición. El círculo se hace vicioso...

—¿Algo más? —preguntó el comandante Fleming.

Con la pregunta daba a entender que continuaba con la misión, fabricándose así una imagen de arrogancia que hizo de él un hombre imprescindible, no sólo en aquella oficina londinense, sino también en Gibraltar. Por lo dicho, el comandante Fleming se podía permitir, entre otras muchas cosas, la falta de respeto a su superior jerárquico: el almirante Godfrey que ahora le miraba con la mansedumbre de un perro apaleado.

—Sí, claro que hay algo más —contestó el almirante Godfrey—, también le quería felicitar por haber reclutado al hombre idóneo. Según su informe dice «... había en sus labios una sonrisa sensual y salvaje que hubiera sorprendido a sus compañeros de cuartel...».

El comandante Fleming asintió:

—Carson McCullers lo describió muy bien —dijo.

—Ah, claro, McCullers... —soltó el almirante Godfrey— y bien, dígame, comandante, de quién se trata. Dígame el nombre de ese tipo que tiene en sus labios una sonrisa sensual y salvaje con la que parece haber quedado deslumbrado.

—David Scherr, el sargento David Scherr —dijo de carrerilla Ian Fleming—. Un joven con el manejo suficiente de español y la responsabilidad plena del militar que sabe cumplir con su misión encomendada. Me inspiró confianza desde el principio.

El comandante Fleming evitó contar cómo se conocieron. Se ahorró lo de decir que tenía una piedra en la mano y que los monos copulaban cerca. «No soporto ver follar, me pone cachondo y violento», confesaría luego el joven sargento, cuando se quedó a solas con el comandante Fleming, una vez que el soldado de cara angulosa se había ido en busca del gobernador Jock. El episodio sería definitivo a la hora de revelar las aptitudes para el cargo que mostraba aquel joven sargento. «A mí también me pone cachondo. Uno tiene que aprender a excitarse», le reconoció el comandante Fleming junto al camión aparcado en la ladera.

Todo aquel episodio lo pasaría por alto en el despacho de su superior; no aportaba gran cosa al informe y podía llevar la conversación a rincones oscuros. El comandante Fleming cambió de tema iluminando sus palabras para contar los avances en la simulación de posiciones. Le explicó a su superior todo lo referente a los maniqués vestidos de soldado y cómo fueron dispuestos en sitios estratégicos. El comandante Fleming los había revisado al

detalle. También puso a prueba el engaño de barcos contruidos con cajas de frutas para confundir a las estaciones de radar. Incluso le propuso lo de proyectar en el cielo la imagen de Hitler cagando.

—¿Hitler cagando? —preguntó el almirante Godfrey algo confuso.

—Es para desmoralizar a los alemanes si se acercan en avión.

El comandante Fleming explicó que el asunto era tan fácil como filmar a un hombre, caracterizado como Hitler, con su uniforme, su bigotito, su flequillo y su gorra de plato descansando sobre las rodillas desnudas. Así había que hacer mientras el doble de Hitler ponía cara de esfuerzo, sentado en un retrete. Luego la película se proyectaría en una pantalla gigante que sería desplegada en la ladera más alta del Peñón.

—Nadie va a importunar a Hitler y menos cuando está tan concentrado —aseguró el comandante Fleming.

El almirante Godfrey se rascó la cabeza y el comandante Fleming, sin bajar el porte aristocrático del mentón, siguió explicando lo importante que era echar imaginación a la guerra. Como ejemplo de lo minuciosa que llegó a ser la inventiva desplegada en Gibraltar, el comandante Fleming contó lo sucedido al ir a revisar la colocación de las baterías. Una vez montadas, se daría cuenta de que, con aquella artillería, era imposible disparar y si las baterías no disparaban, el enemigo se daría cuenta del engaño.

—Son cosas que van surgiendo —le aseguró el comandante Fleming a su superior.

Sin dejar sitio a que el almirante Godfrey enmendase tanta inventiva, el comandante Fleming siguió contando cómo se había desarrollado su viaje a Gibraltar y el acaloramiento del gobernador Jock, cuando, apoyado en su bastón y respirando por la boca exclamó: «¡Pero cómo quiere que disparen las baterías si son de cartón!».

—¿Y nuestro querido amigo Wild Bill, qué decía al respecto? —preguntó interesado el almirante Godfrey.

—Se rascaba la panza y ponía cara de no dar crédito. Pero eso fue al principio, luego me ayudaría, pues se dio cuenta de que yo llevaba razón en mis planteamientos.

El almirante Godfrey dejó el informe sobre la mesa y con un gesto de su mano, invitó al comandante Fleming a que siguiera con su explicación. De esta manera, manteniendo la tensión en su relato una vez presentados unos elementos que eran incongruentes en apariencia, el comandante Fleming siguió diciendo que lo más importante en aquellos momentos fue encontrar

algo para que se pudiesen producir fogonazos de verdad desde baterías de mentira.

—De esta manera los alemanes nunca se darían cuenta del engaño. Pero el gobernador Jock, poco habituado a aquellas estrategias de guerra, seguía cogiendo aire por la boca y negándose a toda inventiva.

—Ya —dijo con cierta resignación el almirante Godfrey.

—Al final, con mucho esfuerzo de sus pulmones, el gobernador Jock logró decir algo así como que «sólo las armas de verdad pueden disparar». Entonces fue nuestro amigo Wild Bill, el mayor Donovan que, rápido de reflejos y de materiales, dio con la solución de inmediato, allí mismo, en la ladera del Peñón, con el vértigo de la mañana reflejado en las aguas del Estrecho.

El comandante Fleming dejaba escapar su vena descriptiva y su superior, tras la mesa del despacho, se agitaba, dando muestras de interés. No pudo evitar la pregunta.

—¿Cuál fue la solución?

—Combustible y pólvora para reproducir cualquier tipo de fogonazo que emita un cañón. Así lo aseguró el mayor Donovan frotándose las manos y carcajeando.

—Me imagino —dijo el almirante Godfrey, extendiendo su sonrisa de mastín.

—Tardamos unos días en hacer los ajustes, simulamos los fogonazos de los cañones con pólvora de aluminio y limaduras de hierro para dar color. Las explosiones de humo de las baterías se consiguieron con pólvora negra.

En su último día en Gibraltar, el comandante Fleming llevaría a cabo una demostración. La batería disparó su descarga de fuego y los monos empezaron a correr por las faldas del Peñón. Con todo y con eso, el comandante Fleming no pareció muy satisfecho. El gobernador Jock respiraba por la boca cada vez con más decrepitud mientras el comandante Fleming no dejaba de mirar hacia un punto cercano del suelo donde, enterradas bajo las rocas, estaban las extensiones de tuberías de metal que se cargaban con la pólvora y la munición falsa. Fue entonces cuando el comandante Fleming se daría cuenta de que era imposible disparar artillería sin abrasar la tierra que hay delante del disparo.

—¿Cómo se resolvió esto? —preguntó el almirante Godfrey, con curiosidad enfermiza.

El comandante Fleming sonrió y echándose mano al bolsillo interior de su

chaqueta sacó la pitillera. El almirante Godfrey acercó el cenicero y el comandante Fleming introdujo un cigarro en su boquilla de ébano. Virginia Morland Special.

El almirante Godfrey le arrimó la llama del mechero.

—Gracias —soltó el comandante Fleming, con una sonrisa envuelta en el humo de las encías.

—Dígame, ¿cómo se resolvió lo de dar veracidad a las descargas de artillería? —preguntó de nuevo el almirante Godfrey, sin disimular su interés por los pequeños detalles.

—Para resolverlo, se colocarían bayetas tiznadas de betún negro delante de las maquetas. Así se simularía la tierra carbonizada —resolvió Fleming, el comandante Ian Fleming.

Luego contó que las armas simuladas se unieron a las reales como los maniqués a los hombres de carne y hueso; en primera línea. El almirante Godfrey no pudo hacer otra cosa que felicitar al comandante Fleming. Ahora el mastín volvía a ser perro manso. Entonces, el comandante Fleming aprovechó y fue llevando la conversación hacia las generalidades de la guerra que estaban viviendo. Surgió el tema de la guerra civil española y el comandante Fleming acertó al asegurar que la guerra de España no fue más que una fase temporal de un juego dantesco que se estaba jugando en Europa.

En ningún momento, el comandante Fleming haría referencia a la Petenera ni a su coincidencia en la casa del gobernador y menos aún, al paseo hasta la muralla mora donde le recitó el monólogo de Molly Bloom. Tampoco la noche de amor que él resumió con un punto y aparte, ni el desgarró de la mañana siguiente, el pecado carnal y la despedida, en el hotel, cuando el comandante Fleming se agachó hasta ella y alargó el brazo y rozó su mejilla con la yema de los dedos, como si quisiera hacerle una caricia, un consuelo que quedó en nada. La dejó de rodillas, con la cabeza hundida y los muslos temblando de exceso. Abrió la trampilla y con ayuda del mechero, salió por el túnel, a la playa de Algeciras.

Todo esto lo evitó contar en su informe. Lo que no ocultó a su superior fue el nombre de los agentes de doble cruz que había conocido. El Catalán y el agente Bolero. Tras apurar la calada final de su cigarrillo, aseguró:

—Le confirmo lo vendibles que son los agentes en aquellas tierras, la mayoría españoles, aunque sus ancestros fueran moros, italianos o catalanes.

—¿Catalanes?

—Es una forma de hablar —dijo el comandante Fleming, soltando la

última bocanada de humo.

De seguido se puso a contar que, aunque al chófer del cráneo rapado le llamasen el Catalán, en realidad era italiano y su apellido era Padori. Como era costumbre en su conversación, el comandante Fleming quería dejar al descubierto su conocimiento histórico sobre todas las demás cosas; esos pequeños detalles, la anécdota como sal de la historia llevada hasta el diálogo con el que se lucía. Apagó el cigarro en el cenicero y se puso a contar el capítulo antiguo de la guerra de Sucesión vivido en Gibraltar. Un episodio que convertía en leyenda cada vez que tenía oportunidad.

—Los Borbones contra los Austrias —dijo el comandante Fleming—, una guerra dinástica a la que involucraron al pueblo pues ya se sabe, si el pueblo no forma parte de la guerra, la guerra no existiría.

—Los Borbones aliados con castellanos y franceses —apuntó el almirante Godfrey, para ganarse el reconocimiento de su interlocutor y que se supiese que él también sabía.

El comandante Fleming asintió y dijo:

—Así es, y los Austrias con aragoneses y catalanes y holandeses e ingleses.

Luego el comandante Fleming se puso a contar que después de tres días de bombardeos de plaza, el príncipe inglés George hizo su entrada en Gibraltar escoltado por un batallón de catalanes.

—El príncipe Jordi, como le llamaban los catalanes —apuntó Godfrey.

Tras encender otro cigarro, el comandante Fleming prosiguió y dijo que cuando los catalanes llegaron hasta la playa la bautizaron como playa de los Catalanes porque allí vivían pescadores genoveses que iban todos, y como estos estaban tocados con una barretina roja, como si fueran catalanes. De igual manera, los trataron como tales.

—Por eso al chófer del gobernador le llaman el Catalán, pero a lo que voy, que no hay que fiarse pues aunque sea italiano, esta gente son igual que los catalanes o los castellanos de aquella guerra. Se enrolaban en un lado u otro por dinero. Nada que ver con el sargento David Scherr.

El comandante Fleming aprovechaba para dar solvencia a su protegido en la misión. Luego siguió contando cómo la perspicacia vino en ayuda de la casualidad. De no haber estado atento a las señales tan significativas que el azar le había reservado, no hubiese descubierto el mensaje oculto en el anuncio por palabras de un periódico. Fue una visión que surgió como un relámpago al encajar de manera accidental las piezas separadas. Lo vio

mientras le limpiaban los zapatos en la vieja taberna, la Old Tavern. El periódico traía fecha del primer día de febrero y en el citado anuncio se ofertaban unas yeguas, con los mismos nombres de los barcos del convoy HG-53; que luego sería atacado con aviación al suroeste del cabo San Vicente. El anuncio traía intercalados los números de la fecha y de la hora de salida del puerto de Gibraltar.

—Tres barcos, 4781 toneladas —apuntó con rabia, de carrerilla, Godfrey como si cada barco fuera una herida en su memoria bélica.

—Así es —aseguró el comandante Fleming—, así que lo que hice fue encargarme que el Catalán y Bolero pusiesen anuncios de cabras, cerdos, patos y burros en el mismo periódico. Para despistar.

—¿Similares entre ellos?

—Diferentes. Uno es flaco, gafas de aumento y pelo con grasa. Es pasivo por estrategia y también lo es en la intimidad. Su cobertura es de limpiabotas y trata de parecer natural, como si jamás se hubiese humillado a utilizar agua y jabón.

El almirante Godfrey encogió su nariz y el comandante Fleming siguió contando detalles de los agentes.

—El limpiabotas, Bolero, es hombre de los que pagan unos peniques por dejarse sodomizar. El catalán se vende más caro.

Dicho esto, el comandante Fleming pegó otra calada y añadió con broma:

—No lleva barretina roja. Nuestro Catalán lleva el cráneo rapado.

El almirante Godfrey, con la mirada perruna tras la mesa del despacho aclaró su propia confusión:

—Cuando pregunté que si eran iguales, me refería a los anuncios. Quería saber si los anuncios los puso usted iguales.

La mirada de mastín volvía a sus ojos y el comandante Fleming se lo captó. Entonces respondió seco:

—Diferentes.

—¿Se cercioró usted de que salieron publicados los anuncios?

El comandante Fleming asintió y dijo:

—Sí, en el mismo periódico.

—¿Actúan juntos?

—¿Los anuncios? —preguntó el comandante Fleming a la vez que una bocanada de humo se desprendía de sus labios.

Godfrey torció el gesto para decir algo pero el comandante le cortó para seguir hablando.

—No, no actúan juntos estos dos agentes, pero tampoco dudo de que ambos se conozcan entre ellos.

—Le tendría que felicitar por haber neutralizado de manera sencilla lo de la transmisión en clave con los anuncios por palabras. Pero... ¿sabe?, no lo voy a hacer. No le voy a felicitar.

El comandante Fleming apagó su cigarrillo junto a la colilla del otro y retiró el cenicero. Luego dijo:

—Pues no lo haga.

El almirante Godfrey, sin parpadear, clavó las vetas de sus ojos en el comandante Fleming para decirle, en un tono no exento de reproche:

—No se da cuenta, pero al haber encargado al Catalán y al agente Bolero que pongan los anuncios, usted mismo está informando de que se ha dado cuenta del mensaje enemigo. Usted mismo está avisando de que el mensaje del enemigo ha sido interceptado.

—No creo que el Catalán se diese cuenta, pensaría que se trata de cabezas de ganado. No es tan refinado en su lógica. Es un agente doble cero, de los que se excitan cuando huelen sangre y disfrutan con el mero hecho de matar.

—¿Y el tal Bolero, el limpiabotas, por qué no advertiría el engaño en los anuncios?

—En ningún momento dije que el agente Bolero no lo podría advertir. Pero debido a su interés, lo último que haría sería ir con el cuento a alguien. Callaría, pues de lo contrario se delataría ante mí y de momento le interesa mantener la relación.

El comandante Fleming refirió a su superior el ambiente de alegre intimidad que se había producido entre ellos dos, un clima tan propicio para conservar la relación como el que se puede dar entre dos aficionados a la literatura destilada en grado alto. El comandante Fleming y el limpiabotas conversaban sobre Joyce y sobre la tradición de famosos cornudos y libadores literarios. También salían a relucir los contemporáneos donde ambos coincidían en lo destacable que era Dylan Thomas, un autor apocalíptico no apto para las armas de fuego y que los servicios secretos británicos habían reclutado para realizar documentales sobre la guerra.

Durante la reunión con su superior, el comandante Fleming tendría tiempo de fumarse el paquete de cigarrillos al completo y el almirante Godfrey tendría tiempo de llamar varias veces a su secretaria para que se llevara el cenicero y trajese otro limpio. Entre el humo encerrado en aquella habitación, el comandante Fleming también informó a su superior acerca del hombre de

las cejas espesas, el teniente coronel Ignacio Molina.

El almirante Godfrey escuchó atento cuando el comandante Fleming se refirió al tal Ignacio Molina como uno de los jefes del espionaje enemigo en aquella zona. Antes de terminar la reunión, el almirante Godfrey preguntaría de nuevo por el mayor Donovan, Wild Bill.

Fue entonces cuando el comandante Fleming adoptó su pose más seria para afirmar:

—Tiene ganas de entrar en combate. Pero de él no depende. Cuanto más retrasen la hora los americanos, más nos adelantan la ruina. En fin, esperemos que convenza a Roosevelt. De ser así, será cuestión de poco tiempo.

—Ya, pero el parlamentarismo y la intervención bélica tienen que aparentar que no se llevan bien. —Esto último lo aseguró el almirante Godfrey agitado tras la mesa de su despacho, clavando las vetas de sus ojos en su interlocutor para continuar diciendo—: La guerra beneficiaría a su democracia lo que pasa es que no se atreven a decirlo. Pueden ser los salvadores de Europa, hay que hacérselo ver, por eso asociarnos con ellos ahora nos va a traer provecho.

El comandante Fleming asintió y antes de levantarse y despedirse, dijo:

—Tenía usted razón en una cosa.

—¿Sí?

—Que el gobernador, el general Clive Gerard Liddell no tiene principio de demencia senil sino final, ¡Jock se ha vuelto loco! —exclamó el comandante Fleming.

Godfrey puso un gesto amargo en la boca y los ojos se le mojaron con el brillo de la resignación. Luego dijo:

—No soy psiquiatra pero no hace falta ser psiquiatra para saber cuando un hombre se ha vuelto loco. Gracias por reafirmar mi postura.

—No hay de qué —dijo el comandante Fleming abrochándose el botón de su chaqueta.

Pero el almirante Godfrey no le dejó irse aún, todavía quedaba algo:

—Una última pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué pasó con Dudley Clarke? —inquirió el almirante Godfrey.

La pregunta impactó en el comandante Fleming de tal manera que le dejó en silencio durante unos instantes. Luego se recompuso y dijo molesto:

—Eso mismo le iba a preguntar yo a usted, ¿qué pasó con Dudley Clarke?

En tiempo de guerra era fácil conseguir una mujer. Sobre todo si se contaba con algo de dinero para disfrutarla durante un rato o un poco más para hacerlo por toda la noche. Aun así, la mayoría de aquellas noches en Londres, el comandante Fleming acababa con la palma de su mano mojada por los proyectiles.

Pero había veces que se dejaba tentar por alguna dama de cuello alto y tobillos de gacela; una de tantas que, llevada por el hambre, disfrazaba su necesidad con una cachondez teatral e impostada. Era inevitable que el comandante Fleming aprovechara su mirada de halcón para tomar distancia con respecto al mundo y verlo todo desde arriba. Planeaba buscando el contacto nervioso de la carne. Tal y como aseguró en más de una ocasión, para el comandante Fleming la guerra y el sexo eran dos maneras distintas de llamar a la muerte.

—La muerte se hace activa con la guerra —le diría a una tal Marie-Jacqueline, que retozaba desnuda a su lado, en la cama de un hotel londinense.

Después de asegurar esto, el comandante Fleming cogió un cigarro. Con cierto pudor, como si estuviera avergonzado por algo de lo sucedido, se cubrió con el kimono rojo. Luego encendió el cigarro y fue hacia el balcón. Apartó las cortinas y se puso a mirar la calle. Contempló los sacos terrenos, los carros de combate, la gente caminando aprisa sin dejar de mirar el cielo, la niebla que caía sobre los tejados. En el reflejo del cristal, se perfiló el cuerpo de una mujer sobre la cama. Ella retiraba el cabello de su cara con una mano para decir:

—En guerra, la muerte ya está agotada de tanto matar.

A veces, el comandante Fleming se sorprendía de que hasta las mujeres con más indigencia intelectual, por el simple hecho de ser mujeres, tenían más lucidez en sus pensamientos que muchos hombres. Él mismo defendía la hipótesis de que esta lucidez no era sino fruto de la libido. Una energía psíquica superior y debida a que las mujeres cuentan con un órgano hecho

sólo para el placer. El clítoris. La llave que abre con excitación el tesoro máspreciado por un hombre. Gracias a ese órgano, las mujeres habían desarrollado la aplastante lucidez que abrasa el mundo. Hipótesis que el comandante Fleming soltaba con la misma ligereza que una bocanada de humo.

—La muerte no se agota de tanto matar. Es mujer y por lo tanto, insaciable en sus deseos —le respondió el comandante Fleming a la tal Marie-Jacqueline, intentando estar a la altura de sus pensamientos.

Ella se mantuvo en silencio, dando por válida la respuesta. En tiempo de guerra y destrucción eran tan fáciles las mujeres como ir al retrete y bautizarlo con una meada. Todo conflicto bélico producía una urgencia que excitaba al comandante Fleming. Igual que si el enemigo hubiera adivinado sus deseos, el ejército alemán estaba dispuesto a encender la agresividad, el insomnio febril, el salto mortal, los cuchillos largos, toda aquella relación siniestra que al comandante Fleming le ofrecía un campo propicio.

Si no hubiese sido por los enemigos de Inglaterra, ahora mismo el comandante Fleming no estaría en el hotel Claridge, con la secretaria del almirante Godfrey, la misma que iba y venía con el cenicero de mármol por el despacho de su superior. A las mujeres así no se las reclutaba precisamente por su pericia ni tampoco por su formación. A las mujeres como a la tal Marie-Jacqueline se las reclutaba para los servicios secretos porque venían de familias anticomunistas. Apellidos de noble linaje y piernas bonitas eran los únicos requisitos que debían cumplir.

El comandante Fleming la seguía mirando en el reflejo del cristal mientras ponía en práctica un aire de mal humor con el cual aspiraba a disimular su ansiedad. Alzó el mentón para cerrar las cortinas y se acercó hasta la silla donde había dejado sus pantalones. Abrió la cartera y soltó unos billetes sobre la cama. La tal Marie-Jacqueline agrandó sus ojos y dijo:

—No te pienses que soy una vulgar...

—¡Putá!

Fue él quien lo dijo. Se habían conocido tiempo antes y siempre coincidían en las noches más conflictivas de Londres. En cierta ocasión se encontraron en el club Gargoyle, en una velada donde estaban otros compañeros del servicio secreto como Guy Burgess o el poeta alcohólico Dylan Thomas. El comandante Fleming no olvidaría el episodio. La señorita Marie-Jacqueline llevaba las piernas cubiertas de betún. Con la guerra escaseaban la mayoría de los artículos y se agotaron pronto las existencias de las mercerías. La tal

Marie-Jacqueline pensó que extendiéndose una capa de betún sobre sus piernas, daría el pego. Su falda de tubo y su chaqueta entallada le daban el aspecto de dama distinguida y nadie imaginaría que no llevaba medias. Pero a la señorita Marie-Jacqueline se le olvidó contar con la perversidad del Diablo, reencarnado para la ocasión en el apocalíptico Dylan Thomas. El poeta no sólo descubriría la falta de las medias en sus piernas, sino que también descubriría lo más íntimo de Marie-Jacqueline, que tampoco llevaba bragas. Para qué.

El comandante Fleming le debía mucho a aquella guerra; entre otras cosas, la visión de la carne y el pelo que asomó entre las piernas de la señorita Marie-Jacqueline cuando Dylan Thomas le subió la falda y empezó a lamer el betún de sus pantorrillas como si se tratase de una cobertura de chocolate. Lo hizo borracho pero asimilando el compás marcial del himno inglés que la orquesta interpretaba en aquel momento. El asunto acabaría a puñetazos entre todos los allí presentes y el comandante Fleming aprovecharía para proteger a Marie-Jacqueline y sacarla del tumulto.

Durante los primeros meses de guerra, la relación entre Marie-Jacqueline y el comandante Fleming se convertiría en un infierno necesario para ambos. A su vuelta de Gibraltar, el infierno aún ardía a ratos y en uno de esos ratos, después de una de las últimas visitas al edificio de Broadway Street, el comandante Fleming intentó avivar las llamas. Se llevó a Marie-Jacqueline al hotel Claridge y lo primero que hizo nada más cerrar la puerta de la habitación fue ponerla a horcajadas en el bidé, mientras acariciaba el cuello con sus manos. Ella no opuso resistencia y eso fue lo que al comandante Fleming le bajaría la excitación. «¿Cómo quiere que le coloque el collar a María Antonieta?».

Mientras soplaba la pelusilla de su nuca, abierta como un melocotón, le buscó los labios traviosos con su lengua. Sin embargo, faltaba lo más importante. El comandante Fleming había dejado su latido dentro de otro cuerpo que por su expresión parecía añorar. No se puede transmitir lo que no se tiene y eso fue lo que pasó aquella tarde en el hotel Claridge. Puede decirse que el comandante Fleming necesitaba la pulsación de una muerte que le diera vida. Necesitaba volver a Gibraltar. Desde que llegó a Londres, le perseguía la sensación de que andaba perdiendo el tiempo.

Ahora el comandante Fleming fuma su primer cigarrillo del día en una habitación del hotel Claridge. Sobre la cama hay unos billetes. Con la mirada de halcón abarca todo el espacio contenido en una habitación de hotel donde

destaca la desnudez de una mujer de piernas largas, semejantes a dos espadas de fuego blanco. Se trata de Marie-Jacqueline, secretaria del almirante Godfrey que con una sexualidad de mujer rota en la voz, coge el teléfono que acababa de sonar. El comandante Fleming primero tiene un gesto de censura para luego quedar absorto, con el cigarrillo entre los labios. Una mezcla de humo, aroma de tabaco balcánico y turco que parecía preparada especialmente para él por Morlands, en Grosvenor Street. Pero tal y como contaría después, en aquel momento, hasta el cigarrillo le repugnó.

Al otro lado del teléfono pudo percibir los ladridos de su superior, el almirante Godfrey. Fue cuando se sacó el cigarro de la boca y sopló la brasa. El grito de Marie-Jacqueline provocó una reacción íntima en el comandante Fleming. Un espasmo de fuego que duró lo que tardaría el cigarro en apagarse en uno de los cuartos traseros de aquella mujer. ¡No tenía que haber cogido el teléfono sin su permiso!

—Siéntese —ordenó el almirante Godfrey.

Esta vez, el comandante Fleming no sacó uno de sus cigarros Virginia Morland Special, sino que se mantuvo estático, como si la peor noticia hubiese que tomarla con la flema fría y húmeda tan común a los ingleses. El almirante Godfrey le miró con sus ojos de mastín veteados de sangre y apuntándole con el dedo le dijo:

—Comandante Fleming, he de decirle que ha fracasado en su misión.

Acto seguido, el almirante Godfrey activó un botón bajo la mesa de su despacho y tras él, se desplegó un mapa del mundo. El proceso histórico había acelerado el ritmo de Europa. La destrucción quedaba tan cerca que se podía tocar con las puntas de los dedos. Bien se podría afirmar que la guerra llegaba a su punto más álgido en aquellos momentos en los que el mapa de Europa tenía el color pardo del nazismo.

Hitler había emprendido preparativos para cruzar el canal de la Mancha y para ello, antes de salir a la conquista, los alemanes tenían que obtener el dominio aéreo en el sur de Inglaterra. La invasión sólo podía tener éxito después de la destrucción de los aviones ingleses. Una de las tretas utilizadas por los alemanes era atacar a los convoyes británicos que iban y venían de Gibraltar con la esperanza de atraer a la Aviación inglesa. Pero Churchill, no caería en la trampa. Sabía que la batalla estaba perdida a cielo abierto.

El almirante Godfrey se levantó y con el mismo dedo empezó a señalar en el mapa un punto del océano:

—Acaban de atacar el convoy HG61 recién salido de Gibraltar.

El comandante Fleming apreció la herida que se abría en los ojos perrunos de su superior y dijo con firmeza:

—No he fracasado, he mantenido Gibraltar tres meses sin sabotaje. De momento, los que están fracasando son los Estados Unidos por no haber querido entrar en guerra. Si no conseguimos que entren en guerra, entonces sí que se podría hablar de fracaso.

—Usted me esconde algo —aseguró el almirante Godfrey con el sexto

sentido que se observa en los varones que han pasado mucho tiempo entre hombres, hacinados en sitios donde no está permitida la entrada a las mujeres.

El cuerpo militar tiene esas cosas comunes a todos los países y el almirante Godfrey pertenecía al cuerpo militar de forma activa. En sus tiempos de soldado se haría famoso masajeando los pies a los compañeros. «Cierra los ojos», le decía al demandante de sus servicios antes de aplicar la crema con empeño. Se sentía incómodo siendo observado cada vez que los dedos de sus manos cruzaban por entre los dedos de los pies de algún compañero que se prestaba a aquella forma de contacto. «Cierra los ojos».

Había veces que el almirante Godfrey añoraba los tiempos en los que la guerra era un juego inocente que se jugaba en el campo de batalla, lejos de los despachos. Aquella vez era una de esas veces, con el comandante Fleming vestido de traje y corbata, sentado frente a él y sin hacer gesto alguno que pudiera delatarlo. La contestación del comandante Fleming lo diría todo:

—Si lo sabe, dígamelo y acabamos antes.

—No, no se lo voy a decir —atajó el almirante Godfrey— pues lo que más me gusta es escuchar una confesión.

Con esto, el almirante Godfrey daba a entender una cuestión vulgar de morbo, un rincón oscuro con humedad de templo consagrado al vicio. El comandante Fleming lo captó y por enmascarar su complejo con una broma, dijo:

—Si se refiere al brigadier Dudley Clarke, he de confesar que no se sabe limpiar el culo.

Pero el almirante Godfrey no entró en la broma. No le gustó la máscara y abrió una carpeta de tapas negras que luego cerró, como si dentro guardase un documento importante y aún no fuese momento de enseñarlo. Con la intriga, el comandante Fleming sacó la boquilla de ébano y se puso a jugar con ella. Como después supo el almirante Godfrey, esto no lo hizo el comandante Fleming porque estuviese nervioso y se pusiese a entretener los nervios de manera obsesiva con la boquilla, sino por dar muestras de un nerviosismo que no era espontáneo. Caer en la trampa no siempre significa que no la hayas visto antes.

Al final, el comandante Fleming metió un cigarro en la boquilla y acto seguido, su superior, el almirante Godfrey, le acercó el cenicero de mármol y siguió hablando:

—Tiene razón, comandante. Los Estados Unidos han de involucrarse en la

guerra. De lo contrario, la perderemos. Al final, esta guerra la ganarán los soviéticos. Vamos a hacer el intento, involucrando a la inteligencia militar de Estados Unidos que por otra parte están demostrando poca inteligencia en el desarrollo histórico de esta guerra. Por ello, aunque ha fracasado en su misión, vamos a darle a usted otra oportunidad.

Ahora el brillo en los ojos del comandante Fleming no era espontáneo. Era el brillo de los que se saben imprescindibles para cumplir una misión aunque al final fracasen en ella. Encendió el cigarrillo y el almirante Godfrey siguió hablando:

—No va a correr la misma suerte nuestro amigo Jock, pues va a ser cesado de inmediato de su cargo como gobernador militar de Gibraltar.

En esos momentos, el comandante Fleming aspiró el humo de su cigarrillo y fue consciente de que la guerra le seguía tomando en cuenta. No sólo continuaba con la operación Golden Eye sino que los servicios de inteligencia le extendían su confianza. El almirante Godfrey le había puesto a prueba y aquella flema húmeda y fría, capaz de calentarse hasta hacerse mala sangre, había sabido convencerle. Ahora se le proponía para una misión tan importante como la puesta en marcha de un servicio de inteligencia angloamericano.

—Se ha pensado que es una buena forma de involucrar a las altas esferas del ejército de los Estados Unidos. Llegará un momento en que Roosevelt entre en acción y podemos adelantarlo si se le preparan buenos informes geopolíticos que puedan convencer a los parlamentarios más reticentes —dijo el almirante Godfrey, de carrerilla, como si ya lo hubiera repetido más veces.

—Y bien... ¿Qué me propone? —preguntó el comandante Fleming, que no quería aparentar que la propuesta de su superior le había conquistado—. ¿Tal vez vestirme de mujer y conquistar a Roosevelt?

Después de la pregunta dio una calada al cigarrillo y tras soltar el humo, añadió socarrón:

—Pero... para esas cosas ya tienen ustedes a Dudley.

—No, no se confunda. No tiene que vestirse de mujer, irá vestido de paisano. Se hospedará en el St. Regis de Nueva York bajo la identidad de un periodista.

—He trabajado de periodista, no lo olvide. Cuatro años en Rusia.

El comandante Fleming lo dijo cerrando los ojos como si en su recuerdo avivase alguna mujer de piel blanca y carne resonante; pubis sonrosado y labios crudos. Según contó en alguna ocasión, las rusas que había visitado en

su estancia por aquellas tierras, fueron todas mujeres muy agradecidas. De porte frío y un calor religioso en la entrepierna.

Pegó una calada al cigarrillo y dejó a su superior hablar. El almirante Godfrey, con un matiz de ironía en sus palabras le recordó:

—Y no hay que olvidar que usted también ha trabajado de agente de bolsa pero como comprenderá, lo de agente de bolsa lleva una cobertura que necesita cierto tiempo para ser preparada y la guerra no espera.

—Entonces me visto de periodista y entrevisto a Roosevelt y le intento convencer. ¿Es eso? —preguntó el comandante Fleming, apagando su cigarrillo en el cenicero de mármol.

—No. El mayor Donovan se encargará de ello —respondió el almirante Godfrey.

—No veo yo al mayor Donovan como periodista, tampoco vestido como mujer —apuntó con sorna el comandante Fleming.

—Vale de bromas, comandante —atajó Godfrey, con los ojos veteados y el ademán belicoso, tras la mesa del despacho.

Hubo un silencio y el comandante Fleming soltó una risa gutural, sin abrir la boca. Entonces el almirante Godfrey siguió dando instrucciones:

—Saldrá de inmediato para Estados Unidos y hará escala en Lisboa donde recogerá a nuestro viejo amigo, el mayor Donovan. Nuestro querido Wild Bill anda por aquellas tierras.

El comandante Fleming asintió ante su superior, poniendo el gesto más serio que encontró a mano. El almirante Godfrey siguió dando instrucciones al hombre que se escondía tras aquella máscara, un sinvergüenza de nombre Fleming... Ian Fleming. Siguiendo las órdenes de su superior, una vez llegado a Lisboa, el sinvergüenza del comandante Fleming tenía que contactar con otro agente, un tal Duko Popov que trabajaba bajo la cobertura de agente germano. Una vez que hubiese coincidido con él, le tenía que informar de la importancia de la misión. Para que los Estados Unidos entrasen en guerra, era determinante que los alemanes montaran una red de espionaje en Estados Unidos. Para ello Duko Popov tenía que persuadir a los alemanes.

—Es un asunto fácil —aseguró el almirante Godfrey— pues los alemanes no se van a negar, sabiendo que los Estados Unidos están provocando el ataque para entrar en guerra.

—Ya entiendo —dijo el comandante Fleming—, los alemanes quieren tener al enemigo controlado y esta va a ser una manera.

El almirante Godfrey le señaló con el dedo y dijo, cargando su mirada de

mastín:

—Una vez establecido en Estados Unidos, el agente Popov informaría desde dentro del país de todos los movimientos de los alemanes y los pondría en comunicación con el FBI.

—¿Cómo reconoceré al tal Popov? —El comandante Fleming infló sus carrillos cuando nombró al agente.

—Será Popov el que le reconozca a usted. No se preocupe por eso.

El comandante Fleming fue a levantarse cuando el almirante Godfrey le hizo un gesto de que se sentase.

—Aún no, espere. Una última cosa.

El almirante Godfrey abrió la carpeta negra y sacó una foto que tendió sobre la mesa. El comandante Fleming no pudo disimular la mueca que su superior, el almirante Godfrey, captó de inmediato. La foto era un retrato de la Petenera, con un clavel entre los dientes.

—¿La conoce? —le preguntó el almirante Godfrey.

\* \* \*

El comandante Fleming se había quedado con una cara parecida a la que se le había tenido que quedar a Hilda, la mujer del gobernador Jock, cuando supo lo de su marido con la Petenera. Aunque Hilda lo venía sospechando, no terminó de creérselo hasta que una tarde ella misma, con la ayuda del destino, descubrió el pastel de crema.

Según contó el agente Bolero al comandante Fleming, la mujer del gobernador era muy amante del folklore español y una tarde se puso de camino hacia Málaga para ver una corrida de toros. El matador Juan Belmonte compartía cartel con otros tantos toreros y había mandado invitaciones para que asistiera el gobernador y su mujer; dos localidades en el tendido oficial, junto a todos los demás representantes militares de la provincia. A última hora, el gobernador dijo que no podía ir, que lo habían requerido para un asunto importante, de extrema urgencia, por lo que se quedaría en Gibraltar mientras su esposa, para no hacer el feo, cumpliría con la invitación. Así que Hilda se fue a Málaga en el Rolls-Royce conducido por el Catalán, cráneo rapado y guantes blancos.

El agente Bolero, con esa indolencia característica de los climas cálidos y que tanto le inspiraría al comandante Fleming a la hora de arrastrar las palabras y hacer de su buena educación un estilo de vida, contaría todo. Fue después del primer tercio de varas cuando Hilda se sintió indispuesta. En el

tendido oficial y ante el estado de salud de Hilda, que se iba agravando por momentos con un vómito que salpicaba medallas y uniformes, se decidió llevarla de nuevo a Gibraltar. El Catalán se puso en marcha y una vez llegaron a la residencia, sacó a Hilda del coche con ayuda de los soldados del penacho que hacían guardia. Entre todos la sentaron en las escaleras de la entrada de la residencia. El vestíbulo estaba en penumbra. El haz de luz llegaba a la escalera desde una de las habitaciones. El Catalán supuso que el gobernador se encontraba trabajando y que los ruidos eran cosa del viento. Tal y como contaría años después, el Catalán no creía en fantasmas y lo de la Dama Gris le quedaba lejos.

Uno de los soldados de guardia fue a decir algo pero el Catalán subió las escaleras sin hacer caso. Cuando, antes de llegar al pasillo, se encontró unas bragas y se las llevó a la nariz, entonces entendió lo que estaba sucediendo unos pasos más adelante, en la habitación que tenía la puerta entreabierta y donde el gobernador se había puesto la máscara del doctor Peste. El Catalán cogió las bragas con la punta de sus dedos enguantados y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Acto seguido bajó las escaleras como si nada sucediese.

Sin mover el rostro, el Catalán aseguró a Hilda que lo mejor era que la montase en el coche de nuevo y que la llevase al médico, que en esos momentos el gobernador estaba reunido. «No suba usted ahora», le advirtió. Fue entonces cuando Hilda se daría cuenta de lo que llevaba intuyendo y vomitó hasta la última bilis. «Ya sabe, el sexto sentido de las mujeres», diría el agente Bolero con toda la flojera en sus palabras mientras le limpiaba los zapatos al comandante Fleming. Por esta información, contada con todo lujo de detalles, el comandante Fleming supuso que el Catalán y Bolero se conocían. Incluso, el comandante Fleming se atrevió a suponer que las bragas pasaron del bolsillo del Catalán a las narices del agente Bolero como una mercancía más en la relación entre dos agentes dobles.

«¿La conoce?», aquella pregunta de su superior aún retumbaba en el despacho mientras el comandante Fleming sostenía la foto. El silencio se interpretó como respuesta afirmativa. Porque antes de salir de Gibraltar, el comandante Fleming había habilitado un sistema de comunicación con el rubio sargento David Scherr, el de las piedras a los monos. Bajo la cobertura del matadero de San Fernando, a más de cien kilómetros de Gibraltar, el sargento David Scherr había conseguido montar una estación telegráfica que emitía informes codificados a Londres. Desde el mismo hotel Claridge, a

través del hilo telefónico, el comandante Fleming los recibía. No estaba dispuesto a perder el rumbo de los pasos de la Petenera. «No he podido saber el número de habitación», le dijo David Scherr en una de las comunicaciones. «No te acerques al hotel, levantarías sospechas», le ordenó el comandante Fleming. En el fondo de sus órdenes estaba el arañazo de los celos. Cualquiera sabía que la Petenera podía llegar a mayores con aquel joven sargento. «A las hembras les gusta el potro joven para cabalgar y ordeñar hasta la entraña», como solía decir el comandante Fleming sin perder la educación ni tampoco las buenas costumbres. Era su estilo, arrastraba las palabras hasta eyacular con ellas cada vez que el tema salía a relucir.

Tal y como se registró en la última comunicación, el sargento David Scherr había apuntado en el informe algo que al comandante Fleming le llamaría la atención. Un detalle insignificante pero que no por ello había que dejar pasar de largo. El asunto era que la Petenera había sido contratada en un conocido *café* de La Línea de la Concepción situado en la calle Real. Hasta aquí nada revelador si no fuese porque, en plena actuación, la Petenera regañó con el guitarrista. El comandante Fleming se enteró de que el citado *café* era uno de los sitios de reunión de los italianos y que aquella noche había alguno que otro pululando entre el humo, las palmas y el jaleo canalla. También se enteró de que el guitarrista que acompañaba a la Petenera era un hombre tocado con un sombrero cordobés y al que le caía un caracolillo cano sobre su frente. Vestía unos pantalones de campana prietos a los muslos y respondía al nombre artístico de el Tachuela. Poco más. Pero al comandante Fleming no le quedó más remedio que confesar todo a su superior, incluyendo el vestuario y los desnudos. Encendió otro cigarrillo y reconoció que había ocultado ciertos aspectos de su misión que podrían poner en peligro la misma. El almirante Godfrey reblandeció su mirada y pulsó uno de los timbres que había sobre su despacho.

Acto seguido entró la secretaria a recoger el cenicero de mármol para vaciarlo y traerlo de nuevo. El comandante Fleming penetró con su mirada de halcón la falda de tubo; atravesó la tela y creyó llegar hasta las cachas de la señorita Marie-Jacqueline, donde la quemadura de un cigarro escocía. «¿A qué sí?». El comandante Fleming le dedicó una sonrisa de felicidad y el almirante Godfrey siguió hablando:

—Ahora más que nunca hay que reforzar la red de espías de doble cruz, reclutando a los dudosos.

—La Península Ibérica está llena de dudas —afirmó el comandante

Fleming, llevándose el cigarrillo a los labios.

—Una última cosa.

—¿Sí? —preguntó el comandante Fleming y una preocupación asomó a sus ojos interrogantes.

—Lisboa y en particular la costa de Estoril, donde usted va a actuar, rebosa de espías. Todo el mundo es espía. Hasta los comerciantes se hacen pasar por espías para tirarse a alemanas que dicen ser suizas. No sé bien si me he explicado.

—Sí, claro, las mujeres allí son espías o putas.

—O las dos cosas —aseguró el almirante Godfrey.

La costa de Estoril, en Portugal, amaneció cubierta de nubes. Al comandante Fleming, tal asunto parecía importarle poco o nada, pues dormía con placidez en una de las *suites* del hotel Palacio, reservada a su nombre; comandante Ian Lancaster Fleming, funcionario del gobierno británico. Al final, su superior le había quitado la doble identidad para no levantar sospechas. «Olvídese de entrar bajo la cobertura de periodista, lo he pensado bien y después de sopesar la idea de vestirle de mujer, he llegado a la conclusión de que la mejor idea es la de que se oculte mediante el procedimiento de no ocultarse para nada. Si le preguntan por su actividad, diga sin reparos que es espía», fueron las últimas instrucciones que recibió de su superior, el almirante Godfrey. Con disposición de indiferencia, el comandante Fleming las aceptaría.

Así hizo cuando se registró en el hotel Palacio, en Estoril, ante la sonrisa discreta del recepcionista. Un acto que el comandante Fleming repetiría cada vez que se le presentase la ocasión, lo cual no quería decir que así lograra disimular lo que de verdad era; un espía al servicio de Su Majestad que ahora duerme sobre una cama revuelta de sábanas.

A su lado, hay una mujer que dice ser suiza y que aprovecha que el comandante Fleming está durmiendo para levantarse de la cama en silencio. El trasero vibra de carne a cada paso sobre la alfombra. Coge el maletín de mano del comandante Fleming y lo pone sobre un butacón, a los pies de la cama. Con el dedo va pasando, despacio, los números que marcan la rueda de la clave. Es entonces cuando el comandante Fleming abre un ojo y dice:

—No tengo cosas que puedan interesarte, salvo dinero.

Ella pega un respingo y el comandante Fleming estira sus brazos y bosteza. Después añade:

—Si quieres comprobarlo, la clave es 007.

Pero ella ya lo había comprobado; tenía la sensibilidad suficiente en los dedos como para dar con la clave a través del tacto. Lo había hecho más veces. Aquella mujer revelaba experiencia. Tenía el cuerpo y las caderas

suficientes como para saber que se trataba de una veterana en asuntos íntimos. El comandante Fleming la había conocido la primera noche recién llegado a Estoril, y dispuesto a probar fortuna en el casino. Llevaba suficiente dinero para derrochar a cargo del Estado. En realidad, era el dinero asignado para sobornar al tal Duko Popov, agente llamado de doble cruz, al que los alemanes conocían como agente Ivan y los ingleses como agente Triciclo.

El comandante Fleming se dejó llevar hasta la mesa de la ruleta sin sujetarse a cálculo alguno. Esperaba que la Fortuna le guiase en el juego, de no ser así, el agente Popov se quedaría sin cobrar. Mala suerte, se llama eso. Sin embargo, aquella idea se le evaporó de su cabeza cuando el comandante Fleming se dio cuenta de que el temperamento del tal Triciclo no era apto para el soborno. Por lo mismo, ofrecer dinero, más que un insulto, hubiese sido una manera de malgastarlo.

El citado Duko Popov apareció en el casino acompañado por dos mujeres. Ambas iban de rubio. El comandante Fleming se fijó en el color moreno de las cejas de ambas. La que decía llamarse Chendal era de menos densidad pero la otra era de ceja oscura y más negra, lo que le provocó al comandante Fleming un acto reflejo, pongamos una tensión en el miembro viril que se acentuó cuando la ruleta empezó a silbar como una serpiente. Entonces tomó asiento en la mesa número uno y con un millón de escudos en placas de cincuenta mil, siguió con su mirada los últimos giros de la ruleta; ese instante donde el tiempo se congela y la sangre se mueve.

El comandante Fleming no era un jugador que estudiase el cálculo, confiaba más en el azar, en todo lo que no está sujeto al patrón numérico. Lejos de tomar notas mentales para hacer estadísticas, lo que al comandante Fleming le gustaba era el ritual del juego donde la vida y la suerte van al encuentro, una de otra. Como aseguraba en los momentos más necesitados, todo un eslabonamiento de causas puede poner en movimiento una bolita de marfil sobre la ruleta pero, sin embargo, la bolita rodará conforme a la naturaleza de su forma esférica.

Cada vez que el crupier tomaba la bola de marfil y la hacía girar en sentido contrario a las agujas del reloj, empezaba la magia. Mirado desde la perspectiva de su ojo de halcón, es ahí, en la magia del juego, donde reside el encanto que atrae la perversidad de las mujeres. Por lo dicho, al comandante Fleming le resultaba insoportable mantener el agotamiento que lleva consigo el juego cuando el juego no sirve para hacer saltar los resortes de la razón. Como solía decir «cuando el azar queda fuera de juego, entonces se termina

el juego». Eso es lo que estaba sucediendo en el casino de Estoril en la mesa número uno, donde el juego había desaparecido y sólo podía ganar el que más resistía. De esta manera, el comandante Fleming se arruinaría. Más de un millón de escudos en placas de cincuenta mil a cargo del Estado que se tragó la ruleta. Con todo, el halcón desplumado no perdió la compostura. Tampoco la altanería de su mentón.

Frente al comandante Fleming, en la mesa número uno, las dos rubias de ceja oscura escoltaban a Triciclo, el agente de doble cruz que se acababa de presentar siguiendo las pautas de una lógica donde los espías no se ocultan pues cuanto menos se oculten, menos se los perseguirá. El tal Popov contaba con poco más de treinta años. Alto, delgado y huesudo, vestía traje de un tejido ligero, color marrón, que le colgaba con holgura de los hombros, como si se lo hubiesen prestado para la ocasión. Era de movimientos lentos, al igual que sus hablares, pero transmitía una sensación de dinamismo poco común. El comandante Fleming diría tiempo después que en el agente Popov se combinaba la conversación perezosa del agente Bolero, junto con la velocidad y la fuerza del Catalán.

Debido a esto, hay quien señala que el estilo de arrastrar las sílabas que tanta fama eyaculatoria daría al comandante Fleming, no fue inspirada por el agente Bolero, sino por el agente Duko Popov. Con todo, la polémica quedaría servida. En los estudios publicados con posterioridad sobre la figura del comandante Fleming, surgirían debates y controversias acerca de su deuda contraída a la hora de inspirarse. Por ahora no vamos a hablar de ello, poco o nada interesan estas cosas al curso del relato. Lo único importante es que en el casino de Estoril al tal Triciclo se le amontonaban las placas jaspeadas sobre la mesa. El comandante Fleming contabilizó por lo bajo más de cuatro millones de escudos portugueses dispuestos para entrar en juego.

También se percataría del protocolo que seguía el tal Popov pues jugaba con un sistema progresivo al rojo. Aquella noche lo perdería todo a la ruleta y cuando esto sucedió, una de sus acompañantes, la de las cejas espesas, le miró con esa expresión de vicio que ponen las mujeres cuando no han sido satisfechas y todavía queda polvo por limpiar.

El comandante Fleming, siempre preparado para lanzarse en picado a cualquier escote que se acercara de frente, captó el detalle. Abrió la pitillera y ofreció sus cigarrillos Morland banda dorada. El agente Triciclo declinó la invitación pero una de las rubias no. La de ceja menos densa se ajustó un cigarrillo a los labios y el comandante Fleming acercó la llama de su

encendedor Ronson.

—¿Le apetece un trago?

Ella sonrió y allí empezó todo. El agente Triciclo se hizo notar, levantándose de una mesa donde se habían perdido más de cuatro millones de escudos. Acto seguido se dejó guiar junto a las dos mujeres, a lo largo de un amplio pasillo que daba a un club nocturno. En el escenario, siguiendo el ritmo de una orquesta, una cantante mestiza de ojos fieros y labios llenos de voz, interpretaba una canción de Billie Holiday. Las parejas bailaban apretadas en la pista y el comandante Fleming se fijó en las molduras de purpurina dorada que remataban los techos, ahora en penumbra y desde donde caían lámparas a media luz. Popov no pudo disimular el sabor áspero de la derrota y cuando se sentaron en la mesa del rincón, después de que las señoritas pidieran el champán al camarero, Popov pidió un *whisky* doble, sin hielo. Entonces, el comandante Fleming pidió su cóctel:

—Petenera.

El camarero, asombrado, dijo:

—Lo desconocemos, señor. —Y se tocó la pajarita.

Fue cuando el comandante Fleming preguntó:

—¿Tienen vino español de color blanco, ginebra y corteza de limón?

—Sí, claro que sí —asintió el camarero—, tenemos todos esos ingredientes, el Wonder Bar siempre se ha caracterizado por su materia prima —concluyó de carrerilla, como si lo tuviera aprendido de otras ocasiones.

—Pues agítelo con hielo hasta que esté bien frío y luego añada una peladura de limón. Nada de aceituna, ¿entendido? —imperó el comandante Fleming al camarero, sin mirarlo, distraído como estaba en el vértice del escote que dejaba al aire la turgencia de los senos.

—Entendido, señor.

\* \* \*

Llevaban un rato bebiendo. Era la segunda botella de champán de las rubias, el tercer *whisky* del agente Triciclo y el quinto cóctel bautizado Petenera que se tomaba el comandante Fleming. La noche había llegado a uno de esos paréntesis en que los silencios se hacen incómodos pues lo único que queda por hacer es lo propicio. Fue entonces cuando el agente Popov desveló un acontecimiento, algo que hubiese supuesto una mera anécdota si no llega a ser porque el comandante Fleming lo supo identificar con su misión y lo convertiría en una de las claves que cambiaría el curso de los

acontecimientos. El bombardeo de La Línea por parte de la Aviación italiana, sucedido meses después, tuvo allí su causa, en el club nocturno pegado al casino de Estoril donde una negra cantaba con labios carnosos canciones de Billie Holiday.

Las parejas bailaban en la pista, apretándose bajo la penumbra y en el rincón más oscuro, sentados en butacones mullidos, estaban los dos agentes con las dos rubias de ceja morena. El agente Popov contaba una historia real de espías donde un agente americano, negro, trabajaba como masajista.

—Además de negro era ciego —desveló el agente Popov—, pero esto último no le impedía dar unos masajes muy personales.

A pesar del champán ingerido, las dos señoritas que iban de rubio seguían manteniendo la ceja negra y no perdían detalle de la historia que contaba el tal Popov. Tampoco el comandante Fleming, cuya expresión en los ojos revelaba que algo había llegado hasta su memoria. Tal vez fuera la imagen de su superior, el mayor Godfrey y su fama de masajista de pies «cierra los ojos».

Sobre el escenario, la orquesta se marcaba otro lento y la mestiza cantaba entre susurros. El momento propicio parecía haberse estancado y para llamarlo de nuevo, el comandante Fleming sacó una baraja de cartas de su bolsillo. A estrenar. Sin que nadie lo percibiese, la había sustraído del casino. Apartó un poco las bebidas y sobre la misma mesa, empezó a barajar las cartas con soltura. Primero hizo un abanico con ellas, sosteniéndolo con una mano y que luego cerró. Para cuadrar, utilizó la mano izquierda. Luego, mirando a la rubia de ceja densa, señaló el mazo de cartas sobre la mesa.

—Corta y completa el corte, rubia —imperó el comandante Fleming, desde las alturas.

La rubia, suspicaz ante la trampa, cortó con desconfianza y luego completó el corte.

—Coge una carta y no me la enseñes.

La rubia, obediente, sacó el tres de diamantes y no se lo enseñó a Fleming que, en ese momento, hacía tres montones iguales, todos bocabajo, sobre la mesa.

El agente Popov y la otra rubia no perdían de vista los movimientos rápidos del comandante Fleming.

—Señala el montón que más te guste —siguió imperando el comandante Fleming, con dominio de una situación que propiciaría el momento para acabar en la cama.

—El montón del medio. —Señaló la rubia con su dedo acabado en una uña tierna y rosada, sin manicura.

El comandante Fleming pudo apreciar la yema limada, para sensibilizar el tacto. Sonrió y siguió con el modo imperativo:

—Bien, rubia, ahora pon la carta sobre el montón que has elegido, bocabajo, que no la vea.

Para dar más credibilidad al truco, el comandante Fleming cerró los ojos y se los tapó con una mano mientras, con la otra, cogía el montón de cartas de su izquierda y lo colocaba encima del montón del centro y luego sobre el montón restante que quedaba a la derecha, dejando un único mazo de cartas sobre la mesita baja. Luego agarró con la mano izquierda el montón resultante a la vez que, con un movimiento suave, acercó la otra mano a la cara de la rubia. Era como si dibujara con ella una caricia, un garabato que llega a rozar la piel de ella que parece que se deja engatusar. Hubo un momento en que el comandante Fleming hasta se lo llegó a creer, llevado por los impulsos mágicos del juego. A continuación, con la misma galanura y la misma mano, empezó a levantar cartas, una a una, tirándolas bocarriba, cubriendo la mesa con ellas, el suelo, los ceniceros, hasta que su boca se estiró en una sonrisa y la rubia le mordió con los ojos, o eso creyó él. Dos de diamantes, siete de picas, dama de trébol, reina de picas... así está un rato el comandante Fleming, levantando cartas mientras las rubias y el agente Triciclo le siguen el juego con atención.

Cuando sale el tres de diamantes, la rubia de ceja morena y densa, adelanta un poco sus pechos, apuntando hacia la carta y se toca la nariz en un gesto rápido. Pero el comandante Fleming sigue inmutable. Levanta las cartas con cierta sensualidad despreocupada y ese aire de hombre interesante que tan atractivo resulta a las mujeres. Ahora levanta la reina de diamantes, el ocho de picas, el tres de trébol y así continúa lanzando figuras. La rubia mira de reojo la carta del tres de diamantes, en el filo de la mesa.

Cuando al comandante Fleming le parece, chasca sus dedos y con lo que queda del mazo en la mano, mira a la rubia de ceja espesa y le dice:

—¿Cuánto te apuestas a que la próxima carta que levante es la misma que has elegido tú?

—Uhhmmm —parece decir ella, sin dejar de mirar el tres de diamantes—, ¿la elegida por mí?, ¿qué me apuesto?

Se muerde la punta de la lengua, hace una pausa y dice:

—Me apuesto tu pitillera de plata.

—Si eso te hace feliz. No tengo inconveniente.

Tras decir esto, el comandante Fleming sonrió de lado, entornando los ojos por culpa del humo del cigarro. Luego dijo:

—Yo me juego un revolcón contigo. —Y le guiñó el ojo.

Ella sonrió como si tampoco hubiera inconveniente. El comandante Fleming advirtió la sombra de escepticismo pintada en los labios y cerró los ojos, dando por afirmativa la respuesta callada de la rubia.

—Yo pongo la cama, ya sabes. Ahora voy a levantar la carta que has elegido.

Así hizo el comandante Fleming cuando cogió la carta siguiente. Sin mostrarla, la mantuvo en suspenso un instante, bocabajo.

—Todavía estás a tiempo. Piénsalo, aún puedes cambiar la apuesta.

La rubia negó con la cabeza y el comandante Fleming volvió a extender el cebo de la sonrisa, acercando la carta que mantenía sin descubrir en la mano, llevándola hasta la esquina donde estaba la carta elegida por la rubia. Con un movimiento suave, ayudado de la carta que mantenía en la mano, el comandante Fleming dio la vuelta al tres de diamantes. Así levantó la carta.

A ella se le curvó el labio y una luz de rabia se encendió en sus ojos claros. Había un morbo oculto en los juegos de manos que a las mujeres excitaba. A unas más y a otras menos, como todo. El comandante Fleming advirtió que aquella rubia era de las primeras.

—¿Cómo lo has conseguido saber? —pregunta ella, con el labio curvado y la luz del engaño brillante en sus ojos claros—. ¿Cómo?

Es cuando la alcanza la voz, ahora susurrada del comandante Fleming. Se trata de la voz de un caballero que huele a tabaco y a noche, un *gentleman* que empieza a contar lo fácil que fue, rubia, muy fácil. Porque tú no has elegido la carta, la carta te elige a ti, rubia. De esta manera, mientras el comandante Fleming iba enredando su mano en la cintura de ella, con la otra mano empezaba el asedio. Llegado a la punta de una cordillera, acerca su cara y su lengua roza la oreja que salpica de groserías en un lenguaje animal al que ella responde con suspiros. Obscenidades entreveradas de gentilezas que el comandante Fleming sabe deslizar en los oídos femeninos. Un poeta que muy pronto va a dejar atrás las palabras y se pondrá a abordar los hechos con ayuda de los dedos.

Sin perder terreno en el campo de batalla, el comandante Fleming le va contando lo fácil que es saber que la carta elegida por ella no es otra que el tres de diamantes.

—Porque el tres es seguridad, rubia —va y le dice el comandante Fleming —, porque representa el espíritu práctico, la base de la inteligencia científica. Porque tu color es rubio.

Ahora le tapa los ojos con la otra mano y mordisquea su cuello y de camino a su boca, se detiene para decirle susurrante que ella no es de esas que buscan un padre para sus hijos, que representaría el inmovilismo del trébol.

—No eres mujer que busque estancamiento.

Ella percibió los latidos del comandante Fleming como el rondar de un trueno cercano. Cuando le retira la mano de los ojos, ella busca el rastro esquivo de un beso que él elude.

Entonces el comandante Fleming va y le dice:

—Por lo mismo, quedan descartados los tréboles.

Se retiró un poco y la miró con el aire autoritario de un militar que necesita entrar en guerra. Como diría el agente Popov en uno de sus informes, el comandante Fleming sabía picar las bragas a una mujer como sólo el demonio sabe.

Ahora el comandante Fleming acerca su voz más mojada hasta la rubia y llega con ella donde duermen sus rincones secretos:

—Podría tratarse de picas porque tus hábitos amorios, tal y como advierto, se salen de lo convencional pero eres diamante porque tú, más que la guerra, eres el nervio de la guerra.

Ella entornó los ojos y se pasó la punta de la lengua alrededor de los labios con cierto deleite. Él miró a un lado y a otro, después de comprobar que el agente Triciclo se había largado con la otra rubia y que la orquesta ya no tocaba. Fue entonces cuando el comandante Fleming se acercó de nuevo hasta la oreja de la rubia para decirle que ahora le tocaba a ella cumplir su parte del trato. Él ponía la cama y la crema del pastel.

El mayor Donovan, también conocido como Wild Bill había llegado puntual a su cita con el comandante Fleming en el hotel Palacio. Con esa disciplina propia de los militares en misión de guerra se presentó en la *suite*. Cuando vio a la mujer rubia atada a la cama con correas y con un trapo por mordaza, entonces el mayor Donovan se tocó la entrepierna. El comandante Fleming, con su batín rojo de dragones, le miró desde una esquina de la habitación, donde estaba sentado frente a una mesa de desayuno con rebanadas de pan recién hecho. Untaba caviar con deleite.

—Tome asiento, mayor, ¿quiere desayunar? ¿Vino verde?, ¿revuelto de huevos con cebolleta?, ¿caviar?, ¿o quiere otro tipo de placer? —Señaló de barbilla a la mujer rubia, amordazada, agitándose como una posesa sobre la cama.

El mayor Donovan se acercó hasta la mesa de desayuno. Sin mediar palabra, cogió el cuchillo del comandante Fleming y lo hundió en el caviar. Con la carga en el cubierto fue hacia la cama. Luego dio uso a los dedos. Con ellos, con los mismos dedos, cogió el caviar del cuchillo y lo untó en el agujero más oscuro de la rubia. Acto seguido, el mayor se desabotonó los pantalones del uniforme y embistió. Hubo un grito sordo.

—Dice que es suiza pero en realidad es alemana —indicó el comandante Fleming mientras se servía una copa de vino verde—, trabaja para el servicio secreto de su país.

Avisado, el mayor Donovan empezó a bombear más aprisa, acelerado hasta hacerla gañir con ronquera. Era como si la rubia tuviera un silbido en el pecho. La mordaza insonorizaba su lamento y los muelles de la cama parecían venirse abajo con el vaivén. El comandante Fleming contemplaba la escena desde la esquina, introduciendo sus dedos en el caviar y llevándoselos a la boca. Una vez que el mayor Donovan hubo acabado, el comandante Fleming tragó y dijo:

—Espéreme, que voy a asearme.

Mientras el comandante Fleming se daba una ducha fría, el mayor

Donovan contempló el paisaje a través de la cristalera, una construcción en forma de media luna que sobresalía hacia los jardines del hotel y que era semejante a la popa de un barco de lujo. Tras él, en la cama, la alemana que se decía suiza se retorció entre desgarros.

Cuando el comandante Fleming salió del baño, el mayor Donovan le advirtió, señalando con desprecio hacia la cama:

—Llega a tardar un poco más en salir del baño y le echo otro a la suiza.

El comandante Fleming la desató y la dejó marchar. La rubia se fue apurada, con los zapatos sin abrochar y dejándose la ropa interior en el suelo. Sólo se puso el vestido que transparentaba su cuerpo, de carne temblona, dispuesto para el contacto más sucio a cambio de información.

—La suiza deseaba un *creampie* —aseguró el comandante Fleming— y mira. Eso es lo que tiene el deseo, que no siempre puede desembocar en placer.

—Usted sabrá si ella ha gozado —apuntó el mayor Donovan tan cortante como satisfecho.

Entonces el comandante Fleming le miró muy fijo y aseguró:

—Las mujeres por moral no se entregan todo lo que desean. Al contrario de los hombres, que si no se entregan es por inseguridad.

\* \* \*

La oscuridad era absoluta. La neblina de la noche tapaba las estrellas y lo que quedaba de luna. Se escuchaba el rumor de las olas que rompían contra el puente de madera por el que el comandante Fleming caminaba con el mayor Donovan. Ambos bajaron a tientas por la escala hasta una lancha que esperaba con el motor apagado. Después de que el mayor Donovan hubiese cortado amarras, el comandante Fleming tomó el timón y puso rumbo mar adentro. El viento partía su mentón. El mayor Donovan permanecía a su lado, atento a cualquier señal. En breve se aproximaron a un hidroavión. Se trataba de un Dixie Clipper de la Pan American que flotaba en el mar y en el que subieron sin más tiempo que perder. Una vez dentro, aparecieron en un salón decorado con gusto oriental, en el que no faltaban sus cortinajes ni sus alfombras persas. De una punta a otra, había una barra iluminada con luces tenues.

—Permita usted que le presente un cóctel recién descubierto —le sugirió el comandante Fleming, en su tono diplomático, aprendido en Eton.

Después de dar cuenta de varios de aquellos cócteles que el comandante

Fleming había bautizado con el nombre de «La Petenera», el mayor Donovan se aplastó en el asiento del hidroavión. Mantenía la copa en perfecto equilibrio entre sus manos, toscas y rápidas como corresponde a un artillero aunque el tiempo no hubiese perdonado el salpicón de manchas. En el borde de sus uñas todavía quedaban restos de caviar. Por las ventanillas se agitaba la oscuridad de la noche y la guerrera desabotonada del mayor Donovan dejaba ver la barriga, cubierta de vello canoso.

Por su cara de asco, el comandante Fleming imaginó que, en vez del cóctel, el mayor Donovan estaba tomando un vinagre corrosivo que le quemaba la boca del estómago. A veces se revolvía en su asiento y el cuero del sillón producía un ruido tímido y salvaje a la par. Una disonancia que al comandante Fleming le provocaba dentera, a decir de la tensión que marcaba su cuello, palpitante de venas conteniendo la descarga.

Durante el trayecto, el mayor Donovan le confesaría que en un primer momento había pensado mal de él. Así se lo dijo, con esas palabras. Tal y como le reconoció el mayor Donovan, despreciaba la homosexualidad y a los homosexuales, aunque en privado mostrase afición por el beso negro y secreto de una mujer en su agujero de salida. A partir de aquí, hecha la confesión, fueron hablando de mujeres, de licores, de los submarinos alemanes y del cese de Jock como gobernador militar de Gibraltar. Por último, hablaron de la Ley de Préstamo y Arriendo por la cual el Congreso americano daba permiso para que las mercancías fuesen vendidas a crédito y transportadas a Inglaterra en barcos americanos.

—También pagados a crédito por los ingleses —apuntó el comandante Fleming.

—Son recursos que permiten al presidente llevar una guerra, posicionarse en una guerra no declarada.

—Claro, pero no tardará en entrar. En cuanto los Estados Unidos se sientan atacados. De usted depende pasar a la Historia con mayúsculas, mayor — resolvió el comandante Fleming.

Dicho esto, el comandante Fleming le recuerda el pacto que Roosevelt había firmado hacía algo más de un mes con los daneses y por el cual tomaba posesión de Groenlandia.

—Si se produce el ataque de Alemania contra Rusia, la intervención americana se acentuará más —dijo muy seguro el comandante Fleming.

—A ver si es posible —dijo el mayor Donovan, amodorrado y poco convencido.

Luego se puso a roncar y así estuvo hasta que llegó la madrugada y alcanzaron las aguas de Nueva York donde los recibiría una comitiva del ejército. El comandante se hospedaría en el hotel St. Regis, un hotel con vistas a Central Park, de donde apenas saldría. A pocas reuniones acudió, por no decir a ninguna. Era el mayor Donovan quien iba y venía y le mantenía informado.

Con los años, para evitar hablar de lo propicio que resultó aquel episodio, el comandante Fleming dijo que le había cogido afición al caviar que sirven en los hoteles y el del St. Regis traía huevo hilado en plato aparte. Cuando su superior, el almirante Godfrey recibió la factura de gastos, amonestó severo al comandante Fleming. Con la flema más cargada de humedad que de costumbre, el comandante Fleming le dijo que había sido difícil convencer al presidente de un país cuyo Congreso se negaba a entrar en guerra. Pero la verdadera razón del comandante Fleming era otra.

En esta ocasión se trataba de la diseñadora Elsa Schiaparelli, a la que el comandante Fleming conocía desde que estaba casada con su amigo John Sttugart. El comandante Fleming y él eran camaradas de juerga en Londres. La última vez que coincidieron fue en el Chelsea Music Hall, un sitio de mala nota y al que también eran asiduos Dylan Thomas, Burgess y demás miembros de las instituciones secretas de la guerra. El Chelsea Music Hall era el último destino de la noche. Cuando salían del Gargoyle o de cualquier otro bar del Soho, después de practicar las diversiones más detestables sobre la piel de alguna víctima, recaían en el Chelsea Music Hall, un roído local que olía a humedad y en cuyo escenario se mostraba la belleza de lo más decadente. Los camareros parecían fantasmas, espectros con piel de cera, recién salidos de un museo nocturno, con sus caras largas y pálidas y sus chalecos de luto. «¿Qué va a tomar?». Aquella pregunta era lo más parecido al anuncio de un desastre. Tal fue así que aquella noche, en la que el destino hizo coincidir la deriva del comandante Fleming con el rumbo de *sir* John Sttugart, aquella noche, en el Chelsea Music-Hall hubo redada.

El comandante Fleming recordaría el episodio con su acostumbrada sonrisa de porte aristocrático. Se trató de una redada con orden de detención para el dueño del local así como la ficha a cada uno de los parroquianos. El delito: servir bebidas alcohólicas a deshoras. El inspector traía cara de bulldog y se acercó hasta el rincón donde el comandante Fleming y *sir* John Sttugart departían con el ánimo subido acerca de la caza del ciervo y de los astados de siete puntas.

Entonces, el comandante Fleming, sin perder la flema se presentó ante el inspector:

—Mi nombre es Fleming... Ian Fleming. Soy comandante y trabajo para el servicio de inteligencia de Su Majestad. Llevo encima el suficiente dinero como para comprar el miserable bloque inmundo de viviendas donde usted se aloja con su familia en eso que llama *hogar*.

Con su mirada, el comandante Fleming estaba atravesando la penumbra de la sala, también la materia de la que están hechos los policías. El inspector agachó la cabeza de perro bulldog y el comandante Fleming acentuó las recriminaciones:

—Puedo comprar a las mujeres que hay dentro, incluyendo la suya. No hay que olvidar que su esposa tiene precio desde que se casó con un policía.

En el fondo, se sentía obligado a comportarse así para afianzar su reconocimiento ante *sir* John Sttugart, el camarada de juergas y hombre al que el comandante Fleming corneaba de vez en vez. Cada uno asumía su papel y *sir* John Sttugart agradeció el gesto valiente de su camarada. Acto seguido, el inspector se retiró de escena y dio orden a los guardias para que guardasen las porras y agachasen cabezas.

Después de aquello, los dos camaradas acabarían en Bentinck Street, un cavernoso piso que tenía alquilado el servicio secreto y que los agentes utilizaban como picadero. A veces coincidían allí con Burgess que llegaba borracho, acompañado de alguna pareja de futbolistas o de nadadores. El citado piso se utilizaba para evitar escándalos. En este caso, *sir* John Sttugart, aunque no trabajase en los servicios secretos ni fuese espía, intentaba pasar lo más desapercibido posible. Así se lo hizo saber al comandante Fleming cuando salieron del Chelsea Music Hall, escoltados por la policía y seguidos por la señorita más adecuada para el momento. Se trataba de una secretaria que respondía al nombre de Marie-Jacqueline y a la que todos conocían como María Antonieta. La noche de la redada también coincidió con ellos en el Chelsea Music Hall. Pero todo esto fue antes de que utilizase su cacha como cenicero, antes de que la guerra consumiese los recursos y las medias de seda. Cuando todavía el comandante Fleming y su camarada *sir* John Sttugart se podían comportar igual que dos caballeros ingleses que aún no han perdido la fe en el capitalismo ni en su niña mimada: la guerra. La continuación de la caza por otros medios.

Iba a hacer más de un año que el comandante Fleming no tenía noticias de su camarada en juergas y ahora, en Nueva York, preguntaba por él a la que

fue su esposa. En realidad, al comandante Fleming no le importaba lo que hubiese sido de *sir* John Sttugart, simplemente tanteaba el terreno para saber si...

—Luego lo llamamos. Andará cazando ciervos —dijo Elsa Schiaparelli con despreocupación.

En esos momentos de tránsito, en Nueva York, la que fuera esposa de *sir* John Sttugart contó lo que el comandante Fleming ya sabía por haberlo escuchado de la misma boca. «¿Cuántas veces lo habrá contado? —rumió el comandante Fleming—. ¿Y a cuántos hombres?». No terminó de hacerse la pregunta cuando tenía el dedo pulgar empapado. Ella chupaba con la complacencia propia de las mujeres de su clase, tan damas en la intimidad de las alcobas como putas en sus relaciones exteriores. Con el pulgar mojado, el comandante Fleming no dudó en la manera de conducirse; una mano invisible indicaba el camino: la mano del azar que proponía el avance al centro de gravedad, sin rodeos, sin pasar antes por las cordilleras.

El campo estaba abierto y las piernas también, nada había cambiado desde que un buen día, Elsa Schiaparelli cansada de las infidelidades de su marido, decidió ser infiel con todos los hombres que eran amigos de su marido. El primero fue el comandante Fleming aunque no el único. Fueron muchos los que rastrearon la pista de una bayeta húmeda que se abría al olfato igual a una de esas puertas que invitan a la intimidad de la alcoba. Por tales multitudes, cada vez que el comandante Fleming se unía en carne con aquella dama, se sentía corneador a la vez que corneado. Todas las cosas se contienen a sí mismas y a su contrario, tal y como estudiaría en Eton.

Llegados aquí, puede decirse que Elsa Schiaparelli portaba la belleza fría que transmiten las estatuas romanas. Sin embargo, el estatismo que emanaba de la figura de Elsa Schiaparelli no era sino disimulo ante una entrepierna licuada de niñez primitiva y dinámica; un ardor que buscaba el alivio junto a la charla intelectual de alta graduación. Sólo un hombre cultivado podía descoser los pudores más resistentes de Elsa Schiaparelli. Ella respiró el aroma de la bestia mezclado con la racionalidad de la loción para después del afeitado. A ella le venía una miel a la punta de la lengua cuando el comandante Fleming explicaba a James Joyce efectuando un movimiento giratorio igual al movimiento del globo terráqueo pero, en este caso, sin pasar despacio por los puntos cardinales que conforman los pechos, las nalgas y el vientre. Directo al sur de una rosa de los vientos que el creador de Molly Bloom expresa utilizando los vocablos *porque... fondo, mujer y sí...*

La guerra seguía manteniendo su tensión con el arte. La naturaleza se dejaba tentar por la mano caliente del Diablo que iba guiando al comandante Fleming hasta la región donde las mujeres guardan la fórmula de un fuego secreto. La lluvia emborronaba el cristal que daba a Central Park y Elsa Schiaparelli gemía con la punta de la lengua entre los dientes.

Días después, con buena parte de su misión cumplida, el comandante Fleming pondría rumbo a Lisboa; igual camino que la otra vez pero, esta vez, en sentido contrario. La ruleta del tiempo la seguía girando un crupier vestido con el disfraz del mismísimo Diablo. Pese a todo, la bolita de marfil continuaba moviéndose tal y como corresponde a una bolita de marfil, de la misma manera que la naturaleza de cada cual sale a relucir en los momentos de drama y conflicto.

El comandante Fleming se despediría de Elsa Schiaparelli en Nueva York, dejándola con la miel entre sus labios más íntimos. Llevaría durante unos meses la marca en su espalda; la resistencia que oponía ante el temor de que la abandonase para siempre a mitad de uno de aquellos espasmos. Llegado aquí, el comandante Fleming no sólo abandonaría los espasmos de la diseñadora Elsa Schiaparelli, sino que también abandonaría al mayor Donovan. Tras la última entrevista establecida entre ellos, quedaron en mantenerse informados por conferencia telefónica. «Paga Inglaterra y la banca americana promete beneficios a la democracia si los Estados Unidos entran en guerra», recalcó el comandante Fleming. Llevado por asuntos de tal importancia, el mayor Donovan pondría rumbo a Washington de inmediato llevando un plan para poner en ejecución la Ley de Préstamos y Arriendos; una ley por la cual el Congreso recibiría dinero inglés. Cabe decir que los gastos de aquella operación se pagarían durante años.

Con buena parte de misión cumplida y en hidroavión, el comandante Fleming partió de Nueva York rumbo a Lisboa donde llegaría en plena noche. Durante el tiempo que duró el viaje, se dedicó a beber hasta llegar a su medida, luego durmió un poco y volvió a beber. Pero esta vez no había alcanzado la medida cuando el hidroavión descendió. Fue el agente Popov el encargado en darle la bienvenida. Lo hizo con la lancha motora que igual servía para estas cosas que para pasear a señoritas suizas por la costa. Una vez en tierra firme, el agente Popov le entregó las llaves de un coche. Se trataba de un bólido fabricado en Italia con matrícula japonesa.

El comandante Fleming disimuló su asombro ante el diseño futurista de aquel vehículo. Mirado con su ojo de halcón, aquel coche se daba un aire a la diseñadora Elsa Schiaparelli. Carrocería cuidada para un diseño de vanguardia, interior funcional y chapa de buena factura protegiendo un motor que aseguraba maullidos.

—Japón —dijo el agente Popov, guiñando un ojo—, no hay que perder de vista Japón. Por mucho que los alemanes se puedan adentrar en Rusia, los Estados Unidos entrarán en guerra por Japón. Esa es la posibilidad —concluyó muy seguro el agente Popov.

—¿Le apetece una copa?

El agente Popov aceptó la invitación y entraron en el Wonder Bra donde la orquesta acompañaba un *blues* que era cantado por la mujer de voz mojada y rasgos mestizos. Cuando vio entrar a Popov le guiñó un ojo, puso una sonrisa que llenó sus labios y siguió cantando. Tal y como suponía el comandante Fleming, el agente Popov era de esos que no se conformaban con una sola mujer, por lo mismo, la otra vez, no sólo se llevaría a la cama a la suiza que también iba de rubia, sino que añadió a la mujer de rasgos mestizos que ahora mojaba su voz en un *blues*.

Cuando el comandante Fleming llegó a su medida alcohólica, se despidió del agente Popov. Con una felicidad alrededor de su mirada salió a la noche y caminó hasta donde había dejado el bólide. Antes de abrir la puerta, respiró fuerte.

\* \* \*

El sonido del motor, semejante al ronroneo de un felino, le daba cierto aire asiático a aquel vehículo; la provocación y el gusto de lo crudo que el comandante Fleming condujo por carreteras de polvo y pueblos encalados. Cuando llegó a Gibraltar, aparcó el bólide en la misma puerta del Rock Hotel, donde se instalaría con su maletín de mano.

Hay que decir que el comandante Fleming no mostró extrañeza al encontrarse a los mismos hombrecillos de rasgos hindúes que servían el revuelto de mono en la residencia del gobernador militar. Bhalu y Bolangir seguían con sus túnicas azafrán y sus turbantes de luceros. Ahora estaban encargados del Rock Hotel. El asunto tenía su explicación pues una vez que Jock fue cesado de su cargo como gobernador, todas sus pertenencias, así como las personas destinadas al servicio, fueron subastadas. Los criados habían pasado al Rock Hotel, una estancia de lujo que en aquellos momentos

estaba vacía. Sólo habitaban fantasmas. En plena noche era posible oír a las ratas dejar de roer cucarachas para salir despavoridas en cuanto sentían la presencia de alguno de aquellos fantasmas. El comandante Fleming a veces sospechaba de Bhalu y Bolangir como si también fuesen algunos de aquellos fantasmas que poblaban el hotel.

Después de ducharse y sin quitarse el batín, el comandante Fleming recibió al sargento David Scherr, con el que había contactado por cable desde Nueva York para anunciar su llegada. «Llegaré antes de que amanezca», le aseguró. Así fue y cuando el joven sargento entró en la habitación, el comandante Fleming no pudo contener una mueca.

El joven sargento preguntó asombrado:

—¿Qué sucede, mi comandante?

—El olor a carne, se ha pegado el olor a carne del matadero.

—Ya —dijo el sargento rubio, clavando las puntas de sus pupilas en el cruce de piernas del comandante Fleming, sentado al filo de la cama y con el batín de dragones abierto a lo oscuro.

—¿Dónde está ella? —preguntó el comandante Fleming.

—Sigue en el mismo sitio —respondió el sargento Scherr—. En el hotel Reina Cristina.

—Con el mismo príncipe.

—Sí, mi comandante y además del Príncipe Negro también hay otro hombre.

El comandante Fleming no pudo evitar el gesto, la tensión que levantó el batín por su parte más oscura. El sargento Scherr lo percibió y con un destello de impudicia se puso a contar lo que había descubierto. Se trataba de un tal Ricardo Goizueta, un español que en La Línea regentaba la delegación de un local que expendía pasaportes y cambio de moneda.

—Lo que podríamos llamar una casa de putas —atajó el comandante Fleming.

El joven sargento asintió y a continuación dijo:

—Una vez por semana, la Petenera va hasta allí.

—¿Qué se me puede adelantar del tal Ricardo Goizueta?

—Ricardo Goizueta —le corrigió el sargento.

—Eso, Goizueta, ¿qué se me puede adelantar sobre él?

—Es un hombre muy conocido, director de una antigua petrolera que ayudó a Mola en la sublevación. Por este mérito fue el representante de Franco aquí, en nuestra colonia, aunque las autoridades no le reconocieran.

—Entiendo —atajó el comandante Fleming—, reconocerle hubiese sido reconocer el apoyo de Inglaterra a Franco durante la guerra civil española.

El sargento Scherr asintió de nuevo y siguió hablando, mientras el comandante Fleming procesaba toda la información, sentado al filo de la cama. Según le estaba contando el joven sargento, el tal Goizueta había sido un hombre tratado con consideraciones diplomáticas.

—Un cónsul en la sombra —rumió el comandante Fleming.

Tras las ventanas del Rock Hotel se colaba la luz lechosa que precede a la salida del sol. El comandante Fleming abrió la pitillera y encendió un cigarro. Con la primera bocanada de humo, dirigió su consejo:

—Tenga cuidado, el punto débil de todo agente es que no puede rechazar información aunque proceda del bando contrario. Hay que beber la copa aunque lleve veneno. ¿Ha oído hablar de Sócrates?

El sargento Scherr negó con la cabeza y el comandante Fleming abrió un poco más su batín y provocó el ruido para preguntar:

—¿A qué sabe el semen?

El joven sargento sonrió, como si de verdad supiera que le estaba poniendo a prueba y dijo:

—No lo puedo explicar, a algo picante y pegajoso, mi comandante.

—Está bien... es que siempre desconfío de un hombre que no ha probado su propio semen.

El sargento Scherr hinchó su pecho, orgulloso ante el reconocimiento, y el comandante Fleming se cubrió las vergüenzas con la punta del batín antes de decir:

—Ah y recuérdeme que le presente para los próximos diplomas que se harán en breve, cuando los rusos vayan ganando la guerra y los japoneses inviten a los americanos a participar. Ahora, siga con la información del tal Guiznieta.

—Goizueta —corrigió el joven sargento antes de ponerse a contar la historia de un hombre que dejaría de ser imprescindible para Franco antes de que la guerra civil acabase en España.

Tal y como siguió contando el joven sargento, la buena suerte le daría la espalda a Goizueta con un intercambio de prisioneros en el que el mismo Goizueta era mediador. Se trataba de liberar a varias mujeres hechas cautivas por los republicanos. Una de ellas era hermana de Queipo de Llano. Un asunto delicado en el que Goizueta participó sin previo aviso a Burgos, que era donde había dispuesto Franco el gobierno de guerra.

—Goizueta fue fulminado —aseguró el joven sargento Scherr.

El comandante Fleming soltó una bocanada de humo y antes de llevarse el cigarro a los labios de nuevo, tuvo un gesto como si en ese momento hubiese comprendido que la Petenera no estaba por dinero con el tal Gurzueta o como se dijese. El sargento David Scherr no reparó en esta mímica, tal vez pensando que se trataba de una expresión de asco ante el olor a sangre de matadero. Con estas cosas, el joven sargento le siguió contando que la compañía petrolífera gestionada por Goizueta entró en proceso de liquidación económica y por eso el tal Goizueta tuvo que salir de Gibraltar arruinado.

—Imagino que se trata de un hombre resentido, tanto con el gobierno español como con una colonia cómplice en lo que que respecta a su ruina —aseguró el comandante Fleming.

Con la información obtenida del joven sargento, el comandante Fleming se reafirmaría en las consideraciones que le llevaban a asegurar que existen hombres que atraen a las mujeres como moscas, de la misma manera que hay mieles que atrapan a las putas por la etiqueta de su envase. Entonces dijo:

—Vamos a cambiar de táctica, sargento, ¿qué le parece?

El sargento David Scherr adoptó el porte marcial y contestó:

—Yo estoy a sus órdenes, mi comandante.

El comandante Fleming cruzó sus piernas desnudas y se estiró su batín, sobre los muslos. Luego apagó el cigarro, con determinación, sobre uno de los platos con restos de huevo.

—¿Conocía este hotel, sargento?

—De vista, pero siempre sospeché que se trataba de un hotel de mármol —dijo el joven sargento David Scherr.

—Me gusta cuando la intuición de un hombre es cercana a la de una mujer; quiero decir más precisa que la certeza de cualquier hombre vulgar —se explicó el comandante Fleming.

—Si usted lo dice.

El comandante Fleming apretó los dientes en una sonrisa y dijo:

—Sí, así es, un hotel de mármol, dispuesto a recibir un buen número de cadáveres.

Luego contó la historia de un marqués que quiso fundar un hotel en cada vértice de un triángulo imaginario que uniera Gibraltar, Algeciras y Tánger.

—O lo que es lo mismo tres diamantes para los ojos.

Dicho esto, el comandante Fleming empezó a nombrar los hoteles.

—Hotel Reina Cristina, hotel Minzha y este, el Rock Hotel. Un triángulo

en dos continentes y tres países, tres hoteles como tres diamantes. Sólo para los ojos que saben observar.

Después de departir con el sargento David Scherr, el comandante Fleming se duchó. Tras vestirse, decidió ir hasta la residencia del gobernador donde se presentaría al nuevo encargado del gobierno militar. Para ello utilizó el bólido de matrícula japonesa. Condujo a descubierto, sin capota, sintiendo la bofetada del viento que a esas horas de la tarde soplaba con el resuello de una bestia antediluviana.

Cuando llegó a la residencia del gobernador, se encontró al soldado de cara angulosa cuidando la puerta. Le interrumpió el paso. «El gobernador no quiere visitas, está reunido». Esto último lo apuntaría el soldado cruzando su fusil al pecho. El comandante Fleming intuyó que la Petenera no andaría lejos. «¿Dónde ha dejado su penacho?», le recriminó el comandante Fleming al soldado. «No me lo adjudicaron, vine a hacer una suplencia». «Pues la suplencia se terminó, váyase a dar una vuelta a ver si han puesto ya las bombillas en Main Street», imperó el comandante Fleming. «Recibo órdenes del gobernador», dijo el soldado de cara angulosa, negándose a recibir otras instrucciones.

El comandante Fleming desistió y se aproximó hasta la ventana. A través de ella pudo ver las paredes desnudas del salón. Afinando la vista y haciendo pantalla con la mano, el comandante Fleming detalló el sitio que ocupaba la cabeza del toro. En su lugar había un boquete con unos cables sueltos. El comandante Fleming sonrió y sin evitar la mirada del soldado de cara angulosa, se arrimó más al cristal. Tampoco había rastro de las máscaras venecianas. Entonces preguntó al soldado si seguían sirviendo testículos de mono revueltos con huevo. El soldado de la cara angulosa no contestó, se limitó a proyectar su mirada inquisidora sobre la figura del comandante Fleming que, ante el clima de acoso, volvió al bólido y se puso a esperar frente al volante.

Media docena de cigarrillos después, la vería salir de la residencia. Llevaba uno de esos vestidos de lunares cargados de vuelos. Recogía con su mano el final de la falda, para no arrastrarla. El comandante Fleming tocó la bocina y

ella no mostró sorpresa alguna cuando lo vio, sentado al volante. El nuevo gobernador, en el umbral de la puerta, hablaba con el soldado de la cara angulosa y señalaba el bólido de matrícula japonesa.

El comandante Fleming la condujo al Rock Hotel donde la pondría de nuevo a mirar por la ventana mientras le contaba la historia del hotel y de los tres diamantes. «Un capricho de marqués de Bute, *baby*». Después de los avances en el juego del sexo y de la guerra, el comandante Fleming abrió su maletín, de donde sacó un estuche abombado y de fieltro rojo, igual a un capricho de bombonería selecta. Contenía una peineta de carey. En todo su centro había engarzado un ojo de cristal, con reflejos de oro hilado tan amarillos que parecían de huevo. Se trataba de un diseño cercano al de una de esas piezas futuristas que estremecen a quien contempla el vértigo. La Petenera se recogió el pelo en un moño y se la clavó, frente al espejo. Era una pieza única, encargada por el comandante a Elsa Schiaparelli, en persona.

«Quiero que me diseñes una peineta», le ofreció él. «Te la pagaré bien», y le llevó los dedos sin cálculo, por asalto, hasta el monte de Venus donde los enredó en la selva conquistada por el pelo. «Sabes, cariño, que yo a ti todo te lo hago gratis», dijo ella en un susurro húmedo. Luego se escuchó el ronroneo, como si el comandante Fleming hubiese puesto su motor en marcha. «En unos días he de irme de Nueva York. Parto a Gibraltar para llevar a cabo una misión importante», dijo él, entre chasquidos de lengua.

Ahora el comandante Fleming cerraba los ojos al recuerdo de otra batalla mientras el viento empezaba a gemir entre los cables del teléfono adosados al muro del Rock Hotel, en Gibraltar. La Petenera lució su peineta, frente al espejo, mirándose en él como si de pronto hubiese llegado a una ventana secreta y ella misma la hubiera entreabierto para comunicarse con el mismísimo Diablo que la invita: «Adelante, entra, pero sólo un poco, lo suficiente para comprobar si estás dispuesta a venirte conmigo a la oscuridad que se pierde al otro lado».

La Petenera aún no sabía dónde quería llegar el comandante Fleming, aunque algo sospechaba. De lo que sí estaba segura era de que la puerta se había cerrado tras ella. El comandante Fleming encendió otro de sus cigarrillos y con la primera bocanada de humo soltó sus apreciaciones físicas:

—Antes, mientras veníamos hasta aquí, con el coche por las calles tan estrechas, no se sentía apenas y eso no era porque azotase menos.

—¿Qué?

—Me refiero al viento —aclaró el comandante Fleming, desnudo sobre la

cama, con el cigarrillo entre los dedos.

Sin dejar tiempo, empezó a contar que las gentes de la tierra tienen muy estudiado el viento de levante. Es el viento y no otro factor el que determina que las casas se construyan tan pegadas, siguiendo un trazado estrecho que da lugar a calles que ahogan los gemidos. Con estos principios, daba comienzo el arranque poético del comandante Fleming:

—Casas que presumen de un balcón de geranios o claveles rompedores, gordos como manzanas entre la herrumbre. El viento de levante que excita a las yeguas que antes de la guerra trotaban libres por el Peñón y buscaban la flor que perdió Molly Bloom para siempre, a cambio del placer.

—Ah, ya, la de la muralla mora, en el castillo donde ahorcan a los espías traidores, ¿no es así?

El comandante Fleming encajó el golpe como un aviso de lo que vendría poco tiempo después, cuando el Diabolo con disfraz de crupier hubiese lanzado su bola de marfil a la ruleta del mundo. Tuvo la sensación de un desastre inminente y lanzó una mirada a la Petenera, como tal vez haga el halcón antes de hincar el pico a su víctima. Ella, que pareció darse cuenta, captó el gesto y se quedó parada, con la peineta coronando su fina cabeza frente al espejo. El peor sentimiento es la sospecha y con el sentir de la sospecha latiendo cerca de su cuello, el comandante Fleming se incorporó de la cama para apagar el cigarrillo y preguntó:

—¿Quieres que llame al servicio de habitaciones y pida caviar para la cena o prefieres seguir con el estómago vacío?

Afuera el viento gemía como una mujer herida.

A la tarde siguiente, el comandante Fleming se puso en marcha. Arrancó el bólido y salió a buscar al Catalán. Tras el cese de Jock como gobernador militar, el Catalán se había quedado en la calle. Para seguir manteniendo su cobertura, continuaba de chófer. Ahora era conductor pero de coches arrastrados por yeguas. El comandante Fleming lo encontró subido a uno de ellos, esperando en la parada que había en la frontera. Seguía con sus guantes blancos y el cráneo achicharrado por el sol de las tierras. Cuando vio aparecer el bólido que conducía el comandante Fleming, no pudo negarse.

Soltó el coche de punto y restalló el látigo en el suelo. Las yeguas echaron a correr ante la estampida. Desde el bólido, parado frente al coche de punto, el comandante Fleming siguió con la mirada el galope de las yeguas, hacia la ladera. «Van en busca de la flor de Molly Bloom», masculló entre dientes. Luego dejó que el Catalán tomara el volante y pusiese rumbo al Rock Hotel. Durante el trayecto, le daría instrucciones para una misión que el Catalán cumpliría de manera impecable.

Tras dejar al comandante Fleming en el hotel, el Catalán se pone en marcha. Lo primero que hace es pasar por la vieja taberna para buscar un ayudante. Se trata del agente Ron y es el mismo hombre que sirve bebidas con un parche en el ojo. Ahora mantiene el garfio de su muñón agarrado a la puerta del bólido. Tal y como confesaría después, no es que tuviese miedo, sino que con un solo ojo las curvas le mareaban. El Catalán había salido de Gibraltar disparado, conduciendo el bólido a toda velocidad por las curvas de la costa mientras el viento zumbaba dentro de su cráneo. El agente Ron se agarra con el garfio a la puerta cada vez que viene una curva. Los tiempos futuristas, en los que la máquina era capaz de recitar poesía, llegaban al sur de España, por vez primera y con retraso, en un bólido de matrícula japonesa.

El sargento David Scherr esperaba impaciente en el pasillo del matadero. A sus pies tenía el cuerpo de un hombre. Cuando escuchó llegar el bólido, sin perder un instante, el sargento Scherr arrastró el cuerpo del hombre. Al final lo acabaría introduciendo con esfuerzo en el maletero del bólido,

aplastándolo junto a un sombrero cordobés que era lo más parecido a una rueda de repuesto.

Con los sentidos golpeados y hecho un ovillo en el maletero, el rehén haría el viaje desde San Fernando a Gibraltar. Cuando llegaron al Rock Hotel y le subieron hasta la habitación del comandante Fleming, el secuestrado empezaba a recobrar el sentido. Se echaba la mano a la cabeza, como si le doliese o le faltase algo. «Mi sombrero», murmuraba.

El comandante Fleming, cubierto con el batín rojo de dragones, daba vueltas alrededor de él, mientras jugaba con la boquilla entre los dedos. El Catalán y el agente Ron esperaban nueva orden, a ambos lados de la puerta. Uno con las manos enguantadas de blanco, reposando en cierta parte. El otro, con su único ojo de la cara bien abierto.

—Pueden irse —les dijo el comandante Fleming, dando a entender que el encargo había finalizado.

El Catalán y su ayudante Ron abandonaron la habitación, quedándose pegados a la puerta una vez cerrada tras ellos y sin perder oído del interrogatorio. El comandante Fleming sonrió y como si supiera que le estaban escuchando, comenzó la función en voz alta. Aquel hombre dijo ser guitarrista. Se hacía llamar Manuel Zarza, también conocido como el Tachuela por ser un apodo que hacía alusión a su figura achatada y de cabeza grande. Confesó que, a primeros de mayo del año en curso, fue contratado para tocar la guitarra a una bailaora, en un café de La Línea.

—¿Qué bailaora y qué café, nombre de ella y nombre del local?

El Tachuela se estremeció al escuchar la pregunta, como si aquel hombre que se la formulaba, envuelto en un batín rojo, conociera la respuesta.

—El café se llama Vicentino y la bailaora es una que llaman la Petenera —contestó temblón.

—¿Por dónde se encuentra el café Vicentino?

—En La Línea, en la calle Real.

—Había gente.

—Sí, a rebosar de público.

—¿Italianos?

—La mayor parte, es un sitio de reunión de italianos.

—¿Puede acordarse si entre la gente estaba un tal Ricardo Guzureta?

—Ricardo Goizueta —corrigió el Tachuela y sus ojos castaños miraron al suelo como si hubiese cometido un error.

El comandante Fleming le apuntó con la boquilla:

—¿Puede decirme si estaba entre el público Ricardo Goizueta?

—Sí, puedo decirle... que no estaba.

El comandante Fleming alzó su mentón y siguió con el interrogatorio:

—¿Y por qué discutió usted con la bailaora?

El Tachuela agitó nervioso sus pestañas y se llevó la mano a la cabeza para decir:

—Por una soleá.

—¿Una soleá?

—Sí, un palo flamenco, un estilo —contestó el Tachuela.

El comandante Fleming alzó la ceja, sorprendido y preguntó:

—¿Cómo es su ritmo?

Entonces el Tachuela arrancó a dar palmas, dejando mucho espacio de silencio entre una y otra. El comandante Fleming estiró su sonrisa, introdujo el cigarro en la boquilla y preguntó:

—¿Por eso discutieron?

Fue cuando el Tachuela se lo confirmó:

—Es que la Petenera arrancó bien pero luego se cruzó en un ritmo muy raro, me lo cambió. Me puse *mala*.

Con esto, el Tachuela tuvo su toque de comprensión hacia la Petenera y siguió diciendo que son cosas de ahora que llaman vanguardia, culpa de la moda de los alemanes.

—Pero a mí no me va a cambiar la soleá de repente, cruzarla *asín* —afirmó el Tachuela sacando coraje artístico.

—Haga memoria y cuénteme, ¿cómo fue el ritmo que se cruzó?

—No necesito hacer memoria, mire, no se me olvidará en la vida. Era un ritmo rarísimo.

Dicho esto, el Tachuela arrancó a batir palmas y el comandante Fleming, ante la evidencia, apretó su sonrisa.

—Me lo temía —dijo el comandante Fleming dando la espalda al reo.

A continuación, el comandante Fleming fue hacia la puerta con sigilo y la abrió con tal ímpetu que el Catalán y el agente Ron —que tenían los oídos pegados tras ella— perdieron el equilibrio.

—Sáquenlo de aquí —el comandante Fleming señaló al Tachuela—, pero antes póngale la inyección. No quiero sangre ni golpes.

Dijo esto y abrió su maletín de donde sacó una jeringuilla y un frasco semejante a los de perfume. Entonces el Tachuela se llevó las manos a la cabeza y empezó a gritar. El agente Ron no dio tiempo a más y le devolvió la

calma de un cabezazo que le hizo sangrar la boca.

—Les dije que no quería golpes. Póngale la inyección de todas formas —  
imperó el comandante Fleming.

El Tachuela volvió a gritar y el Catalán preparó la inyección. Luego cogió la jeringuilla y la clavó en la mano del Tachuela, aprovechando uno de sus aspavientos. Cuando tiró del émbolo, el Tachuela cayó dormido.

El agente Ron echó el garfio al cuello de la camisa del Tachuela y lo arrastró por el suelo. Fue llegando a la puerta cuando el comandante Fleming le imperó:

—Espere, no se marche aún. Prepáreme un cóctel antes de irse. Nadie lo hace mejor que usted.

El comandante Fleming supo que iba a ocurrir. Serían las tres de la madrugada cuando salió al balcón del Rock Hotel vestido de esmoquin. Su porte resultaba inquietante, a tono con la expresión de alarma de sus ojos. Las luces de las explosiones acentuaron la raya de los pantalones recién planchados; tan cortante como el filo de su sonrisa.

Estaba asistiendo a un espectáculo único. Un bombardero italiano, proveniente de Cerdeña acababa de ser descubierto por los sistemas de detección acústica de la Roca. Con los prismáticos, el comandante Fleming pudo alcanzar a ver el otro lado, la bahía de Algeciras y la silueta del hotel Reina Cristina. Donde no llegaba su mirada de halcón, podía llegar con toda su fantasía y trasladarse a una escena donde la Petenera andaba subida en las rodillas de algún militar alemán, mientras se dejaba manosear a la luz escalofriante de los bombardeos. El comandante Fleming tuvo una sonrisa agria. El espectáculo de fuegos artificiales lo había contratado el enemigo pero ninguna bomba había alcanzado Gibraltar. Cayeron cerca, en La Línea de la Concepción. En su pecho albergaba la esperanza de que los aviones italianos despistaran el objetivo y alcanzasen el hotel Reina Cristina. Pero eso ya no dependía de él, sino del mismísimo Diablo.

Hasta ahora, el enemigo estaba pagando la fiesta, aunque la trampa y el cartón del espectáculo quedasen a cuenta del comandante Fleming. Un trabajo con una gran carga de responsabilidad, todo sea dicho, pues si algo hubiese fallado en la tramoya, el fracaso del espectáculo estaba sentenciado de por vida. Entre otros muchos trucos, gracias al ingenio del comandante Fleming, se realizaba de modo impecable la ilusión de bombardear Gibraltar sin bombardear Gibraltar.

Una ilusión que tampoco había conseguido rematar del todo, pues al comandante Fleming le hubiese gustado proyectar la imagen de Hitler en la ladera del Peñón, el Führer haciendo sus necesidades. Una idea con la que al final lograría persuadir a su superior, el almirante Godfrey que al principio se había mostrado tan reticente a llevarla a cabo. Con todo, parece que no gustó

al nuevo gobernador militar, Lord Gort, un hombre de pocas palabras. «Si llega el caso de un bombardeo, ya tenemos listos los reflectores, por favor, no invente, comandante Fleming», le diría con desagrado cuando el comandante Fleming fue a presentar el proyecto. El nuevo gobernador militar le invitaba a salir de la residencia con unas palabras que lo dijeron todo: «No vuelva a molestar».

A pesar de la negativa del nuevo gobernador, la mirada de halcón imperial del comandante Fleming seguía preparada para ver el mundo desde la distancia de los cielos. Con ese espacio de separación entre el comandante Fleming y el mundo del que se había distanciado, puso en marcha una trampa centenaria, llamada de miel y que, en este caso constituía la otra parte del éxito. Sonrió.

Había bailado con ella sobre las brasas, envueltos los dos en el espeso humo de sándalo, lo más parecido a una nube de tormenta sobre el primer paisaje que pudo ver el hombre. A veces un truco bélico tiene argumentos tan refinados que van más allá de la mera ilusión. Para eso están los espías. El comandante Fleming siguió mirando el cielo de la noche, abrasado por el resplandor de las bombas. El aire traía olor a pólvora junto a los gritos de la gente con los miembros ensangrentados.

Hacía poco más de un mes, durante la partida que se jugó con una rubia de ceja morena, la mano invisible del Diablo había repartido su carta. La causa original nunca fue otra para el comandante Fleming que el destino; una manera relajada de aceptar las cosas con indiferencia, según vinieran o coincidieran unas con otras. En realidad, en eso consistía el trabajo del comandante Fleming; en darse cuenta de las coincidencias, revelaciones del destino que significaban un cambio de giro en su misión. El acontecimiento que daría lugar al nuevo rumbo tuvo lugar en Estoril, la noche del tres de diamantes, en un local pegado al casino y donde una mujer de rasgos mestizos cantaba una de Billie Holiday.

Aquella noche en el Wonder Bar, escoltado por la doble compañía de dos señoritas a las que se sumaba un agente doble, el comandante Fleming encontraría el interruptor que le llevaría a probar que la Petenera era algo más que una *spanish dancer*. Fue gracias al agente doble Popov, o mejor dicho, gracias a la historia que el tal Popov contó aquella noche y cuyo protagonista era un masajista ciego que conocía el código morse aunque fuera en su estado más elemental. Lo suficiente para emitir informes cifrados.

Ahora, desde el balcón de la guerra y vestido de esmoquin para la ocasión,

el comandante Fleming encendía un cigarrillo. Virginia Morland Special. Un sabor picante y exótico que saboreó hasta consumirlo. Hizo tiempo y a la hora convenida bajó las escaleras del hotel. En el vestíbulo le esperaba el Catalán con los guantes blancos y el bulto de la pistola bajo el sobaco.

Se metieron en el bólido de matrícula japonesa. El Catalán lo condujo un poco más allá de la frontera, hasta el vértice del diamante que asomaba a lo lejos; hotel Reina Cristina. Como si escapasen de un crimen o de algo parecido, atravesaron la noche en aquel bólido con matrícula de Japón. A toda velocidad, mirando el cielo recién bombardeado, el comandante Fleming respiró el aroma de la pólvora que el viento picaba con la sal del Estrecho.

El Catalán frenó en seco a las puertas del hotel. Un oficial de los alemanes vomitaba sobre los setos. El comandante Fleming se estiró la chaqueta de su esmoquin y se tocó la pistola, ceñida a los riñones con el fajín. Antes de despedirse del Catalán, le recordó su misión precisa. El Catalán masticó las instrucciones con el motor en marcha. De la expresión de su rostro emanaba una concentración absoluta. Con las manos en guantes blancos tamborileaba con los dedos sobre el volante.

—No le deseo suerte, no sabría qué hacer usted con ella —le dijo el comandante Fleming con una sonrisa alrededor de su boca.

Tras esto, el Catalán arrancó. Ahora la noche olía a pólvora, a sal y a linimento deportivo. Con el aroma pegado al esmoquin, el comandante Fleming subió hasta las habitaciones. Había tal alboroto que nadie reparó en su figura. Cabe decir que en el pasillo se encontraría con grupos de oficiales nazis celebrando el bombardeo y que el comandante Fleming se unió a ellos, en el jolgorio, para no levantar sospechas. Cuando el pasillo se hubo quedado desierto, el comandante Fleming vio la señal de betún en el marco de una de las puertas. Al agente Bolero le había encomendado informaciones concretas sobre la habitación que ocupaba la Petenera. Fueron instrucciones muy específicas las que el comandante Fleming daría desde Londres, aquellos días en los que Marie-Jacqueline-Antonieta esperaba desnuda el siguiente asalto.

El comandante Fleming había ordenado al joven sargento Scherr que no se acercase a la Petenera. «Se podría haber despistado de su misión», explicaría más adelante, cuando la guerra había pasado y el comandante Fleming vivía del cuento en su retiro jamaicano. Siempre que se ponía a contar este episodio revelador, hacía ver que el sexo y la guerra eran extremos de la misma esencia. De esta manera, el comandante Fleming enmascaraba los celos hacia el joven sargento. Esa fue la verdadera causa por la que David

Scherr sería relevado por el agente Bolero. Bajo la cobertura de limpiabotas, el agente Bolero tenía que dar con el número de habitación de la Petenera y también con la planta. Por si a los del hotel les daba por cambiar los números de las habitaciones, el comandante Fleming aseguró la identificación del número, ordenando al agente Bolero que pusiese una marca de betún en el marco de la puerta y que estuviese atento para ponerla tantas veces como hiciera falta, ya que el personal de la limpieza podría borrarla.

Fueron estos pequeños detalles los que se acumularon de tal suerte en el espacio y el tiempo del comandante Fleming, que acabarían expulsando al azar como el objeto primordial de su método. Hasta entonces, el único método seguido por el comandante Fleming era el de no utilizar método. Pero cuando el azar empezó a quedarse fuera de juego, entonces se le empezó a acabar el juego. Hay que apuntar que en un primer momento, el comandante Fleming no fue consciente de este salto y que cuando se quiso dar cuenta, ya no tuvo fuerzas para abrir la ventana a todo aquello que no estaba sujeto a cálculo, a todo aquello que había abandonado. De momento, cuando vio la huella de betún, tuvo un acto reflejo y arrimó la oreja a la puerta de la habitación. Se escuchaba el grifo del agua, cayendo sobre la porcelana de la bañera. El comandante Fleming llamó, con los nudillos. Dos golpecitos. Toc toc.

—¿Quién? —Se escuchó la voz grave, casi áspera, de la Petenera.

—Servicio de habitaciones —dijo el comandante Fleming, frente a la puerta.

La Petenera abrió envuelta en la toalla. No pudo componer el rostro de su asombro.

—Traigo noticias, los italianos no han bombardeado Gibraltar, sino La Línea —dijo el comandante Fleming agresivo, sin dejar tiempo a que ella reaccionase.

Con la flema transformada en sangre empujó a la Petenera hacia la cama. El comandante Fleming nunca hasta entonces había entrado en aquella habitación por la puerta. La cerró de una patada y la Petenera aprovechó la violencia para sumergir sus uñas en los ojos de halcón del comandante Fleming que gritó: «Aggghhhh» y tuvo un momento de ceguera del que se repuso de inmediato y volvió sobre su presa, cogiéndole las manos por las muñecas.

—¡Cerdo! —exclamó ella, intentando escapar—. ¡Maricón inglés!

Había veces que la Petenera tenía la boca roja y cruel para decir verdades y

el comandante Fleming —como buen inglés educado en Eton— aceptó su verdad para hacer la última oferta:

—Trabajarás para nosotros o, de lo contrario, puedes intentar conocer en carne propia lo que sucede en el castillo —le advirtió el comandante Fleming a la Petenera.

—*Mother fucker!* —le gritó ella con rabia.

—Tal vez cuando estés muerta se te disipen las dudas. ¿Qué, aceptas el trato? —preguntó el comandante Fleming, sin dejar de agarrarla por las muñecas y moviendo la pelvis, sentado sobre ella, en la cama.

La Petenera pataleaba y el comandante Fleming siguió dando muestras de saber negociar la bolsa así como la vida. Lo hacía con la disposición de indiferencia de los que no tienen que perder.

—Por los italianos no hay que preocuparse, no se irán de la lengua.

Con esto último, el comandante Fleming daba a entender que los italianos a quienes ella había pasado los informes sobre las coordenadas de Gibraltar, esos mismos italianos con los que había trabajado hasta entonces por ser de confianza de su Príncipe Negro, estaban muertos. No era difícil pronosticarlo. Los vecinos del Campo de Gibraltar jugarían a la pelota con sus cabezas a patadas de rabia. Las crónicas contarían que los cuerpos de los italianos aparecieron decapitados en el caserón de Giulio Pistono en la Huerta Grande, donde olía a venganza y linimento.

Volviendo a la noche del tres de diamantes en el Wonder Bar de Estoril, puede decirse que tras haber escuchado por boca del agente Popov la historia del masajista ciego, el comandante Fleming comenzaría a despejar dudas. Por lo mismo, no le fue difícil llegar a la conclusión evidente de que la Petenera, con ayuda de los taconeos y a veces con castañuelas, hacía lo mismo que el masajista ciego con los golpes de su bastón. Además y de la misma forma, tanto la Petenera como el masajista ciego recavaban información suficiente para envenenar al ejército contrario. Uno estirando contracturas y otras rigideces y la Petenera igual pero de otro estilo. Con todo, había un detalle que distinguía la misión del masajista ciego.

Según detalló el agente Popov, el ciego podía haber transmitido su información de la misma manera que la captaba, es decir, en la cama de masajes. Sin embargo, el que iba a recibir el mensaje no quería levantar sospechas de sus inclinaciones sexuales. Mantenía en secreto su juego más íntimo y esos detalles no permiten el azar, sujetan todo a un cálculo previo. El comandante Fleming se reafirmaría en sus convicciones vitales, las que dejaban al soplo del azar el movimiento de la materia. Según sostenía el comandante Fleming, donde entraba el cálculo, entraba el error. El cálculo llevó a la ruina la misión, desvelando al agente ciego, con su bastón, apostándose en una de las esquinas señaladas. «El pudor acabaría llevando al traste la operación», le contaría el agente Popov aquella noche de diamantes y rubias de Suiza. «La represión siempre juega en contra», le aseguró, mientras bebía *whisky* en el club nocturno que comunicaba con el casino. Aquello fue esclarecedor para el comandante Fleming.

Sin embargo, a su regreso a Gibraltar el comandante Fleming parecía haberlo olvidado, como si el viento hubiese borrado de su memoria todo lo que le debía al azar y ahora su lugar lo hubiese ocupado el cálculo. La sospecha del comandante Fleming se convertiría en certeza a medida que iba poniendo en práctica su estrategia más calculada. Él mismo fue el ejemplo. Salvaría a la Petenera del Príncipe Negro y a cambio, ella trabajaría para los

servicios secretos británicos. En ese trueque, el comandante Fleming saldría perdiendo. Estaba dejando fuera de sus cuentas al azar, olvidando que el azar siempre fue celoso. Al final todo acabaría a disposición de un Diabolo con las manos libres para ejercer su cálculo secreto.

La Petenera le confesaría que había empezado en esto por una disposición natural para advertir señales y escuchar secretos y que a partir de aquí, el juego se fue desarrollando de tal forma que llegó a intimar con el Príncipe Negro. Se conocieron en Valencia, durante la guerra civil española, después de una actuación. Entonces a la Petenera la acompañaba el tío Sabas a la guitarra y actuaban en zona republicana, haciendo del flamenco un sentimiento popular que amenizaba a las tropas. Una vez terminada la actuación, mientras se disponía a salir del recinto, unos italianos se acercaron. Se hacían pasar por brigadistas internacionales.

—Llegaba mucho extranjero con lo de la guerra. Figúrate, los españoles huían y los guiris venían aquí a pegar tiros.

Era una concepción primaria del mundo y de la guerra que no asombró al comandante Fleming. Al contrario, pues aunque el comandante Fleming no hubiese vivido la misma situación que la Petenera, se identificaba con su forma de pensar. Sus ojos se vieron invadidos por el fantasma de los celos y como si sintiese un placer cruel en seguir aquel relato, pidió a la Petenera que continuase con la confesión.

—Me llevaron a un submarino de lujo. Tenía picaportes de porcelana blanca en las puertas y grifos de oro.

—¿Y los brigadistas, se quedaron también en el submarino? —preguntó el comandante Fleming, con la misma curiosidad de un enfermo ante el diagnóstico médico.

Ella negó con la cabeza y luego dijo:

—Los que se hacían pasar por brigadistas se marcharon y nos quedamos a solas, *only* yo y el Príncipe Negro.

A juzgar por la expresión de su rostro, el comandante Fleming tuvo una sensación convulsiva y dulce a la vez; un dolor voluptuoso, nacido por la colaboración de los celos.

—Me puso la *suite* del hotel en Algeciras donde aparecía sin avisar, por el pasadizo *secret*. En los últimos tiempos aparecía menos.

—¿Entonces te pagaba el Príncipe Negro la habitación?

La Petenera asintió y dijo que le dejaba dinero para pagar la habitación, en liras. Entonces el comandante Fleming hizo una mueca repentina, un gesto

sanguinario que le llevó a lanzar su mano hacia ella y apretarla por la barbilla para después acercar su boca hasta la suya. Se la retiró antes de que su lengua le saliese al encuentro y le pidió que siguiese confesando. Ella le desveló que cambiaba el dinero en La Línea, en una oficina en la calle Real que era propiedad de un hombre venido a menos y donde también expedía pasaportes. Esta vez el comandante Fleming lo dijo bien cuando preguntó:

—¿Ricardo Goizueta?

Ella se quedó en silencio y el comandante Fleming se lo preguntó otra vez pues suponía que el tal Goizueta no despreciaba las posibilidades volcánicas de la carne gitana. Entonces la Petenera confesó que ella misma le llevaba los documentos hasta la oficina de cambio de moneda, donde el tal Goizueta los traducía en palmas, ritmos donde se batía el código secreto. También era ella la que conseguía los documentos, los sustraía del despacho de la residencia del gobernador. Como apenas sabía leer y menos aún descifrarlos, se los llevaba a Ricardo Goizueta que los codificaba en golpes flamencos, siguiendo el código morse y ella los emitía en sus bailes. Un mensaje que una vez descifrado daba nombres y coordenadas, hora de salida y número de barcos del convoy a atacar. Eso mismo fue lo que pasó en el mes de mayo con el convoy HG53.

—Había veces que en los documentos había *nothing*. Eran numerajos de los gastos de la residencia.

El comandante Fleming advirtió que en aquellas tierras a las que estaba destinado, la única manera de que la información se hiciese dinámica y llegase a su destino, era hacerla pasar por varias manos. La línea curva mostraba que seguía siendo la distancia más corta entre dos puntos.

—Había otras veces que me sentía vigilaba y dejaba los informes en una taberna.

Al escuchar esto, el comandante Fleming cruzó una expresión de sorpresa en su rostro. Lo bueno que tenía no calcular es que todo quedaba fuera de todo cálculo posible. Hasta entonces, la mano del azar había conducido el juego. Pero ahora que el azar se había quedado manco, cualquier asunto podría resultar sorpresivo.

—¿La Old Tavern? —preguntó el comandante Fleming con urgencia.

La Petenera asintió y confesaría todos los nombres de las personas de confianza del Príncipe Negro. Sus relaciones como traidores de uno y otro lado, según venía el dinero.

La voz de su superior se coló de nuevo, vía telefónica. El comandante Fleming se restregó los ojos y con un dedo en los labios pidió silencio a la Petenera, desnuda sobre la cama. Según indicaba el almirante Godfrey, al otro lado del aparato, había recibido la llamada del ministro de la Guerra. A juzgar por el tono, el comandante Fleming dio por sentado que su superior andaba con vetas de irritación en los ojos perrunos. Todo indicaba que el almirante Godfrey había tenido que justificarse ante sus superiores.

—Es lo que tienen las jerarquías —le dijo el comandante Fleming desde el otro lado del teléfono.

—¿Estás solo? —preguntó Godfrey.

—No, estoy con leche —bromeó el comandante consiguiendo irritar más aún a su superior, al otro lado del teléfono.

Entonces el almirante Godfrey, llevado por el impulso urgente, le empezó a contar la historia de un agente doble francés, un tal Pierre Labrache, afín al gobierno de Vichy, colaboracionista con los nazis y que se se hacía presentar bajo el sobrenombre Paul Lewis. Los servicios de inteligencia llevaban varios meses esperando la ocasión de cazar al tal Pierre Lewis o Paul Labrache. Al final fue apresado en Madrid. Cayó en la trampa cuando se presentó en la embajada británica para recoger el visado que necesitaba para ir a la Francia de Vichy.

Con el teléfono pegado a la oreja, el comandante Fleming seguía la historia que su superior le contaba. Había tensión en su rostro, como si de un momento a otro fuese a recibir una orden que le paralizase su destino. El terror se manifestó en sus ojos. Ya no eran los de un halcón imperial, ahora eran los de un tordo volando a ras de suelo en un coto privado de caza. La Petenera lo advirtió, a su lado, en la cama, mientras afinaba el oído para hacerse una idea del alcance de la misión que encomendaban al hombre del cual era cautiva. Desde ese momento supo que el comandante Fleming no era más que el eslabón de una cadena suspendida en el vacío.

La Petenera se reafirmaría en sus convicciones cuando escuchó decir al

superior del comandante Fleming que, en un principio, la misión consistía en secuestrar al tal Labrache y llevarlo a Gibraltar para que fuese interrogado. En el castillo le pondrían la horca. Cuando el comandante Fleming escuchó esto, se le cayó el auricular al suelo. Se agachó a cogerlo y sin levantarse, desde el mismo suelo, preguntó:

—¿Viene de camino?

El comandante Fleming no bromeaba, ahora el sudor que bajaba por su barbilla era tan serio como el miedo que sentía.

—Sí, pero ya está muerto —dijo el almirante Godfrey desde el otro lado del teléfono y con un timbre acústico cercano al ladrido de los perros.

Entonces el comandante Fleming respiró. La Petenera captó el detalle. El comandante Fleming era incapaz de matar por cuenta propia, es decir, era incapaz de matar si no pagaba por ello. La Petenera llegó a estas conclusiones por lo poco que pilló de la conversación, pues aunque las voces del almirante Godfrey eran cercanas al ladrido de una jauría de perros, había muchas palabras que ella no sabía aunque las imaginaba. Sin ir más lejos, la Petenera pilló el juego de palabras que hizo el almirante Godfrey con «ahorcado» y «empalmado».

En resumidas cuentas, la misión encomendada al comandante Fleming era uno de esos trabajos sucios, producto del azar que hasta entonces tanto había venerado. Si no llega a ser por lo que no está sujeto a cálculo, aquel tal Paul Labrache, no hubiese muerto y le tocaría al comandante Fleming lo más engorroso: ajusticiarle o lo que es lo mismo, empalmarlo.

Todo indicaba que al tal Labrache le habían metido en un Chevrolet matrícula del cuerpo diplomático, cinco plazas, azul oscuro. Le noquearon y como se suele hacer en estos casos, después del golpe fue sedado con una inyección de morfina. Lo metieron en el asiento trasero del Chevrolet, se pusieron camino a Gibraltar pero, fue al pasar por un pueblo de Andalucía cuando el tal Paul Pierre Labrache recuperó el sentido y empezó a gritar para pedir auxilio.

—Se les fue la mano —justificó el almirante Godfrey desde el otro lado del teléfono.

—Suele pasar —dijo comprensivo el comandante Fleming, desde el suelo de la habitación.

Acto seguido, sin cambiar de postura, con el auricular del teléfono sudoroso entre su mano, intentó disimular el temblor en la voz haciéndose el sorprendido:

—Lo que me asombra —dijo el comandante Fleming— es que el coche es un Chevrolet, un coche americano. Los pocos coches que funcionan por aquí son de la marca Hispano-Suiza. Lo del Chevrolet es una señal de que los americanos no tardarán en entrar en la guerra.

—No tardarán en llegar —profetizó el almirante Godfrey, al otro lado del teléfono.

Fue terminar de decir esto y oírse los pitidos de un claxon. El comandante Fleming se despidió de su superior y colgó el teléfono. Con las piernas aún temblonas se levantó del suelo de la habitación y se asomó a la ventana desde donde vio un Chevrolet azul oscuro. Por señas, desde la misma ventana, el comandante Fleming indicó que le diesen cinco minutos. Después de la ducha fría le dijo a la Petenera: «No tardo, *baby*» y el comandante Fleming bajó las escaleras con el cigarro humeante entre los labios. Los hombres esperaban en el vestíbulo y el comandante Fleming, al tenerlos de cerca, se dio cuenta. Las cosas se complicaban pues de lo contrario no estaría allí el mismísimo Allan Hillgarth, agregado naval británico. Le acompañaba otro de los jefes, Hamilton Stokes, tez blanca y cabello color estropajo.

Tal vez por guardar confidencialidad o tal vez por darle la sorpresa, el almirante Godfrey no le advirtió acerca de las personalidades que viajaban en un Chevrolet azul oscuro, junto a un cadáver. El comandante Fleming disimuló la extrañeza, soltó una bocanada de humo y preguntó con aplomo:

—Y bien, ¿qué tal el viaje?

Al salir del hotel notaron el azote del viento. Cuidando del cadáver, estaba un hombre parlanchín que dijo ser vigilante nocturno de la embajada. Tenía dedos gordos como salchichas germanas y cara de carne picada. Respondía al nombre de Langley, señalando el cadáver.

—A los curiosos les digo que se trata de un trabajador de la embajada, que está mal herido y que lo llevamos al hospital —dijo el tal Langley.

El comandante Fleming vio la sangre de la cabeza pegada al asiento trasero, y fue el mismísimo Allan Hillgarth quien se explicó:

—Con la culata de la pistola.

—Mala suerte —dijo el comandante Fleming, aspirando el humo de su cigarro.

—Nos han dicho que usted puede borrar las huellas —aseguró Hamilton Stokes, el del pelo de estropajo—. Hay que hacer desaparecer el cuerpo y lo más importante, inventar la historia.

—Su temperamento literario es conocido en la organización —agregó

Allan Hillgarth.

El comandante Fleming sonrió; siempre había soñado con ser como Kipling, o como Lawrence, el arabista místico. Sin embargo, aquellos agasajos le parecieron una forma de pago por adelantado sobre un trabajo que nadie quería hacer. Torció la sonrisa. No podía disimular que no le gustaba el haber sido elegido. Tal vez pensó que los complacientes habitantes del edificio Broadway ignoran la manera de obrar del verdadero caballero.

—¿Qué van a hacer con el coche? —El comandante Fleming señaló el Chevrolet.

—Venderlo —dijo Langley, que había bajado la ventanilla del auto para poder seguir la conversación desde dentro, sin perder de vista el cadáver por el retrovisor.

—Aquí va a ser difícil —saltó el comandante Fleming— y fuera de Gibraltar, también. Hay poco dinero en Andalucía.

—¿Qué nos propone hacer con el coche? —preguntó Allan Hillgarth.

—Quedarme con él.

Se miraron entre ellos y el comandante Fleming añadió:

—Pero de momento, déjenme que piense algo para quitarnos el muerto.

—Para quitárselo usted —aclaró Hillgarth—, va incluido en el coche.

El comandante Fleming pegó una calada al cigarro y forzó una sonrisa para preguntar:

—¿Aceptan una copa?

La respuesta no se hizo esperar y montaron en el coche. El comandante Fleming se sentó en el asiento de al lado de Langley, el conductor de los dedos de salchicha. Indicó el camino por calles estrechas hasta la vieja taberna, donde aparcaron el coche, en la misma puerta, a la vista de unos soldados que no se sorprendieron por el cadáver. El agente Ron salió a recibirlos con su parche en el ojo y su garfio por mano. Se presentaron. Hablaron y bebieron. Como más tarde se daría cuenta el comandante Fleming, una vez llegado al punto de no retorno, tal vez hablaron y bebieron más de lo debido, cruzando una línea invisible que apenas se ve, tan difícil de diferenciar como el humo en la niebla o como el betún en el cielo de la noche.

—Según nos han confirmado, se va a proceder en breve a cancelar la operación Golden Eye —aseguró Allan Hillgarth—. Es una cuestión económica. No se habla de otra cosa que de sus gastos en el casino de Estoril.

El comandante Fleming, torciendo el gesto ante el anuncio del desastre,

aseguró:

—Más le estamos pagando a España por no entrar en guerra —y concluyó retador—, a ver si ahora mis gastos van a arruinar al Imperio británico.

El agente Ron iba y venía con las bebidas, ayudado por su garfio y una bandeja. Lo hacía con paso decidido desde el mostrador a la mesa, donde el comandante Fleming mantenía la reunión con Allan Hillgarth y sus hombres, ya dijimos, el del cabello estropajo y un vigilante nocturno con dedos de mecánico germano. Hubo un momento en que el agente Ron paró en seco y se quedó pensativo, mirando con su único ojo el suelo de serrín, como si presagiase un desastre inminente. Así ocurrió. Entonces sonaron las baterías antiaéreas, los cañonazos. Otro ataque. Todos los allí presentes se cubrieron, metiéndose bajo las mesas, entre ventosidades húmedas y gritos histéricos. Pero el comandante Fleming, aparentando más confianza en la muerte que en la propia vida, se mantuvo inmóvil, con la copa en la mano. El bombardeo había sido cerca. La Aviación alemana estaba atacando un convoy recién salido. Al final acabaría hundiendo su barco de carga Empire Hurst.

La mano invisible del Demonio había jugado con el azar por última vez, la bola de marfil caía en su casilla. El comandante Fleming aprovecharía la posibilidad que le brindaba el bombardeo para tapar la muerte del tal Pierre Labrache. Fue cuando se le ocurrió que el tal Labrache fuese uno de los tripulantes fallecidos en el bombardeo alemán contra el convoy. Manipularía el informe y lo pondría en el barco hundido, en el Empire Hurst. El agente Ron se encargaría de limpiar las huellas.

«Posiblemente murió ahogado», escribiría el comandante Fleming en el comunicado para la familia del tal Pierre Labrache.

A pesar del encaje, al comandante Fleming le quedaban los días contados. Tal y como le había revelado el mismísimo Allan Hillgarth la otra tarde, no se podían seguir manteniendo los gastos. Por eso, cada día que pasaba en Gibraltar, el comandante Fleming se lo bebía a tragos, sujetando su vaso como si fuera el último.

El miedo seca la boca y el comandante Fleming bebía para disimularlo. El cálculo nunca había estado tan presente en sus planes como ahora. A lo máximo que había llegado era a calcular su exceso en la bebida para así conseguir el justo medio, el puntito que a veces se hacía puntazo. Punto, raya, punto, como en el código morse, una manera, un estilo calculado para los tiempos de guerra que él había manejado sin tomar cálculo alguno. Hasta entonces, el viento había soplado a su favor, trayendo episodios que le abrían posibilidades y mujeres que se abrían de piernas. Pero desde el momento en que supo que estaba en el punto de mira de sus superiores, el comandante Fleming empezaría a sufrir la transformación de una manera acelerada, sujeta a un cálculo de velocidad. Como si una sensibilidad extrema se fuese apoderando de él, empezó a sospechar de todo, incluso del viento. Llegaba a tal punto que cuando el viento paraba, el comandante Fleming lo creía seguir escuchando.

Durante el verano, conducía su bólido hasta las laderas del Peñón y se dedicaba a contemplar el paisaje, el mar antiguo y el océano tenebroso. Perdía la mirada entre dos aguas, donde dicen que surgen los monstruos. Alcanzaba a verlos junto al herrumbroso buque de nombre Olterra, cerca de la bahía de Algeciras y más acá, dos monos trajinando. Sospechaba que no tardaría en llegar su cese. La cadena no se podía mantener en el vacío. De un momento a otro, acabaría descolgándose. «No hay dinero para cubrir tanto gasto». Era el mismo lenguaje que se utilizó para cesar de su cargo a Jock, el gobernador militar de bigote cano y rodillas hinchadas. El comandante Fleming sonrió, como si el mismísimo Diablo se hubiese apoderado de su gesto. Entonces, con las manos sobre el volante del bólido hizo recuento de

azares.

Años después, en su retiro jamaicano, el comandante Fleming revelaría a sus más allegados que su estancia en Gibraltar, durante aquel verano de guerra, fue lo más parecido a cruzar la línea de sombra. «Donde el corazón se tizna con el betún de la derrota». La imagen de Hitler agarrado a la taza del *guater* ya no seguía dándole vueltas en su cabeza. Ahora eran otras cosas, menos simpáticas, más angustiosas las que ocupaban sus pensamientos. El mismísimo Diablo se había encargado de tejer una red en la que se encontraba atrapado. Bien puede decirse que en el verano de 1941, el comandante Fleming tenía la guerra perdida.

En aquellos días de claroscuros y monstruos, los fantasmas fueron apareciendo en la confesión de la Petenera. Según ella le contó, uno de los asiduos a la Old Tavern, era un policía español, de nombre Danino y que según su descripción física se correspondía con el hombre de la gabardina de vampiro. El comandante Fleming lo conocía de vista. La primera vez que lo vio estaba junto a un camión, frente a una tienda de frutas. Luego le volvería a ver de nuevo batiendo las palmas a un cantaor de andares cojos. Al comandante Fleming no le fue difícil encontrarlo en la vieja taberna. Estaba apoyado en la barra. A pesar del tibio calor, al policía no le pesaba tanta ropa y seguía vistiendo gabardina de vampiro sobre los hombros.

—Si es tan amable y se sienta a beber conmigo —le invitó el comandante Fleming.

El tal Danino, llevado por el impulso de la aventura, accedió. El comandante Fleming fue directo:

—¿Cuánto dinero quiere?

—Lo suficiente para vivir tranquilo —zanjó el policía español, mirándole con sus ojos tan redondos y sucios como dos pesetas roñosas.

El comandante Fleming hizo que no escuchó y emboquilló su cigarro. Virginia Morland Special.

—Perdone, no le había ofrecido. —Y tendió su pitillera al policía español.

Un lapsus ensayado para descolocar al policía que cogió el cigarro y lo llevó a los labios. Entonces el comandante Fleming sacó su cartera y tendió unos billetes que el policía miró de reojo. Acto seguido, metió la mano en el bolsillo de su gabardina y rebuscó la caja de fósforos. El comandante apreció el significado de aquel gesto y dejó caer los billetes en el bolsillo abierto.

—Esto es para que vaya cogiendo confianza. Le extenderé un cheque que podrá hacerse efectivo cuando haya terminado su trabajo.

El comandante Fleming había soltado el dinero con alivio, producto de un extraño complejo de culpa que el policía advirtió. Sin mover la sonrisa de sitio, el policía encendió el cigarrillo. Puro trámite. Los vientos enloquecedores del sur empezaban a hacer efecto en el comandante Fleming. Después de guardar la caja de cerillas, el policía cerró el bolsillo de su gabardina. Dinero para engrasar el mecanismo burocrático.

—Ah, y no se me preocupe por el tal Pierre Labranche, no va a hablar —dijo el policía, dando a entender que conocía el asunto y que el chantaje entraba en el juego.

Al cadáver de Pierre le habían machacado las mandíbulas para arrancarle el oro de los dientes antes de lanzarlo al agua. «Atado a un peso hierro», reveló el policía, carcajeándose, dejando ver las fundas doradas de sus muelas. Tras la barra, el agente Ron no perdía detalle y cazaba al vuelo palabras de la conversación. El policía español mantenía el cigarrillo entre los labios y los ojos entreabiertos, cegados por el humo. Con un movimiento rápido de sus manos, se llevó los dedos al cigarrillo y arrancó la última calada, para después tirarlo al serrín del suelo. Restregó sus suelas sobre la colilla y dijo:

—El dinero separa a los hombres durante la vida y la guerra. Con dinero se puede beber vino en plena guerra, comprar las marcas más caras de licor y tabaco. Todo de contrabando. Además, con dinero y vino blanco puede uno emborrachar a mujeres a las que olvidar a la mañana siguiente en la habitación de un hotel elegante. No sé si me explico.

El comandante Fleming asintió y dijo:

—Así es, olvidadas a la mañana siguiente, una vez consumada la urgencia.

—Si no las olvidas, el viento de aquí las convierte en obsesión. Malo para la *head* —aseguró el policía llevándose el dedo a la sien.

Pero el comandante Fleming se adelantó, haciéndole ver que no había descubierto nada valioso. Que esa información ya la sabía.

—Malo para la *head* y malo también para las muelas —añadió el comandante Fleming.

Entonces, el policía carcajeó de nuevo, enseñando las fundas de oro. Con aquella sonrisa, el tal Danino demostraba que el verdadero placer siempre queda en los márgenes, ahí donde el vicio más vulgar hierve de ganas. El comandante Fleming y el policía Danino se empezaban a entender. Al fin y al cabo, ambos buscaban lo mismo. El comandante siempre tuvo un gusto decadente por los detalles más íntimos de la vida sucia y lo ponía en práctica

cada vez que encontraba a una mujer dispuesta. Un momento de sombra y caviar para sentirse vivo, el latido que anuncia la batalla inminente de la bestia interior. Bautizar la carne con semen y vino, como dicen que fueron bautizadas Sodoma y Gomorra.

El policía le clavó las monedas roñosas de sus ojos para advertirle:

—No olvide que ahora mismo estamos vivos pero en una fracción de segundo, podemos estar muertos.

El comandante Fleming se dispuso para el sacramento acercando su cuerpo al olor exacto de la muerte que aquel hombre desprendía.

El viento había parado, ocurría de vez en cuando y el silencio momentáneo acentuaba el misterio de Gibraltar. Sin embargo, el comandante Fleming seguía escuchando el viento dentro de su cabeza como el eco de un disparo reciente. Fue Danino, el policía de las alas de vampiro, el encargado de ejecutar la acción, dejando al agente Ron sobre la barra, con un agujero negro entre las cejas. El comandante Fleming nunca fue capaz de matar por su cuenta.

Aunque a nadie parecía importarle la visión de la muerte en tiempos de guerra, aquello sería un aviso. «Después de esto, espero que a tus amigos no les dé por enredar», le diría el comandante Fleming a la Petenera. Ella se le quedó mirando, sobre la cama, dispuesta para la misión final que no tardaría en ponerse en marcha. El comandante Fleming seguía llevado por el viento y su locura. Como si necesitase también sentirse prisionero, se dejó chupar y morder por la boca de un animal salvaje.

Fue en una de aquellas últimas ocasiones en las que el comandante Fleming empujaba con todos sus músculos y su aliento, cuando el teléfono le sobresaltó. Al otro lado, escuchó la voz del almirante Godfrey. El comandante Fleming cerró los ojos, como si calculase que de un momento a otro llegaría el cese. Sin embargo, el comandante Fleming se equivocaría en los cálculos. El almirante Godfrey le requería para una nueva misión. El Demonio que con su mano invisible manejaba precisiones, le devolvía de nuevo al pasado.

—¿Te acuerdas de Dudley Clarke? —preguntó la voz metálica del almirante Godfrey.

El comandante Fleming frunció el ceño, como si reviviese una cicatriz que no ha cerrado por dentro. Entonces el almirante Godfrey añadió desde el otro lado del teléfono:

—Lo detuvieron en Madrid vestido de mujer y le acaban de soltar.

Los zumbidos entrecortaban la conferencia y la ventana se batió con una ráfaga de viento. La Petenera fue de puntillas a cerrarla, mientras captaba la

conversación que el comandante Fleming se traía con su superior. Cuando el almirante Godfrey le preguntó que si estaba solo, el comandante respondió que no, que estaba acompañado por el viento que era semejante al ladrido de una perra española gimiendo con peineta y la subasta por la mañana los griegos y los judíos y los árabes y quién sabe Dios quién más de todos los rincones de Europa y Duke Street y el mercado de aves todas cloqueando delante de Larby Sharon y los pobres burros sueltos medio dormidos y aquellos hombres imprecisos en sus capas dormidos a la sombra en los escalones y las grandes ruedas de las carretas de bueyes el viejo castillo con miles de años sí...

Fue entonces cuando Godfrey lo advirtió pues hizo una pausa antes de preguntar preocupado:

—¿Está usted bien, comandante?

—Sí —contestó el comandante Fleming haciendo un esfuerzo—, lo que pasa es que me ha sorprendido conocer lo de las inclinaciones homosexuales de Dudley.

El almirante Godfrey no pudo evitar contener la carcajada, que sonó como la calderilla cayendo en cascada desde el otro lado de la línea telefónica. Fue entonces cuando los recuerdos llegaron más vivos que nunca para el comandante Fleming. Una mancha de tinta invisible, pero no por ello ausente, emborronaba su hoja de servicios por lo civil. Antes de que el comandante Fleming fuera espía y mucho antes de que Dudley llegase a espiar tras las puertas de los urinarios públicos, ambos coincidieron más de una noche, a lo que habría que añadir «y de dos». Entonces el comandante Fleming era agente de bolsa. Especulaba con el dinero ajeno con las consiguientes impurezas convenidas por su educación en Eton. Provocando el azar y la temperatura carnal de su vicio, el agente de bolsa colocaba un anuncio por palabras en una publicación sólo para hombres. Lo hacía sin dejar pistas, tan sólo el buzón de correos que utilizaba con un documento falso. Tal vez, de aquella época le vino al comandante Fleming el gusto por leer la sección de los anuncios por palabras.

Redactaba el anuncio y llamaba al Diablo. Siempre el mismo mensaje:

---

---

Caballero, se ofrece a matrimonios.

Ni cobra ni paga.

Gabinete oscuro.

---

---

Llevados por el morbo, los demandantes entraban en contacto. Tal y como anunciaba el futuro espía, los encuentros se hacían en un gabinete oscuro donde el joven Fleming recibía a los matrimonios. Sin una gota de luz, tan sólo la que se colaba desde fuera durante el instante que se abría la puerta, el comandante Fleming ofrecía a los matrimonios todo un festival de juegos, tanto con uno como con otro, como con los dos. De esta manera, el comandante Fleming daba salida a los demonios que habían fermentado en su interior.

Tal vez, el origen de estas desviaciones dionisiacas pertenezcan al estudio del inconsciente y de sus mitos, ahí donde se explica el mundo que envuelve la confortable oscuridad de la placenta. Eso sin olvidar la búsqueda de la purificación mediante el salto vital del dolor al placer. La cantidad que se convierte en cualidad según le confesaría el agente Guy Burgess, una noche de borrachera en la que al famoso agente le dio por explicar la relación entre el masoquismo y las leyes del materialismo dialéctico. Los vicios siempre asomaban en la noche alta de Londres cuando cerraban los bares del Soho. Con todo, el comandante Fleming se cuidaba mucho de no ser descubierto aunque hubo un detalle que se le pasó desapercibido, dejando que el azar hiciera el resto. La mezcla de tabaco especial y la loción que el comandante Fleming utilizaba para después del afeitado, lo revelaron ante aquel mequetrefe al que parecía no importarle ciertas intimididades. El tal Dudley disfrutaba tanto cuando escuchaba a su novia gemir como cuando se montaba en la retaguardia del comandante Fleming. Ambos disfrutes solían ejecutarse a la misma vez.

La primera ocasión en la que coincidieron fue en una reunión informal en un despacho de White Castle, junto a Guy Burgess y el almirante Godfrey. Después de hacer las presentaciones, el brigadier Dudley Clarke le insinuó: «Creo que nos conocemos de antes». Ante la sorpresa que mostró el comandante Fleming, que intentaba hacer memoria, el brigadier Dudley recordó: «Lo que pasa es que tal vez no se acuerde usted, estaba todo tan oscuro...». Hubo un destello de malicia en los ojos de Guy Burgess que, desde donde se encontraba, junto al mueble bar, pudo alcanzar toda la conversación que mantuvo Dudley con el comandante Fleming. Luego, cuando iban caminando por uno de los pasillos de White Castle, el brigadier Dudley apuntó: «El olfato no me engaña, tampoco la voz —y siguió acusando—, esa manera de masticar las palabras, triturándolas hasta lo más íntimo».

Por estos detalles, bien puede afirmarse que el estilo del comandante Fleming a la hora de frasear era innato, ya venía con él aunque luego lo desarrollase con las aportaciones del agente Bolero o del agente Popov, superando a ambos en su alcance. Esa manera de masticar las palabras le había descubierto. Sin duda era su sello y sin duda, el brigadier Dudley resultaba molesto para el comandante Fleming. Le cambiaba el gesto cuando lo veía hablar con alguien del departamento. Desde donde se encontrase, el comandante Fleming intentaba descifrar, a través de la mímica, de los gestos, si el brigadier Dudley estaba haciendo alusión al episodio del cuarto oscuro. Como si Dudley se percatase del temor de su víctima, le señalaba de barbilla, a la vez que secreteaba con su interlocutor.

Sin duda, era el momento de terminar con aquellas sombras que le oscurecían la mirada cuando intentaba separarse del mundo y ver todo desde arriba. No podía aceptar lo sucedido como un deseo del destino. Ahora había que planificar la acción para acabar de una vez por todas con el mundo y con la guerra. De nuevo se sentiría dueño del mundo y de la vida, dejando la estética para otros agentes como Guy Burgess, comunista por distinción y propietario de una habitación en cuyas paredes se exhibía una colección de látigos.

\* \* \*

Ahora oscurecía. A la luz escasa de la habitación del hotel, su propia sombra se proyectaba en la pared mientras hablaba por teléfono con su superior.

—¿Está usted bien, comandante Fleming?

—Sí —logró decir el comandante Fleming.

—Contamos con usted, ya sabe, total discreción —le repitió el almirante Godfrey desde el otro lado del teléfono.

Cuando colgó, el comandante Fleming se quedó un rato pensativo, a la orilla de la cama. Ella sonrió desde el otro lado, con la crueldad recién pintada en sus labios, y el comandante Fleming dijo:

—La guerra transforma hasta el extremo el alma de los hombres.

—Y de las mujeres —afirmó ella.

—No, las mujeres no tienen alma, aunque James Joyce y las novelas se empeñen en lo contrario —aseguró el comandante Fleming, fatalmente.

—Parece que te alegras —dijo ella.

—Puede ser —respondió el comandante Fleming como si no estuviese

pensando en ello sino en algo más lejano. Acto seguido encendió un cigarrillo.

—Ese Dudley Clarke ya está quemado —afirmó ella.

—¿Qué? —preguntó el comandante Fleming, derramando la ceniza sobre las sábanas—. ¿Qué? —volvió a preguntar con sorpresa, pues no entraba en sus cálculos que ella hubiese podido captar la conversación que acababa de mantener con su superior. En inglés, por teléfono y mientras la línea se cortaba.

Todo indicaba que el sexto sentido poco o nada tenía que ver con el alma, ni con el espíritu. El sexto sentido es materia orgánica, de la misma solidez con la que están construidas las mujeres. Ahora el comandante Fleming clavaba su mirada en el vello que cubría el monte carnosos, rasgado y oscuro que se abría hasta la entretela. Ella acusó la mirada y un escalofrío recorrió su espinazo de gata. Gracias al sentido material común a todas las mujeres, la Petenera supo que la misión que le encargaban al comandante Fleming era un simple trámite burocrático, un papeleo para coordinar la recogida del tal Dudley en Lisboa por parte del próximo convoy que saliera de Gibraltar.

—Que digo que ese tal Dudley, al que han pillado vestido de mujer, está quemado —repitió la Petenera.

—Pero no muerto —afirmó el comandante Fleming.

Aspiró el humo de su cigarrillo y siguió diciendo:

—Mira, *baby*, cuando uno es joven, es difícil distinguir entre la vida y la muerte pero a medida que uno cumple años se va haciendo cada vez más fácil distinguirlas.

—Lo que yo pienso es que los tiempos corren a mucha velocidad y los vivos y los muertos no dejan de intercambiarse los papeles —dijo ella con certeza femenina mientras se levantaba de la cama.

—¡A la velocidad de un Chevrolet! —apuntó él, señalando la ventana con el cigarrillo, después de aspirar su humo.

—Sí, he de irme —dijo ella mientras apoyaba el pie en el filo de la cama y se subía la media.

El comandante Fleming sonrió, como si supiera que muy pronto, aquella misma escena se repetiría de nuevo y para siempre cuando nada ni nadie lo pudiese impedir y ella se ajustase la navaja a la liga por última vez.



A lo lejos, por donde verdean las huertas y el camino destaca como frontera, queda la venta de Juan Vargas. No tiene pérdida. Se trata de un colmado típico andaluz que todo el mundo conoce y en cuya puerta se anuncia vino fino, cacao y *brandy* viejo, así como teléfono para auxilio en carretera. Vista de lejos, la venta de Juan Vargas es semejante a una pincelada blanca que invita al refugio en días de viento. El verde penacho de una palmera sobresale de sus muros y recorta el cielo, avivando la estampa de un oasis para el viajero. A la entrada de la venta, junto a los anuncios de vino y coñac, acaban de poner un cartel pintado a mano con el nombre de «La Petenera».

Su propietario está aseándose, en la parte de arriba, donde hay un pilón que igual sirve de lavadero para la mantelería, paños y delantales que para refrescar el sofoco. En este caso, Juan Vargas moja su peine con agua abundante para peinarse todo para atrás, siguiendo el estilo de una época que hunde sus raíces en la edad oscura de la guerra. Intenta bajar el sofoco pues acaba de tener bronca con un guitarrista al que apodan el Tachuela. El citado guitarrista había hablado más de la cuenta ante el teniente coronel Ignacio Molina.

Con tales asuntos rondando su cabeza, Juan Vargas se roturaba los pelos del cráneo con el peine mientras rumiaba que no confiaría más en el Tachuela. Nunca más le mandaría al matadero a que fuera a por carne de solomillo. La carne excepcional de la ternera fileteada, que en tiempos se vendía de estraperlo al mejor postor y por la que Juan Vargas pagaba su buen precio, el Tachuela nunca más la cataría. «¡Faltaría menos!».

El ventero se hacía sus razones mientras se pasaba el peine y consideraba que, si al alto valor nutritivo del solomillo, le sumaba el arte final que ponían las manos de su madre y su esposa en la cocina, el resultado era uno de los platos más exquisitos del camino que lleva a la gloria. Algo parecido escribiría José María Pemán, que también era asiduo de la venta y que tenía mucha estima a su ventero.

Una vez que bajaron los calores del cuerpo y cuando lo creyó oportuno,

Juan Vargas guardó su peine en el bolsillo y bajó las escaleras, decidido a hablar con el teniente coronel Ignacio Molina. Iba a ser una situación delicada pues el teniente coronel Ignacio Molina, cada vez que tenía ocasión, se comportaba como corresponde a la autoridad: con todo el derecho a la grosería del que utiliza la información en beneficio propio y en contra del prójimo. Juan Vargas infló el pecho, se secó las manos en el mandilón y llegó hasta el patio. Fue la María la que le hizo una seña desde la cocina, indicando a Juan Vargas que el teniente coronel se había encerrado en uno de los cuartos con la Petenera, recién llegada a la venta.

Hay que recordar que la Petenera vino desde Gibraltar, en el Chevrolet azul oscuro que el comandante Fleming se había apropiado. Con la excusa de material de logística, el comandante Fleming había hecho tratos con el agregado naval británico y con su compañero de pelo de estropajo. Al final, el Chevrolet sería anotado en el registro de gastos como elemento para desempeñar la misión. Entre unas cosas y otras, lo acabaría conduciendo un chófer de guantes blancos, cráneo rapado y sólidas mandíbulas. Era el Catalán, que llevaba el coche a toda velocidad, manejándolo con destreza por curvas quebradas que excedían el miedo. Conducía obligado así por la Petenera, como si aquello más que una orden fuera un secreto que nadie iba a descubrir.

Aquella noche, aparcó en la misma puerta de la venta, dejando el motor en marcha mientras la Petenera descendía con confianza en sus tacones y sujetándose la falda del vestido, no se fuese a ver más de la cuenta. La ración ya estaba servida. Una vez que la Petenera entró en la venta, el Catalán volvió a Gibraltar. Todo esto ocurriría poco antes de que el desenlace se fijase para siempre en la memoria de Juan Vargas y el eco de los gritos traspasase los muros de aquel colmado típico andaluz. Según contaría tiempo después el mismo Juan Vargas, en los primeros momentos, la Petenera y el teniente coronel Ignacio Molina mantuvieron intimidad en el cuarto reservado del fondo del patio. Todavía hay quien dice que aquella noche se esperaba a Manolo Caracol pero eso era imposible. Manolo Caracol andaba de gira.

El Diablo hizo el resto para que la Petenera coincidiera con la llegada de un submarino cuya tripulación nada sabía de estas mañas invisibles que aproximan y relacionan a las personas y sus circunstancias. Para trucar la ruleta y no dejar nada al azar también había un encargado de guiar a la tropa hasta el final de la noche, donde el corazón se deja envolver con piel cruda. Iba a ser la tapadera para recoger el mensaje cifrado que la bailaora iba a

transmitir con ayuda de los tacones y de las castañuelas. Pero de momento, la bailaora sigue dentro del cuarto, encerrada con el teniente coronel Ignacio Molina. Se sube las medias y se ciñe la navaja al muslo, con ayuda de una liga prieta.

El teniente coronel Ignacio Molina se coloca la corbata y dice:

—No pretenderás cargarte al comandante inglés a navajazos.

—No me lo voy a cargar yo.

—Eso es lo que me parece mal —asegura el teniente coronel Ignacio Molina, alzando sus cejas de luto mientras se acerca a la mesa y empuña su vaso.

—El Catalán no me va a fallar —advirtió la Petenera.

—Depende de lo que le paguen de más.

La Petenera mira con un destello de rabia en sus ojos. Con su voz más ronca, dice:

—No encontrará hembra como yo por mucho dinero que pague o ¿te parece a ti que sí?

Por si quedasen dudas, la Petenera se subió los volantes de la falda, dejando a la vista el brocado negro. Fue un instante que el teniente coronel Ignacio Molina retuvo en su mirada para, acto seguido, llevarse la mano al bolsillo interior de su chaqueta de donde sacó un pasaporte que soltó en la mesa, como si se tratase de un naipe que le daba por ganada la partida y añadió:

—Todos tenemos un precio y este es el precio de tu coño, así me lo dijo tu amigo Ricardo Goizueta, el Petróleos, cuando me dio el pasaporte.

La Petenera frunció sus labios como si intentase contener una blasfemia de las suyas, adobada en lenguaje gibraltareño. Al final soltó la lengua para decir:

—Dile al Petróleos que no se confunda —soltó ella—, que la libertad reside en mi entrepierna, no en un pasaporte.

El teniente coronel Ignacio Molina pegó otro trago y dijo:

—Yo tal y como me lo dijo, te lo transmito.

—Me imagino que desde que encontraron el cadáver sobre el mostrador de la Old Tavern, el Petróleos anda *arrugao*. Siempre fue un cobarde.

El teniente coronel Ignacio Molina hizo como si no hubiese escuchado esto último y alzó los crespones de sus cejas para preguntar:

—¿Estás segura de que la información es verdadera? Mira lo que pasó en La Línea.

A los ojos de ella, asomó la herida. Con la tinta de sus pupilas escribió la rabia. El teniente coronel Ignacio Molina siguió hurgando:

—Aquí se sabe todo —dijo él—, los cuerpos sin cabeza de los italianos que fueron encontrados en el caserón de Giulio Pistono, en la Huerta Grande, no eran el último eslabón.

—Tampoco el primero —resolvió ella y fue a echar mano del pasaporte, sobre la mesa.

Pero el teniente coronel Ignacio Molina fue más rápido y se lo arrebató antes de tiempo y lo volvió a guardar, en el bolsillo interior de la chaqueta. Carraspeó y tras aclarar su garganta preguntó de nuevo:

—¿Estás segura de que la información que vas a emitir esta noche es verdadera?

La Petenera no respondió, dejando que la pregunta se mantuviese en el vacío durante un instante para luego caer por su propio peso. En su concepción del mundo, el peso de la duda también obedecía a la ley de la gravedad, a un cálculo secreto que se había ido originando en la habitación del Rock Hotel, cuando ella captó el destello, la venganza en los ojos del comandante Fleming.

El teniente coronel Ignacio Molina siguió tanteando:

—Por si no lo has pensado, una información falsa sería una manera de quemarte, de deshacer tu prestigio como agente secreto.

Como si saliera a flote una realidad sumergida, la Petenera le atravesó con los ojos. El teniente coronel Ignacio Molina acusó la punzada y alzó las cejas, más que por asombro por devolver el gesto cargado de rabia con el que ella mostraba la relación conflictiva que mantenía con el comandante Fleming. La misma que puede haber entre una bestia y su cautiverio. Una jaula de silencio que sólo puede romper la muerte.

—Estoy segura, *too much* segura.

La Petenera había conseguido presentarse al nuevo gobernador, un hombre en edad fronteriza y susceptible a los encantos de las mujeres. Se trataba de Lord Gort, recién llegado a la colonia, que abrió las puertas de su residencia a la Petenera cuando se presentó ante él como lo que era, una *spanish dancer* que daba clases de baile a la esposa del antiguo gobernador. Venía a recuperar unos discos de la Niña de los Peines, según dijo ella, que se habían quedado en la residencia.

El nuevo gobernador militar de Gibraltar la invitaría a entrar.

Al final, la Petenera no encontró los discos pero, a partir de entonces,

mantendría un constante ir y venir; un trajín de faldas y de vuelos al que el comandante Fleming no era ajeno. Revolvía los papeles de la misma manera que revolvía las sábanas. Con todo, no necesitó descifrar papel alguno para asegurarse de que la información era verdadera. El nuevo gobernador se la dio por un descuido o como se llame esa verborrea de los momentos que siguen a la explosión química. En uno de aquellos letargos, el nuevo gobernador lo soltaría como el que suelta el humo de un cigarro. «Que no se me olvide que tengo que avisar al convoy para que cuando pase por Lisboa recoja a un agente», dijo él. Luego contó la peripecia del agente que fue pillado en Madrid vestido de mujer. Para darle mayor secreto a sus encuentros con la Petenera, el nuevo gobernador había despedido al Catalán y había puesto de chófer a Langley, el de los dedos de mecánico, aquel al que se le fue la mano con Pierre Labrache, el espía de doble cruz y muelas de oro. Ahora Langley era el que conducía el Rolls-Royce, matrícula del cuerpo diplomático.

Mirando lo sucedido con la distancia que pone el tiempo, podemos recurrir a las simetrías para ilustrar la historia. De esta manera, el rostro de la guerra devolvía al comandante Fleming su mirada de halcón para posarla sobre la máscara cruel que él mismo se había ganado. Fue el mismo comandante Fleming el que marcó los compases, torpes golpes con las manos, muy propios del mecanicismo exento de todo arte que suelen tener los extranjeros cuando baten palmas. El comandante Fleming había agotado los recursos del pozo del azar, sometiéndolos a un cálculo preciso. La Petenera nunca había estado tan segura de que aquella información era verdadera. El teniente coronel Ignacio Molina que no parecía muy convencido, volvió a la carga, llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta. Acariciando el pasaporte dijo:

—Sería una forma de quemarte. Te lo vuelvo a repetir.

Dicho esto, el teniente coronel Ignacio Molina intentó explicar que para el comandante Fleming, la verdadera belleza no era la Petenera.

—La verdadera belleza para un cobarde no consiste en otra cosa que la de poder ejecutar un crimen sin mancharse las manos.

—Esta vez la información es de verdad, estoy segura —soltó la Petenera con el aire caliente y húmedo de su temperamento sanguíneo.

Con esto, la Petenera dio a entender que la otra vez, cuando los bombardeos de La Línea, no lo fue. Entonces hubo un silencio. El teniente coronel Ignacio Molina arqueó sus pobladas cejas en un gesto que quería

decir que registraba el detalle, por si necesitase tirar de él, en algún otro momento. Un barniz de vértigo cubrió la mirada de la Petenera que se daría cuenta de inmediato de la trampa en la que ella misma había caído. El teniente coronel Ignacio Molina aprovechó el golpe para añadir más incertidumbre:

—Mira, Petenera, nunca creí en los buenos sentimientos, ni en la justicia, ni en la igualdad ni en sandeces por el estilo. Son cosas que han inventado los hombres por cobardía, para no confesar que todos somos malos por naturaleza.

Ella dio la espalda al comandante Ignacio Molina para aprovechar el reflejo de la ventana y recogerse el pelo; un moño alto donde volvió a clavar su peineta. El regalo del comandante Fleming que revelaba su juego oscuro. Con el bombardeo de La Línea, el comandante Fleming había conseguido hacerla sentir culpable para que primero confesara su culpa y después se hiciera perdonar la vida a cambio de la esclavitud. Ella conservó un pliegue muy tenue de su sonrisa para expresar sus ganas de vivir y le confesó todo cuando la noche quedó detenida en el cielo. Ahora, el recuerdo tenía un aire de foto antigua que muy pronto se iba a romper. La Petenera se sujetó la peineta con la seguridad de la mujer que sabe que sólo es posible recuperar la dignidad matando de una manera tan cobarde que no manchase sus manos. Se pudo oír tras ella la voz del teniente coronel Ignacio Molina que decía:

—Antes de huir, asegúrate de que el gachó del comandante inglés, ese tal Fleming, está muerto.

Seguía con el juego y a ella no le quedaba otra que entrar en la diversión. Con el espinazo rígido, como el de una gata a punto de atacar, mostró su rabia contenida en el cuerpo. Se volvió y apoyó un pie sobre la silla para subirse las medias. Miró al teniente coronel Ignacio Molina y le dijo:

—Para eso volveré a Gibraltar. Más que para recoger mis cosas, para escupir sobre su cadáver antes de que lo tiren al mar.

El teniente coronel Ignacio Molina arqueó las cejas, tal vez movidas por el viento sexual que desprendía la Petenera. Se advirtió el estampido de la liga, ajustándose a la carne. Luego vino la voz tostada y acariciadora para rematar:

—Ian Lancaster Fleming, hijo de la gran puta.

La Petenera mordió la punta de su lengua, abrasada por el fuego de la ira mientras el teniente coronel Ignacio Molina contemplaba el brocado untado a la carne oscura, el elástico de la liga que se ajusta a las cachas de una navaja donde residen todas las geografías del crimen. En esto se fue la luz.

A poco de allí, como si los demonios de la guerra hubieran atendido la llamada, un submarino emergió a la superficie de las aguas gaditanas. Traía la coraza cubierta de herrumbre y el viento se colaba por sus cañoneras hasta hacerlas silbar igual que si fueran los huesos del mismísimo Diablo. De la torreta caían manojos de algas que se enredaban por los salvavidas hasta cegar el faro de proa.

A pesar de la poca luz, en todo su frente se podía leer, *On les aura*, pintado en letras grandes. Era el lema de una tripulación a cargo de Walter Kell, un comandante joven pero favorecido por una confianza en sí mismo tan vieja como el mundo y la guerra. En aquellos momentos, mantenía el equilibrio con las piernas ligeramente abiertas sobre la estrecha proa, mientras el submarino se acercaba a uno de los buques amarrados al final del muelle.

La luna menguante favorecía el delito y el comandante Walter Kell respiró hondo y arrugó la boca, como si no pudiera soltar todo el aire contenido en los pulmones. El olor a brea y a petróleo se juntaban con el obscuro aroma de la clandestinidad y Walter Kell volvió a asomar la punta de su lengua. Sobre el labio superior lucía un bigotito picante a la manera del Führer. A esas alturas de la guerra, el comandante Walter Kell se permitía ciertos lujos con la escasa agua potable de a bordo y lo de rasurarse las mejillas y perfilar su bigotito era uno de los pocos lujos. Por lo demás, cubría la cabeza con una gorra cuyas insignias de bronce estaban salpicadas con verdín, la verdadera divisa del uniforme de la Armada. También llevaba una chaqueta larga, de cuero, a la que le faltaban los botones. Iba con ella abierta, dejando a la vista la camiseta sucia de grasa.

Alzó la mirada hacia el buque y pudo ver un hilo de humo tan fino como el de un cigarrillo saliendo de la chimenea de babor. También pudo ver la silueta de unos hombres asomados por la borda. Uno de ellos le apuntó con la linterna y Walter Kell tuvo que hacer pantalla con las manos para no cegarse. Dos manchas de oscuridad surgieron alrededor de sus ojos como si llevase puesto un antifaz. Luego se escuchó el rumor distante de los hombres,

desenrollando las mangueras para la carga.

No sería la primera vez, ni tampoco la última, que un submarino alemán repostase en aguas españolas. Durante los años de guerra fue algo habitual. La hospitalidad del gobierno español era de sobra conocida por los alemanes que disponían de barcos mercantes en los puertos más estratégicos de la costa. La misión de estos buques era abastecer de combustible, víveres y torpedos a los submarinos que cruzaban el Estrecho de Gibraltar. Para tales fines, en Cádiz estaba anclado el buque *Thalia*, un mercante encargado del abastecimiento a todo submarino que pasase la prueba infernal del Estrecho.

La llegada del submarino U-204 al puerto de Cádiz va a ser de vital importancia a la hora de ilustrar los rincones más oscuros de lo que ocurriría aquella noche, cuando Walter Kell, su joven comandante, se volvió hacia la torreta con movimientos propios de un felino y trepó por la escala. Abrió la tapa del bocal y acercó su bigote al latón.

—¡Todo el mundo a cubierta!

Fue dar la orden y el lomo del submarino echarse a temblar. La tapa de la escotilla empezó a vomitar marineros. Al amparo de la oscuridad, con movimientos sincronizados, cogieron las mangueras que les tendían desde el buque y las ajustaron a la toma de aceite y de combustible del submarino. Al mismo tiempo, otros marineros saltaron sobre el muelle de granito y amarraron cabos desde proa.

El comandante Walter Kell llamó a uno de los marineros, un chaval de poco más de veinte años y una mirada donde la muerte acechaba en cada parpadeo. Se hacía llamar Rudolph Warner, llevaba la barba poblada y los pelos del pecho asomaban por la camiseta. Siempre se mostraba altivo con el comandante Walter Kell, cuyo deseo reprimido conocía. Era igual al aceite de las sardinas en conserva; el mismo deseo que flota en el ambiente cuando muchos hombres son hacinados en una lata.

Por todo ello, el juego envuelto que se traían, tenía la misma intensidad de un latigazo con el cuero recién engrasado. A la poca luz de la noche, Rudolph Warner adoptó una pose sugestiva, echando el brazo a descansar en la batayola. Enseñó su axila abierta, estirando los músculos del pecho que ceñían la camiseta con una terrible belleza sólo apreciada por los hombres de su sello. El comandante Walter Kell se le quedó mirando un instante igual que si sintiera el impulso de grabar su nombre en aquel cuerpo teniendo a la noche por testigo. Asomó la punta de la lengua y entonces el torno del buque chirrió, igual a un maullido. Luego un bote impactó en el agua.

A baja velocidad, el bote se fue acercando al submarino. Lo manejaba un marinero, barba rojiza, piel cubierta de pecas, camiseta oscura y pantalones ceñidos a la cintura. Hundió con suavidad los riñones y sacó el brazo para saludar al comandante Walter Kell.

—*Heil Hitler*.

Sobre la cubierta del submarino no tardaron en aparecer las camillas con los heridos. En una de ellas había un hombre que tenía la cara con el mismo color del barro. La otra camilla era un bulto que se retorció envuelto en el dolor de la gangrena. Sus lamentos, entrecortados, eran el presagio de lo peor. El comandante Walter Kell dio orden de que trasladaran a ambos heridos. A continuación, saltó al bote, acompañado del marinero Rudolph Warner que iba descalzo y con una metralleta por delante. Llevaba el pantalón remangado y mostraba las pantorrillas musculosas y velludas. Durante el breve trayecto en el bote, Rudolph Warner mantuvo la metralleta en reposo, adoptando una postura audaz, acariciando el relieve de la culata con su rodilla mientras se escuchaban los quejidos de estribor. A la poca luz, el herido tenía los párpados en carne viva y se retorció hecho un guiñapo sobre la camilla.

—¡Si estuviese tan mal no se quejaría! —exclamó con desprecio el comandante Walter Kell, arrugando el bigotito.

La hélice del bote batía remolinos de espuma sobre las aguas negras del puerto, mezclando trozos de pan duro y cáscaras de frutas con burbujas de aire. Pasaron rozando las cadenas del ancla, calabrotes que salían de la proa por dos agujeros semejantes al hocico de un buey mitológico. Al final de la escalerilla del buque, los esperaba el capitán del mercante: Leopold Schildkröte.

—*Heil Hitler* —saludó desde el bote el comandante Walter Kell.

El capitán Leopold Schildkröte devolvió el saludo alzando la mano. Sus párpados, tan arrugados como la concha de una ostra, resaltaban en la cara pequeña, semejante a la de las tortugas. El cuello largo asomaba por su guerrera, curtida de grasa y correajes. El comandante Walter Kell subió al buque por la escalerilla mientras Rudolph Warner y el marinero pelirrojo se quedaron abajo, haciendo los amarres a las camillas.

Las velas alumbraban la silueta de los hombres en la barra. Uno de ellos se fijó en las botas del recién llegado. Eran de soldado inglés.

—¿Quiere que se las limpie? —preguntó con desgana, achinando los ojos miopes tras sus gafas de cristal grueso.

El recién llegado negó con la cabeza y el limpiabotas dijo:

—Mejor así, porque casi que no me queda betún.

Rafalillo, el limpiabotas, lo conocía de vista. El recién llegado era un joven rubio con aspecto de extranjero. Por lo que se sabía, trabajaba de matarife desde no hacía mucho tiempo. Antes era sargento, destinado en Gibraltar y por lo que el comandante Fleming había contado, fue despedido del ejército por escándalo. Rafalillo, el limpiabotas, aparentaba creerse esto último aunque siempre sospechase que en aquel despido había otros intereses en juego. El tiempo presentaría sus certezas cuando el joven rubio se convirtiera en coordinador de los servicios secretos ingleses en la colonia tras la salida del comandante Fleming. Pero no adelantemos acontecimientos pues, en estos instantes, el joven rubio con aspecto extranjero se acerca a la barra. A la luz de la llama temblona de una vela, la cara de la María adquiere dimensiones fantasmagóricas. El joven rubio sonríe y la María pregunta:

—¿Qué va a ser, niño?

El joven rubio mira a un lado y a otro. Las siluetas se agitan a la luz de la vela. Con acento extranjero pide un vaso de leche. El Tachuela, que anda con tembleque en las manos, se acerca al joven. A la luz escasa de la llama, su rostro engrandecido refleja la angustia que oprime el vientre. Cuando el Tachuela va a hablar, una mano se le viene al cuello. Es la mano del teniente coronel Ignacio Molina que le dice:

—No hace falta que le digas que estoy yo por aquí. Ya se lo hago saber yo con mi puta presencia.

Aprieta el cuello del Tachuela y cuando se lo suelta le advierte:

—No te quejes, Tachuela, es sólo un pellizco.

Tras decir esto, el teniente coronel Ignacio Molina aprovechó el reflejo del

cristal de la misma puerta para arreglarse el nudo de la corbata. Se salivó las palmas de las manos y se aplastó los cabellos de las sienas. La María puso el vaso de leche sobre el mostrador y el joven extranjero se lo bebió de un trago.

—¿Quieres otro vaso? —preguntó la María.

Pero el teniente coronel Ignacio Molina no dio tiempo a que el joven recién llegado contestase y ordenó:

—¡No hay más leches! Cuando desembuche le daré permiso para seguir bebiendo. De momento queda detenido este maleante de nombre David Scherr.

El teniente coronel Ignacio Molina pronunció aquel nombre como si lanzase un escupitajo. Sin cambiar la cara de asco, se acercó al joven rubio y olió su piel, el aroma a sangre de choto que todo él desprendía.

—¿Se puede saber por qué me detiene?

David Scherr lo preguntó despacio, como si quisiese aparentar miedo por no saber decir las palabras correctas ante la ley.

—¡Por maricón! —exclamó el teniente coronel Ignacio Molina—. ¡Detenido por maricón!

Dicho esto, el teniente coronel Ignacio Molina se acercó más a su detenido haciendo un amago con las caderas como si quisiera restregarse en su pierna. Luego señaló al Tachuela y dijo:

—Él me lo ha contado todo, ¿verdad, Tachuela?

El Tachuela fue a decir algo pero el teniente coronel Ignacio Molina siguió con el interrogatorio al joven inglés.

—¿Sabes quién decide que la guerra siga o que la guerra pare?

El joven recién llegado seguía con los brazos sobre la barra, en silencio, conteniendo una violencia que no tardaría en desatarse tiempo más tarde, cuando ya no hubo remedio ni tampoco hubo valiente que la frenase.

—¿Que si sabes quién decide qué bando gana una guerra? —volvió a preguntar el teniente coronel Ignacio Molina.

El joven soldado siguió en silencio y el teniente coronel Ignacio Molina entonces se tuvo que responder a sí mismo:

—El que haya guerra o no lo deciden los proveedores de armas.

Dicho esto, el teniente coronel Ignacio Molina buscó apoyo en el limpiabotas, la ocasión donde asegurar sus complejos:

—¿Verdad, Académico?

En ese instante se hizo la luz y alumbró la respuesta del limpiabotas, larga y dejada, igual a una letanía mora con la que envolvería a los presentes para

dar toda una clase de historia económica cuando contó que la decisión de que Alfonso XIII se largase de España la tuvo el dinero, el capital, el *money*. El mismo *money* que se puso para que llegase la República, luego se pondría para derrocarla. Así lo contaba el limpiabotas:

—El banquero Juan March ya intrigaba en París contra Primo de Rivera para traer la República y luego, cuando se cansó de la República, se puso a meter dinero en armas para las tropas rebeldes.

El teniente coronel Ignacio Molina asintió y añadió cierto tono sentimental a los datos históricos cuando dijo:

—Después de la guerra no ha sido una época buena. Es difícil construir la patria que se cargó la puta República. Por eso, por aquí la guerra continúa. Rara es la noche en la que no hay chicha. En La Línea los italianos cagaron bombas creyéndose que bombardeaban Gibraltar. La otra noche los alemanes hundieron un mercante de Bilbao, aquí mismo, en el cabo Roche... si Franco no se decide, acabarán matándolo.

La María, detrás de la barra, miró con censura al teniente coronel Ignacio Molina. La tensión se hacía cada vez más insoportable. El teniente coronel Ignacio Molina se acercó a su prisionero hasta decirle algo al oído, algo que sólo escuchó el joven rubio que le miró con los ojos cargados para asegurar:

—Sí, me gusta más la leche que el envase.

Entonces se volvió a ir la luz de nuevo.

Los marinos hacían amarres a toda prisa. Hubo un momento en el que el cuerpo del marinero pelirrojo se rozó más de la cuenta con el de Rudolph Warner. El cosquilleo sobre el cuello le sacó una sonrisa.

—Me llamo Hahn —dijo el pelirrojo presentándose—, Hahn Roth.

El bote se balanceaba por el vaivén y Rudolph Warner arqueó las piernas levemente; la metralleta a la espalda y la correa cruzada al pecho. Apretó su mano con la del marinero pelirrojo y se presentó, diciendo su nombre como un susurro. Una electricidad viril se descargó entre ellos.

—Si por mí fuera, hubiese aliviado el sufrimiento —dijo Rudolph Warner y señaló la camilla de donde salían los quejidos.

Daba a entender que su naturaleza no era tan cruel como la del comandante Walter Kell. En todo caso, un grado menor. Como si aquella agonía tuviera poco o nada que ver con el mundo y con la guerra, el pelirrojo Hahn Roth se acercó al marinero Rudolph Warner. Este le contempló como si aquel marino de pelo rojo fuera un efebo, un doncel de la mitología bárbara en la plenitud de una noche de guerra. Con la voz en un susurro, Rudolph Warner le pregunta:

—¿Cuanto tiempo llevas en el buque, Hahn?

Lo hizo acercando su barba poblada, como si preguntase el tiempo de un cautiverio y Hahn, el marino pelirrojo, le contestó de igual forma para decir que llevaba en el buque Thalia desde que anclaron en Cádiz, al principio de la guerra. También le confesaría la tranquilidad que se respiraba allí, según él, mala para los nervios.

—En tiempos de guerra, lo peor que le puede pasar a un hombre es no entrar en combate —aseguró el marino pelirrojo mientras remataba el enganche en el torno, ayudado con las dos manos.

Cuando las camillas empezaron a izarse, el pelirrojo invitó a un cigarrillo a Rudolph Warner.

—Americano, Virginia Morland Special. Me los traen de Gibraltar.

La cajetilla era de color azul y letras doradas. Llevado por un fetichismo de

origen infantil, para no desentonar en la noche, Rudolph Warner cogió uno. El marinero pelirrojo sacó su mechero de lata y el olor a gasolina llegó muy cerca. Rudolph Warner arrugó la nariz y el chirrido del torno invadió por un momento el rumor del mar, atravesándolo con la agonía del herido. La camilla se bamboleaba como si fuera un columpio y los dos jóvenes marinos, ajenos a la agonía y a su derrota, juntaron sus rostros alrededor de la llama.

Intercambiaron miradas.

Rudolph Warner se fijó en los pómulos descarnados del pelirrojo, la calderilla de una herencia biológica que salpicaba su piel, ahí donde la barba no llegaba. El marinero pelirrojo sonrió como si hubiera sido poseído por un embrutecimiento sin remedio y Rudolph Warner hizo un esfuerzo para contener la tos. Entonces la escena se vería interrumpida por los golpes. Una de las camillas, a medida que iba subiendo, se inclinaba, rebotando en el casco del buque.

El marino pelirrojo se quedó mirándola, dio una calada al cigarrillo y dijo:

—Parece un arenque ahumado.

Rudolph Warner sonrió para decir:

—Uno de ellos tiene el lomo separado de las costillas. Al otro hubo que amputarle la mano.

Entonces se escuchó la voz del capitán Leopold Schildkröte, desde el buque Thalia, dando orden de que nivelasen. Tras dar la orden, el capitán Schildkröte arrugó sus ojos de batracio para clavárselos al comandante Walter Kell recién llegado a cubierta y que no tardó en dar explicaciones, moviendo su bigotito recién recortado.

El capitán Schildkröte le escuchaba mirándole fijamente, con las manos a la espalda. Hubo un momento en el que preguntó:

—¿Y bien?

—Fue horrible —continuó el comandante Walter Kell con su relato—, habíamos zarpado de Brest para escoltar a un mercante que iba a Japón, el Río Grande.

—No me suena.

—Pues lo habíamos escoltado durante una semana y había algo que fallaba en los motores, entonces se lo comenté a uno de los mecánicos y al maquinista para que los revisaran.

El comandante Walter Kell apretó los dientes con rabia y siguió con su relato:

—Luego, en plena inmersión se escuchó un fuerte rugido y empezó a

entrar agua. Entonces se escuchó al mecánico por los interfonos diciendo que la válvula de inducción de aire exterior no cerraba. La jodimos.

El capitán se paró en seco y el comandante Walter Kell hizo caer su mano en picado para escenificar el hundimiento.

—Así, con la popa buscando el fondo. Entonces el maquinista dijo que la válvula de proa se había atascado y que no se podía parar la entrada de agua. Se me ocurrió abrir todos los tanques para emerger.

—¿Y entonces? —preguntó el capitán Schildkröte alargando su cuello y cerrando los párpados, semejantes a dos caparzones fósiles—. ¿Y entonces? —volvió a preguntar.

A lo que el comandante Walter Kell le respondió que el submarino logró equilibrarse en la horizontal para inclinarse de nuevo hacia abajo, cayendo hacia el fondo, lo que provocó que todos resbalaran hacia popa.

—Descendía demasiado rápido y la puta sensación en la vejiga que no puedes controlar. Todos meados, agarrándonos a los tubos. Entonces... ¡del compartimento de los motores llegó un rugido de las mil putas mal folladas!

Con la excitación posterior al saberse escapado de la muerte, el comandante Walter Kell siguió contando que el descenso era tan inclinado que las latas de conserva y las cosas más pesadas rodaron al pasillo. Fue cuando al comandante Walter Kell se le ocurrió que lo mejor era que detuvieran la entrada de aire.

Entonces, de repente, el comandante Walter Kell arrugó la boca y dejó de contar la peripecia para señalar con su dedo hacia abajo, al bote donde alumbraban las brasas de los cigarrillos que fumaban Rudolph y Hahn, los marineros amistosos.

El capitán Leopold Schildkröte sacó el cuello rugoso desde la cubierta del buque para llamar al orden.

—¡Apaguen los cigarros!

Luego volvió el cuello a su posición relajada para comentar al comandante Walter Kell sus quejas:

—Siempre hay que estar detrás de estos marinos, no sé qué demonios les enseñan en la Escuela Naval. Pero lo de fumar en una misión clandestina, mientras llenamos el tanque de combustible como que no es para que figure en los manuales. ¡Pura lógica! —exclamó abriendo sus párpados de molusco—. Aunque estemos rodeados de agua, el polvorín está bajo nuestros pies. Daré parte de que incluyan esto en el manual.

Rudolph Warner escupió el cigarrillo al agua y Hahn, el marino pelirrojo

hizo lo mismo con el suyo pero lanzándolo con una toba. A Rudolph le gustó el gesto y se insinuó:

—Podemos salir juntos esta noche, así me enseñas la ciudad. Podemos buscar mujeres... —Se aproximó, dejando la sugerencia en suspenso.

Pero el marinero pelirrojo le dijo que no, que él no iba a poder salir, que tenía tarea a bordo y señaló al buque Thalia, desde donde se veían las siluetas del comandante Walter Kell y del capitán Leopold Schildkröte.

El comandante Walter Kell le seguía contando su peripecia al capitán de los ojos de batracio:

—Las cascadas de agua nos entraron a inundar. Era el fin del mundo. Aunque el mundo siguiera dando vueltas, para nosotros dejaba de girar.

El capitán Schildkröte abrió y cerró con asombro las conchas de sus párpados para afirmar la elocuencia del comandante Walter Kell, que ahora movía su bigotito a la manera del Führer para decir:

—El submarino golpeó el fondo con un estruendo y las luces se apagaron.

—¿Y las luces auxiliares, no funcionaron? —preguntó con urgencia el capitán Schildkröte.

Walter Kell hizo un gesto de tranquilidad con la palma de su mano hacia abajo para contar que las luces auxiliares se encendieron y fue cuando encontraron atrapado al mecánico. Estaba colgado de un brazo y tenía la mano pillada en el mecanismo de tubo de los torpedos. El comandante Walter Kell señaló la camilla que seguían izando, entre las quejas de dolor y los chirridos del torno.

A la luz de la noche, el bigotito del comandante Walter Kell era semejante a una herida abierta bajo su nariz. Hizo una pausa y tomó aire de nuevo para seguir con la peripecia:

—Di orden de achicar el agua, pasando de hombre a hombre, en una cadena, los barreños llenos. El aire se había vuelto espeso, olía a sudor, mierda y meados.

El comandante Walter Kell hizo un gesto sujetándose la nariz con los dedos y continuó:

—Entonces ordené que se interrumpiera el achique. Llevábamos catorce horas en aquella situación y tuve la idea. Se me vino a la cabeza y sin pensarlo mucho di orden para que todos los hombres fueran a proa. Subieron jadeantes hasta la punta del submarino y muy lentamente el casco empezó a balancearse. La proa descendió y golpeó contra el fondo con un ruido sordo.

El capitán Leopold Schildkröte cerró los ojos y dio muestras de respirar

aliviado. Con todo, no le duró mucho pues el comandante Walter Kell cargó de nuevo el relato.

—Pero seguíamos atrapados. Toneladas de agua hundían el submarino pegándolo al fondo.

—¿Y? —preguntó el capitán Schildkröte, con la incertidumbre cargando sus párpados.

—Entonces a un marinero se le ocurrió que lo mejor era inyectar en los tanques de flotación aire comprimido. —El comandante Walter Kell dijo esto y como si pensase en otra cosa, miró a su alrededor para preguntar—. A propósito, ¿dónde está Rudolph, *mi* marinero, que ya tenía que haber subido?

Juan Vargas permanecía en el marco de la jamba que daba al patio mientras el viento hacía sonar el penacho de la palmera, agitando sus hojas igual que si escondiese un secreto que quisiera revelar.

Cuando lo creyó oportuno, Juan Vargas se acercó hasta la barra. A la luz de la vela trabó conversación.

—Se lo decía yo al Académico, el follón de hoy por la mañana con la casa toda llena de soldados. Se nos acabó la carne y por poco nos quedamos sin vino. ¡Lo que pueden comer!

—Nuestros soldados son muy machos —afirmó el teniente coronel Ignacio Molina—, comen como hombres, cagan como hombres y beben como los hombres, no como los ingleses. —Lanzó su mirada de desprecio hacia la barra.

David Scherr, el joven extranjero que ahora empuñaba el vaso de leche vacío, sonrió de lado, dando a entender que podía estampárselo en la cara. El teniente coronel Ignacio Molina se alejó un poco y se llevó la mano al sobaco, acercando a la luz el cuero viejo de la cartuchera por donde asomaba la autoridad de una culata. El contenido de sus argumentos.

—No olvide tampoco a los alemanes —dijo el joven David Scherr— que necesitan de la ayuda española para ganar en Rusia. Ni saben comer, ni saben beber.

El teniente coronel Ignacio Molina se fijó en los brazos del joven extranjero que asomaban por la camisa cubierta de sombras. Sin dejar de mirarlos, apuntó:

—Los alemanes que pueden beber, beben mucho, pero eso sí, muy despacio. Tienen mucha educación comiendo.

—Qué mal informado está usted —atajó el joven David Scherr—. Todavía no sabe usted que Hitler, para llegar al poder, tuvo que aprender a utilizar los cubiertos.

—¿Qué tiene usted contra Hitler? —preguntó el teniente coronel Ignacio Molina.

—Si no estuviera asesinando a mi pueblo, nada. Es más, hasta incluso me caería bien. El comunismo sería entonces el único enemigo a combatir.

—Vaya, vaya, hay algunas cosas en las que nos vamos a poner de acuerdo. ¿Has visto? —preguntó el teniente coronel Ignacio Molina a la María que seguía tras la barra la conversación—, ¿has visto como no es malo hablar de política?

El joven David Scherr contestó desdeñoso:

—En la vida, todo es política. Lo que pasa en España es que Franco ha despolitizado todo, no pudiéndose hablar de otra cosa que no sea de toros.

—O de leche —dijo el teniente coronel Ignacio Molina, sin perder la chulería.

Desde detrás de la barra, la María fue cortante:

—De política en esta casa lo tengo yo prohibido hablar.

Pero el teniente coronel Ignacio Molina no muy convencido, saltó:

—Pero si la autoridad, aquí representada —dijo señalándose a sí mismo con el dedo en el pecho—, dice que hay que hablar de política, se habla de política, ¿entendido?

Juan Vargas lanzó su mirada a la María y se pasó la mano por la frente. En esto que apareció Catalina con otra vela, encajada sobre una botella. Cuando vio al muchacho inglés tuvo con él una mirada de complicidad que el teniente coronel Ignacio Molina advirtió de seguido para asegurar:

—¡Es mi detenido!

Catalina, la madre de Juan Vargas, se quedó un tanto pensativa y luego miró a la María, tras la barra. Esta puso cara de que se le estaba agotando la paciencia.

—¡Se le acusa de ser maricón, vago y maleante! —afirmó el teniente coronel Ignacio Molina.

—Es que aquí, el teniente coronel tiene complejos. Reprime mucho —dijo Catalina socarrona, con guasa, mirando al joven inglés.

El teniente coronel Ignacio Molina lo pilló de seguido y no dejó pasar la oportunidad para decir:

—Es que si no me reprimo, me puedo mear. Como este —señaló al Tachuela que tuvo un acto reflejo y se llevó la mano al sombrero cordobés, algo magullado y con la huella reciente de un pisotón.

El teniente coronel Ignacio Molina cogió uno de los mondadientes del palillero que había en el mostrador. Se lo llevó a la boca y se acercó con la punta del mondadientes por delante a la cara del joven inglés. El Tachuela

suspiró y el teniente coronel Ignacio Molina siguió su camino. El soldado inglés se apartó cuando vio el palillo, directo a embestir. Fue entonces, cuando el teniente coronel aprovechó el giro para llevar su mano hasta las sombras del joven inglés que miraría a Juan Vargas, paralizado ante la escena.

El teniente coronel Ignacio Molina apretó el palillo entre los dientes y fue aflojando la mano de la bragueta del joven inglés, hasta llegar a rozarla con la yema de los dedos. En ese instante fue cuando el teniente coronel Ignacio Molina dijo:

—Mis sospechas eran ciertas.

Rudolph Warner seguía en el bote, intercambiando cortesías con su nuevo amigo. Sus dedos habían alcanzado la carne, un poco más abajo de la nube pelirroja del pubis. En un movimiento que sorprendió a Hahn Roth, los subió hasta la cruz del pecho para confesar:

—Llevo veinticinco días sin saber lo que es una mujer, tampoco me apetece olvidar.

El pelirrojo sonrió y bajó la cabeza, entonces Rudolph Warner aprovechó para mostrar su camaradería con una pregunta:

—¿Hace cuánto no te comes un coño?

Le gustaba el juego y le daba vergüenza reconocerlo. El marinero pelirrojo se llevó el dedo de Rudolph Warner a la boca mientras escuchaba la voz honda de su nuevo amigo contándole lo mucho que llevaba sin saber lo que es una hembra. Según le iba diciendo, la última vez había sido en Brest, mientras descansaban de hacer patrulla. Era un burdel francés con espejos, reloj de bronce y polvo de talco sobre los muebles.

—Había un moro en la puerta —dijo Rudolph con grosería, señalando un corte con su mano en la manga—, si querías a su mujer tenías que jugar antes con él a los dados y si perdías... el moro gozaba de ti de una forma brutal. Dolorosa —al decir esto último, Rudolph Warner cerró los ojos.

Eran unos ojos acostumbrados a dominar y a dejarse al mismo tiempo. Con la electricidad ronca de su voz, Rudolph Warner fue detallando aquel acto rebelde de la carne, cuando el verdadero placer reside en llevar la contraria a la naturaleza y sentir con gusto el despliegue de brutalidad que se abre paso cerca del vientre.

—La mierda contenida en las tripas donde el moro ha sepultado su poder —volvió Rudolph Warner con el gesto obsceno del dedo sobre la manga.

Tras decir esto, sonrió con la perversidad de todos los dientes, achinando los ojos, como si la guerra le hubiere despertado ciertos gustos. Se acercó hasta inundar con su barba la oreja del marinero pelirrojo y acto seguido, los labios se juntaron hasta que fueron un único resuello. Entonces Hahn, el

marinero pelirrojo aprovecharía la intimidad para arrimarse más que antes. Se limpió la boca con el revés de la mano para abrir el pantalón y llegar con los dedos hasta el desfiladero de la carne, ahora endurecida al soplo del aliento macho. Se arrodilló. Podía rozar con sus mejillas las piernas velludas, equilibradas sobre el bote que se balanceaba al compás de la guerra y de sus necesidades.

En el momento de la descarga se escuchó la voz del comandante Walter Kell que lo reclamaba.

—Luego nos vemos —dijo Rudolph Warner.

El marinero pelirrojo se limpió la boca con la misma mano y le lanzó un beso, poniendo los labios como si fueran la ventosa de un pulpo. Pero Rudolph Warner no llegó a apreciarlo, se había colgado la metralleta y trepaba al buque por las escalerillas. Cuando llegó hasta la cubierta, el comandante Walter Kell le hizo esperar en posición de firme, con la metralleta cruzada al pecho. Decidió humillarlo, dejándolo en aquella postura durante un rato, mientras seguía contando la peripecia que por poco no les cuesta la vida.

—Habíamos agotado las reservas de aire comprimido. Entonces di orden de que todo el mundo corriera a proa. Cuando estuvieron en el compartimento delantero, ordené que volvieran hacia popa. Cuando llegaron a popa, otra vez ordené que corrieran a proa. Lo hacían como ratas en estampida.

El comandante Walter Kell sonrió su propia elocuencia y se tocó el bigotito para terminar contando cómo el submarino fue ascendiendo hasta que la timonera emergió.

—Cuando abrí la tapa de la escotilla del puente, respiré.

—¿Qué había pasado? —preguntó con interés el capitán Schildkröte.

—Revisamos el submarino y resultó que una llave de tuerca había quedado atascada en la válvula exterior de inducción de aire, debajo de la cubierta exterior. La llave estaba ahí, olvidada por el mecánico. —Señaló la camilla, que en aquellos momentos llevaba a dos marineros hacia la enfermería del buque.

—Ya entiendo —dijo el capitán Schildkröte.

—Cuando le encontramos en la sala de torpedos tenía fiebre bastante alta. Como a bordo no había ningún médico, yo mismo hice de cirujano. Para amputarle la mano, utilicé la misma herramienta que se había dejado olvidada. A veces, Dios o el Diablo son justos.

—Sólo a veces —apuntó el capitán arrugando los párpados de concha de ostra.

—La operación no duró mucho. Le di un trago de coñac para anestesiarlo y fui arrancándole dedo a dedo. Luego arranqué de la muñeca el trozo que quedaba, negro como el pan que lleva días, ¿sabe? —Arrugó el bigotito en una mueca de asco.

—¿Con la misma llave inglesa lo hizo? —preguntó el capitán, asomando su cuello largo por el cuello de la guerrera. Parecía muy interesado en la operación.

El comandante Walter Kell asintió para decir:

—Inglesa, sí, inglesa.

El capitán Leopold Schildkröte abrió la concha de los párpados para decir:

—Una operación delicada.

—¿De las mil putas, capitán! —exclamó el comandante Walter Kell—. Una cirugía práctica que me llevó a arrancar de cuajo para después coser los nervios con hilo de zurcir, así hice el muñón.

El capitán Leopold Schildkröte entrecerró los ojos. Ahora eran como dos ostras a punto de abrirse. Con ellas miró de abajo arriba a su interlocutor, se fijó en el bigotito a la manera del Führer y también en su chaqueta, que por algunos sitios el joven comandante había zurcido con cordón grueso y mucha urgencia. El capitán Leopold Schildkröte le mostró su hospitalidad diciendo:

—Además de atención para dos heridos y combustible y aceite, me han informado de que necesita víveres, agua y seis torpedos.

El comandante Walter Kell movió su bigotito para afirmar que así era. Que necesitaba combustible y aceite, víveres, agua y seis torpedos.

—Hay un problema —apuntó el capitán Schildkröte—, pasó por aquí el submarino del comandante Reindhart y nos dejó sin mucho recurso.

—No se preocupe —dijo el comandante Walter Kell, quitándole importancia— además, ese hijo de la gran puta de Reindhart llegó antes y lo necesita tanto como nosotros. Lleva buena patrulla y ahora vamos a juntarnos en manada para atacar. —Se lamió el labio superior y sus ojos de lobo brillaron cuando el bigote pinchó la punta de la lengua—. Vamos a convertir el Estrecho en la puerta del infierno.

El capitán Schildkröte abrió las ostras de sus párpados hasta hacer aparecer los ojos, enfermos con la nostalgia del guerrero que no está llamado a filas. Acto seguido, perdió su mirada en el muelle de granito, donde las redes y la poca luz se amontonaban, semejantes a cordilleras. Un gato pasó entre las dos

sombras. Miao.

El comandante Walter Kell se hizo cargo de la situación. El capitán echaba de menos el combate y se le hacía necesario escuchar historias de guerra. Aunque Walter Kell era un comandante joven, en su hoja de servicios destacaban una serie de virtudes castrenses que le hicieron pasar de alférez a comandante en menos de lo que tardaba en decir «joder». Las perversiones mayores quedaban fuera de la hoja así como los pesqueros y mercantes de poco tonelaje. El comandante Walter Kell era un verdadero depredador, dando igual la bandera del barco. Si la bandera no era germana, el barco estaba sentenciado. Primero dispara y después pregunta, esa era la consigna.

Algo así había ocurrido la noche antes con un barco de bandera española, el Aingeru Guardakoa. Se trataba de una embarcación de poco tonelaje que navegaba por las aguas de Cádiz cuando fue descubierta por Walter Kell y torpedeada cerca del cabo Roche, en aguas próximas al Estrecho de Gibraltar. A la orden de Walter Kell, escupieron dos torpedos que hicieron saltar el barco en mil pedazos. El capitán y cuatro tripulantes se aferraron toda la noche a flote, agarrados a los restos del barco hasta que la mañana siguiente fueron rescatados por un bote pesquero. El capitán, superviviente del barco hundido, relataría que sintió pasar el primero de los torpedos cerca de la popa con un rastro de burbujas que confundió con un banco de sardinas.

No era la primera vez que un barco de trabajadores era reventado por un ataque del joven comandante. Walter Kell se había estrenado con un pesquero, de tan sólo dieciséis toneladas en aguas islandesas. Esa fue la primera flor de sangre. Detrás vinieron las siguientes de puro divertimento y también como forma de combatir el frío. Ejemplo de esto último era la caza de osos polares con metralleta a los que luego despellejaban para agasajar con sus pieles a las mujeres de los puertos. Se trataba de una tripulación como otra cualquiera, ávida de exceso y con intenciones prácticas.

—¿Usted cree que al final España entrará en guerra? —preguntó con apetencia el capitán Leopold Schildkröte, alzando su cuello hasta elevar la cabeza por encima del comandante Walter Kell.

—Se está retrasando mucho. Allá ellos pero nosotros estamos ganando la guerra gracias a la campaña que se está haciendo en el Atlántico.

—Claro que sí, estrangulamos a los ingleses por donde más duele, el comercio, sabotando la mercancía —afirmó el capitán Schildkröte.

El comandante Walter Kell se llevó los dedos al bigote y tiró de uno de los pelos, arrancándose un piojo que aplastó con las uñas de los dos pulgares. Se

las enseñó al capitán Schildkröte, teñidas de sangre, bajo la luz del puente de mando.

—Los parásitos siempre aparecen en guerra —dijo el capitán Schildkröte entrecerrando la concha fósil de sus párpados—. Mandaré a que lo desinfecten.

Esto último lo dijo mientras vislumbraba el submarino. Visto desde la cubierta del buque, el submarino era semejante a un animal de los de antes del Diluvio dispuesto a agitar su cola y hacerla resonar como un látigo en la noche. Fue entonces cuando llegó el zumbido de los motores que se acercaban. El comandante Walter Kell aguzó la mirada hasta el puerto y pudo divisar, más allá de la montaña de redes, la silueta de los dos camiones escoltando el coche oficial. Un Mercedes Benz, matrícula española. Cuando llegaron al final del muelle, los vehículos pararon.

Hasta ese momento, el marinero de la barba poblada, Rudolph Warner, se había mostrado callado, asistiendo en silencio y desde su posición de firme, a la charla de Walter Kell con el capitán Leopold Schildkröte. Pero ahora había empuñado su metralleta y la hizo girar como si fuera un juguete, apuntando al coche oficial. El capitán Leopold Schildkröte alargó el brazo para bajarle el cañón. Del coche oficial salió un hombre que vestía camisa azul mahón. La traía arremangada, como si viniese de segar un campo. Abrió la puerta trasera del vehículo de donde salió otro hombre, delgado y vestido con traje a medida. Entonces el gato volvió a maullar.

La luz volvió a la venta, pero sólo por un instante, pues en el momento en que la Petenera apoyaba su zapato en el maletín del limpiabotas, vino el apagón de nuevo.

—No te preocupes, que ahora nos traen una vela. Dale lustre, Académico, y *cuidao* con mancharme las *legs* —imperó la Petenera con burla.

—No tengo casi betún —advirtió el limpiabotas, con flojera.

—Todavía puedes *arrebañar* de lo que te queda en las uñas.

El limpiabotas se agachó con el cepillo en la mano. El viento batía el penacho de la palmera y hacía peligrar la llama de una vela que Juan Vargas traía, sujeta en la botella. De uno de los cuartos llegaban las palmas y los rasgueos sueltos con los que el Tachuela y el cojo Peroche afinaban el compás. La puerta del cuarto se abrió y el cojo Peroche asomó con su voz:

—¡Chica, tú vas a llegar lejos!

La Petenera sonrió el piropo, sentada a la luz de la vela, con las piernas abiertas y la falda recogida más arriba de los muslos, apoyando su zapato en el maletín del limpiabotas.

—¡Hoy no viene Caracol! —soltó ella—. Hoy vendrán carniceros o algún *despistao* de la *night*. Hay miedo a las bombas.

—Cómo lo sabes, hija —aseguró Juan Vargas—. Desde el cielo no respetan a los vivos. En la guerra civil, pintaron una cruz roja en el techo de un hospital y eso fue la clave para que bombardearan el hospital.

—Se vería *too much* —justificó ella, frunciendo los labios.

—Fueron los mismos rusos. Comunistas —explicó el limpiabotas con pereza, encorvado entre los muslos abiertos de la Petenera que escurrió las nalgas sobre la silla, hacia delante, lo suficiente para mostrar lo más oscuro a la luz de la vela.

El limpiabotas, tras los gruesos cristales de sus gafas, detalló el relieve de los labios, contenidos en el encaje negro de la ropa interior. También recorrió con sus ojos miopes la liga ajustada al muslo, la navaja y las medias untadas a las piernas. El limpiabotas respiró hondo y preguntó con dejadez a la

Petenera:

—¿Conoces la verdadera historia de la Mata-Hari?

—Algo he oído —contestó ella, haciéndose la interesante...

Rafalillo, el limpiabotas, advirtió el interés y rozó con la punta de la nariz la entrepierna antes de empezar a contar la tragedia de una mujer bella que bailó tiempos de guerra. El cojo Peroche y el Tachuela dejaron los ensayos y salieron al patio. Apoyados en el tronco de la palmera, atendieron en silencio la historia que contaba el limpiabotas. Con la pereza común a los hombres nacidos en tierras de sol, el limpiabotas iba relatando el episodio de una bailarina llamada Mata-Hari que ejecutaba su danza con los pies desnudos, desprendiéndose de sus velos igual que si fuera la protagonista de un relato bíblico.

—Uno a uno, hasta siete velos, así hacía la Mata-Hari para bailar la carne de Herodes —dijo el limpiabotas con la cabeza enterrada entre las piernas de la Petenera.

Sin perder la posición, amortiguando el eco de su letanía bajo la carne oscura, el limpiabotas siguió contando que la tal Mata-Hari terminaba su espectáculo meneando el ombligo desnudo alrededor de un cesto, como los que llevan los encantadores de serpientes; un cesto de donde asomaba la punta de una cuerda que iba poniéndose lúbrica y dura por cada velo caído. Cuando la cuerda se elevaba hasta perderse en el humo engañoso que coronaba las alturas, la Mata-Hari se ceñía a ella. Manteniendo un perfecto equilibrio sobre un solo pie y con las piernas largas y enredadas, como las de una cigüeña, comenzaba a treparla. De fondo, repiqueteaban los timbales de la orquesta y las luces se encendían sobre ella que trepaba, enroscada a la cuerda.

Hay que advertir que en aquella época no sólo se pasaban por alto las operaciones de abastecimiento de los submarinos alemanes en puerto español, sino que desde Madrid, el ministro de Guerra mandaba telegramas a los comandantes de los diferentes puertos anunciando la llegada de los submarinos.

Aquella noche, el comandante del puerto de Cádiz volvía a estar avisado de que aparecería el submarino U-204 para repostar. Traía heridos y necesitaba combustible y torpedos. Como era costumbre, cada vez que esto ocurría, un oficial se personaba en la garita para poner a trabajar el uniforme. En aquellos momentos, el vigilante de guardia era Nemesio, al que ya conocimos en la vieja taberna por ser el mismo hombre que llamó la atención del comandante Fleming, recién llegado a Gibraltar, al principio de todo, la primera vez que visitó la Old Tavern.

Se trataba de un hombre mayor, de pocos pelos y muy revueltos que caminaba doblado hacia delante, dirigiendo la vista con los ojos verdes y pequeños, iguales a dos guisantes. Hay que recordar que se acercaría hasta el teniente coronel Ignacio Molina para pedirle la hoja de los crucigramas cuando estaba leyendo el periódico. Esto no le había gustado al teniente coronel Ignacio Molina, que juzgó el gesto de irrespetuoso, por lo cual, el hombre de los ojos de guisante se marcharía de la vieja taberna más doblado aún.

Ahora, a Nemesio le había tocado guardia y estaba dentro de la garita. A la luz de una bombilla pelona, pasaba el rato en resolver un crucigrama. Se mantenía reclinado en el asiento, con el periódico en una mano y un lapicero en la otra, cuando escuchó los motores. Entonces el respaldo de la silla golpeó contra la pared haciendo peligrar los retratos de Franco y de José Antonio que daban un aire fantasmagórico a la poca luz de la garita. Se trataba de un coche oficial de chapa brillante y carrocería alemana. Un Mercedes Benz que venía escoltado por dos camiones. El coche lo conducía un viejo conocido de Nemesio. Se trataba de Castaños, un paisano de Huelva,

camisa azul mahón arremangada y olor a vino.

Nemesio tenía el crucigrama casi resuelto si no fuese por una palabra que se le atragantaba. Cuando reconoció a Castaños se le alegró el rostro y le hizo una seña para que parase el Mercedes.

—¿Alguna pregunta? —dijo Castaños, tras bajar la ventanilla.

—Sí.

—Dígame, camarada.

—Dícese del hombre descuidado. Son cuatro letras —dijo Nemesio, con el lapicero entre los dedos.

Castaños se quedó pensativo un momento y luego dijo:

—¿Cuatro letras?

Nemesio asintió y Castaños después de rascarse la cabeza dijo:

—Adán, como nuestro primer padre.

—¿Seguro? —preguntó Nemesio, haciendo brillar los guisantes verdes de sus ojos.

—Y tanto, si se tratase de Caín sería nombre del hijo de una puta.

—Gracias, camarada.

—No hay de qué.

En el asiento de atrás del coche, Nemesio advirtió la figura de otro hombre enjuto y de aspecto cadavérico. Sus ojos tenían el mismo color que la piel de un tiburón azul. Nemesio le conocía de oídas. Nunca había coincidido con él aunque era asiduo al puerto de Cádiz. Solía venir desde Huelva a traer provisiones y a seguir la evolución del aprovisionamiento a los submarinos alemanes.

Nemesio abrió el paso, levantando la barrera y los perdió de vista cuando llegaron al final del muelle. Sobre la cubierta del buque Thalia, esperaba el capitán Leopold Schildkröte con sus ojos de tortuga junto al comandante Walter Kell y el marinero de barba poblada, Rudolph Warner. Este último acababa de bajar la metralleta por orden del capitán Schildkröte. No era para menos pues el hombre cadavérico que iba en el asiento de atrás del Mercedes Benz era Adolf Clauss, vicedónsul alemán y jefe del espionaje, encargado de guiar a las tropas hasta el final de la noche. Un viaje donde el destino queda cada vez más lejos por venir envuelto en la piel cruda de la guerra.

Adolf Clauss era un hombre misterioso, al que la malaria contraída durante su estancia en el Congo le había dado un aspecto cadavérico. Frío y distante, casi nunca se reía, lo que no fue impedimento para que hubiese creado una extensa tela de araña de relaciones sociales, tejida por informantes afines al

Tercer Reich o a su dinero. Había veces que, coincidiendo con la llegada de algún submarino a las aguas gaditanas, Adolf Clauss cogía a Castaños y le decía que le llevase en coche; un Mercedes Benz de chapa brillante y con una carrocería que emitía destellos a los claros de luna. Aquella noche la luna era menguante pero con todo, el coche brillaba de una manera especial entre los dos mugrientos camiones.

—*Heil Hitler!* —saludó Adolf Clauss nada más bajar del coche con el brazo en alto, mientras Castaños sostenía la puerta.

Desde la cubierta del barco devolvieron el saludo y Adolf Clauss se estiró el cuello de la camisa, así como los puños, para empezar a dar órdenes de una manera violenta. Sus palabras eran igual al chasquido de una toalla mojada sobre la carne de un condenado. De los camiones empezaron a bajar hombres vestidos con la camisa azul mahón; hombres que empezaron a descargar cestas con víveres que iban dejando sobre el muelle, mientras Adolf Clauss subía al barco. Nada más llegar a cubierta, Adolf Clauss buscó los ojos del comandante Walter Kell y le llamó al orden. Le preguntó por el mercante español hundido, el Aingeru Guardakoa.

—¿Qué pasa, quiere ganar la guerra usted solito?

El comandante Walter Kell se rascó la cabeza pero no era por los piojos, en realidad el comandante Walter Kell quería accionar alguna palanca dentro de su cerebro que cambiase el curso de las ideas. Pero a lo más que llegó fue a recordar cómo dieron caza al mercante español. Ocurrió poco después de la medianoche, cuando avistaron el barco. Era una embarcación ligera pero el comandante Walter Kell reaccionó gritando una serie de órdenes desde el puente. Sonó la alarma y los marineros saltaron dentro de la escotilla; el submarino cortó las olas y en menos de medio minuto quedó sumergido mientras la tripulación ocupó con gusto los puestos de combate. Había que hacer las cosas bien y el comandante Walter Kell pidió profundidad de periscopio. Como si el zumbido de un motor ahora llenase su memoria, el comandante Walter Kell se rascó de nuevo la cabeza y tiró de un piojo hasta sus uñas. Adolf Clauss pudo apreciar el chasquido.

El comandante Walter Kell había tenido dificultades con el periscopio y lo subía y bajaba entre la mar gruesa. El operador informó de que el barco se acercaba. Pronto escucharon el sonido de una multitud de hélices cada vez más fuerte. El operador informó entonces que el barco había pasado en dirección al cabo Roche. El comandante Walter Kell decidió darle ventaja y luego ordenar el bombardeo.

—Una presa pequeña se disfruta cuando es más pequeña aún, cuando se acierta de lleno en la lejanía —dijo el comandante Walter Kell y escuchó su propia voz que ahora sonaba remota e irreal, culpa del viento.

Se limpió la sangre de las uñas en el pantalón ante la mirada gélida de Adolf Clauss. En aquel momento sólo parecía existir la violencia del viento rugiendo sobre la noche. Entonces, el comandante Walter Kell siguió hablando:

—Sólo fueron dos torpedos. Se hundió de inmediato.

El rostro huesudo, de Adolf Clauss no le apartó la vista de encima. Luego miró al marinero Rudolph Warner que sostenía la metralleta. Percibió la tensión entre él y el comandante Walter Kell. Las miradas que se intercambiaban emergían a la superficie con un aspecto tan perverso como el aceite con el que se engrasa un submarino de guerra.

Adolf Clauss adoptó un gesto áspero para advertir:

—Al Führer no le gusta que haya víctimas inocentes. Es muy atento con estas cosas.

Pero el comandante Walter Kell no sabía de atenciones. Entre otras cosas, mataba para conciliar el sueño. No podía conseguirlo contando las ovejas que saltan una valla, eso le parecía demasiado concreto. Por contra, el comandante Walter Kell contaba cadáveres. Se le venían a la cabeza cuando cerraba los ojos. Cientos de ellos según sus cálculos, desde la primera patrulla cuando se estrenó con un barco de bandera panameña. A veces todos esos muertos raspaban dentro de su cabeza como una lija. No es que el comandante Walter Kell se arrepintiera pues los sentía a todos, cadáveres alineados junto a sus madres llorando; cientos de ellas y cientos de novias o esposas desconsoladas. Era entonces cuando le entraba el sueño. Pero ahora el comandante Walter Kell no estaba soñando, estaba sobre la cubierta de un buque, frente a un hombre cadavérico que le pedía cuentas. El comandante Walter Kell dio un paso adelante y con aire marcial afirmó:

—Lo volvería a hacer. Lo hice a posta. Para ver si Franco entraba en guerra.

Esto último fue del desagrado de Adolf Clauss. Se advirtió en su mirada, penetrante y de un azul tan intenso como el de la piel de los escualos. Una mirada que llevó hasta el marinero Rudolph Warner, para clavársela sobre el pecho, rizado de vello viril que asomaba por la camiseta. Así se mantuvo un rato en silencio Adolf Clauss hasta que el capitán Schildkröte entrecerró sus ojos de tortuga y preguntó si lo hacían como la otra vez. Adolf Clauss asintió

y el capitán Schildkröte llamó al marinero pelirrojo y montaron unas cuerdas hasta el submarino.

—Primero subimos al barco la mercancía, en cestas. Luego de aquí al submarino, bajando por las sogas.

El capitán Schildkröte daba órdenes y los marineros del buque tensaban las cuerdas mientras los camiones descargaban cestas repletas de latas de conserva, chorizos, embutidos de la tierra, botellas de vino, pan, chocolate, galletas, aceite de oliva y todo lo imaginable que puedan comer las familias acaudaladas en época de hambre.

—¿Conocen la noche española. Los secretos que guarda? —preguntó Adolf Clauss con perversidad.

El comandante Walter Kell negó con la cabeza y el capitán del buque sonrió, apretando tanto los párpados que sus ojos se convirtieron en dos tajos que desprendieron arrugas sobre la cara.

—Le voy a invitar a usted y a algunos de sus marineros a descubrir los secretos de la noche española —aseguró Adolf Clauss.

El comandante Walter Kell miró al capitán Schildkröte y este dibujó en el aire unas carnosidades femeninas y cerró los ojos de tortuga, como dando a entender que lo que Adolf Clauss proponía incitaba a lo prohibido. Por si no había quedado claro, el capitán Schildkröte se metió los dedos dentro de la camiseta y los enderezó a la altura de los pechos, igual que si fueran lanzas.

Adolf Clauss, sin perder la seriedad, aseguró:

—España es un pueblo que se entrega a la muerte y a los uniformes como si existiese vida más allá de la muerte y de los uniformes. Sus mujeres son muy pasionales, ya lo verá.

A la luz de la vela mientras le lustraba los zapatos, Rafalillo seguía entregado al intercambio de jadeo y secretas melodías con la Petenera. Había ocasiones en las que arrimaba más de la cuenta su nariz y entonces respiraba por un instante el olor a bayeta húmeda que desprendía la carne más íntima. Sucedió cada vez que hacía una pausa en su relato.

Pasado el instante, dejaba atrás la pausa para seguir contando que la puesta en escena del espectáculo de la Mata-Hari estaba armada con la precisión de una bomba de relojería. No había detalle que se escapara en los ensayos. Se jugaba con el misterio, milimetrado en dosis suficientes hasta conseguir que los demonios del público salieran en forma de toses, de murmullos nerviosos, incluso de chillidos cuando, desde lo alto, se veía caer el corpiño de lentejuelas envuelto en cuajarones de sangre y luego los miembros amputados; brazos, piernas y al final la cabeza de Mata-Hari.

La Petenera, estremecida, se tocó la peineta o mejor dicho, se tocó la peineta para aparentar que se estremecía, tal y como aseguró Juan Vargas, una vez que hubiese pasado todo. Las paredes de su venta fueron testigos sordos de un episodio que forma parte de la memoria de guerra en el sur de España. Juan Vargas daría testimonio de lo ocurrido pues tuvo la gracia del destino, tal y como él decía, de haberle hecho asistir al lustre de zapatos de la Petenera desde la oscuridad del patio, siguiendo el temblor de una vela cuya luz se agitaba, culpa del viento de la noche. El ventero no perdería detalle del juego que la Petenera se traía con el limpiabotas. Era como si ambos hablasen el mismo lenguaje secreto de los espías, acertó a decir el ventero una vez pasó todo. Había algo más que la señal invisible de una intuición en sus palabras.

—No era más que un truco —prosiguió el limpiabotas con la voz arrastrada entre los pliegues de la carne—, un truco milenario que se llama la soga hindú y que es muy conocido. El espectáculo de la realidad siempre resulta más cruel en tiempos de guerra.

Al escuchar esto último, la Petenera movió los ojos de un lado a otro y

seducida por el relato del limpiabotas, boqueó de incertidumbre. El limpiabotas sabía crear la tensión necesaria en su relato. Lo hacía con esa languidez característica de los miembros de una tribu antigua cuando se ponen a descargar toda la filosofía narrativa que acumulan desde milenios. De esta manera, pongamos hipnótica, el limpiabotas cuenta cómo el ayudante de la Mata-Hari blasfema y amenaza a las alturas, para después agacharse a recoger los miembros descuartizados.

—Uno a uno los va introduciendo en un baúl, piernas, manos, dedos, brazos... la cabeza. Después de haber llenado el baúl con los restos de Mata-Hari, el ayudante va y lo cierra de un golpe seco.

La Petenera encoge su pecho, arquea la espalda cuando el aliento negro del limpiabotas abrasa su entrepierna.

—Las luces se apagan, el escenario se queda a oscuras. Se escuchan las toses, los suspiros, el nerviosismo del público y de pronto, un fogonazo y otra vez las luces que con su juego de colores iluminan el escenario. Señoras y señores, la Mata-Hari sale del baúl recompuesta y el público rompe en ovaciones.

Según siguió contando el limpiabotas, no había lugar en el mapa que no se rindiese a la puesta en escena. Pero más allá de la puesta en escena, o más acá, según se mire, el éxito del espectáculo se debía a ella, a la Mata-Hari. Esto último se lo recalcó mucho el limpiabotas a la Petenera, con la punta de la lengua tocando el triángulo donde un diamante de carne se endurecía por momentos.

—El mismo número, con otra que no fuese la Mata-Hari, hubiese fracasado —aseguró el limpiabotas.

—Eso mismo pienso yo. Ella era la *starring* —dijo la Petenera.

Luego el limpiabotas volvió a contar que la Mata-Hari había recorrido mucho mundo con aquel espectáculo donde alzaba sinuosamente su cuerpo de diosa como si atendiese a la flauta de un encantador de serpientes. El limpiabotas volvió a tomar aire y antes de empezar con el otro zapato, antes de sumergirse en su trabajo, siguió contando que en el camino de la vida, tan estrecho e inseguro como un submarino, la Mata-Hari se cruzó con un hombre que le cedió el paso, dejando la distancia suficiente para fijarse en el vaivén de los glúteos untados a la tela del vestido. Según el limpiabotas, ella era igual a un ángel o a una ramera que camina sobre el barro sin mancharse.

—Al final se casaría con él —aseguró la Petenera, con intuición femenina.

—Sí —afirmó el limpiabotas—. El matrimonio le daba cierta decencia.

Sólo eso. Una forma de ocultar su verdadera misión en la vida. La de espía.

Como ocurre en las noches del verano cuando amenaza tormenta, el aire se calentaba por momentos, anunciando la descarga eléctrica que incita a beber. Fue en ese instante cuando sintieron los motores, el jaleo afuera. Con la llegada de los alemanes, se hizo la luz de nuevo en la venta.

Eran más de una docena, diría Juan Vargas, una vez que pasó todo. Parece ser que entraron como llevados por el viento o el mismísimo Diablo. Fue la María la que salió de detrás de la barra para indicar que con armas no pasaban.

—¡Aquí nadie se tuerce! —exclamó amenazante la María, con el cuchillo jamonero recién afilado.

Entonces los recién llegados empezaron a reír y uno de ellos, que según Juan Vargas lucía traje a medida, ojos azules y la cara marcada por la viruela, preguntó con autoridad:

—¿Queréis jamón?

Todos afirmaron al unísono diciendo aquello de «*Heil Hitler*» y entonces, el del traje enturbió sus ojos azules, del mismo color que los tiburones enfermos y dijo:

—¡Pues que no se entere el Führer, que es vegetariano!

A continuación, sacó la pistola. Una Ludgerd automática, según observó el teniente coronel Ignacio Molina que asistió en silencio a la aparición de los alemanes, apoyado con el hombro en la pared mientras se limpiaba el luto de las uñas con el alfiler de su corbata. A su lado estaba David Scherr, el joven inglés que aún llevaba restos de leche por sus labios. Sonreía, como si quisiera demostrar al teniente coronel Ignacio Molina que no se tomaba en serio el arresto.

—Tú, quietecito ahí —le advirtió, señalando con el alfiler de corbata entre sus dedos.

Acto seguido el teniente coronel Ignacio Molina se dirigió al de los ojos de tiburón azul para preguntarle:

—¿Qué pasa, Adolfo, que no saludas?

Con los interrogantes, el teniente coronel Ignacio Molina arqueó sus cejas peludas y Adolf Clauss miró atravesado; obviando la pregunta, se dirigió de nuevo a los hombres.

—Habéis oído, ¡las armas aquí encima! —ordenó, soltando la Ludgerd

automática sobre el mostrador de la venta, con un golpe seco.

Luego fueron haciendo lo mismo todos los demás marineros, incluido el capitán Leopold Schildkröte recién llegado a la venta que se terminó de subir la bragueta antes de depositar su revólver junto a las demás armas, sobre el mostrador. Se trataba de un Smith and Wesson de cañón largo y cachas nacaradas que brilló a las luces de la venta.

Con el destello en sus ojos, Adolf Clauss empezó a explicar que el jamón era un manjar español que se hace con la pierna de cerdo momificada. Llegado aquí, el teniente coronel Ignacio Molina interrumpió con el alfiler de corbata entre los dedos:

—Por mucho que les digas, a estos les gusta más la salchicha.

Según se supo tiempo después, el teniente coronel Ignacio Molina y Adolf Clauss se conocían de antiguo. Pero desde lo del ataque a La Línea por parte de la Aviación italiana, las leyes que mueven el mundo invisible se habían concretado en una línea que acabaría separándolos. Por decirlo de manera llana y terrenal, las cosas se habían puesto tirantes entre los dos. Habían dejado de colaborar estrechamente y ahora un muro de intereses abría un cisma en la misma trinchera. Los altos mandos nazis mantenían una lucha intestina de tal manera que uno de ellos, el almirante Canaris, estaba impidiendo que Franco entrara en guerra. «Seremos más a repartir, no nos beneficia», le diría en cierta ocasión el tal Canaris a su discípulo de ojos de tiburón, Adolf Clauss.

En España, la lucha intestina había llegado también a dos facciones oficiales, una la representada por Franco y otra por su cuñado, Serrano Suñer. Este último se mostraba impaciente por entrar en combate y tanto fue así que montó lo de la División Azul. Aunque todo aquello no se supo de manera oficial hasta tiempo después, puede decirse que en aquel momento, la María intuía que algo se estaba descomponiendo. Detrás de la barra, parecía levantar una banderola dispuesta para la jura con cada loncha de jamón que pinchaba en la punta del cuchillo.

Llegados aquí, hay que decir que no se sabe bien si fue el jamón, el jerez o las dos cosas sumadas al encierro en un submarino, las que hicieron que se despertase la animalidad entre los hombres. Pero no conviene adelantarse pues, de momento, el teniente coronel Ignacio Molina ha entrado en el patio. A su lado va el joven extranjero con un brillo divertido en los ojos. El capitán Leopold Schildkröte lo sigue detrás, achinando los ojos en una línea de sombra entre las conchas fosilizadas que son sus párpados. Lleva el hueso del

jamón en una mano, como si de un bastón de mando se tratase.

El teniente coronel Ignacio Molina se quita la chaqueta, poniéndola sobre el respaldo de una de las sillas del patio. Con este gesto, no sólo toma posición para sentarse junto a Adolf Clauss sino que también deja ver la cartuchera, con la pistola, colgando de su sobaco.

—Esto es zona nacional y aquí, un hombre como yo puede seguir llevando armas —dijo esto y se tocó la entrepierna.

Adolf Clauss con disposición de indiferencia miró por encima de su hombro y alcanzó con la vista de tiburón el fondo del patio, la puerta entreabierta del cuarto donde atisbó a la Petenera. El teniente coronel Ignacio Molina hizo una seña al joven inglés para que tomase asiento, en la mesa.

—Es mi detenido. Un familiar de Churchill por su línea bastarda. Quiero decir, de madre.

Una nube de humo llega de la cocina hasta el patio y avanza al mismo tiempo que Catalina, madre de Juan Vargas, camina con una fuente que lleva en alto, rebosante de tortillitas de camarones. Adolf Clauss se levanta un poco de la silla y con la punta de los dedos coge una. La alza, como si se tratase de la representación de un cuerpo litúrgico y con la tortillita alzada, explica que aquella comida era de tradición árabe. A lo que el teniente coronel Ignacio Molina arremete:

—Tú no tienes puta idea, Adolfo, los árabes no saben comer. Esta comida es española.

Fue decir esto y sacarse el alfiler de la corbata y darle uso para pinchar una tortillita. Pegó un bocado y la volvió a dejar en la fuente. Catalina le miró con desagrado y el teniente coronel Ignacio Molina, con la bola en la boca, empezó a contar su episodio de cuando, según él, anduvo en el moro vendiendo armas y los compradores le dieron una fiesta donde el aperitivo lo servían unos hombres con camisas enrolladas en la cabeza; unos tipos exóticos y sabios en el arte culinario de freír escorpiones en cazuelas llenas de grasa. Después del aperitivo, vino un agasajo de lo más curioso al paladar.

—Sólo recordarlo y el estómago se me retuerce como un látigo de cuero. ¡Jo-der! —exclamó el teniente coronel Ignacio Molina.

Según contó, en aquel banquete moro, embutieron huevos cocidos en peces que a su vez fueron embutidos en pollos enteros y que a su vez fueron embutidos en el cuerpo de una oveja asada. Para finalizar, la oveja fue embutida en el abdomen de un camello y llevada a la mesa.

—Con estas costumbres no es de extrañar que allí se pase tanta hambre —

apuntó el capitán Leopold Schildkröte, de pie, apoyado en el hueso del jamón.

El limpiabotas apareció con su maletín y se metió en la conversación con un tono tan perezoso que no necesitaba pedir permiso:

—Pero es que hay una cocina moderna, de vanguardia, que tienen los árabes y que es para paladares enfermos. Pero la tradicional, que existe desde antes de la llegada de la imprenta, es otra cosa. Por eso Adolfo —el limpiabotas señaló a Adolf Clauss— tiene razón, las tortillitas son árabes, las trajeron los moros que vinieron con Franco, en la Cruzada contra el ateísmo.

El joven inglés, David Scherr, también detuvo su mirada en Adolf Clauss. El vicio afloraba a sus ojos. Adolf Clauss dejó sitio a Juan Vargas, que venía con la gota gorda del sudor cayendo por su frente. Luego levantó su vista al penacho de la palmera que se batía sobre sus cabezas.

—Pero los moros no hacen las tortillitas con sifón —dijo Juan Vargas, sin poder ocultar tampoco el nerviosismo.

Hasta el patio llegaba el jolgorio que se traían los marineros en la barra. Habían empezado a romper copas contra el suelo mientras el comandante Walter Kell bailaba sobre el mostrador. Ejercitaba sus caderas saltando de puntillas sobre las armas, alineadas una tras otra. Un grupo de marineros aplaudía y machacaba con sus botas el suelo, cubierto de cristales.

—¿Sifón? —preguntó con interés Adolf Clauss, expresando su sorpresa.

Entonces Juan Vargas aprovechó y se levantó de su silla y fue hasta la cocina de donde trajo la botella de sifón, que puso en la mesa.

David Scherr, el joven inglés, agarró la botella y exclamó:

—*Self!*

Adolf Clauss le miró, clavándole sus ojos de tiburón de forma obscena. El teniente coronel Ignacio Molina dijo:

—Es mi prisionero, Adolfo. Detenido por prácticas sexuales. Es inglés pero habla moro.

David Scherr, el joven inglés, sonrió divertido, con la complicidad del que ha pasado las líneas enemigas y se comporta como uno más. Entonces en el patio apareció la pareja de marineros formada por Rudolph Warner y su amigo Hahn, el pelirrojo. Se sentaron en otra mesa y disimularon el juego de sus manos, bajo el tablero. El capitán Leopold Schildkröte se puso a merodear alrededor de ellos, con el hueso de jamón al hombro, mientras abría y cerraba los párpados por un impulso de vestigios fósiles. El teniente coronel Ignacio Molina dijo algo que dejaba en mal lugar al capitán Leopold

Schildkröte, algo que tenía que ver con la entrada de España en la guerra.

—Aquí todos pillamos, otra cosa es que al final cumplamos nuestra palabra.

Pero Adolf Clauss se mantenía impasible ante la conversación del teniente coronel, saboreando las tortillitas de camarones y sin bajar la vista del penacho de la palmera que se movía amenazante, culpa del viento de la noche.

—¿Sabes la diferencia entre un alemán y un moro, Adolfo? —le preguntó el teniente coronel Ignacio Molina.

Adolf Clauss no respondió, seguía en silencio, paladeando la tradición árabe, como si con él no fuera el asunto, perdida la mirada azul de tiburón en las alturas, en busca de la luz acuática de la creación a través de las hojas de una palmera milenaria. Al otro lado de la mesa, Juan Vargas se limpiaba el sudor de la frente con el brazo, intuyendo la descarga.

El teniente coronel Ignacio Molina siguió provocando la tertulia:

—No hay diferencia en lo que respecta a ciertos vicios, lo mismo que los ingleses. Pero los moros son más valientes que todos juntos. Llevan la crueldad en la sangre. Hitler, si quiere conquistar Europa ha de contar con moros y con españoles, claro, los únicos en domar a un moro.

—Eso es importante —apuntó Rafalillo, que se había sentado con toda su pereza sobre el maletín—, eso es importante porque la crueldad de los moros es refinada, oriental en las formas, pero en el fondo dispuesta a brutalizar órganos vitales.

El teniente coronel Ignacio Molina asintió y se rascó los crespones negros de sus cejas para luego seguir contando su episodio en un tren por territorio moro. Según él, todo empezó cuando en su camarote entró un limpiabotas cuya cara le era conocida y rechazó el ofrecimiento. Le dijo que no quería que le dejase los zapatos más sucios de lo que estaban. Fue dos paradas adelante, cuando entró en el camarote una pareja formada por una chica morena de grandes ojos y un hombre mayor que ella y con la tez curtida por el dinero y la raza, traje blanco impoluto, perilla cana y tocado con una especie de cubilete rojo. Según contó el teniente coronel Ignacio Molina, iban vestidos que parecían príncipes de una región mágica. Con simpatía, el hombre sacó de su bolsillo una pitillera de cuero y ofreció.

—Yo acepté la invitación pues me había aficionado a aquellos cigarros de grifa liados a mano —explicó el teniente coronel Ignacio Molina.

Adolf Clauss había bajado sus ojos de tiburón y ahora miraba al fondo del

patio. Sobre la mesa, además del sifón y de las copas vacías, estaba la fuente donde sólo quedaba una tortillita, ya mordida. El teniente coronel Ignacio Molina seguía contando:

—Me gusta la grifa, tiene un sabor en el paladar que es una especie de mezcla de miel y de mentol muy fresco. Me gustaba el sabor pues me quitaba el picor podrido de la puta comida mora.

Juan Vargas y el limpiabotas escuchaban atentos, o hacían que escuchaban. Adolf Clauss ahora miraba al soldado inglés mientras el teniente coronel Ignacio Molina seguía contando su peripecia en el tren moro:

—Fumamos y hablamos y de repente, que me entra la tos. La puta tos que cuando se me fue, me vino el sueño, una modorra muy dulzona. Me quitaron la billetera, el reloj y las insignias y hasta los botones del uniforme.

Entonces Rafalillo, el limpiabotas, dijo con lentitud:

—Fue víctima de un robo pensado como un trabajo de equipo.

El teniente coronel Ignacio Molina asintió y dijo:

—Correcto, Académico. Luego me di cuenta de que el cocinero de la fiesta se había disfrazado de limpiabotas.

El teniente coronel Ignacio Molina alzó los crespones negros de sus cejas para recalcar esto y seguir desvelando cómo, en primer lugar, el cocinero que vio la operación de la venta de armas a los moros, dio el aviso para luego hacerse pasar por limpiabotas e inspeccionar el terreno. Por último, marcó la puerta del vagón dejando la huella de su dedo con betún en el marco.

—No hay que fiarse... —concluyó el teniente coronel Ignacio Molina.

Tras sus gafas de aumento, el limpiabotas arrugó los ojos miopes. Todo indicaba que hubo algo hiriente en las últimas palabras del teniente coronel Ignacio Molina, que ahora juntaba las cejas con un movimiento de su nariz para decirle:

—No se puede ser como san Pablo, que fue todas las cosas al mismo tiempo sin cambiar de traje.

El limpiabotas abrió el maletín y el teniente coronel Ignacio Molina se llevó la mano al sobaco. Cuando vio que lo que el limpiabotas sacaba era su cajetilla de cigarros y el mechero de cuerda naranja, el teniente coronel Ignacio Molina dejó de acariciar la pistola y siguió contando cómo la pareja de príncipes le ofreció el cigarrillo.

—En caso de haberlo rechazado, también hubiese acabado dormido. Ellos no se tragan el humo, lo expulsan directo a la nariz de la víctima. El norte de África es tierra de farsantes y yo, desde aquel día, no acepto cigarrillos de

desconocidos.

Dentro del cuarto que daba al patio, el Tachuela seguía apoyado en su guitarra. Una de las veces, le dijo a la Petenera:

—Anda, hija, no me digas que después de tanto limpiar los zapatos te los vas a quitar.

—Con el segundo número, con la soleá —aseguró ella.

—¿Y va a haber vanguardias? —preguntó con cierta guasa el Tachuela.

La Petenera le enfiló con la mirada y afirmó severa:

—Es mi sello, ¿te parece *good*?

—Pero hija, si ya te contaron que Manolo Caracol no viene esta noche y aunque viniese, no va a cambiar a la de los Jereles por ti. La Lola es mucha Lola.

El Tachuela lo soltó como algo definitivo, moviendo mucho sus pestañas, abriendo y cerrando los ojos de muñeca. El cojo Peroche que captó la puntilla dijo:

—A mí me da igual, pero si no me dais pie a que me arranque, me puedo cruzar.

Es cuando la Petenera no puede contenerse y empieza a hacer ritmo con las palmas de sus manos.

—Aquí mismo, estate atento, cojo.

—Sin problemas, niña, que yo meto por soleá hasta una letra de rumba —apuntó el cojo Peroche que se quita la colilla del cigarro pegada a los labios y empieza a entonar:

*Al Pernaes desde niño  
su mala estrella guio  
al implacable destino  
para que fuera un ladrón.*

El Tachuela sigue apoyado en su guitarra; rechina la prima y cerdea con el bordón. La puerta está entreabierta y a través del hueco, sin dejar de tocar la guitarra, asoma su cara redonda, tocada por el sombrero cordobés algo

deteriorado por el ajetreo de las últimas horas. Se fija en los dos alemanes, el de barba poblada y el pelirrojo. Le llama la atención las miradas que se cruzan. Para ellos, la muerte no era más que el principio de la plenitud de una noche de guerra. El capitán Leopold Schildkröte había dejado de dar vueltas vigilantes alrededor de ellos, desapareciendo de la escena con el hueso del jamón al hombro y el cuello extendido.

A Juan Vargas el sudor le brotaba por la cara como el agua de una ducha. Catalina, madre de Juan Vargas y suegra de la María, apareció con el humo y con otra fuente de tortillitas. Adolf Clauss cogió una con la punta de los dedos y se la llevó hasta la boca. El teniente coronel Ignacio Molina volvió a la carga de nuevo, atravesando con el alfiler otra tortillita y arrancándole un bocado para luego dejar el resto sobre la fuente.

—Como en ningún otro sitio las hacen aquí.

El estrépito era cada vez mayor afuera y cuando se escuchó la voz de la María, pidiendo orden en su casa, el teniente coronel Ignacio Molina arrastró la silla y se levantó. Con la cartuchera colgando de su sobaco salió hasta la barra a ver qué.

Tal y como contaría Juan Vargas, en el recuerdo de aquella noche, encima de la barra había un hombre desnudo, con un bigote como el de Hitler. Estaba agachado, de espaldas y se sujetaba con dos rifles a pulso, a modo de bastones mientras hacía sus necesidades. Al otro lado de la barra, otro hombre al que habían vendado los ojos mantenía un plato entre las manos.

Se trataba de una apuesta entre marineros con sus superiores de protagonistas. El que estaba sobre la barra, a pulso, era el comandante Walter Kell y el que mantenía el plato entre las manos, esperando que llegase la tajada, era el capitán del Thalia, Leopold Schildkröte, cuyos párpados arrugados cubría con una servilleta. Se trataba de un juego conocido por los alemanes como «el ojo de bronce». A Juan Vargas no le fue difícil comprender su mecanismo.

El teniente coronel Ignacio Molina sacó su pistola y se la ajustó al comandante Rudolph Warner en su parte más blanda.

—¡Te arrimo semejante balazo que te hago cagar por la boca, cabrón!

Aquella noche hubo juegos florales de esta índole, entre carcajadas y cristales rotos. Cuando el teniente coronel Ignacio Molina lo creyó oportuno, mandó que llamaran a la Petenera y al cuadro flamenco. Luego volvió a tomar asiento en el patio. Entonces los episodios empezaron a suceder muy deprisa, a la velocidad de un bólido, puede decirse.

—¡Vamos, que los señores quieren juerga! —dijo Juan Vargas, asomándose al cuarto donde esperaba la Petenera con el Tachuela y el cojo Peroche.

—Ya era hora —dijo el Tachuela—, que mucho sueño legañas cría.

Salieron del cuarto con la Petenera por delante. Un murmullo invadió el patio, como si el moscardón de la testosterona hubiese abierto las alas. Fue al pasar junto a Adolf Clauss, cuando la Petenera extendió su sonrisa. Juan Vargas no dudaba que se conocieran de antes. Tal vez desde que coincidieron en La Línea, durante el bombardeo, en aquel salón del hotel Reina Cristina donde los alemanes contemplaron el espectáculo de fuegos artificiales.

Adolf Clauss le devolvió la sonrisa y el Tachuela rasgó desafinado, hundiendo su barbilla en la caja de la guitarra. El sombrero abollado parecía que se iba a caer de tanta inclinación. No estaba inspirado y no podía disimular su nerviosismo. Empezó marcando el compás con los pies y Adolf Clauss se fijó en los pantalones de campana que llevaba el Tachuela y que le quedaban por encima de los botines dejando ver el elástico, también las medias transparentes que contenían la carne de las pantorrillas. Adolf Clauss proyectó sus ojos de tiburón sobre el Tachuela, tal vez preguntándose dónde habría aprendido a tocar tan mal la guitarra.

El cojo Peroche arrastra una silla, apaga su cigarrillo contra la pared del patio y guarda la colilla en su chaqueta. Se sienta, carraspea y entona, agitando y encogiendo su rostro pequeño hasta achicarlo por completo. Cuando arranca a cantar, al cojo Peroche se le levantan las puntas del cuello de la camisa. Es entonces cuando los demonios conducen a la Petenera hasta el centro de la escena. Se escuchan las gargantas roncas, los golpes sobre la mesa y el jolgorio de los marineros que se mueven igual que si fueran patinadores sobre el suelo mojado. Adolf Clauss enturbia su mirada de tiburón, lanza la mano hasta la cartuchera del teniente coronel Ignacio Molina y agarra la pistola, la empuña y se levanta de la mesa para pegar tres tiros al aire y pedir silencio. Una vez que se hace el silencio, Adolf Clauss alza sus ojos a la palmera que parece haberse quedado quieta ante la advertencia. Todo ocurrió tan deprisa que el teniente coronel Ignacio Molina, cuando se quiso dar cuenta, volvía a tener su pistola en la cartuchera.

—No me gusta que se desperdicie munición —dijo, alzando mucho las cejas.

—A mí tampoco me gusta que no se respete el arte flamenco —señaló Adolf Clauss con su habitual disposición de indiferencia.

El espectáculo continuó con la Petenera descalza y en solitario pues, tanto el cojo Peroche como el Tachuela, habían escapado de escena con las detonaciones. Adolf Clauss, desde la mesa, asistiría al número flamenco, con los ojos cerrados, absorto en el código que ella iba emitiendo con la combinación de sus pies descalzos y el repiqueteo de las castañuelas. Punto. Raya, punto. Tal y como el mismísimo comandante Fleming se lo había transmitido, la Petenera iba dando las coordenadas del convoy que saldría en breve, con nombres tan evocadores como Ariosto, el barco estrella y que cargaba hierro, además de un personaje importante, el agente Dudley Clarke, a su paso por Lisboa.

De esta manera, el Demonio que mueve la ruleta de la historia acertaría en sus pronósticos y cuando todo acabó aquella noche, el comandante Walter Kell con su bigotito hitleriano y su submarino, formaría parte de una manada de lobos grises que perseguiría y daría caza al convoy señalado, hundiendo el Ariosto, buque estrella. Con todo, el Diablo de la historia sería piadoso y salvó al agente Dudley Clarke. Cansado del juego que mantiene tensiones entre el cálculo y los azares, días después, el Diablo daría por hundido el submarino.

Como si la muerte no hubiese salido de sus planes y quedase poco de vida, aquellos hombres no reprimirían sus instintos más salvajes. Hubo un momento en que David Scherr, el soldado inglés, llevado por el divertimento, agarró la botella de sifón y la presionó, echando el espumoso chorro a la cara picada de Adolf Clauss que se limpió impávido y clavó sus ojos de tiburón en el teniente coronel Ignacio Molina.

—Como responsable de su detenido —dijo en tono educado— se merece esto.

Adolf Clauss fue muy gráfico pues terminó de decirlo y le propinó un puñetazo que al teniente coronel le hizo morder el suelo. La Petenera se fijó en el golpe y también en el joven extranjero del sifón que se acercó al teniente coronel y le espabiló con otro chorro sobre la cara. Se trataba del mismo joven rubio que la seguía a todas partes, menos al hotel. Con estas cosas, la Petenera no advirtió que el teniente coronel Ignacio Molina se levantó del suelo como un muelle y que cuando fue a echarse la mano al sobaco, alguien le sujetó por el cuello. Era la mano del comandante Walter Kell, que apareció desnudo tras él y que le acercaba el bigotito a la oreja. Tuvo un gesto en la boca, bajo el bigotito, como si le viniese de golpe todo el aire contenido en sus pulmones.

Sin dejar de apretarle el cuello y con la otra mano, el comandante Walter Kell le quitó la pistola y con el cañón tocando la sien, imperó al teniente coronel Ignacio Molina que se desnudase. Entonces la juega llegó a su momento más álgido. Entre otras cosas, porque en aquellos momentos, se volvió a ir la luz y con los nervios, en la venta, nadie encontraba las velas. Entonces Adolf Clauss arrastró su silla y salió del patio. Mantenía las manos lo suficientemente separadas del cuerpo como para contener un ataque en caso de que fuera necesario. A su paso, los marineros se cuadraron desnudos en la penumbra de la entrada. Arrugó el gesto cuando le llegó el olor de un plato que había sobre la barra. Sin decir algo al respecto salió a la noche. Se fijó en los farolillos de la entrada, encendidos. Por lo demás, todo estaba a oscuras. Caminó hacia el Mercedes Benz donde Castaños dormía, echado sobre el volante. Adolf Clauss tocó con sus nudillos en el cristal y Castaños pegó un respingo. Se restregó los ojos y salió a abrir la puerta del coche. Cuando Adolf Clauss se montó en el asiento trasero le indicó a Castaños:

—Conduce todo recto, calle arriba.

El teniente coronel Ignacio Molina se quitaba la ropa en la oscuridad del patio mientras el comandante Walter Kell le apuntaba con la pistola, apoyado con su espalda desnuda en el tronco de la palmera. Bajo el bigotito, asomó la mueca dominante del que se sabe dueño del tiempo y de su espacio. Así se pone a dar órdenes en alemán, palabras bárbaras y malsonantes que revelan el tono del que está sometido a una excitación nerviosa.

—¿Qué dice? —preguntó Juan Vargas.

Rafalillo, el limpiabotas, que presumía de nombrar las constelaciones en todas las lenguas, dejó caer el cigarrillo al suelo y lo tradujo:

—Que dice que nos quedemos en pelota.

—¡Anda ya! —soltó la María, empuñando el cuchillo jamonero—. ¿Qué me voy a desnudar yo? Eso ni loca y menos como ando hoy indispueta.

Juan Vargas fue a decir algo pero la voz del orden otra vez haría callar al viento. Todo pareció detenerse en aquel instante. Duró unos segundos y luego, en la oscuridad, se escucharon las hebillas, las ropas caer al suelo. La Petenera sacó la navaja ante el pronóstico pues el comandante Walter Kell se abría paso desnudo, entre las mesas, empuñando la pistola, buscando el rastro de hembra a través de la oscuridad. Se escucharon cristales rompiéndose en el suelo y cuando el comandante Walter Kell tuvo cerca a la Petenera, le ordenó algo en alemán que no necesitaba traducción aunque el limpiabotas la hiciera mientras abría el maletín y tanteaba la pistola, envuelta en la gamuza.

Entonces fue cuando el joven inglés volvió a disparar el sifón, esta vez acertando al trasero de Walter Kell. Hubo risas y aplausos en la oscuridad por parte de los marineros pero ni con esas se pudo evitar que la Petenera fuese desarmada de su navaja. Tampoco que la redujesen entre los soldados, a oscuras ni que le subiesen la falda hasta impedirle el movimiento de los brazos y la respiración cuando se la ataron por encima de la cabeza. Era la práctica denominada de la cebolla y que no llegó a ejecutarse pues Adolf Clauss apareció en esos momentos. Traía dos cirios con su correspondiente palmatoria cada uno. Mandó que los encendieran y con aroma de cera pascual

pudo ver los cuerpos desnudos, amontonándose las carnes unas encima de las otras, en un acopio de músculos rocosos y de nalgas que se abrían como grutas invitadoras a conocer el secreto del bronce. Coronando la cima, el capitán Leopold estaba sentado en una silla, sobre la mesa, desnudo y con la peineta del ojo dorado laureando los escasos cabellos de su cabeza. Se masturbaba con nervio, como si hubiera aprendido tal actividad de los monos que habitan tierras cercanas. Ante tal visión, Adolf Clauss cerró los ojos de tiburón y ordenó que la Petenera siguiese bailando. Se sentó dispuesto a ver su baile y a captar el mensaje, a la luz de los cirios recién sacados de la iglesia. De esta manera, Adolf Clauss tomaría nota de memoria de las coordenadas exactas del convoy que muy pronto saldría de Gibraltar y pasaría por Lisboa antes de llegar a Inglaterra.

Después de la actuación, hay que apuntar que Adolf Clauss no fue piadoso con el teniente coronel Ignacio Molina al que aprovechó desnudo para practicar en su trasero el desahogo. Acercó uno de los cirios para suavizar la entrega, derramando la cera caliente en la entrada del conducto anal. Luego le siguieron algunos de los marineros pues otros prefirieron la carne de mulo que gastaba el inglés en sus cuartos de atrás. El capitán del Thalia, por ejemplo, fue la excepción a la regla pues probó a ambos. Tal y como contaría Juan Vargas, no puede decirse que mostrara preferencia por una grupa u otra. El capitán Schildkröte no arrugó los párpados a la hora de seleccionar pues no seleccionó.

Embestia sin pestañear a uno y a otro con entusiasmo. Hay que apuntar que hubo mucho jolgorio cuando forzaron al joven inglés para que se desnudase a la luz de la vela. David Scherr lo haría, llevado por el momento pero sin perder el barniz de la perversidad en sus ojos. El joven inglés se bajó los pantalones y todos rieron en el instante en que los trozos de carne cayeron al suelo. Aquella carne de solomillo, conocida en tiempos como carne de bragueta, le dejaba en evidencia. A la luz de la llama del cirio, el Tachuela pegó un grito y Hahn, el marinero pelirrojo, le aplastó su guitarra contra la cabeza, poniéndosela de collar o collarín.

El teniente coronel Ignacio Molina apretaba los ojos de dolor mientras los tripulantes del submarino se abrían camino entre la manteca de sus carnes. Adolf Clauss repitió y en su momento más cercano al estallido, se escupió en las palmas y azotó con rabia. Cuando la tropa repartida entre las carnes de Molina y del joven inglés se hubo quedado relajada, se hizo la luz de nuevo. Rudolph Warner, el marinero de la barba, meaba contra el tronco de la

palmera y Adolf Clauss le llamó la atención. «*Heil, Hitler*» respondió el marinero sin contener su espumoso chorro. La noche llegaba a su fin. Adolf Clauss se llevó la mano a la cartera y soltó un mazo de billetes sobre la mesa como el que ventosea después de copioso almuerzo. Clavando sus ojos de tiburón en Juan Vargas dijo:

—Esto, por los desperfectos.

Amanecía cuando todos se fueron. Adolf Clauss se subió al Mercedes y los demás montaron en los camiones y marcharon por donde hubieron venido. Al cruzarse en la carretera con un porquero que llevaba una fila de cerdos, pararon y dejaron paso. El comandante Walter Kell sacó su brazo por la ventanilla del camión para saludar:

—*Heil Hitler!*

Con esto obligó de igual manera al capitán Schildkröte y a sus marineros a saludar a los cerdos. Así hicieron desde la parte trasera del camión, todas las gargantas fundidas en una sola.

—Nunca se sabe dónde se oculta uno de los nuestros —dijo el comandante Walter Kell, frunciendo su bigotito.

El viento se había interrumpido y el sol empezaba a calentar el cielo recién pintado de la mañana. Dentro de la venta, el teniente coronel Ignacio Molina, ya vestido, suplicaba piedad al joven David Scherr:

—Esto que no salga de aquí, por favor.

El joven sargento extranjero le miró con un destello en sus ojos que a Juan Vargas le parecería divino. «A veces los dioses se confunden con los monstruos», diría el ventero tiempo después. Pero en lo que respecta al teniente coronel Ignacio Molina, hay que decir que ni se despidió. Eso sí, entregó a la Petenera el pasaporte sin mirarla a los ojos. Fue un momento, mientras Rafalillo le limpiaba de nuevo sus zapatos de baile. Pasaba su gamuza y contaba con su tono perezoso el final de la espía más famosa de todos los tiempos. La Mata-Hari:

—Un día, ensayando el número, sin ayudantes ni testigos, al trepar por la cuerda, nuestra amiga sintió que la cuerda se movía más de lo acostumbrado, como si tuviera vida propia.

—¿Pudo trepar? —preguntó ella, apretando el pie sobre el maletín mientras se buscaba el moño con los dedos para colocar la peineta.

—Sí, la cuerda tenía la suficiente dureza.

—¿Entonces? —preguntó la Petenera, abriendo las piernas lo preciso para disimular un movimiento bajo la curiosidad del interrogante.

Igual que al final de una letanía mora, en que los tiempos pueden marcarse al antojo, el limpiabotas cuenta el desenlace sin perder la dejadez con la que envolvía sus palabras. Permanece indiferente al silencio después de la orgía, pasivo y lejano ante la guerra y la pobreza, marcando una distancia que sólo puede darse desde los márgenes, donde la imaginación del limpiabotas reside. Alrededor de su boca se posa una sombra de melancolía y lleva su dedo tiznado hasta las gafas para ajustárselas a la nariz y decir:

—Al final, cuando la Mata-Hari llegó a la punta, la cuerda pareció tener vida propia y se rebeló y se enroscó por su cuello y ahí acabo su leyenda. Sólo lo familiar se convierte en siniestro, no lo olvides, Petenera —dijo el limpiabotas, poniendo mucha pausa entre sus palabras.

La Petenera retiró su zapato y el cojo Peroche se acercó a la escena. Sin pedir permiso, metió la mano en el maletín del limpiabotas y sacó la cajetilla de cigarros con el encendedor de mecha naranja. Con el pitillo en la boca y mientras lo encendía, preguntó a Rafalillo.

—¿Por qué no la has usado?

Rafalillo supo que le preguntaba por la pistola y dijo que siempre había sido un cobarde en tiempos de guerra y un valiente en tiempos de paz. El Tachuela intentaba recomponer su sombrero cordobés. La guitarra, sin tripas ni cuerdas, había sido confiada al tronco de la palmera, húmedo de orines.

De la calle llegó el sonido del claxon. Los pitidos que anunciaban que el Catalán había llegado para recoger a la Petenera.

Para terminar esta historia en la que el comandante Fleming jugaría un papel destacado, hay que revelar lo que sucedería horas antes, en Gibraltar. Porque tras haberse despedido de la Petenera, el comandante Fleming se puso a beber en la soledad de la habitación del hotel.

En el juego del sexo, como en el de la guerra, el comandante Fleming ya no dejaba actuar a la mano invisible del azar con todas sus consecuencias. Ahora el azar se había quedado manco e intentaba hacer girar la ruleta con un garfio en el muñón. Con estas cosas, el comandante Fleming se estuvo preparando cócteles hasta bien entrada la noche. Por cada uno bebido, caían un par de cigarros o tres. No vale echar cuentas pero tenía el cenicero a rebosar en la mesilla y la pistola a su lado, esperando la visita. El rumor del viento le había traído el sonido del Chevrolet, luego las pisadas vigorosas que retumbaron el pasillo del hotel. El comandante Fleming sonrió cuando llamaron a la puerta y a continuación dijeron: «Servicio de habitaciones».

El tono y el truco le resultaron familiares. La voz también. Apagó todas las luces y armado con su pistola se dirigió a la puerta. La abrió despacio, muy despaaaaacio.

Chirriaron las bisagras.

Cuando la puerta se hubo abierto lo suficiente para que el Catalán entrara, la soltó de golpe. El impacto lo pilló desprevenido y de inmediato, el comandante Fleming abrió la puerta de nuevo para propinar al Catalán dos puñetazos en la mandíbula que lo derribaron por completo. Una vez en el suelo, el comandante Fleming completaría su lucha con una llave oriental, aprendida en los tiempos del ejército y que consistía en aprisionar el cuello y bloquear los movimientos pasando los brazos por detrás de las axilas.

—Qué pasa, Catalán. ¿Has olvidado tan pronto la consigna? —preguntó con esfuerzo el comandante Fleming y se la recordó—: *San Roque's dog, doesn't have a tail porque Ramón Ramírez se lo ha cortado.*

El Catalán respiraba ronco, como si no pudiese aguantar la presión ejercida sobre él. El comandante Fleming se puso dominante:

—No me hagas matarte, Catalán, pues sabes que no podría —le advirtió con una voz de inclinación sexual.

Por lo demás no fue difícil convencer al Catalán; un espía de doble cruz da la cara cuando hay dinero por delante, sobre todo si habita en el sur de Europa. Además, para el comandante Fleming, el italiano no se diferenciaba mucho del temperamento de un español. Ambos mantienen la esencia de un mar antiguo, estancado de sangre y de tesoros; una clave que salta cuando el mecanismo asesino se engrasa con dinero.

—Así que vuelves a la venta y recoges en el coche a la Petenera y si ella te pregunta, dile que ya estoy muerto. Que has cumplido con tu misión. Si no lo haces así, el que va a resultar muerto serás tú. ¿Entendido, Catalán?

Luego, después de las instrucciones, el comandante Fleming invitó a una copa, que el Catalán bebió avergonzado.

—No te compliques la vida, lo tienes fácil. O acabar con vida y con dinero o acabar en el castillo —recalcó el comandante Fleming mientras agitaba la mezcla en el vaso.

La ventana abierta enmarcaba la bahía con su fila de luces sobre el mostrador de la noche y el Catalán se llevó el cóctel a los labios. Entonces, al comandante Fleming le dio por contar cómo mueren los ahorcados. Son esas cosas que demuestran poder cuando se está de parte de un imperio como el británico. El Catalán escuchó dando sorbos a su copa, con la barbilla pegada al pecho.

—Sería la última erección. Al mismo tiempo que llega la muerte, te vas empalmando —aseguró el comandante Fleming.

Una vez acabada la copa, el Catalán se estiró el traje y se marchó en silencio a ejecutar su cometido. Mientras lo llevaba a cabo, el comandante Fleming se tumbaría en la cama a esperar. Fue de madrugada cuando sonó el teléfono. Era el joven sargento David Scherr, que llamaba desde la venta de Juan Vargas para decir que la Petenera se acababa de subir al Chevrolet. Hubo un silencio revelador. El comandante Fleming se quedó pensativo, agarrado al teléfono. Había algo que el joven sargento David Scherr no quiso decirle.

El joven sargento David Scherr tampoco contaría que le habían detenido y que al final le habían dejado libre por un pacto de silencio que no iba a cumplir aunque todavía era pronto para romperlo. El comandante Fleming alzó la barbilla y adoptando un tono confidencial, diría algo así como que lo mejor que podía hacer el joven David Scherr era aceptar la humillación. «Es

la única manera de que no puedan sacar provecho». Al otro lado del teléfono el joven sargento le tuvo que preguntar por la manera de aceptar una humillación tan vil. De otra manera, no se entiende la respuesta que le dio el comandante Fleming: «Cuando ya no duele es que ha sido aceptada», afirmaríala con seguridad.

Tras colgar el teléfono, se levantó de la cama para ponerse el batín, la camisola con el dragón estampado que compró a un comerciante de Rusia que traía ropa de Hong Kong. No tenía botones, tan sólo un cinturón holgado que el comandante Fleming se ataba con dos nudos. De su maletín, sacó un bañador de lino blanco y se lo puso; luego introdujo los pies en un par de sandalias de cuero, color azul marino. Con una toalla del hotel al hombro, bajó las escaleras y se puso a andar hasta la playa. Los soldados que se encontró por el camino le saludaban de frente y luego se burlaban a sus espaldas como sólo se pueden burlar de los locos. El comandante Fleming llegó a la playa y paseó junto al borde del agua. Se quitó el batín y se adentró en el mar. Nadó a largas brazadas hasta ahogar la nicotina y el alquitrán de los pulmones. Luego se quedó un rato haciendo el muerto, con los ojos cerrados mientras el sol lo cegaba y la brisa le daba de lleno.

Siguió nadando otro tanto y volvió a la orilla. Más de cien metros del punto de partida. A lo lejos divisó el color rojo del batín. Se encogió de hombros, sonrió y se tumbó a secar su cuerpo al sol. Tal vez, en aquellos momentos, el comandante Fleming pensó en lo de retirarse a escribir a una playa de aquellas a las que había echado el ojo cuando visitó Estados Unidos y el hidroavión hizo escala en parajes paradisíacos. Tal vez fue allí, en Gibraltar, durante la guerra, cuando se le ocurrió distanciarse del mundo para así entregarse a él, escribiendo novelas.

El comandante Fleming se incorporó y fue andando hasta el punto de partida, desenterró el kimono rojo y se lo anudó a la cintura. La toalla prefirió dejarla. «Un caballero no lleva de vuelta la toalla de hotel que ha cogido prestada», rumió entre dientes. Caminó con paso tranquilo. Cuando entró en la habitación, el olor a linimento le invadió de nuevo y una sonrisa le vino a la cara al encontrarse a la Petenera en la cama. Le tomó la mano, aún caliente.

Retiró las cortinas y contempló el cuerpo a la luz del día. «Tan bella como el nombre de una puta», se dijo y fue a por un cigarro que encendió, esta vez sin boquilla para acompañar el espectáculo. Con la primera calada, afiló su mirada sobre el cadáver como el que afila un lápiz. Clavó los ojos en la boca abierta y se fijó en las sienes, una de ellas algo hundida por la cercanía de los

golpes; los cabellos pegados al desgarró mortal que había vaciado la sangre. Una púa de la peineta había quedado enredada entre la melena. El comandante Fleming comprimió su larga cara en un gesto de desprecio, más que hacia el cadáver, hacia su verdugo por haber robado del cuerpo todo valor posible de cambio en el mercado negro de la guerra.

Escuchó el zumbido; la mosca de la carne que volaba alrededor de los zapatos de tacón, recién lustrados. Volvió a hundir su mirada rapaz en cada una de las proporciones del cadáver. Con su dedo índice efectuó un movimiento giratorio igual al movimiento del globo terráqueo, pasando por última vez por los pechos, las nalgas, el vientre y lo de más abajo. Una rosa de los vientos con puntos cardinales que son más que simples vocablos. El viento batió las ventanas de su locura y el comandante Fleming deslizó sus dedos hasta el tobillo, rematado por la tira de cuero. Hizo un aspaviento, para espantar a la mosca que ahora se había posado en una de las manos. Quizá, horas antes, como si profetizara su propio destino, aquella mujer había pintado sus uñas del mismo color que la sangre.

El comandante Fleming percibió la calidez del crimen en aquel cuerpo de diosa. Entonces se daría cuenta de que no era cierto lo que cuentan los periódicos, que se viola a las mujeres sentenciadas a muerte. Se las viola después. En tiempos de guerra, el último sacramento vuelve a ser el primero pero con la perversidad que le pone el haber dejado atrás la vida. Bautizar la carne recién muerta, obedece a una liturgia de semen, vino y sangre; triada que es herencia de Sodoma y Gomorra.

Entre otras muchas cosas del mismo peso, en Eton, el comandante Fleming había aprendido que una mujer es sólo una relación de fluidos viscosos dispuestos para la penetración. El goce y la guerra quedaban identificados para siempre en el inconsciente como se identifica el término real con el término imaginario de una metáfora antigua. El comandante Fleming soltó el humo por la nariz con un silbido y sin mover la sonrisa de sitio, agarró las sábanas y la colcha para envolver el cadáver. Con el cigarrillo entre los dientes, se dispuso para arrastrar el cuerpo de la Petenera hasta el pasillo del hotel. Cuando volvió a la habitación, cerró la puerta y descolgó el teléfono. Puro trámite.

Con el auricular pegado a la boca, el comandante Fleming explicó a Bhalu o a Bolangir que, al ir a entrar en la habitación, se había encontrado con un cadáver amortajado en el pasillo.

—Por favor, retírenlo. Es mala publicidad para el hotel y para Gibraltar y

para Inglaterra, ya sabe —dijo el comandante Fleming y aplastó su cigarrillo en el cenicero.

Después de colgar el teléfono, el comandante Fleming fue directo a la ducha y abrió el grifo del agua fría que cayó a chorros sobre su espalda.

FIN

Edición en formato digital: octubre de 2016

© Montero Glez, 2016  
© Algaida Editores, 2016  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
[algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN ebook: 978-84-9067-693-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.literaria.algaida.es](http://www.literaria.algaida.es)